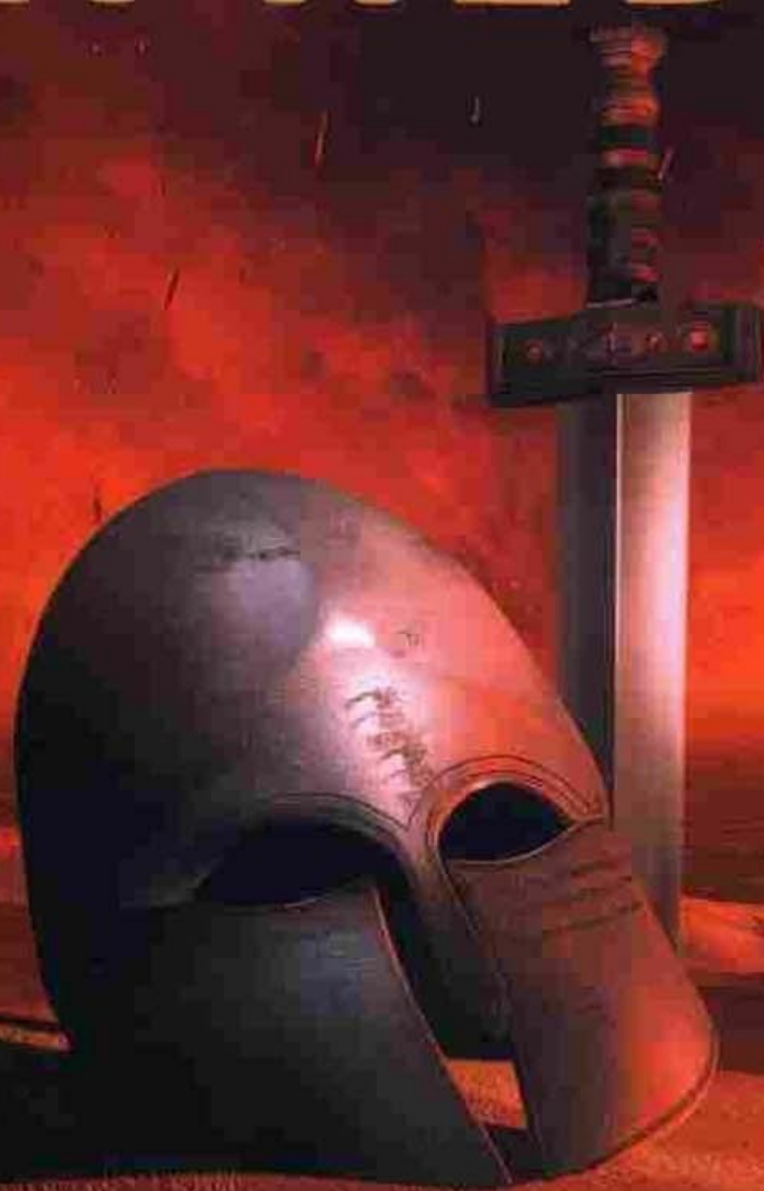


POR EL AUTOR DE ALÉXANDROS

VALERIO MASSIMO MANFREDI

Siracusa, siglo V a.C.
El asedio sin fin



EL TIRANO

Grijalbo novela histórica

Lectulandia

Con cada ciudad griega cayendo derrotada ante la invasión cartaginesa de Aníbal (que luego continuaría Himilcon y posteriormente Magón), más guerras entre las ciudades de griegos, llega Dionisio “El Tirano”, un siracusano que tras vivir unos tormentosos episodios busca cambiar la forma de actuar que tenían hasta entonces los siracusanos consolidando su ciudad e intentando poner fin a las amenazas bárbaras y unificar a las ciudades griegas. Este Best Seller es un apasionante relato que explica el como un hombre llega a convertirse en uno de los seres más temidos de la historia griega. El autor prácticamente dibuja las batallas, encarna con mucha precisión a los personajes y la narración te deja totalmente sumergido en el mundo que vivía Dionisio a tal punto que entiendes los factores que transforman al personaje y su entorno.

Lectulandia

Valerio Massimo Manfredi

El Tirano

ePUB v1.0

OZN 19.10.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Il Tirano
Primera edición en Chile: mayo, 2004
© 2003, Valerio Máximo Manfredi
Publicado por Arnoldo Mondadori, S.p.A., Milán
© 2004, José Ramón Monreal, por la traducción
© 2004, Random House Mondadori S.A.
Monjitas 392, of. 1 101, piso 11, Santiago de Chile
Teléfono 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@randomhouse-mondadori.cl
www.randomhouse-mondadori.cl

Printed in Chile - Impreso en Chile
ISBN: 956-258-174-8
Depósito legal: B. 5.142 - 2004
Impreso en Salesianos S.A.
Digitalizado y corregido por Bellatrix.

A la memoria de mi padre

No cabe duda, en efecto, de que la Divinidad utiliza a ciertos hombres con el fin de castigar la maldad de otros y hace de ellos en cierto modo unos carniceros, antes de aniquilarlos.

*PLUTARCO
CORINTO, 342 A. C.*



CORINTO, 342 A. C. SEGUNDO AÑO DE LA CVIII OLIMPIADA

PROLOGO

El hombre llegó poco después de la puesta del sol cuando las sombras comenzaban a extenderse sobre la ciudad y sobre el puerto. Avanzaba a paso ligero llevando en bandolera una alforja, y miraba de vez en cuando hacia uno y otro lado con un cierto aire temeroso. Se detuvo cerca de un templete de Perséfone, y la luz que ardía delante de la efigie de la diosa reveló su aspecto. Los cabellos entrecanos de quien había pasado ya de la mediana edad, la nariz recta y la boca de finos labios, los pómulos altos y las mejillas hundidas, cubiertas parcialmente por una barba negra. La mirada, inquieta y huidiza, conservaba, sin embargo, una expresión de dignidad y de circunspección que contrastaba con el aspecto humilde y la vestimenta raída, revelando una condición elevada aunque venida a menos.

Tomó por el camino que llevaba al puerto de poniente y comenzó a bajar hacia la dársena, donde más numerosas eran las barcazas y las tabernas frecuentadas por los marineros, los mercaderes, los estibadores y los soldados de la flota. Corinto vivía un momento de prosperidad y sus dos puertos eran un hervidero de naves que importaban y exportaban mercancías a todos los países del mar interior y del Ponto Euxino. En el barrio sur, donde había los almacenes de grano, era fácil oír el acento siciliano en todas sus variantes de entonación: agrigentino, catanés, geloa, siracusano...

Siracusa... a veces le parecía haberla olvidado, pero bastaba una nimiedad para traer de nuevo a su memoria los días de su infancia y de su madurez, para reencontrar las luces y los colores de un mundo ya transfigurado por la nostalgia, pero sobre todo por la amargura de una vida marcada inexorablemente por la derrota.

Había llegado delante de la taberna y entró después de haber mirado en torno suyo una última vez.

El local comenzaba a animarse con los parroquianos que venían a tomarse una sopa caliente y un vaso de vino genuino, como hacen los bárbaros y los pobretones.

Cuando hacía buen tiempo la gente se sentaba afuera, bajo el emparrado, a contemplar los dos mares, uno oscuro presa ya de la noche, el otro rojo por el último resplandor del crepúsculo, y las naves que se apresuraban a entrar en puerto antes de que anocheciera. En invierno, cuando el bóreas descendía de los montes para helar los miembros, se reunían dentro en una atmósfera densa de humo y cargada de pesados olores.

El tabernero atizó el fuego, luego cogió una escudilla de sopa y se la dejó delante, encima de la mesa.

-La cena, maestro.

-Maestro... -repitió el otro en voz baja en un tono apenas perceptible de desencanto.

La cuchara estaba sobre la mesa, atada a un hilo bramante, pues de lo contrario la gente se la llevaba. La cogió y comenzó a comer, lentamente, saboreando aquella comida sencilla y gustosa que le calentaba los ateridos miembros.

Estaban llegando las muchachas para los clientes que, tras haber comido, empezaban a beber o estaban ya achispados porque llevaban haciéndolo desde hacía un rato con la excusa de que hacía frío y había que entrar en calor.

Cloe no era particularmente bonita, pero tenía unos ojos negros y de mirar taciturno y una expresión altiva tan absurda para su condición de joven prostituta que le recordaba la de las mujeres sicilianas. Quizá lo era, quién sabe.

O quizá le recordaba a alguien, un amor juvenil en su tierra natal. Por eso la observaba de vez en cuando y le sonreía; ella correspondía a la sonrisa sin comprender su significado. Le miraba con ojos incrédulos y un tanto burlones.

Se la encontró casi de improviso a un lado, lo cual primero le sorprendió, pero luego hizo una seña al tabernero para que trajera otra escudilla y se la acercó, dejando de paso unas monedas sobre la mesa.

-Con este dinero no puedes ni joder, maestro -dijo ella tras haber contado a simple vista las monedas.

-En efecto que no -respondió él, tranquilo-. Lo único que quiero es invitarte a un plato de sopa. Estás flaca y si sigues adelgazando no servirás ya para tu oficio y te harán polvo. ¿Por qué me has llamado de ese modo?

-¿Maestro?

La muchacha se encogió de hombros.

-Todos te llaman así Porque enseñas, pagando, a leer y escribir. Pero nadie sabe, al parecer, cómo te llamas en realidad. Tendrás un nombre, ¿no?

-Como todo el mundo.

-¿Y no me lo dirías?

El hombre meneó la cabeza hundiéndose de nuevo la cuchara en la sopa.

-Come tú también -le dijo- mientras está caliente.

Cloe se llevó la escudilla a los labios y sorbió ruidosamente el caldo. Se limpió con la manga de la túnica.

-¿Por qué no quieres decírmelo?

-Porque no puedo -respondió el hombre.

La muchacha echó una mirada a la alforja que había colgado del respaldo de la silla.

-¿Qué hay dentro?

-Nada que te importe. Come, que han llegado unos clientes.

El tabernero se acercó.

-Ve a la habitación -le dijo señalando una portezuela al fondo del local-. Hay dos decididos marineros con ganas de divertirse. Han pagado por adelantado. Procura que

queden satisfechos.

La muchacha se tragó una cucharada de sopa, y antes de irse le susurró al oído:

-Cuidado, tu bolsa llama demasiado la atención. Hay más de uno que quisiera saber lo que contiene. No te he dicho nada- y añadió en voz alta-: Gracias por la sopa, maestro. Me ha calentado el corazón.

Cloe fue alquilada por dos extranjeros ya ebrios. Altos, gordos y sucios. Al poco la oyó gritar. Eran de esos a quienes les gustaba hacer daño. Se levantó y corrió hacia la puerta al fondo del local mientras el tabernero le gritaba:

-¿Adónde vas tú? ¡Detente, demonios, detente!

Pero había abierto ya la puerta de par en par y se había arrojado dentro de aquel cuchitril oscuro gritando:

-¡Dejadla en paz! ¡Dejadla, bastardos!

Siguió una trifulca que se transformó en una verdadera pelea. Le agredieron entre dos empujándolo afuera, en medio del local, pero él reaccionó blandiendo una silla. Mientras, los otros clientes se agolpaban en torno a los contendientes incitándoles con grandes voces. Un tercer individuo se le acercó tratando de birlarle la bolsa, pero él le golpeó con la silla y fue acto seguido a respaldarse en la pared.

Estaba ya rodeado. Asustado por haberse atrevido a tanto, chorreaba sudor y temblaba mientras sus adversarios se acercaban cada vez más amenazadores.

Uno de ellos se abalanzó sobre él asestándole un puñetazo en el estómago y luego otro en el rostro, pero cuando también el otro hizo ademán de lanzarse sobre él aparecieron de improviso tres energúmenos desconocidos que los dejaron tiesos en el suelo uno tras otro echando sangre por la boca y la nariz. Luego, tal como habían aparecido, se largaron.

El «maestro» se aseguró de que la alforja estuviera aún en su sitio, pasó por entre la gente muda y se dirigió a su vez hacia la salida.

Le azotó una ráfaga de viento frío que le hizo estremecerse. Solo entonces sintió el efecto de los golpes encajados y aflojarse al mismo tiempo la tremenda tensión que le había atenazado hasta aquel momento. Se tambaleó, se llevó las manos a las sienes como para detener la sensación de vértigo que hacía moverse la tierra bajo sus pies, buscó un punto de apoyo que no existía, y se desplomó en medio de la calle.

No recuperó el conocimiento hasta bastante después, cuando se puso a llover y el agua helada empezó a correr por su cara y a lo largo de su espalda. Pasó aún un rato y sintió que alguien le arrastraba al otro lado de la calle bajo un cobertizo donde había asnos amarrados.

Abrió los ojos y la claridad que entraba por las ventanas de la posada le permitió distinguir la cara de un viejo mendigo de calva cabeza y boca desdentada.

-¿Quién eres? -le preguntó.

-Más bien, dime quién eres tú. Nunca he visto una cosa igual. Aparecen esos tres

de la nada y arman una escabechina... y luego va y desaparecen. Y todo ese desbarajuste por un pordiosero..

-No soy un pordiosero.

-Ya, sería muy extraño, en efecto.

El viejo le hizo incorporarse contra la pared y le cubrió con un poco de paja.

-Espera, gran hombre -dijo-. Quizá me quede un poco de vino. Es mi paga para que les hagas la guardia a estos asnos durante toda la noche. Toma, bebe, echa un trago, que te hará entrar en calor. -Le miró mientras se mandaba al colete un trago de vino-. Si no eres un piojoso, ¿qué eres, entonces?

-Me gano la vida enseñando a leer y a escribir, pero yo...

-¿Tú qué?

Torció el gesto en un mohín que habría podido ser una sonrisa. -Yo fui el señor de la más grande y rica ciudad del mundo...

-¿Sí, eh? ¿Cómo no? Y yo el gran rey de Persia.

-Y mi padre fue el más grande hombre de nuestro tiempo... Dame un poco más de vino.

-Pero ¿qué historias me andas contando?

Tomó unos buenos tragos.

-¿Qué llevas en esa alforja de la que no te separas?

-Nada que valga la pena robar. Hay.. su historia. La historia de un hombre que se convirtió en el señor de casi toda Sicilia y de gran parte de Italia, derrotó a los bárbaros en innumerables batallas, inventó máquinas de guerra como no se habían visto jamás, deportó a poblaciones enteras, construyó la más grande fortaleza del mundo en solo tres meses, fundó colonias en el Tirreno y en el Adriático, se casó con dos mujeres en el mismo día... Fue único entre los griegos.

El viejo le alargó de nuevo la botella de vino y se acercó sentándose a su vez con la espalda apoyada en la pared.

-¡Por todos los dioses! ¿Y quién era ese fenómeno, ese...?

Un relámpago iluminó como si fuera pleno día el camino brillante de lluvia y el rostro tumefacto del maestro. Estalló un trueno en medio del cielo, pero él no se estremeció. Apretó contra su pecho la alforja y dijo, separando las palabras con énfasis:

-Su nombre era Dionisio, Dionisio de Siracusa. Pero el mundo entero le llamó... ¡el tirano!

I

Un jinete se acercaba a galope tendido levantando una blanca polvareda por el camino de Camarina, directo a la puerta de poniente de la ciudad. El oficial de día le intimó a que se detuviera.

—No te acerques —gritó—. ¡Identifícate!

Pero la orden fue inútil. El caballo cedió de golpe a menos de doscientos pies del recinto amurallado desplomándose en tierra y el jinete rodó por el polvo.

—Abrid la poterna —ordenó el oficial—. ¡Rápido, id a ver quién es y llevadlo adentro!

Cuatro centinelas salieron a la carrera y alcanzaron al jinete que yacía inmóvil en el Polvo. El caballo, a escasa distancia, jadeaba de modo agónico.

El hombre gritó de dolor cuando trataron de darle la vuelta, y mostró un rostro desfigurado por el esfuerzo: sucio de polvo y de sangre.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los soldados.

—Vengo de Selinonte.... quisiera hablar con vuestro comandante, rápido, rápido, os lo suplico.

Los soldados se miraron unos a otros, luego hicieron una parihuela con sus lanzas y escudos, lo acomodaron sobre ella y se lo llevaron adentro. Uno de ellos se retrasó un instante para dar el golpe de gracia al caballo, que estiró la pata con un postrero estertor.

Poco después el grupo alcanzó al cuerpo de guardia. El oficial se le acercó empuñando una antorcha y el mensajero le miró: era un joven de complexión robusta, pelo negrísimo y ondulado, ojos negros, labios carnosos.

—Me llamo Dionisio —dijo—. Soy el comandante del cuerpo de guardia. ¿Qué ha pasado? ¡Habla, por todos los dioses!

—Debo referírsele a las autoridades, ahora mismo. Es cuestión de vida o muerte. Los cartagineses han puesto cerco a Selinonte. Son miles y miles, tienen unas máquinas enormes, formidables. No podemos resistir.... necesitamos ayuda... ¡Rápido, en nombre de los dioses.... rápido! Y dadme de beber, por favor, me muero de sed.

Dionisio le alargó su cantimplora, luego dio inmediatamente unas órdenes urgentes a sus hombres:

—Tú corre a ver a Diocles, dile que se reúna con nosotros en el pritaneo: se trata de algo de la máxima urgencia.

—Pero estará durmiendo... —objetó el centinela.

—¡Sácale de la cama, por Heracles! ¡Vamos, muévete! Y vosotros —ordenó al resto del piquete— id a despertar a los miembros del Consejo y reunidlos en el pritaneo. Deben escuchar a este hombre. Tú —mandó a otro—, ve a llamar a un

cirujano y dile que es urgente.

Los hombres corrieron a cumplir lo que les había sido mandado. Dionisio se hizo reemplazar en el cuerpo de guardia por su segundo en la escala de mando, un amigo llamado Yolao, y escoltó por las calles oscuras de la ciudad al grupito con la parihuela, iluminando la calle con la antorcha empuñada. De vez en cuando echaba una mirada al hombre tendido sobre la improvisada parihuela y le veía contraer las facciones en una mueca de dolor a cada sacudida, a cada movimiento brusco. Debía de haberse roto los huesos en aquella descalabrante caída.

Cuando llegó a destino, los consejeros estaban entrando en pequeños grupos. Somnolientos y de mal humor, se habían hecho acompañar por unos esclavos con linternas. Diocles, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, llegó casi enseguida, pero cuando vio a Dionisio frunció el ceño.

—¿Qué pasa tan urgente? ¿Qué manera es esta de...?

Dionisio alzó la mano con un gesto seco para interrumpir sus palabras. Contaba solo veintidós años, pero era el guerrero más fuerte de la ciudad: no tenía rival en el manejo de las armas, en resistencia al cansancio, a las presiones y al dolor. Tenía un temperamento incapaz de soportar la disciplina y era temerario, no respetaba a dioses ni a hombres que demostraran no merecerlo. Pensaba que solo tenía derecho a mandar aquel que estuviera dispuesto el primero a arriesgar su vida por los demás y quien demostrase en la batalla que era el más fuerte y valiente de todos. No tenía la menor consideración por quien lo único que sabía hacer era hablar sin ser capaz de actuar. Y siempre miraba fijamente a los ojos a un hombre antes de matarlo.

—Este ha reventado su caballo y se ha roto los huesos para llegar hasta aquí —dijo— y he pensado que era necesario escucharle enseguida.

—Entonces, que hable —respondió Diocles, impaciente.

Dionisio se le acercó, le ayudó a incorporarse y el mensajero comenzó a hablar.

—Nos atacaron de improviso desde el norte, por donde no nos hubiéramos esperado un ataque. Y así llegaron hasta nuestras murallas. Montaron allí unos arietes basculantes sobre unas torres móviles, unos troncos desmesurados con la cabeza de hierro macizo, y comenzaron a martillar los muros día y noche mientras los arqueros, desde lo alto de las torres, barrían las barbacanas con una cortina de disparos, asaeteando sin descanso a los defensores. Hemos tratado de resistir de todas las maneras...

—Su comandante se llama Aníbal de Ghiskon: un fanático implacable. Afirma ser descendiente de ese Amílcar que murió inmolándose en el altar de Himera hará siete años, cuando los vuestros, junto con los agrigentinios, aniquilaron al ejército de Cartago. Quiere lavar el honor de su antepasado, ha dicho. Y no se detendrá hasta que haya cumplido su venganza.

—Durante tres días seguidos los ataques fueron rechazados uno tras otro y lo

único que nos sostenía en ese esfuerzo espantoso era la esperanza de veros llegar con refuerzos. ¿Por qué no os habéis movido aún? La ciudad no puede resistir largo tiempo: los víveres escasean, hemos perdido muchos hombres, otros muchos, heridos, no están en condiciones de combatir. Tenemos en primera línea a muchachos de dieciséis años y a ancianos de sesenta. También las mujeres luchan. ¡Ayudadnos en nombre de los dioses, os lo suplico, ayudadnos!

Diocles desvió la mirada de la expresión angustiada del mensajero selinontino y la volvió a su alrededor para escrutar los rostros de los consejeros ya sentados en el hemiciclo.

—¿Habéis oído? ¿Qué decís hacer?

—Yo digo que partamos enseguida —exclamó Dionisio.

—Tu parecer no tiene ninguna importancia en este lugar —le hizo callar Diocles—. No eres más que un oficial de rango inferior.

—¡Pero esa gente nos espera, por Heracles! —reaccionó Dionisio —Están muriendo, los aniquilarán si no llegamos a tiempo.

—¡Ya basta! —replicó Diocles—, o haré que te echen.

—El hecho es que —intervino un anciano consejero llamado Héloris— la decisión no podrá ser tomada hasta mañana, cuando haya un número legal de consejeros. Pero mientras tanto, ¿por qué no dejar marchar a Dionisio?

—¿Solo? —ironizó Diocles.

—Dadme una orden —dijo el interpelado— y antes del amanecer tendré listos para el combate a quinientos hombres. Y si pones a mi disposición dos naves, en dos días estaré dentro de los muros de Selinonte...

El mensajero seguía con angustia aquella disputa: cada instante que pasaba podía ser decisivo para la salvación o la aniquilación de su ciudad.

—¿Quinientos hombres? ¿Y de dónde los vas a sacar? —preguntó Diocles.

—Me los proporciona la Compañía —respondió Dionisio.

—¿La Compañía? ¡Soy yo quien manda, no la Compañía! —vociferó.

—Pues, entonces, proporciónamelos tú —replicó gélido Dionisio.

Héloris intervino de nuevo.

—Poco importa, en mi opinión, quién pueda proporcionarlos, con tal de que parta lo más rápidamente posible. ¿Hay alguien que esté en contra?

Los consejeros, que no veían llegar la hora de volver entre las sábanas, concedieron las naves que servían para el grueso de las tropas

En aquel momento entró el cirujano con la bolsa del instrumental.

—Cuídate de este hombre —le ordenó Dionisio, y salió sin esperar siquiera la orden de Diocles.

Poco después llegó su amigo Yolao al cuerpo de guardia.

—Partimos —dijo.

—¿Cuándo? ¿Hacia dónde? —repuso el joven, alarmado.

—Al amanecer, para Selinonte. Estamos en la vanguardia. Los otros llegarán con la flota. Necesito quinientos hombres y tengo que encontrarlos en la Compañía. Ocúpate tú de hacer correr la voz. Los quiero aquí armados al completo, con raciones para cinco días y un caballo de refresco cada tres hombres para dentro de dos horas como máximo.

—Pero eso es imposible de conseguir. Mucho te aprecia la Compañía, pero...

—Entonces, diles que es el momento de demostrarlo. Muévete.

—Como quieras —respondió Yolao.

Lanzó un silbido y enseguida se oyó un relincho y un ruido de cascos. Yolao saltó sobre su caballo y partió desapareciendo en la oscuridad.

Al cuarto día uno de los arietes consiguió abrir una brecha en las murallas y los mercenarios campanios al servicio de los cartagineses se precipitaron por la abertura, impulsados por el deseo de distinguirse, pero sobre todo por la codicia, porque el comandante les había prometido el saqueo de la ciudad.

Los selinontinos se agolparon en defensa de la brecha formando una muralla con los escudos, repelieron a los atacantes y mataron a muchos de ellos, que se retiraron desordenadamente pisoteando los cuerpos de sus propios compañeros.

Al día siguiente, Aníbal dio orden de retirar los escombros e hizo avanzar unas techumbres de protección bajo las cuales sus hombres podían trabajar y desescombrar el pasadizo. Mientras tanto, los arqueros, desde lo alto de las torres de asalto, continuaban sometiendo a sus disparos a los defensores a fin de alejarlos de la brecha.

Al sexto día el paso estaba expedito; los arietes ensancharon más aún la abertura abriendo camino a la infantería de asalto de los mercenarios líbicos, íberos y campanios, que se lanzó al interior de la ciudad con aterradores gritos de guerra.

Los selinontinos, que habían previsto el movimiento, se habían preparado trabajando durante toda la noche y habían levantado barricadas en la entrada de cada calle aislando los barrios traseros. Desde aquellas defensas contraatacaban sin descanso rechazando a los enemigos y dando muerte a gran número de ellos. Pero aunque su valor superaba todo lo imaginable, las fuerzas disminuían, a cada hora que pasaba, por el continuado esfuerzo en el levantamiento de las barricadas, por el insomnio y por el esfuerzo de tener que luchar sin tregua contra unas tropas siempre frescas y descansadas.

Al séptimo día los arietes abrieron una segunda brecha en otro punto del recinto amurallado y por ella se desparramaron los asaltantes lanzando gritos tan fuertes que los hombres que aún combatían sintieron que se les helaba la sangre en las venas. La segunda oleada se derramó contra las barricadas igual que un río desbordado contra unas frágiles márgenes. Fueron vencidos los obstáculos y los guerreros selinontinos se vieron obligados a retroceder hacia la plaza del mercado, donde se reagruparon

uno al lado de otro, tratando así de presentar la última y desesperada resistencia.

En aquellas situaciones apuradas fue increíble el valor de las mujeres. Subidas a los tejados de las casas arrojaban sobre los enemigos todo cuanto tenían al alcance de la mano: tejas, ladrillos, vigas; lo mismo hacían los muchachos, conscientes de la suerte que les esperaba.

De este modo los selinontinos consiguieron prolongar un día más la agonía de su patria, en la esperanza de que cada hora conquistada era una hora ganada. La noche anterior se había producido una señalización luminosa desde las montañas del interior y todos pensaban que los auxilios no iban a tardar ya mucho en llegar. Pero al día siguiente fueron aplastadas las últimas resistencias. Extenuados por el esfuerzo de las largas jornadas de combate, los hombres se desbandaron y la lucha se fragmentó en mil contiendas individuales. Muchos se limitaron a defender las puertas de sus propias casas, y los gritos de terror de los hijos y de las hijas conseguían sacar de sus cuerpos exhaustos los últimos restos de energía. Pero su obstinada resistencia no hacía sino aumentar la rabia de los bárbaros que, tras haberse impuesto por fin, se entregaron a las más sangrientas matanzas que recuerda memoria humana. Mataban sin piedad incluso a los niños de pocos años, degollaban a criaturas en las cunas. Por la noche muchos de ellos merodeaban con decenas de manos cortadas atadas juntas a modo de trofeos y cabezas de enemigos asesinados ensartadas en las picas.

El horror reinaba por doquier, en cada lugar resonaban llantos, gritos de desesperación, lamentos de heridos y de moribundos. Pero no había terminado aún.

Durante dos días y dos noches la ciudad fue saqueada y Aníbal dejó deliberadamente que las mujeres, las muchachas y los niños fueran presa de la violencia y de los estupros de la soldadesca. Lo que tuvieron que padecer aquellos desventurados es indescriptible, pero los pocos que sobrevivieron y pudieron contar lo que habían visto dijeron que no había prisionero que no envidiase la suerte de quienes habían caído con honor empuñando la espada. No hay, en efecto, nada peor para un ser humano que caer en manos de otro ser humano.

La ciudad fue destruida doscientos cuarenta y dos años después de su fundación.

Dieciséis mil personas fueron aniquiladas.

Seis mil, casi todos, mujeres, muchachas y niños, fueron vendidos como esclavos.

Dos mil seiscientos se salvaron huyendo por la puerta de levante porque los bárbaros se habían entregado al saqueo y no se preocupaban de nada más.

Dionisio, a la cabeza de un destacamento de unos cincuenta jinetes, se los encontró mientras marchaban en plena noche. Iba de avanzadilla: llevaba un adelanto al resto de su contingente de cerca de una hora. El grueso de las tropas siracusanas desembarcaría al día siguiente en la desembocadura del Hipsas.

Demasiado tarde.

A la vista de los jinetes, los guerreros supervivientes se cerraron en círculo en

torno a las mujeres y a los muchachos temiendo caer en una emboscada y que solo se librarían de la muerte para tener un final aún más amargo. Pero cuando oyeron que les dirigían la palabra en griego arrojaron los escudos y cayeron de rodillas entre lloros y sollozos. Habían caminado hasta aquel momento sostenidos únicamente por la fuerza de la desesperación y ahora, al verse finalmente a salvo, se sintieron abrumados por los recuerdos del desastre, por la visión de las matanzas, de las violaciones y de las atrocidades que habían presenciado, y el horror y el desconuelo los sumergieron cual olas de un mar tempestuoso.

Dionisio se apeó del caballo y pasó revista a aquellas filas de desventurados. Los hombres, a la luz de las antorchas, se le aparecieron cubiertos de sangre, de polvo y de sudor, los escudos y los yelmos mellados, los ojos enrojecidos por el insomnio, la fatiga y el llanto, la expresión alucinada; parecían más espectros que seres humanos.

—¿Quién es el oficial de mayor graduación entre vosotros? —preguntó.

Se destacó un hombre que frisaría en los cuarenta años.

—Yo. Soy comandante de batallón y me llamo Eupites. ¿Y quiénes sois vosotros?

—Somos siracusanos —fue la respuesta.

—¿Por qué no habéis llegado hasta ahora? Nuestra ciudad ha sido aniquilada y...

Dionisio alzó la mano en un gesto perentorio, e interrumpió la frase.

—De haber dependido de mí, nuestro ejército habría llegado hace dos días. Pero el pueblo debe reunirse en asamblea para deliberar y el colegio de los estrategas debe discutir cómo llevar a cabo la acción. Lo máximo que he podido obtener ha sido partir con una vanguardia. Ahora haz adelantarse a los heridos, prepararemos parihuelas para aquellos que no estén en condiciones de caminar y trataremos de irnos deprisa. Coloca a las mujeres y a los muchachos en el centro, a los guerreros delante y detrás. Para los flancos nos bastamos nosotros. Tenemos que llegar a Agrigento antes de que los bárbaros se lancen en vuestra persecución.

—Espera —dijo Eupites.

—¿Qué pasa?

—Tu nombre.

—Dionisio.

—Escucha, Dionisio: te estamos agradecidos por haber sido el primero en acudir en nuestra ayuda. Sentimos humillación y vergüenza por el estado en que nos hallamos, pero queremos decirte una cosa. —Mientras hablaba, los otros guerreros selinontinos habían recogido los escudos y se agolpaban en torno a él, erguidos de hombros y empujando el asta—: Apenas hayamos recuperado las fuerzas volveremos atrás para reconstruir nuestras casas y nuestra ciudad y si alguien, quienquiera que sea, quiere hacer la guerra contra los cartagineses que sepa que nosotros estaremos siempre dispuestos a acudir en cualquier momento y que la venganza es ahora el único fin de nuestra vida.

Dionisio se le acercó y levantó la antorcha para iluminarle el rostro y la mirada. Descubrió en él tanto odio como no había visto nunca en los ojos de un ser humano. Pasó la antorcha para alumbrar los rostros de los otros guerreros y en cada uno de ellos descubrió la misma feroz determinación.

—Lo recordaré —dijo.

Reanudaron la marcha y avanzaron durante toda la noche hasta un grupo de aldeas donde fue posible encontrar algo de comer. Mientras los quebrantados fugitivos se tumbaban a la sombra de un pequeño olivar, Dionisio volvió atrás a caballo para comprobar que nadie los siguiera. Fue entonces cuando su atención se vio atraída por lo que parecía una mancha blanca en medio de un prado. Espoleó a su caballo y se acercó. En la hierba había tendida una muchacha, aparentemente exánime. Dionisio desmontó, le levantó la cabeza y le acercó a los labios la cantimplora con el agua, haciéndole beber algún sorbo. Aparentaba unos dieciséis años todo lo más, tenía el rostro ennegrecido por el humo y era casi imposible distinguir sus facciones. Solo los ojos, cuando los abrió, brillaron de un color ambarino. Debía de haber caído ya sin fuerzas durante la marcha nocturna sin que nadie lo advirtiera. Y quién sabe cuántos otros debían de haber caído rendidos de cansancio en el curso de la noche.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

La muchacha bebió de nuevo un poco y respondió:

—No digo mi nombre al primero que llega.

—No soy el primero que llega, soy el que te salva el pellejo. Dentro de poco los perros sin dueño te comerían. Levántate, ahora, y monta conmigo. Te llevaré con los demás.

La muchacha se levantó con esfuerzo.

—¿Tengo que subir a caballo contigo? Ni pensarlo.

—Entonces, quédate aquí. Y si llegan los mercenarios campanios harán que se te vayan las ganas de andar sola por ahí.

—Me llamo Areté. Déjame montar.

Dionisio la ayudó a subirse al caballo y él lo hizo de un salto en la grupa detrás de ella, incitando al caballo al paso.

—¿Hay alguien de tu familia con los fugitivos?

—No —respondió Areté—. Mi familia ha sido exterminada.

Lo dijo con un tono ausente, como si hablase de algo que no le afectaba.

Dionisio no añadió nada más. Le alargó de nuevo la cantimplora para que saciase su sed. La muchacha bebió, luego vertió un poco de agua sobre la palma de su mano y se lavó el rostro secándose con un faldón del vestido.

En aquel momento llegó un joven a caballo a gran velocidad y se detuvo a escasa distancia de ellos. Ojos claros, con entradas en el pelo: la frente alta y una barba bien

cuidada le conferían un aspecto más maduro de lo que era. Miró de arriba abajo a la muchacha de una ojeada y acto seguido se dirigió a Dionisio:

—¡Ah, estás aquí! —exclamó—. Habrías podido avisarnos. Pensábamos que habías desaparecido.

—Va todo bien, Filisto —respondió Dionisio—. Me he encontrado a esta muchacha que se había quedado atrás. Vuelve a la aldea y consíguele algo de comida. Probablemente no ha probado bocado desde hace días. Está en los huesos.

La muchacha le miró irritada y Dionisio se quedó impresionado por la belleza de su rostro ahora visible, por los bellísimos ojos ambarinos sombreados por unas largas pestañas negras. Estaba desmejorada y quebrantada por los horrores que había visto, pero era agraciada y bien hecha, tenía unos dedos largos y finos y sus cabellos conservaban aún algo de sus reflejos violáceos y de su perfume. Al cabo de un poco Dionisio se dio cuenta de que su cuerpo de adolescente era sacudido por breves estremecimientos. Lloraba en silencio.

—Llora —le dijo—. Te ayudará a superar los recuerdos que te asaltan. Pero trata de no pensar demasiado en ellos y de no atormentarte. Tu dolor no hará volver a la vida a quienes has perdido.

Ella no dijo nada, pero Dionisio sintió que apoyaba la cabeza hacia atrás, en su hombro, en una especie de doloroso abandono.

Areté se reanimó cuando llegaron a la vista de las aldeas y de los otros prófugos que estaban recuperando fuerzas.

Dionisio le pasó una mano por debajo de la axila y la depositó en tierra sin esfuerzo, como si fuera una pluma.

—Allí están repartiendo algo de comer —le dijo—. Ve, antes de que no quede anda.

Pero al ver que ella no se movía hizo una indicación a Filisto para que trajese un poco de comida tal como le había pedido.

Llegó con un pedazo de pan y un trozo de queso de oveja y se lo ofreció a la muchacha, que comenzó a comer. Debía de estar medio muerta de hambre.

Y sin embargo, apenas se hubo zampado el primer bocado, su atención se vio atraída por un niño de lloraba solo y aparte, debajo de un olivo. Se acercó a él y le ofreció pan.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. Come.

Pero el niño meneó la cabeza y siguió llorando a lágrima viva. Se cubría el rostro con las manitas como si no quisiera ver un mundo tan horrible.

Llegó otro pequeño grupo de fugitivos que se habían quedado atrás. Entre ellos, Areté vio una figura que le impresionó: un joven guerrero avanzaba sosteniendo a duras penas a un viejo macilento que debía de ser su padre y llevando con la otra mano a un chiquillo de quizá siete u ocho años, que iba detrás con esfuerzo,

lloriqueando.

Areté se acercó al niño, lo cogió en brazos y le señaló aquel pequeño grupo familiar.

—Míralos, pequeño. ¿Acaso no parecen Eneas con su padre Anquises y su querido hijo Juló?

El chiquillo dejó de llorar y miró al joven, al viejo y al niño que pasaban por delante de él en aquel preciso momento.

—¿Conoces la historia de Eneas? Come algo, vamos, que te la cuento... —Y comenzó—: Eneas, el príncipe troyano, se había quedado solo defendiendo las murallas, tras la muerte de Héctor. Y la ciudad cayó mientras él dormía, así como los demás. No le quedó más remedio que irse y de ahí nació su fama: la del derrotado que huye, con el único patrimonio que le queda, la esperanza. Alguien sin duda le vio, y transmitió su memoria: un niño cogido de la mano, con un anciano parálítico a cuestas.

—Y así Eneas se convirtió en la viva imagen del fugitivo destinado a tener una fortuna inmensa: miles, millones de epígonos bajo todos los cielos, en todas las tierras, entre gentes cuya existencia ni siquiera se hubiera imaginado...

El niño, mientras escuchaba, parecía haberse calmado un poco y masticaba de mala gana un pedazo de pan. Areté seguía contando, como si pensase en voz alta:

—Acampados en medio del barro, en el polvo, fugitivos en carros, asnos y bueyes, ellos, los fugitivos, son la imagen indeleble de Eneas que sigue viviendo y vivirá eternamente. Porque Troya arde, hoy y siempre...

—Serias palabras para un niño tan pequeño, ¿no crees? —se dejó oír la voz de Dionisio a sus espaldas.

—Tienes razón —respondió Areté sin darse la vuelta—. Demasiado serias. Pero yo hablaba conmigo misma, creo. —Y añadió—: Estoy tan extenuada que no sé lo que me digo.

—Eran unas palabras hermosísimas —repuso Dionisio—, sobrecogedoras. Pero yo no me resigno a esta vergüenza. No puedo soportarla. Me avergüenzo de mis conciudadanos que han perdido un tiempo precioso en discusiones inútiles, en extenuantes diatribas, mientras los vuestros se batían con enemigos despiadados esperando hasta el último momento nuestro auxilio. Hace setenta años, cuando mandaba un solo hombre en Siracusa, nuestro ejército marchó tres días y tres noches llegando a Himera asediada por los cartagineses y los derrotó en una memorable batalla. El mismo día en que los atenienses derrotaban a los persas en Salamina.

—Ese hombre era un tirano —respondió Areté.

—¡Ese hombre era un hombre! —rugió Dionisio—. E hizo lo que se debía hacer.

Se alejó y Areté le vio impartir órdenes a sus compañeros, reunir a los guerreros selinontinos e incitarles a cobrar ánimos y a proseguir la marcha.

No habían descansado siquiera una hora cuando se levantaron, recogieron los escudos y reanudaron su camino. Muchos de ellos no tenían ya las sandalias y se arrastraban sobre las piedras del sendero dejando rastros de sangre. Imposible comprender qué fuerza podía sostenerlos. Pero Dionisio en su fuero interno era consciente de ello y por esto les había pedido que reanudaran el viaje: sabía que nadie es más fuerte que un hombre que no tiene nada que perder.

Avanzaron durante horas deteniéndose solo a beber de vez en cuando al encontrar una fuente o a recoger por el camino algún fruto acerbo para calmar el hambre canina. Los niños no tenían siquiera fuerzas para llorar y, mirando a sus padres o a los compañeros de viaje, daban muestras de un espíritu increíble y de un valor conmovedor tratando de no hacer mal papel en comparación con ellos.

Hasta la tarde del día siguiente no llegaron los socorros: carros tirados por bueyes, asnos, mulos y víveres en abundancia. Se hizo subir a viejos e inválidos, mujeres y niños en los carros y los guerreros pudieron cargar en ellos los escudos mientras caminaban mucho más ligeros.

Al cabo de otras dos jornadas de viaje, al atardecer llegaron a la vista de Agrigento.

La magnífica ciudad, iluminada por el sol poniente, se alzaba delante de ellos como una visión. Encaramada en una colina, rodeada de un imponente recinto amurallado de cinco estadios de perímetro, mostraba sus templos esplendentes de mil colores, las estatuas y los monumentos y arriba, en lo alto, en la cima de la acrópolis, el santuario políade con las acroteras doradas que resplandecían al sol cual gemas.

El sonido de una trompeta resonó a lo largo y a lo ancho del valle y las puertas se abrieron. Los fugitivos pasaron entre los monumentos de la necrópolis y subieron hacia la puerta de poniente, luego se adentraron en la ciudad pasando por en medio de una multitud muda y atónita. Resultaban aún visibles los signos del desastre al que habían escapado: heridas, contusiones, llagas en todo el cuerpo, mugre y ropas hechas jirones, pies ensangrentados, rostros demacrados, cabellos sucios de polvo y de sangre coagulada. A medida que se adentraban en la ciudad más bella que hubiera sido construida nunca en Occidente, la conmoción de los presentes iba en aumento y muchos no conseguían contener las lágrimas delante de una visión tan lastimosa. Aquellos desgraciados eran la prueba de la inaudita ferocidad de los enemigos, de la terrible maldad de los bárbaros.

Las autoridades de la ciudad, conscientes del efecto devastador que tenía sobre la población el ver a los refugiados, dieron orden de conducirlos hacia la plaza del mercado, cerca del gran lago artificial, y de acomodarlos debajo de los porches para prestarles los primeros auxilios y proporcionarles comida, agua y ropas limpias. A cada uno se le dio un trozo de cerámica que llevaba estampado un número y se sortearon las familias que les darían hospedaje en espera de encontrarles un acomodo.

Dionisio se acercó a Areté y le dijo:

—Aquí estáis seguros. La ciudad es poderosa y rica, las murallas son las más recias de toda Sicilia. Tengo una pequeña casa por este lugar con una plantación de almendros y un pequeño huerto. Me sentiría dichoso si tanto tú como el niño aceptarais mi hospitalidad.

—¿No quieres esperar a que nos sorteen? —preguntó Areté.

—Yo no espero nunca —replicó Dionisio—. La suerte es ciega, pero yo no cierro nunca los ojos del todo, ni siquiera cuando duermo. Entonces, ¿aceptas?

Areté le sonrió.

—¿Por dónde está? —le preguntó.

—Por aquí. Sígueme —y se encaminó llevando al caballo de la brida.

Pero justo en aquel momento oyeron un grito: «¡Krisse!» y vieron a una mujer que corría a su encuentro mientras seguía pronunciando aquel nombre.

El niño se volvió, se liberó de la mano de Areté y corrió hacia la mujer gritando: «¡Mamá!». Se abrazaron en medio de la plaza, entre la gente que miraba conmovida.

—No es el primer caso —dijo Dionisio—. Algunos pequeños han reencontrado a su madre o a su padre que los creían perdidos. Otros han reencontrado a sus maridos o a sus mujeres, o a sus hermanos. Y su alegría ha sido tan grande que les ha hecho olvidar todo lo demás que han perdido.

—Cómo lo siento —dijo Areté—. Comenzaba a sentir cariño por él. ¿Y ahora tendré que ir sola a tu casa? No sé si puedo fiarme.

—Claro que puedes fiarte —repuso Dionisio—. Eres demasiado flaca para mis dientes.

Areté le miró despechada por aquella expresión tan ruda, pero la sonrisa burlona y casi canallesca de Dionisio no conseguía irritarla. Más aún, era probablemente su aspecto, aparte de su personalidad, lo que le fascinaba: era más alto de lo normal y moreno de pelo, tenía los ojos negros y brillantes, como el mar de noche; la piel, bronceada por el sol, estaba tensa en sus poderosos músculos de combatiente y dejaba traslucir unas turgentes venas azulinas en los brazos y en el dorso de las manos.

Aquel muchacho había ayudado a sus conciudadanos a salvarse, había sido el primero en acudir en su ayuda y de haber sido por él quizá Selinonte no habría caído.

Selinonte... Hasta el nombre le parecía dulce en la amargura extrema del destierro, en la pérdida de todo cuando había creído suyo e inalienable: la casa, los familiares, los juegos abandonados hacía poco, las amigas con las que tantas veces había subido a los templos de la acrópolis a llevar presentes a los dioses para la prosperidad de la ciudad y del pueblo. Recordaba la gran plaza del mercado llena de gente y de mercancías, las procesiones, los paseos por los campos, las riberas del río adónde iba a lavar la ropa con sus amigas y a tenderlas al sol para que se perfumasen con el viento que olía a amapolas y a trigo.

—¿Existe más agradable perfume que el trigo en flor? —preguntó de golpe mientras comenzaban a subir la cuesta hacia la parte alta de la ciudad.

—Qué tontería —respondió Dionisio—. El trigo no da flores.

—Claro que da, cuando está aún verde, en mayo. Son diminutas, en el interior de la espiga, de un color blanco lechoso, pero su perfume es tan dulce que se confunde con el perfume mismo de la primavera. ¿Sabes cuándo se dice «perfume de primavera» pero todavía no hay rosas y las violetas han florecido ya? Pues ese, ese es el perfume de las flores del trigo...

Dionisio la miró, esta vez con una atención casi afectuosa. —Sabes muchas cosas, muchacha...

—Puedes llamarme Areté.

—Areté... ¿Dónde las has aprendido?

—Mirando a mi alrededor. Y nunca como ahora comprendo el valor de los tesoros que nos rodean y que nosotros no advertimos, como las flores del trigo... ¿comprendes?

—Creo que sí. ¿Estás cansada?

—Podría acostarme en este empedrado y caerme dormida como un tronco.

—Entonces será mejor que entres. Mi casa es esa de ahí.

Dionisio ató el caballo a una anilla que pendía de la pared, abrió la cancela de madera y entró en un pequeño patio al que daban sombra un almendro y un granado florido. Cogió una llave de debajo de una piedra y abrió la puerta. El interior era muy sencillo y sobrio: una mesa con un par de sillas, una banqueta a un lado, del otro un cubo con una orza de terracota para el agua. Al fondo, en la parte opuesta a la entrada, había una escalera de madera que conducía al piso superior. La hizo acomodarse en el único dormitorio y la tapó con un paño ligero. Areté se durmió casi enseguida y Dionisio se quedó mirándola absorto durante un rato. Un relincho le hizo volver a la realidad y bajó a la planta baja para cuidar al caballo.

II

Areté se despertó y durante un instante la dominó el pánico al darse cuenta de que no sabía dónde se encontraba. El cuarto estaba inmerso en una semioscuridad y no llegaba del exterior casi ningún ruido. Se levantó y fue a abrir la ventana que daba al jardincillo interior. Vio el granado y el almendro con sus hojas aun tiernas: los reconoció y recordó. Debía de haber dormido durante muchas horas con un sueño profundo y ahora caía ya la tarde. Vio con alivio un barreno con agua y un vestido preparados para ella; se levantó y se cambió.

Había una escalera con seis o siete peldaños de piedra que llevaba a una especie de sotabanco y comenzó a subirla, descalza, sin hacer el menor ruido.

Cuando se asomó a la azotea del piso superior se ofreció a su vista un espectáculo que la dejó estupefacta y la emocionó: delante de ella se extendía Agrigento, donde comenzaban a encenderse las primeras luces de las casas. A la derecha, en alto, podía verse el Athanaion en la cima de la acrópolis y un delgado hilo de humo que ascendía quizá del altar. A la izquierda, diseminados en la colina que daba frontalmente al mar, los restantes templos de los dioses: uno exactamente en la cima, el otro en la mitad, un tercero más allá del mismo tramo, pintados de vivos colores, adornados de escayolas y de esculturas, con hermosísimas plantas y jardines alrededor. Abajo, en el valle, en dirección a poniente, se alzaba una gigantesca mole todavía en construcción, un templo como nunca había visto otro, tan alto que dominaba cualquier otra estructura, con el entablamiento sustentado por unos colosos de piedra de por lo menos doce pies de alto y el frontón adornado con grandes grupos escultóricos, miembros heroicos tensos en titánicos enfrentamientos.

Podía ver también el recinto amurallado con los centinelas armados que iban adelante y atrás por la barbacana y, más allá de las murallas, la llanura que se desplegaba hasta el mar, ya color de herrumbre. Otros dos templos se alzaban más lejos hacia poniente, blancos de estucos y con perfiladuras doradas en los frontones y en las acroteras.

Dionisio estaba sentado en una silla de brazos y contemplaba el mismo espectáculo a la última luz tenue del ocaso. A la derecha, colgada de uno de los palos de la parra, estaba su armadura, y apoyado en el murete del parapeto, el escudo y, al lado, la lanza. No llevaba más que la clámide sobre el cuerpo desnudo y debía de haberse dado un baño porque, cuando Areté se acercó, no notó en absoluto la peste a sudor de caballo que casi no le hacía distinguirse, al olfato, de su corcel.

—La más hermosa ciudad de los mortales... —dijo Dionisio sin darse la vuelta.

Areté no consiguió comprender cómo había podido advertir su presencia habiendo subido ella en el más absoluto silencio, pero pensó que tenía por costumbre mantener los sentidos siempre tensos y alerta en las largas vigilias de la guerra.

—Es encantador —respondió mientras seguía vagando con la mirada por aquel paisaje de increíble belleza.

—Así la llamó Píndaro en un poema suyo. ¿Conoces a Píndaro?

—Claro, aunque no es mi preferido. La lírica me gusta más.

—Compuso esta oda para celebrar la victoria de Terón, señor de Agrigento en la carrera de carros en Olimpia, hará siete años.

—Debieron de pagarle bien. No podía ciertamente hablar mal de él.

—Necias palabras las tuyas. Ningún dinero puede comprar la inspiración y tienes ante ti un espectáculo sin igual no solo en Sicilia, sino en el mundo entero.

—No perdonas nada —dijo la muchacha con un tono resignado en la voz—. A cualquiera le puede pasar que diga una tontería. Y yo llevo aún en el corazón el esplendor de mi patria perdida... ¿Puedes comprenderlo? Veo esta maravilla y pienso que en lugar de la ciudad que amaba no hay más que un montón de ruinas.

—No para siempre —repuso Dionisio sin volverse—. Volveremos y la reconstruiremos.

—¿Volveremos? Tú no eres selinontino, eres siracusano...

—Yo soy siciliano... un griego de Sicilia, igual que vosotros, igual que todos los demás, raza de bastardos hijos de griegos y de mujeres bárbaras. Medios bárbaros, nos dicen en la llamada madre patria. Pero mira qué hemos hecho nosotros, medio bárbaros como somos: mira ese templo de allí sustentado por una multitud de gigantes: es más alto y más grande que el Partenón. Mira ese lago artificial al fondo de ese valle que refleja los colores del cielo en medio de la ciudad, y mira los pórticos, las estatuas, los monumentos. Nuestros atletas han hecho morder el polvo a los del continente. Los hijos de los emigrados han ganado en todas las competiciones de Olimpia. ¿Conoces la historia de Euenetos?

—¿El auriga, el campeón olímpico?

—El mismo. Cuando volvió a la ciudad después de la victoria en la carrera de los carros, los jóvenes agrigentinos salieron a su encuentro para honrarle con un desfile de mil doscientos carros. Mil doscientos, ¿te das cuenta? Dos mil cuatrocientos caballos. Acaso no hay en toda Grecia mil doscientos carros en la actualidad. Aquí les hacen monumentos a los caballos. Los entierran en suntuosos sarcófagos igual que a los héroes. Allí tienes uno, con las columnas jónicas, ¿lo ves?

—Sí, creo que sí... ahora no hay ya mucha luz. Pero háblame de ese templo altísimo, sustentado por los gigantes.

—Está dedicado a Zeus Olímpico y será terminado el próximo año. Sobre uno de los frontones está la Gigantomaquia, Zeus venciendo a los Gigantes que luego son condenados a sostener perpetuamente el arquitrabe de su templo. En el otro está representada la caída de Troya...

—Oh, dioses, ¿por qué? ¿Por qué han elegido un tema de este tipo para el

tímpano? Es una historia triste.

—Lo sé —respondió Dionisio—. Quizá para ahuyentar un destino igual, quién sabe. O quizá porque los agrigentinos tienen un sentido de la muerte muy intenso... justamente porque aman la vida de modo excesivo, exagerado. ¿Ves? Son un pueblo extraño: construyen monumentos como si tuvieran que vivir eternamente y viven como si cada día fuera el último de su existencia... —Dudó un momento para añadir a continuación—: No son palabras mías. Son de Empédocles, su más grande filósofo.

—Palabras hermosísimas y sobrecogedoras —dijo Areté—. Me gustaría mucho verlo cuando esté terminado.

—Lo verás, te lo prometo. Iré a buscarte, si fuera necesario, allí dondequiera que estés y te llevar a visitar esa maravilla y olvidarás todo cuanto has sufrido.

Areté se le acercó y buscó sus ojos en la oscuridad.

—¿Vendrás a buscarme aunque sea demasiado flaca?

—Tonta muchacha... —dijo Dionisio—. Tonta muchacha... Claro que iré. No te he salvado la vida para dejarte a cualquier otro.

—En cualquier otra situación diría que juegas conmigo, pero me has conocido en un estado tan lastimoso, me has visto ya sin afectos, sin patria y sin lágrimas y, por tanto, debes de ser por fuerza sincero. Si es así, entonces, ¿por qué no me has besado aún?

Dionisio se levantó, la estrechó contra sí y la besó. Ella sintió su desnudez bajo la clámide ligera y se echó hacia atrás, pero dijo enseguida:

—Estoy contenta de que lo hayas hecho. Apenas te vi, sobre la grupa de ese caballo negro resplandeciente, con la armadura como Aquiles, pensé enseguida que la muchacha que tú eligieras sería afortunada. Y pensé que también lo sería aquella a la que dieras un beso. No se puede pretender todo en la vida.

Dionisio meneó la cabeza.

—Eres una muchacha muy parlanchina. ¿No tienes hambre?

—Por supuesto que tengo, pero no me parece de buena crianza decirlo.

—Entonces, vamos a cenar. Estamos invitados.

—¿Quién nos ha invitado?

—Vamos a casa de un hombre muy acomodado de esta ciudad.

Se llama Telías. Y tú podrás estar con su mujer y sus amigas.

—Soy parlanchina porque si estoy callada me entran ganas de llorar.

—Respondes con retraso y fuera de lugar.

—No. Temo no causar buena impresión. Trato de reaccionar, pero soy como alguien que trata desesperadamente de mantener la cabeza fuera del agua para no ahogarse. No sé si conseguiré ser una buena compañía en estas condiciones.

—No puedes quedarte sola en la oscuridad, sería peor aún. Espérame abajo, me visto y me reúno enseguida contigo.

Areté bajó la escalera y esperó en el patiecillo aguzando los oídos a los ruidos del anochecer: los carros por el empedrado, el paso cadencioso de las primeras patrullas de ronda, las voces de las madres que llamaban a sus niños a casa. Apenas si le dio tiempo de secarse las lágrimas cuando oyó bajar la escalera a Dionisio.

—Telías era un amigo de mi padre —empezó diciéndole Dionisio— y cuando mi padre murió durante la gran guerra contra los atenienses, tomó a nuestra familia bajo su protección. Pero yo siempre he sido su preferido. Quizá porque no tiene hijos y hubiera querido mucho tener un varón. Es uno de los hombres más acomodados y, en vista de que esta es probablemente la ciudad más rica del mundo, puedes imaginarte lo rico que es. Los ricos son a menudo unos cerdos que solo piensan en engordar cada vez más. Él es rico como Creso y gordo como un puerco, pero es bueno y generoso, un hombre extraordinario. Imagínate que estaba una vez bajo el porche de su casa contemplando el temporal cuando acertó a pasar por allí un escuadrón de caballería gela. Esos pobres muchachos estaban calados hasta los huesos, ateridos de frío, y él les hizo entrar para que bebieran y se calentasen. ¿Comprendes? Un escuadrón entero de caballería. Les hizo sentarse y les dio ropas secas a todos, así como de comer y de beber cuanto quisieron, hasta que se recuperaron debidamente y pudieron partir de nuevo.

—En otra ocasión la ciudad le mandó a Rhegion con una embajada y los rhegianos le hicieron hablar en el teatro. Pero cuando abrió la boca, con su voz bronca y campanuda, pequeño y seboso como es, uno se echó a reír y luego otro y finalmente el teatro entero. Se aguantaban la tripa de la risa.

— ¿Y sabes qué hizo él? ¿Crees que se enrabió? ¿Que montó en cólera? Nada de eso. Esperó a que dejaran de reírse y dijo: "Hacéis bien riéndoos: no soy ni apuesto ni imponente y tampoco tengo una gran voz. Pero habéis de saber que, en mi tierra, se acostumbra a mandar a los hombres apuestos, fornidos y elocuentes como embajadores a las ciudades importantes, y a los pequeños, gordos y con voz campanuda, como yo, a las ciudades de mala muerte como la vuestra". Nadie tuvo más ganas de reírse.

Areté rió, divertida.

—Me gustaría conocerle.

—Le verás. Es un anfitrión amable. También con las mujeres. Sin embargo, habla solo si te preguntan y cuando te despidas ve a las dependencias de las mujeres. Te mandaré llamar cuando sea el momento.

Habían llegado ya delante de la entrada de la casa de sus anfitriones: un porche, luego una puerta de madera que se abría en un muro encalado con dos rosales trepadores a los lados que difundían un ligero perfume en el aire de la noche. Un criado les hizo entrar y les llevó al atrio, donde Telías salió a recibirles.

—Dionisio, hijo mío, he permanecido en un estado de ansiedad durante todo este

tiempo al enterarme de que fuiste con unos cincuenta hombres a enfrentarte contra todo un ejército cartaginés.

—Dichoso de ti, que aún tienes ganas de bromear —respondió Dionisio—. Si hubieras visto lo que he visto yo, se te habrían ido hace tiempo.

Telías hizo una indicación a ambos de que entraran.

—No te lo tomes a mal, lo único que quería decirte es que has sido un loco aventurándote, con un puñado de hombres, a una situación tan peligrosa.

—Al menos ayudé a los supervivientes, les conduje por un itinerario más seguro, lejos de los caminos más transitados donde habrían podido encontrarse con gentes indeseables.

—Lo sé, haces siempre las cosas acertadamente y al final siempre tienes razón. Resultas hasta fastidioso. ¿Y esta agradabilísima paloma? Es muy bonita, aunque un poco demasiado flaca, si puedo preciarme de conocer bien tus gustos. ¿De dónde la has cazado? No es agrigentina, obviamente. ¿Qué padre de familia en su sano juicio te permitiría nunca llevártela por la noche de este modo? En cualquier caso, sus bonitos y largos cabellos me dicen que es muchacha de condición libre y.

—Es selinontina —le interrumpió Dionisio.

Telías puso de improviso cara sombría.

—Oh, pobre hija —dijo inclinando la cabeza—, pobre pequeña. Les precedió por el atrio iluminado por dos filas de candelabros de bronce, cada uno con cuatro lámparas.

—En esta casa se respetan las tradiciones —dijo vuelto hacia Areté— y por tanto comerás con mi mujer y sus amigas: son personas simpáticas y te encontrarás bien. —Hizo un gesto a una joven sierva que entraba en aquel momento con una bandeja de hogazas—. Ella te llevará arriba, al gineceo.

La sierva, tras dejar la bandeja en la mesa, se acercó a Telías, quien le susurró algo al oído. Una vez que hubo desaparecido con Areté por la escalera, se dirigió a Dionisio.

—Le he pedido que les diga a las mujeres que no la aflijan con preguntas importunas. Debe de haber sufrido horrores inimaginables.

—Su familia fue aniquilada por los bárbaros y, aunque se hubiera salvado, envidiaría a quienes han muerto.

—¿Tan horrible fue?

—No he visto la ciudad. Encontré a los que huían a unos diez estadios de distancia, pero he escuchado sus relatos. En mi vida he visto tanto horror. Algunas de las mujeres han perdido la cabeza. Recuerdo una, de unos treinta años, que debía de ser una belleza. Reparé en ella la primera tarde porque bamboleaba la cabeza arriba y abajo mientras cantaba una nenia, siempre con la misma voz monótona y los ojos fijos en el vacío. Caminó durante horas. Al día siguiente me senté delante de ella para

hablarle, para convencerla de que comiera algo, pero me di cuenta de que no me veía. Tenía las pupilas dilatadas y dentro de aquellos ojos no había más que un abismo de tinieblas.

Nadie consiguió hacerle probar bocado. Morirá, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Cuántos se han salvado?

—No sabría decirlo: entre dos y tres mil, si no ando errado, pero morirán bastantes más aún, a causa de las heridas y las torturas sufridas.

Un siervo trajo una jarra y una bandeja y vertió agua en las manos de los dos comensales; después les ofreció un paño de lino para que se secaran. Otros criados trajeron la cena a la mesa —pichón asado con manzanas silvestres, pan con sésamo y vino tinto de Síbarisy los dos hombres comenzaron a comer sentados y con una única mesa que descansaba en el suelo entre ellos. Telías hacía colocarse de aquel modo a todo el que el anfitrión consideraba un amigo muy íntimo y querido.

—¿Y ahora? ¿Qué crees que sucederá? —preguntó.

—Los selinontinos supervivientes quieren volver a su ciudad y vengarse. Están llenos de odio y de rencor, sedientos de venganza.

—¿Y Siracusa?

—Siracusa es la mayor potencia de la isla. Asumirá sus responsabilidades.

—Por el momento no parece que lo haya hecho.

—Tienes razón. Llegamos demasiado tarde, perdimos tiempo en inútiles discusiones. Así es la democracia, ¿no? Por otra parte, era difícil pensar en un asalto llevado a cabo con tanta determinación y un despliegue semejante de medios. La ciudad cayó en nueve días. Nueve días, ¿comprendes? Es algo que no recuerda memoria humana.

—Ya. Si Troya cayó en diez años... Pero las guerras son hoy en día algo muy distinto. Son las máquinas las que permiten ganar las guerras, no los hombres.

—Los fugitivos me han dicho que las torres de asalto dominaban los muros por lo menos en veinte pies y que llegaron desmontadas. Descargaron de las naves sus partes numeradas que luego fueron ensambladas sobre el terreno en el que fueron utilizadas. Y había arietes con la punta herrada suspendidos de torres de madera y que operaban mediante oscilación... —Dionisio se detuvo de improviso, se puso en pie y dejó escapar un suspiro—. Hay una cosa que no te he dicho de la muchacha.

—Oigamos, si crees que soy digno de tu confianza.

—No es selinontina.

—¿Qué?

—Es hija de Hermócrates.

—No es posible.

—Yo, en cambio, estoy seguro de ello. Ella no sabe que yo lo sé, pero la he reconocido. La encontré entre los fugitivos, medio muerta de hambre y de fatiga.

—¡Dioses del cielo! Nada menos. Pero ¿qué hacía ella en Selinonte?

—Ya sabes cómo han ido las cosas últimamente en Siracusa. Hermócrates mandaba nuestra flota en el Egeo en apoyo de los espartanos contra Atenas. Pero Diocles consiguió azuzar contra él al pueblo diciendo que aspiraba a establecer un poder personal, que era un hombre peligroso para la democracia y otras infamias por el estilo. Con la ayuda de sus partidarios, que envió un poco por todas partes y bien situados en la Asamblea, le hizo odioso para todos mientras él estaba lejos y no podía defenderse. Consiguió que el pueblo no pudiera verle y le hiciera destituir con una orden del día de la Asamblea. En ese momento partió una nave de guerra con la orden de destitución y el mandato de presentarse ante el Consejo para informar y responder de las acusaciones que se le hacían.

—¿Y él?

—Se guardó mucho de hacerlo. Apenas leyó el mensaje se hizo a la mar con su unidad de combate y desapareció. Nadie sabe dónde se encuentra actualmente.

—Comienzo a comprender.

—Lo mismo creo yo. Hermócrates intuía que su familia estaba en peligro e hizo trasladar por medio de algún amigo de confianza tanto a su mujer como a su hija a Selinonte, donde creo que tenía amigos. No podía imaginar lo que iba a suceder.

Dicho esto, Dionisio se sentó de nuevo en silencio. Entre los dos hubo un rápido intercambio de miradas.

Telías creyó ver una sospecha atroz en los ojos de su invitado. —No pensarás que...

—¿Que el gobierno siracusano retrasó su ayuda intencionadamente para que la familia de Hermócrates fuera aniquilada en la matanza de Selinonte? Es difícil afirmarlo, pero piensa mal y acertarás.

—Yo no lo excluyo. Demagogos embrollones y cabrones como son, son capaces de cualquier cosa, te lo digo yo.

—Ahora exageras. Quisiera saber más bien qué intenciones tienes.

—No lo sé. Me he quedado con la muchacha porque no me fío de nadie. Pero he de volver mañana y no puedo llevármela conmigo, aunque quisiera. Si alguien la reconociese, Areté se vería en problemas. Y yo con ella. No quiero que sepan lo que pienso, ni del lado de quién estoy. Soy un buen combatiente y tienen necesidad de mí. Por el momento les debe bastar...

—Exactamente. ¿Y luego?

—No quiero tampoco que ella sepa que la he reconocido.

—¿Por qué?

—Porque si hubiera querido me lo habría dicho ella. No se fía lo bastante de mí por el momento y no puedo decir que ande equivocada. Está sola, asustada. Cualquier otro haría lo mismo en su lugar.

—Sigue.

—¿La tendrías contigo?

Telías pareció dudar.

—Por favor —insistió Dionisio.

—Por supuesto. ¿Cómo puedes dudarlo? Es una buena muchacha, ha padecido mucho. La tendremos con nosotros con mucho gusto, sí crees que se va a encontrar bien aquí.

Dionisio sonrió aliviado.

—Le he hablado de ti. Le he dicho que eras gordo como un cerdo y rico como Creso, pero que pese a ello eras una buena persona... la mejor que yo conozca.

Telías meneó incómodo la cabeza y empujó la bandeja hacia el invitado.

—Come, debes de estar agotado.

Areté pasó la velada y comió en compañía de las mujeres de la casa, que evitaron de entrada hacerle preguntas acerca de su desgracia, pero el acontecimiento de la matanza de Selinonte era de tal magnitud que no podía mantenerse fuera de las cuatro paredes de la casa ni de la conversación. La muchacha trató de salir del paso con unas pocas y secas respuestas en un tono que daba a entender a las claras que el asunto no debía ser objeto de charlas curiosas.

Una de las presentes, sin embargo, no pudo resistirse.

—¿Es cierto —le preguntó en un momento dado— que todas las mujeres fueron violadas?

Estaba claro que, en su cruel curiosidad, trataba de decir: «¿Lo has sido también tú?».

Areté respondió:

—Las mujeres sufrieron como los demás e incluso más al ver morir ante sus propios ojos a sus hijos y maridos. Las que han sobrevivido reviven los más atroces sufrimientos cada vez que se los recuerdan o que alguien se los hace recordar.

Las mujeres callaron incómodas y la mujer de Telías dijo:

—Ahora ya basta, amigas mías. Dejémosla en paz. Necesita estar tranquila, empezar una nueva vida. Pensad si hubierais tenido que asistir vosotras a tantas atrocidades.

Areté trató de atenuar la incomodidad pidiéndoles noticias de la ciudad y si era cierto que en ella enterraban, en sepulcros monumentales, a los caballos que habían ganado competiciones importantes, si había también un cementerio para las avecillas cantoras que hacían compañía a las señoras en los gineceos.

—Ah, es algo que habrá sucedido dos o tres veces como máximo —respondió la mujer de Telías—, pero se habla incluso de necrópolis para los jilgueros. No son más que habladurías, hija mía, a las que no debes hacer caso.

Terminada la cena, Areté volvió a aparecer en la planta baja donde Dionisio

estaba sentado a solas.

—¿Dónde está el amo de casa?

—Ha salido un momento. Siéntate.

—Pensaba que nos iríamos a casa.

—No —respondió Dionisio—. Tú te quedas aquí.

—¿Por qué?

—Porque mañana antes del amanecer tengo que partir para Siracusa y no puedo llevarte conmigo.

—No necesito ir contigo. Volveré sola.

—No. No sabes cómo ir, ni sabrías encontrar un hospedaje para pasar la noche. Ninguna mujer viaja si no es acompañada por un pariente. Y también Siracusa es un lugar peligroso en estos momentos.

—Ten paciencia, en cuanto pueda volveré a buscarte, te lo prometo.

—¿Y por qué deberías hacerlo?

—Porque... porque si he dicho que volveré es que volveré —respondió con brusquedad.

—Pero ¿cuándo volverás?

—Tan pronto como pueda. Aquí estarás bien, estarás en lugar seguro y no te faltará nada...

Areté inclinó la cabeza y permaneció en silencio.

—Y yo no tendré que preocuparme —añadió Dionisio.

La muchacha se puso en pie ante aquellas palabras y le miró fijamente a los ojos.

—¿Estarás al menos lejos de todo peligro?

—No.

—¿Y me darás un beso antes de irte?

—Sí —respondió Dionisio.

La atrajo hacia sí y la besó en los labios. Luego, sin esperar a que Telías apareciese de nuevo, abrió la puerta y se fue.

III

Dionisio se levantó al primer canto del gallo y pensó en Areté. Aquella muchacha amedrentada y orgullosa, tierna y descarada, y no obstante frágil como un perfumero, le inspiraba un sentimiento que no quería admitir ni aceptar, una admiración que le había impresionado la primera vez que la había visto en la procesión de Siracusa el día de la fiesta de Atenea.

La hija de Hermócrates, su ídolo, su modelo. No habría osado nunca siquiera mirarla, pensó entonces, a ella, hija de un aristócrata, nunca habría podido imaginar que llegaría un día en que la supervivencia misma de la muchacha dependería de él. Sentía cierto fastidio al tomar conciencia de que se había quedado prendado de ella. Y sin duda no por compasión, aunque así había querido creerlo en un primer momento.

La noche antes había bajado a mirarla después de que hubiera caído en un pesado sueño. La había contemplado largamente demorándose con la lucerna mientras escrutaba cada uno de los rasgos de su rostro, cada curva de su cuerpo leve como espuma, sus pequeños pies doblados. Luego volvió a la terraza de debajo de la parra para contemplar el sol que descendía hacia el mar.

Metió un pan dentro de la alforja, llenó la cantimplora de agua fresca, preparó el caballo y bajó hacia la plaza del mercado sujetándolo por la brida.

Sus hombres le esperaban ya dispuestos y equipados; estaban desayunando mientras echaban de vez en cuando pedacitos de pan a los peces amaestrados del lago artificial. Se pusieron en camino casi enseguida y, una vez que hubieron salido por la puerta de levante y bajado al valle inferior, volvieron la vista atrás para contemplar el maravilloso espectáculo de los rayos matutinos que herían en su parte alta el templo de Atenea de la acrópolis antes de descender, lentamente, para iluminar las laderas de la colina sagrada. Los altísimos muros la rodeaban por todas partes y miles de mercenarios se sumaban a las tropas de la ciudad para defender el poderoso recinto amurallado.

—Demasiado grande —dijo Dionisio, observando aquella maravilla.

—¿Qué has dicho? —preguntó Filisto, que cabalgaba a su lado. —Que el recinto amurallado es demasiado grande. Podría volverse indefendible.

—¡En qué tonterías piensas! —exclamó Filisto—. Agrigento es inexpugnable. Demasiado alta para ser derrotada con torres de asalto y además es riquísima y dispone de todos los medios para su defensa.

Dionisio la miró de nuevo mientras refunfuñaba.

—Demasiado grande, demasiado grande...

Pasaron junto al campamento del contingente siracusano que hubiera tenido que prestar su auxilio a Selinonte y que estaba allí en espera de unas órdenes que no

llegaban, luego prosiguieron a paso de andadura durante toda la jornada. Marcharon todavía durante cinco días y al sexto, hacia el atardecer, llegaron a la vista de Siracusa. La ciudad era como una gema engarzada entre la tierra y el mar. Su corazón, la Ortigia, encerraba el islote rocoso en el que habían puesto el pie los antepasados llegados de ultramar con un puñado de tierra de la patria natal y el fuego tomado del sagrado pebetero que ardía en la acrópolis.

Los fundadores habían elegido un lugar perfecto tanto para la defensa como para el comercio. La ciudad tenía, en efecto, dos puertos, uno al norte, el Lakios, al socaire del ábrego, y otro al sur, al abrigo del bóreas. De este modo, no se veía nunca aislada a causa del viento desfavorable y cercarla era casi imposible.

Cosa que habían aprendido, a pesar suyo, los atenienses que habían sufrido una durísima derrota después de muchos e inútiles intentos de expugnarla. Allí, en las malsanas zonas pantanosas próximas a la desembocadura del Anapo, habían permanecido durante meses atormentados por la calentura, la disentería y las fiebres mientras veían cómo se pudrían sus soberbios trirremes en el fondeadero. Dionisio todavía recordaba —era entonces nada más que un muchacho— que los había visto, prisioneros, desfilar encadenados hasta las horribles latomías, las cuevas de piedra donde pasarían el resto de su vida sin poder ver más la luz del sol. Allí les marcaron a fuego, en la frente, uno por uno, con la marca de los caballos, y allí les llevaron para que se consumieran en aquella inmensa cueva oscura donde el ruido de los cinceles resonaba de forma cadenciosa, obsesiva e incesante, donde el aire era un denso polvo que cegaba los ojos y abrasaba los pulmones.

Se había perdonado la vida solo a aquellos que se sabían de memoria los versos de *Las troyanas* de Eurípides que ensalzaban la paz. ¡Que no se dijera que los siracusanos eran toscos e ignorantes! Y sin embargo la ciudad había terminado por copiar las instituciones de la odiada enemiga: se había dado una constitución democrática que reducía drásticamente los poderes y la influencia política de los grandes terratenientes y de los nobles.

A medida que se acercaban podían ver el muelle que unía la isleta de Ortigia con tierra firme, donde estaba en expansión un nuevo barrio y, más arriba, en las Epípolas —la meseta que domina la ciudad— una serie de puestos de guardia que vigilaban las tierras del interior.

Pasaron por el lado de la fuente Aretusa, la fuente casi milagrosa que manaba a pocos pasos del mar, rica en aguas cristalinas, la fuente que había permitido a la ciudad nacer y existir y que los siracusanos veneraban como a una divinidad.

Dionisio se detuvo a beber, como hacía siempre cuando volvía de un viaje, y a mojarse los ojos y la frente. Le parecía que con aquel gesto hacía correr nuevamente por su cuerpo la misma linfa que corría por las venas ocultas y secretas de su tierra.

La patria.

Él la amaba con un amor posesivo y celoso, conocía su historia y la leyenda desde el mismo día de su fundación, conocía cada muro y cada piedra, los ruidos disonantes del mercado y del puerto y los olores, tan intensos, de la tierra y del mar. Habría podido recorrer la ciudad de un extremo al otro con los ojos vendados sin tropezar. Conocía a los notables y a los mendigos, a los guerreros y a los delatores a sueldo, a los sacerdotes y a las plañideras, a los artesanos y a los ladrones, a las prostitutas callejeras y a las más refinadas hetairas llegadas de Grecia y de Asia. Porque había vivido siempre en la calle, había jugado en ellas de niño con su hermano Léptines, desafiando a las bandas rivales a pedradas.

Todo esto era la patria para él, una unidad indivisible, no una multitud de individualidades distintas con las que dialogar o discutir o enfrentarse. Y la patria debía ser la más grande, la más fuerte y la más poderosa del mundo: además de Esparta, que les había prestado su ayuda durante la gran guerra, además de Atenas, que aún lloraba a sus hijos caídos en las malsanas zonas pantanosas del Anapo y en las márgenes abrasadoras del Asinaro.

Mientras avanzaba al paso sujetando al caballo por la brida y respondiendo con un gesto a los que le saludaban, iba rumiando: estaba furioso por la suerte que había corrido Selinonte, que habría podido evitarse de haber estado presente Hermócrates, y estaba indignado por la suerte que Siracusa había reservado a su valeroso almirante, privándose del mando de forma vergonzosa, obligándole a huir lejos para poder salvar su vida. Y de ahí a poco tendría que referir lo sucedido a Diocles, el principal culpable de aquella acción indigna, el hombre que, de no haber sido porque le había sonreído la suerte, podría haber sido responsable también de la muerte de Areté.

Diocles le recibió juntamente con Filisto en la sala del Consejo hacia la hora en que el mercado estaba atestado. Conocía su fidelidad a Hermócrates, pero era también consciente de que era ya muy popular y querido por su coraje temerario, por su infatigable abnegación, por su carácter impulsivo y por el espíritu combativo que nunca se volvía contra los débiles sino siempre contra los prepotentes y los prevaricadores. Por si fuera poco, gustaba a las mujeres y tampoco esto era de desdeñar.

—Ha sido una matanza, ¿no es así? —comenzó diciendo apenas le vio entrar.

—Aparte de dos mil seiscientas personas, todos los demás han sido asesinados o reducidos a la esclavitud. Los templos han sido saqueados, las murallas derruidas, la ciudad está en ruinas.

Diocles agachó la cabeza y durante un instante pareció que la catástrofe le pesara en el ánimo y en las espaldas.

Dionisio no dijo nada más porque era inútil: estaba claro por su expresión lo que pensaba y además Filisto le apretaba el brazo con la mano como si pudiera mantener bajo freno sus reacciones.

Diocles suspiró.

—Hemos dispuesto que salga una embajada para que vaya al encuentro de Aníbal de Ghiskon lo más rápidamente posible.

—¿Quieres negociar? —preguntó Dionisio escandalizado.

—Ofreceremos un rescate. Los esclavos se pueden comprar, ¿no? Y nosotros somos compradores igual que los demás. Más aún, he dado orden de que se pague una suma superior a su precio de mercado para liberar al mayor número de gente posible. La embajada ha partido ya para reunirse con el cartaginés antes de que se mueva. La encabeza Empedio.

—¡Un flojo! —espetó Dionisio. Filisto le hundió inútilmente los dedos en el brazo—. Ese bárbaro le escupirá a la cara y lo echará a patadas en el culo.

—¿Conoces una solución mejor? —preguntó Diocles irritado.

—Por supuesto. Empleemos el dinero para enrolar mercenarios, que cuestan bastante menos. Caigamos sobre los cartagineses que no se lo esperan. Con lo que saquemos indemnizaremos a los prisioneros para que puedan reconstruir sus casas y las murallas de la ciudad.

—Parece fácil si uno te oyera.

—Lo es si uno tiene arrestos.

—¿Crees que sólo los tienes tú?

—Eso diría, en vista de que yo estaba con mis hombres por esos lugares. La mía era la única unidad en condiciones de entrar en acción.

—Ahora lo hecho, hecho está. Si la embajada tiene éxito será ya un resultado.

—Eso depende del punto de vista de cada cual —intervino Filisto, que no había abierto aún la boca—. Espero que no estemos cruzados de brazos en espera de que ese bárbaro cometa otras matanzas. Si le permitimos destruir las ciudades griegas una por una, nos quedaremos finalmente solos y no tendremos escapatoria.

—Nuestro ejército está alerta.

—Mejor así —repuso Dionisio—. Y no digas que no te he advertido. —Se volvió hacia Filisto—. —Vamos, no creo que haya nada más que decir.

Salieron a la calle y se dirigieron hacia la casa de Dionisio, en la parte sur de la Ortigia. Las calles estrechas y sombreadas de la ciudad vieja eran un hervidero de gentes y resonaban por el zumbido confuso de la hora de mediodía, cuando todos están atareados negociando o desarrollando sus actividades. La catástrofe de Selinonte parecía lejos en el tiempo y en el espacio, como la caída de Troya. Solo el recuerdo de Areté estaba próximo y presente y Dionisio habría dado cualquier cosa con tal de poderla ver aunque fuera por un momento.

Empedio se reunió con Aníbal mientras este se hallaba acampado entre Selinonte y Segesta y solicitó ser recibido, cosa que obtuvo sin casi hacer antesala. Para llegar a él, Empedio y su intérprete fueron conducidos a través de la zona en que estaban

custodiados los prisioneros y asistieron a escenas de tal desesperación como para quedar trastornados. Personas que hasta pocos días antes vivían libres y acomodadas en casas confortables, con ropas limpias y elegantes, descansaban ahora entre sus propios excrementos y se alimentaban de los restos que les eran arrojados dentro del recinto como si fueran animales. Algunos gritaban emitiendo agudos alaridos y palabras sin sentido. Otros gritaban más fuerte aún para hacerles callar.

Todo el que se daba cuenta de que el hombre que pasaba, escoltado por los guardias, era un griego echaba a correr por el recinto dirigiéndole angustiosas peticiones de ayuda. Le suplicaban en nombre de todos los dioses que se compadeciera de ellos, que los liberara de aquella lamentable situación. Él les respondía que estaba allí para ayudarles, que pronto estarían libres, y sentía que su ánimo se llenaba de orgullo y satisfacción mientras hablaba, convencido de que su misión tendría éxito. Los cartagineses eran comerciantes, no guerreros: ¿por qué habían de rechazar un buen negocio?

—Animo —decía—. He venido expresamente para liberaros. Sí, os rescataremos, estad tranquilos. Vuestros sufrimientos se acabarán pronto.

El comandante cartaginés era de edad avanzada, más de setenta años, tenía el pelo y la barba canos, la piel morena y los ojos azules y gélidos. Entre sus antepasados debía de haber figurado alguna madre berberisca de una tribu de Atlas. Le recibió junto con el intérprete en su tienda: un pabellón de lana blanca sostenido por unos palos de cedro, con el suelo cubierto de esteras de colores y de alfombras húmedas. En una mesa había una vajilla de oro que, por su aspecto, debía de proceder de los templos saqueados de Selinonte.

Tal ostentación le pareció a Empedio que no prometía nada bueno, pero hizo de todos modos su ofrecimiento hablando en nombre de la ciudad y de su gobierno:

—Reconocemos que los selinontinos han faltado a la palabra dada, al haber atacado a una ciudad aliada vuestra, pero pensamos que ya han sufrido el más duro de los castigos. Estamos aquí para ofrecer un rescate, pagando un tercio más del precio de mercado, en dinero contante y sonante.

Aníbal enarcó una ceja ante la idea de una montaña de dinero que aquel hombre estaba en condiciones de gastar y le escuchó atentamente, sin que la expresión de su rostro delatase el menor sentimiento. Luego replicó:

—El crimen que los selinontinos han cometido contra nosotros no merece indulgencia alguna. Me han desafiado, aunque tuvieron la posibilidad de rendirse, y han causado muchas bajas a mi ejército. Justo es que vivan en la esclavitud para el resto de sus días. Pero si entre estos Prisioneros hubiera parientes tuyos, los haré liberar en señal de mi buena disposición y, como presente hospitalario, gratuitamente. Sé por mis informadores que cierto número se ha salvado. A estos, si desean volver, les permito reconstruir sus casas, cultivar los campos y vivir en su ciudad a condición

de que no reconstruyan las murallas y que paguen un tributo anual a nuestros recaudadores. Sobre estas decisiones no estoy dispuesto a discutir.

Tras decir esto, despidió a su interlocutor.

Empedio declaró que algunos de los prisioneros eran parientes suyos y obtuvo su liberación: una joven pareja con dos niños fueron los únicos de los seis mil prisioneros que pudo llevarse a su regreso a Siracusa. No obstante, un resultado tan modesto dio en cualquier caso un sentido a su misión y consideró por eso que no la había emprendido en vano. De camino de vuelta se detuvo en Agrigento para hacer saber a los refugiados selinontinos el resultado del viaje y las condiciones puestas por Aníbal de Ghiskon en caso de que quisieran establecerse nuevamente en su ciudad.

Nadie aceptó y su odio no hizo sino crecer en desmesura tras haber oído contar los crueles sufrimientos de sus conciudadanos y parientes, condenados a la esclavitud perpetua y a todo tipo de vejaciones y ofensas, y con qué insolencia el bárbaro había rechazado el rescate que, por el contrario, hubiera tenido que aceptar de acuerdo al derecho de gentes y a la voluntad de los dioses.

Los cabezas de familia supervivientes se reunieron en el templo de las divinidades ctónicas, dioses sin rostro que presiden el mundo de los muertos y de las tinieblas, y juraron que no vivirían más que para vengarse, que cuando llegara el momento oportuno ningún ser humano de sangre cartaginesa sería perdonado: ni hombre, ni mujer, ni niño. Consagraron y dedicaron a las divinidades infernales las cabezas de sus enemigos jurados y lanzaron sobre ellos una maldición eterna, un anatema que se extendiera de generación en generación hasta erradicar de la tierra a aquella estirpe aborrecida.

Empedio regresó, así pues, a Siracusa a referir a Diocles todo lo sucedido.

Entretanto, Aníbal se movió hacia levante y muy pronto se hizo evidente que se dirigía a Himera, la ciudad en que había perecido setenta años antes su antepasado Amílcar. Llevaba consigo un ejército de setenta mil hombres, a los que se habían añadido también contingentes de indígenas atraídos por las promesas de botín y de esclavos. El terror cundió por todas partes y los himerenses se aprestaron a defenderse hasta el último aliento. La suerte de Selinonte no dejaba margen a la duda acerca de las intenciones del enemigo y toda esperanza estaba puesta de nuevo en el valor y en las armas.

En Siracusa el colegio de los estrategas, bajo la presidencia de Diocles, decidió el envío de un cuerpo expedicionario en ayuda de Himera: si esta caía, nadie confiaría ya en los siracusanos y las ciudades de los griegos de Occidente serían borradas como si nunca hubieran existido.

También esta vez, sin embargo, los movimientos de Aníbal de Ghiskon fueron bastante más rápidos que los del gobierno siracusano y antes de que Diocles hubiera tomado una decisión, su ejército estaba ya frente a Himera. Emplazó el campamento

en las alturas que dominaban la ciudad para ponerse al abrigo de eventuales salidas y lanzó contra las murallas las torres móviles y los arietes y a cerca de veinte mil hombres de sus tropas de asalto reforzadas por cierto contingente de indígenas sículos y sicanos muy aguerridos y combativos.

Himera era un símbolo para los griegos de la madre patria y de las colonias porque setenta años antes, mientras los helenos del continente vencían en Salamina a los persas, los de Sicilia vencían a los cartagineses y poco tiempo después habían de imponerse a los etruscos en las aguas de Cumas. Se dijo incluso que las tres batallas se habían librado en el mismo día, mes y año, simbolizando que los dioses habían querido el triunfo de los griegos en todos los frentes contra los bárbaros de Oriente y de Occidente. Pero para Aníbal de Ghiskon Himera era una ciudad maldita. Su abuelo Amílcar había sido derrotado en ella y se había quitado la vida después de haber visto cómo exterminaban a su ejército. Desde el alba hasta el ocaso, durante todo el tiempo que duró la batalla, había inmolado víctima tras víctima para invocar de sus dioses la victoria, pero cuando, a la puesta del sol, vio que los suyos eran arrollados y expulsados como bestias en fuga de todas partes, se arrojó él mismo en la pira lanzando entre las llamas invocaciones de venganza.

El padre de Aníbal, en cambio, había sido derrotado y luego condenado al destierro. Él era el tercero de la familia que intentaba la empresa y estaba resuelto a vengar los reveses y las humillaciones sufridas por sus predecesores, así como a lavar el honor de ellos y el suyo propio.

Diocles consiguió reunir en total cuatro mil hombres, incluido el contingente que tenía en Agrigento, y se puso en marcha para socorrer Himera y evitarle, si lo conseguía, la suerte amarga que había corrido Selinonte.

Mientras tanto los cartagineses habían situado las torres de asalto en varios puntos de las murallas y las golpeaban ' incesantemente con los arietes desde el alba hasta el ocaso, y a veces también durante la noche, pero sin conseguir desmantelarlas tal como habían hecho en Selinonte. Los himerenses, en efecto, las habían construido con grandes bloques ensamblados en sentido tanto longitudinal como transversal.

En vista de lo inútil o muy limitada que resultaba la acción de los arietes, los cartagineses los retiraron y decidieron excavar una mina. Trabajaron durante días y noches sin parar un solo momento, turnándose, y debajo incluso de las murallas abrieron una galería que reforzaban a medida que avanzaban con cimbras de madera de pino talado en las montañas circundantes e impregnada de resina licuada. Por la noche, para no ser vistos por los defensores, excavaban los conductos de aireación, tanto para proporcionar aire a los mineros como para alimentar el fuego en el momento convenido.

Una vez que hubieron terminado, poco antes del amanecer de una noche de cielo cubierto, un grupo de incursores penetró en la galería hasta el extremo opuesto y

prendió fuego a las cimbras, que ardieron de inmediato tanto por la madera de que estaban hechas como por las sustancias incendiarias de que estaban empapadas. Desde lo alto de las murallas los centinelas vieron surgir en la llanura una fila de ojos enrojecidos: eran los reflejos del fuego que ardía bajo tierra, visibles por los conductos de aireación, por los que, al cabo de poco, se liberaron rugientes remolinos de llamas y de humo y torbellinos de falistre, que subieron hacia el cielo difundiendo en la llanura un acre olor a quemado. En poco tiempo las cimbras y los soportes quedaron reducidos a cenizas y un trecho de las murallas, al quedar sin apoyo, se desmoronó con gran estrépito arrastrando consigo a una parte de los defensores, que acabaron triturados entre las piedras derrumbadas.

Inmediatamente después, aun antes de que se extendiera la densa nube de humo y de polvo, resonaron las trompetas y los cuernos de guerra y los infantes líbicos, mauros y sículos del ejército de Aníbal se lanzaron al ataque. Entretanto, el resto del ejército se alineaba presto a irrumpir en la ciudad tan pronto como los asaltantes hubieran despejado el paso y arrollado a quien tratara de resistir.

Pero a aquella horda aullante no le dio tiempo de alcanzar la base de la brecha cuando ya la abertura hervía de defensores. Ninguna maniobra había pasado inadvertida, ningún acontecimiento se había producido sin ser esperado, ningún hombre en condiciones de empuñar las armas había sido rechazado. Era tal el efecto de las atrocidades cometidas por los bárbaros en Selinonte que los himeresees no solo estaban decididos a morir hasta el último antes de darse por vencidos, sino que incluso se lanzaban sobre los atacantes con una violencia y un odio tan ardiente que no dejaba margen a la duda respecto a su determinación.

Estuvieron en la base de la brecha incluso antes de que llegaran los asaltantes y adoptaron una formación en falange, de una línea, luego de dos y por último de tres, a medida que acudían nuevos combatientes dispuestos en un frente curvo a fin de impedir cualquier entrada por la brecha. Luego, a una señal de sus comandantes, se arrojaron hacia delante con las lanzas en ristre fuertemente empujadas, mientras que a sus espaldas los hombres y las mujeres que se habían quedado dentro de la ciudad se pusieron enseguida a reparar el derribo con todo tipo de materiales para cerrar la abertura abierta por la mina.

El impacto fue tan tremendo y la embestida de los himeresees tan fuerte que los atacantes vacilaron y comenzaron a retroceder. Al ver aquello Aníbal, que estaba todavía con sus mejores tropas en las colinas, dio orden de mandar refuerzos y las reservas ya listas en la llanura fueron lanzadas a la refriega. La batalla se prolongó durante horas sin que ninguno de los dos bandos cediera un palmo de terreno. Solo el anochecer puso fin al combate. Los mercenarios de Aníbal se atrincheraron en la llanura y los guerreros himeresees volvieron hacia la brecha reuniéndose con sus familias. Los de más edad, que se habían quedado de retén, defendían los glacis para

vigilar a fin de que los bárbaros no intentaran algún golpe de mano al amparo de las tinieblas.

También las mujeres dieron ejemplo de extraordinario valor.

Madres de familia y muchachas que habían trabajado todo el día trayendo armas a los defensores y piedras para cerrar la brecha, sin un momento de respiro ni para beber ni para comer, acudían ahora al encuentro de sus hombres que volvían del campo de batalla, extenuados, ensangrentados y cubiertos de polvo. Les ayudaban a despojarse de las armas, les cuidaban de todos los modos posibles trayendo de las casas agua caliente, ropas limpias, comida y vino para lavarlos, alimentarlos y permitirles recuperar fuerzas. Mujeres, madres, hijas y prometidas revelaban una presencia de ánimo incluso superior a la de los mismos guerreros, que sin embargo se habían batido con un valor excepcional, mostrándoles que no tenían miedo, que no le temían a la muerte; es más, que la preferían a la esclavitud y al deshonor. Elogiaban el valor de sus hombres, estimulaban su orgullo, dando muestras de creer en la victoria y en el favor de los dioses no menos que en su coraje y abnegación. A los hijos que aún no estaban en edad de combatir les señalaban como ejemplo el valor de sus padres y hermanos, les enseñaban que ningún sacrificio era lo bastante grande para defender la libertad.

La noche, con la brisa marina, trajo un poco de alivio al agobiante bochorno; la oscuridad y el silencio que siguieron a la luz cegadora del día y a los gritos de la batalla indujeron a muchos a permitirse un poco de descanso.

Vigilaban los ancianos, demasiado débiles para desempeñar cualquier otra tarea, demasiado angustiados para poder conciliar el sueño. Reunidos debajo de los soportales del ágora recordaban las guerras que habían librado de jóvenes y los riesgos que habían superado, buscaban algún pretexto para cobrar ánimos o las palabras más adecuadas para consolar a todo aquel que no había visto regresar a un hijo del campo de batalla. Algunos contaban episodios ocurridos en el pasado de hombres dados por muertos y que luego habían aparecido milagrosamente, pese a saber sin embargo que la mala suerte es mucho más frecuente que la buena; otros los exhortaban a no perder el ánimo, diciéndoles que los refuerzos no tardarían en llegar.

El quedo murmullo de su conversación se vio interrumpido por un ruido de armas, de llamadas en la oscuridad, por un repentino trasiego. Se reagruparon instintivamente apoyándose en la pared, preparados ya para lo peor, cuando resonó una voz:

—¡Han llegado los refuerzos, estamos salvados!

Los ancianos corrieron hacia el punto en que se había oído la voz y se agolpaban en torno a un muchacho de unos quince años acosándole a preguntas.

—¿Los refuerzos?

—¿Quiénes?

—¿Dónde están?

—¿Cuántos son?

—¿Quién los manda?

—¿De dónde vienen?

El muchacho levantó las manos para pedir un poco de calma.

—Por ahora son una veintena de hombres...

—¿Una veintena? ¿Nos tomas el pelo?

—Alrededor de una veintena —confirmó el muchacho—. Los manda un oficial siracusano que ha cruzado las líneas enemigas. Ha dicho que allá abajo, en alguna parte de la llanura, hay un ejército de cuatro mil hombres mandados por Diocles. Está parlamentando con nuestros jefes.

Los ancianos se apresuraron hacia la puerta de levante donde habían sido encendidos unos fuegos para iluminar la zona de la brecha: los comandantes estaban reagrupados en torno a los supervivientes, encabezados por un jovenzuelo armado nada más que con una espada y un puñal y con los cabellos largos atados con un cordón de cuero, que aparentaba poco más de veinte años. Se acercaron para no perderse una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—Diocles quiere entrar en la ciudad esta noche a escondidas y mañana atacar de improviso con las fuerzas de que dispone.

—¿Entrar en la ciudad? —preguntó uno de los oficiales—. ¿Y cómo?

—Los bárbaros están casi todos en el campamento con pocos piquetes de guardia en torno a esos vivaques que se ven allá abajo. Hay una duna bastante alta que corre a lo largo de la pendiente y puede ocultar de la vista a quien camine por el rompiente. Nuestros hombres pasarán por allí, pero vosotros tendréis que alinear un contingente que defienda la puerta sur mientras esta permanezca abierta. Si estáis de acuerdo, podemos lanzar la señal ahora.

Hizo una indicación a uno de sus hombres, que acercó al fuego una flecha envuelta en estopa.

—Un momento —dijo uno de los comandantes himerese—. ¿Quién nos asegura que no es un engaño?

—Yo —respondió el joven—. Porque me quedaré aquí como rehén junto con mis hombres.

—¿Y quién eres tú? —preguntó otro oficial.

—Dionisio —respondió el joven—, hijo de Hermócrito. Y ahora movámonos.

Quitó el arco de la mano del arquero, encendió la flecha y la disparó hacia lo alto.

Lejos, en la cresta de la duna, dos centinelas vieron el pequeño meteoro surcar el cielo oscuro y se intercambiaron una mirada de inteligencia.

—La señal —dijo uno de ellos—. Lo ha conseguido también esta vez. Avisa al comandante.

IV

Antes de que se pusiera el sol, apareció en alta mar la escuadra Siracusana con veinticinco trirremes. Habían arriado velas y avanzaban a remo, señal de que los comandantes estaban preparados para cualquier eventualidad.

Diocles se hallaba acampado en la playa, oculto de la vista por la larga duna costera que la delimitaba hacia el interior, y estaba preparando el contingente de auxilio que había traído para ayudar a los himeresees sitiados. Mandó indicar a los navarcas que se mantuvieran fistos para intervenir en caso necesario, luego esperó a que se hiciera de noche antes de dar la señal de partida: consigna que pasó de unidad en unidad.

La columna comenzó a desfilarse a lo largo de la orilla del mar sin que los pasos de los guerreros siracusanos, amortiguados por la arena húmeda, hicieran el mínimo ruido. Diocles iba a la cabeza, detrás de él venían las compañías y los batallones, cada uno siguiendo a su propio comandante. Los centinelas permanecieron agazapados en lo alto de la duna para no perder de vista la llanura y controlar que los bárbaros no advirtieran que todo un ejército marchaba a escasa distancia en la oscuridad y en el silencio, como un ejército de espectros.

Cuando llegaron cerca del objetivo, Diocles mandó por delante a un par de exploradores que se acercaron a la unidad himeresea que montaba la guardia en la puerta sur. Antes de que el comandante de la defensa lanzase el «¿Quién va?», se identificaron:

—Somos la vanguardia del ejército siracusano.

—Que los dioses os bendigan —dijo el comandante—. Pensábamos que ya no llegabais.

El hombre lanzó un silbido y el ejército avanzó en filas de a cuatro a través de la puerta sur, esta vez sí, en marcha cadencioso, haciendo vibrar las murallas y los soportales con el ruido de sus cascos herrados. Apenas comenzaron a entrar, se corrió la voz de que estaban llegando refuerzos y los habitantes de la ciudad, dejando sus casas, se agolparon a lo largo de la calle que conducía hacia el ágora. La alegría de verles era tal que hubieran querido gritar y aplaudir a aquellos jóvenes que venían a arriesgar su vida para ayudarles, pero permanecieron en silencio, contando cada uno con ansiedad las filas que pasaban. La esperanza de salvación crecía a cada unidad que se sumaba a los que desaparecían ya por la parte de arriba, hacia la columnata de entrada de la plaza principal.

—Tres mil —dijo un anciano cuando la última fila pasó por delante de él.

—Pocos —comentó otro en tono desilusionado.

—Es cierto —respondió el primero—, pero son hombres escogidos. ¿Has visto cómo marchan? Parecen un solo hombre. Estos, cuando están alineados, son una

muralla, te lo digo yo, y cada uno de ellos vale por tres.

—Esperemos que sea así —respondió el segundo—, porque no creo que recibamos más ayudas.

Tras decir esto, se alejó desapareciendo en la oscuridad.

Diocles celebró consejo en el ágora con los oficiales himerese.

—Asumo el mando supremo, si no tenéis nada en contra —comenzó diciendo.

Nadie habló.

—¿Cuántos hombres podéis alinear? —preguntó entonces Diocles.

—Siete mil —le respondieron—. Contando de los muchachos de dieciocho años a los hombres de cincuenta.

—Más tres mil que somos nosotros sumamos diez mil. Con ellos nos basta. Mañana saldremos en formación de combate. Un frente de dos mil hombres por cinco de fondo. Es un poco alargado, pero aguantará. Nosotros estaremos en primera línea porque estamos frescos y ninguno de mis hombres tiene más de treinta años. Cada uno de ellos lleva raciones de comida para cuatro días: solo deberéis proporcionarnos agua.

El oficial himerés de más alta graduación se adelantó.

—Quiero daros las gracias a ti y a tus hombres por haber acudido en nuestra ayuda. Mañana os demostraremos que no tendréis que arrepentiros de haberlo hecho.

—Lo sé —respondió Diocles—. Y ahora vamos a dormir. Atacaremos al amanecer, en silencio, sin toque de trompetas. Les despertaremos personalmente.

Los guerreros se acomodaron debajo de los soportales donde se había extendido paja y al cabo de poco toda la ciudad se sumió en el silencio. Diocles comprobó que todos contarán con lo necesario, luego se preparó él mismo para pasar la noche.

En aquel preciso instante apareció Dionisio, como de la nada.

—Ha ido todo como una seda, por lo que veo.

—En efecto —repuso Diocles— y mañana acabaremos la partida con esos bárbaros de la llanura.

—Hay otros en las colinas, lo sabes, ¿verdad? —repuso Dionisio. —No necesito que me lo digas tú.

—Mejor así. Solo que no comprendo estas prisas por atacar.

—Me parece que es evidente. Cuanto menos lejos estemos de casa, mejor.

—Las prisas son malas consejeras. Yo habría tratado de conocer mejor la situación, la disposición de las fuerzas enemigas. Para evitar eventuales trampas.

—Tú no tienes el mando.

—No, por desgracia —respondió Dionisio, y se alejó.

Salieron, como había previsto Diocles, al amanecer, descansados y comidos, y marcharon durante casi un estadio antes de que se dejara oír desde el campamento enemigo el sonido de los cuernos de guerra. Inmediatamente después el ejército

púnico salió a campo abierto: eran líbicos con sus túnicas claras, la placa de hierro sobre el pecho protegiendo el corazón, el casco de bronce y el escudo pintado con los colores de sus tribus; los sículos, con las largas vestiduras de burda lana teñidas de ocre, los cascos y los coseletes de cuero; los sicanos, con escudos de madera adornados con las imágenes de sus símbolos étnicos; los íberos, con las grebas repujadas decoradas con estaño, las túnicas blancas orladas de rojo, los yelmos de cuero que se extendían con el cubrenuca hasta los hombros, rematados por una fina cresta roja que les daba un aspecto de criaturas casi mágicas; los baleares, que volteaban sus hondas haciéndolas silbar en el aire, y los mauros de la caballería, de piel morena y brillante, con espesísimas y crespas cabelleras. Cabalgaban a pelo fogosos corceles del Atlas: empuñaban largas azagayas y escudos de piel de cebrá y de antílope. Infantes y jinetes de tantas naciones que obedecían a unos pocos oficiales cartagineses, armados a la oriental con yelmos cónicos, pesadas corazas de cuero decorado de vivos colores, túnicas verdes y ocres listadas de rojo y de amarillo.

Todos aquellos guerreros estaban probablemente en ayunas, pero lanzaban grandes gritos, saltaban alzando las armas con gestos amenazadores y se veía que la excitación iba en aumento conforme las filas se engrosaban: era su modo de vencer el miedo que se apodera de un combatiente antes del momento del ataque; trataban de llenar de ferocidad el estómago vacío ante lo inminente del choque.

Los griegos, en cambio, marchaban en silencio absoluto y en perfecto orden y, cuando salió el sol, sus escudos brillantes como un espejo relampaguearon con un fulgor cegador, la tierra tembló bajo su pesado paso cadencioso.

Los baleares intentaron un lanzamiento con sus hondas mortíferas, pero la granizada fue a estrellarse contra una muralla de escudos sin causar daño y la distancia era ya demasiado corta para el disparo de los arqueros, porque, entretanto, a una orden de Diocles, la falange griega se había lanzado a la carrera cubriendo en breve tiempo el espacio entre los frentes opuestos. Las dos formaciones toparon con gran violencia y enseguida el grito de los mercenarios púnicos se trocó en grito de agonía. La presión de las líneas traseras enemigas había empujado a los hombres de primera línea, sobre todo a los líbicos, sículos y mauros, contra las lanzas en ristre de los griegos, que les habían traspasado en gran número, mientras que las armas ligeras de los mercenarios podían muy poco contra los pesados escudos y las gruesas corazas metálicas de sus adversarios.

Dionisio, formado en el ala izquierda con los soldados de su Compañía, mató de una lanzada al primer impacto a un jefe de los mauros que tenía enfrente —un bereber pelirrojo del Atlas de ojos de un azul esplendente— y traspasó con la espada a su compañero que se había lanzado hacia delante para vengarle. Aunque las fuerzas que tenía enfrente comenzasen a ceder, él seguía gritándoles a los suyos:

—¡Mantened la fila, hombres! ¡Estad en línea! —Y golpeaba con la punta de la

lanza los escudos de aquellos que se lanzaban demasiado adelante para hacerles retroceder.

La resistencia del ejército púnico, que se esperaba encontrar con hombres cansados y desesperados, se debilitó en el enfrentamiento prolongado con los hoplitas siracusanos, firmes como rocas, y cuando su comandante cayó y fue pisoteado por las botas de los enemigos los cartagineses se dieron a la fuga precipitadamente.

Diocles, seguro ya de la victoria, lanzó a sus hombres en su persecución sin preocuparse de la unidad de la formación. Sobre todo los himerenses, que a cada enemigo muerto veían aumentar la esperanza de supervivencia de su ciudad, se entregaron a la matanza sin preocuparse ya de mantener la disciplina. Ebrios de sangre, no vieron que Aníbal de Ghiskon había lanzado a sus tropas contra su flanco derecho, colina abajo.

Dionisio reparó en ello y ordenó a un trompetero que tocara a retirada. Diocles, que veía ya al alcance de la mano la conquista del campamento enemigo, fue furibundo a su encuentro gritando:

—¿Quién te ha dicho que toques a retirada? Te haré arrestar por insubordinación, te haré...

Dionisio no le dejó terminar la frase: le propinó un puñetazo en pleno rostro mandándole al suelo, luego apuntó la espada en la garganta del trompetero que había dejado de soplar en su instrumento y le ordenó sereno:

—Toca.

La trompeta volvió a tocar a retirada y otros trompeteros se hicieron eco a la primera señal. Los guerreros trataron de reagruparse acudiendo bajo las enseñas que Dionisio había hecho reunir en medio del campo de batalla, protegidas por los miembros de su compañía, pero muchos fueron rodeados y aniquilados antes de poder ponerse al abrigo en las filas. También Diocles, dándose cuenta del desastre, empezó a desvivirse por salvar lo salvable, y al cabo de una hora consiguió volver a reunir la formación y replegarse hacia la ciudad.

Los himerenses, que primero se habían mostrado exultantes por la victoria, asistieron a continuación, impotentes desde las torres y los bastiones de la ciudad, a la emboscada de Aníbal y a la muerte de tantos de sus hijos. Cuando el ejército volvió a entrar por la puerta de levante, se repitió el triste espectáculo que acompaña siempre al regreso de los soldados del campo de batalla: padres, madres, mujeres y prometidas se agolpaban a lo largo de la calle tratando ansiosamente de reconocer a sus seres queridos. Era horrible ver apagarse en aquellos rostros la esperanza a medida que los supervivientes desfilaban, sin yelmo, para poder ser reconocidos. La desesperación de unos contrastaba con la alegría de los que reconocían a un hijo o a un marido incólume.

Los comandantes de batallón hicieron un llamamiento para que se acudiese al

ágora y los magistrados de la ciudad contaron al final tres mil caídos en el campo de batalla. La flor de su juventud había visto segada su vida y los cuerpos de sus muchachos yacían dispersos por la llanura a merced de los bárbaros y de los perros. A cada nombre llamado sin respuesta se alzaba un agudo lamento y el llanto de las madres crecía hasta convertirse en un lúgubre coro. En muchos casos, habían caído tanto el padre como los hijos y familias enteras se habían visto privadas para siempre de descendencia. Faltaban al llamamiento también treinta y cinco hombres del cuerpo expedicionario siracusano.

Dionisio se ofreció voluntario para ir a negociar la devolución de los prisioneros, en caso de que los hubiere, y la tregua para recoger a los muertos. Diocles, que lo odiaba, tuvo que armarse de valor y consentir a la petición.

Salió por la puerta de levante entre dos magistrados a caballo, sin armas y con la cabeza descubierta, pero revestido con la coraza y las grebas, y se adentró hasta el punto en que Aníbal de Ghiskon había mandado levantar un pabellón en medio de la llanura y, sentado en un alto escabel, repartía recompensas a aquellos de sus mercenarios que más se habían distinguido en el combate.

El general cartaginés le recibió con una actitud despreciativa y antes de que pudiera hablar le mandó decir por medio de un intérprete que no negociaría ninguna tregua, que estaba allí para vengar la memoria de su antepasado Amílcar y que no habría paz hasta que no hubiera exterminado a la estirpe de los himerases.

Dionisio se acercó a él lo más que pudo y, extendiendo la mano en dirección del campo de batalla, dijo:

—Entre aquellos muertos, yacen también cuatro de mis amigos y miembros de mi Compañía. Debo recuperar sus cuerpos: es un juramento que nos une. Si me concedes esto al menos, te perdonaré la vida cuando llegue el momento.

Aníbal de Ghiskon no dio crédito a lo que oía cuando el intérprete se lo hubo traducido:

—¿Qué tú... tú me perdonarás a mí la vida? —dijo estallando en una carcajada.

—Lo haré —confirmó Dionisio sin pestañear.

—Lo siento —respondió—, pero no puedo hacer excepciones. Date por satisfecho con volver sano y salvo a la ciudad. Quiero que sepan por tu propia boca lo que les espera.

—Siendo así —dijo Dionisio—, quiero que sepas que tendrás un final vergonzante. Quien no tiene piedad con los muertos no merece la piedad de los vivos. Adiós.

Montó a caballo y volvió sobre sus pasos para referir el resultado desafortunado de su misión.

Encontró a la ciudad alborotada y presa de gran agitación. Algunos paseantes incluso lanzaron invectivas contra él gritando:

—¡Traidores! ¡Cobardes!

—Pero ¿qué están diciendo? —preguntó Dionisio a los dos magistrados que le acompañaban, pero estos se encogieron de hombros sin saber cómo explicarse un comportamiento semejante.

—No les hagas caso —le dijo uno de ellos—. Han perdido el juicio. La guerra es algo terrible.

Dionisio no respondió, pero estaba seguro de que había sucedido algo extraño, cosa que se vio confirmada cuando llegó al cuartel general, en la zona del ágora. Los comandantes himerenses salían en aquel preciso momento de él, furibundos, lanzando maldiciones.

—¿Qué ha pasado? ¡Hablad! —les dijo Dionisio.

—¡Pregúntaselo a tu comandante! —le respondió uno de ellos, y se alejó.

No le habían hecho ni la más mínima pregunta de cuál había sido el resultado de su misión, de tan fuera de sí como estaban.

Encontré a Diocles rodeado por los ancianos de la ciudad, que se apiñaban a su alrededor gritando e implorando.

—¿Qué está pasando? —preguntó Dionisio a voz en cuello—. ¿Alguien quiere decirme qué está pasando?

Los gritos se calmaron un tanto; uno de los ancianos se acercó al reconocerle y le dijo:

—Tu comandante ha ordenado la evacuación de la ciudad.

—¿Qué? —exclamó Dionisio estupefacto—. ¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —intervino Diocles—. La ciudad debe ser evacuada.

—Estás loco. No puedes hacer una cosa semejante.

—¡Soy tu comandante, y exijo respeto! —gritó Diocles fuera de sí. Resultaba visible en su mejilla derecha la hinchazón del puñetazo recibido aquella misma mañana.

—El respeto hay que ganárselo —le replicó Dionisio—. Esta gente se ha batido con un coraje sobrehumano; merece nuestro apoyo y aún estamos en condiciones de lograrlo. Aníbal ha tenido más del doble de bajas que nosotros. Podemos hacer desembarcar a la infantería de marina y..

—No has comprendido: la flota de Aníbal ha puesto rumbo hacia Siracusa. Tenemos que volver inmediatamente después de haber puesto a salvo a cuantos podamos.

Dionisio le miró con expresión incrédula.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? ¿Quién?

Diocles pareció dudar y luego respondió: —Alguien que ha llegado mientras tú estabas fuera.

—¿Alguien? ¿Qué significa «alguien»? ¿Tú le has visto? ¿Has hablado con él?

¿Conoces su nombre? ¿Hay alguien que le conozca en la ciudad?

Diocles reaccionó a aquel acoso de preguntas.

—No estoy obligado a darte cuenta de mis decisiones. Eres un subalterno —gritó— y debes limitarte a obedecer mis órdenes.

Dionisio se acercó aún más a él.

—Sí, aquí soy un subalterno, en tiempos de guerra y con la ley de la guerra, pero una vez vueltos a Siracusa me convierto en un ciudadano, y mientras que tú puedes acusarme de haberte dado un puñetazo en el rostro, yo puedo incriminarte por alta traición ante la Asamblea. Y te aseguro que todos los amigos de la Compañía apoyarán la acusación.

Diocles contuvo a duras penas su ira.

—La ciudad es indefendible, ¿lo comprendes? Hemos perdido a un tercio de nuestras fuerzas, y es perfectamente verosímil que la flota de Aníbal esté navegando hacia Siracusa aprovechando nuestra ausencia. Todos lo dicen y es imposible que no sea cierto.

—Asumes una responsabilidad enorme —repuso Dionisio—. El destino de esta ciudad y la sangre de esta gente caerán sobre ti.

Se volvió e hizo ademán de alejarse, pero Diocles le llamó.

—Espera. ¡Detente, te digo! Y también vosotros, escuchad. Llamad a vuestros comandantes, convencedles de que escuchen mi plan. Vosotros mismos os daréis cuenta de que es lo único sensato que cabe hacer.

Hicieron falta horas antes de que los comandantes himerese se convencieran de que debían volver. Dionisio y el resto de oficiales siracusanos estaban también presentes y Diocles comenzó a hablar.

—Sé lo que sentís. Sé que habéis jurado defender la ciudad hasta el final, pero reflexionad, os lo suplico: ¿de qué servirá vuestro sacrificio? ¿A qué fin inmolar vuestras vidas si no estáis en condiciones de salvar la de vuestras esposas y la de vuestros hijos? Morir a sabiendas de que serán esclavos a merced de un enemigo cruel, ¿os servirá acaso de consuelo? Escuchadme, en cambio. Escuchad mi plan que he preparado en tres fases. Esta noche habrá luna nueva: al amparo de la oscuridad embarcaremos a las mujeres y niños en la flota, que los llevará a territorio de Mesina y los dejará bajo la protección y la guía de una unidad de infantería de marina.

—Segunda fase: otro grupo nos seguirá hacia Siracusa por vía terrestre, a lo largo de la duna costera que nos ocultó de la vista al entrar.

—Tercera fase: la flota regresará antes del amanecer y embarcará a los que hayan quedado. Si alguno no encuentra sitio en las naves se dispersará por el campo o tratará de reunirse con nosotros en Siracusa, donde obtendrá ayuda. Cuando Aníbal ordene el asalto se encontrará la ciudad vacía.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala del Consejo y nadie se atrevió a decir

palabra; solo de pensar en abandonar la ciudad donde habían nacido y vivido era para ellos más terrible que la misma muerte. En un momento determinado se puso en pie uno y habló por todos.

—Escúchanos tú ahora a nosotros, siracusano. Hemos decidido resistir a cualquier precio, porque ese bárbaro de ahí afuera es una fiera sedienta de sangre que ha jurado exterminarnos por unas culpas que no tenemos. Nos hemos preparado para combatir porque vosotros nos prometisteis vuestra ayuda, mientras que ahora nos obligáis a rendirnos, aun sabiendo que no podríamos resistir nunca por nuestra propia cuenta. Este plan es una locura y tú lo sabes muy bien. Tienes veinticinco naves ahí fuera y no son ciertamente naves de carga. Son naves de guerra. ¿Cómo piensas transportar a tanta gente? Sabes perfectamente que muchos se quedarán aquí indiferentes, expuestos a una muerte horrible. Nosotros te pedimos, en cambio, que reconsideres tu decisión y que te quedes con tus soldados para batirte a nuestro lado. Repararemos la brecha y combatiremos hasta la última gota de sudor, hasta la última gota de nuestra sangre. No te arrepentirás si te quedas. Te suplicamos que lo hagas. ¡No nos abandones, en nombre de los dioses!

—Lo siento —respondió Diocles—, la ciudad es indefendible. Volved a vuestras casas, reunid a las mujeres y a los niños. No disponemos de mucho tiempo: está a punto de anochecer.

—¡Traidores! —gritó otra voz.

—¡Cobardes! —gritó una tercera.

Pero Diocles no se inmutó y se alejó en dirección a la puerta de levante. Dionisio oía aquellas invectivas como si fuera fuego en su piel, pero no pudo hacer ni decir nada.

Apenas anocheció, comenzó el triste éxodo. Las mujeres eran incapaces de separarse del cuello de sus maridos, los niños invocaban el nombre de los padres llorando desesperados y tuvieron que ser obligados casi a viva fuerza a ponerse en camino. A Dionisio se le encargó la tarea de acompañarlos hasta la playa y hacerlos subir a bordo de las naves. El resto del ejército siracusano, escoltado por un millar de personas aproximadamente, se puso en marcha a lo largo de la playa, detrás de la duna costera tratando de alejarse lo más posible de las murallas de la ciudad ya condenada. Los soldados marchaban en silencio y así pudieron oír, durante toda la noche, el llanto quedo y desgarrador de las mujeres y de los niños que abandonaban su tierra.

La flota alcanzó el límite del territorio mesinés hacia la hora tercia de la noche. Dionisio hizo desembarcar a los fugitivos juntamente con una cincuentena de sus soldados con la orden de escoltarlos hasta Mesina. Él, con otros pocos, volvió sobre sus pasos, a menudo echando una mano personalmente a los remeros para llegar a Himera antes de que rompiera el día.

Lamentablemente un viento de poniente retrasó mucho su regreso, pese a los enormes esfuerzos de la tripulación, y cuando al fin llegaron a la vista de Himera tuvieron que asistir impotentes a un espectáculo espantoso.

Aníbal, en el mayor de los secretos, había excavado una segunda mina que hizo desmoronarse un amplio sector de muralla justo ante los ojos de los marineros siracusanos que asomaban en aquel momento por la bahía. Los mercenarios púnicos se desparramaron por el interior de la ciudad causando estragos con todos aquellos que encontraban y capturando a otros muchos.

Dionisio, trastornado, corrió a popa donde estaba el navarca de la nave capitana en la que se encontraba.

—Rápido, atraquemos —le dijo— y desembarquemos todas las fuerzas de que disponemos. Los bárbaros estarán dispersos y ocupados en el saqueo: si caemos ahora encima de ellos, compactos, podremos dar un vuelco a la situación y..

El navarca le interrumpió con un gesto.

—Ni pensarlo: las órdenes son poner a salvo a la población y luego regresar lo más pronto posible a Siracusa, no entablar combate. Y aquí por desgracia no hay nadie a quien salvar. Están perdidos, no hay nada que podamos hacer por ellos. —Se volvió hacia el piloto—. Proa a levante —ordenó— e izad las velas. Pongamos rumbo hacia los estrechos.

El gran trirreme describió un amplio semicírculo hacia el norte antes de apuntar en dirección a Mesina y los otros le siguieron uno por uno enfilando a lo largo de la costa. Los infantes embarcados trataron de apartar la vista de tierra, pero el viento trajo igualmente a sus oídos los gritos, aunque atenuados por la distancia, de la ciudad sometida a tormento.

Los prisioneros, en número de tres mil, fueron torturados uno por uno con los más atroces suplicios sin consideración a la edad o al sexo y luego degollados sobre la piedra en la que decían había muerto el antepasado del caudillo cartaginés, Amílcar. Las murallas fueron demolidas, la ciudad destruida y el templo de la victoria, construido en memoria de la gran batalla ganada setenta y dos años antes contra los cartagineses, fue completamente arrasado.

Himera fue destruida doscientos treinta y nueve años después de su fundación. Al final, saciado de su venganza y de la victoria, Aníbal de Ghiskon, cargado con el botín, volvió a Palermo, donde le esperaban sus naves para llevarle de vuelta a Cartago. La amenaza de la flota cartaginesa a Siracusa nunca había existido más que en la imaginación y en la desidia del alto mando que había dejado sucumbir ya a Selinonte, allanando el camino al bárbaro hacia el corazón de Sicilia.

Filisto dejó de dictar y el escribano guardó el cálamo en el estuche.

—Es suficiente por hoy —dijo—. Hemos contado demasiadas cosas tristes.

El siervo hizo una inclinación y salió de la estancia. Filisto se acercó al rollo de papiro aún fresco de tinta y recorrió con la mirada las pocas líneas que resumían el martirio de una de las ciudades más hermosas y gloriosas del occidente griego. Suspiró y se pasó una mano por la frente como para contener la fuerza destructiva de aquellas imágenes. Por la ventana podía ver una nave de guerra entrando en el puerto norte y cómo los marineros arrojaban un cabo para el atraque. El sol se ponía en el horizonte haciendo brillar las acroteras del templo de Atenea en la Ortigia y los reclamos de las gaviotas se confundían con los de las golondrinas que volvían a sus nidos de los tejados del gran santuario.

Llamó a un siervo.

—Vete corriendo al puerto y entérate de que novedades llegan con la nave que está atracando en estos momentos; luego vuelve inmediatamente para darnos cuenta de ellas.

El siervo salió a la carrera y Filisto siguió paseando adelante y atrás por su estudio pensando en lo que podía haberle sucedido a Dionisio, de quien no había sabido ya nada desde hacía bastante tiempo. La noticia de la matanza de Himera había trastornado a la ciudad y la llegada a continuación de Diocles con miles de fugitivos desesperados, que venían a añadirse a los supervivientes de Selinonte ya hacinados en Agrigento, provocó una sensación opresiva de angustia. Hasta pocos meses antes, Cartago era para ellos nada más que una ciudad lejana que mantenía una pequeña base en una isleta de la Sicilia la occidental. Ahora era una presencia amenazadora e inminente, un monstruo que se tragaba las ciudades griegas una tras otra aniquilando a poblaciones enteras.

Aparte de ello, el hecho de que Diocles hubiera abandonado insepultos los cuerpos de los guerreros siracusanos y aliados ante las murallas de Himera provocó un profundo dolor y consternación entre los cientos de familias de la ciudad donde casi todos se conocían.

Eran muchos también los dispersos y Filisto se preguntaba si no estaría Dionisio entre ellos. Era uno de los guerreros más fuertes y temerarios, siempre el primero en cruzar la espada con el enemigo y el último en abandonar el campo de batalla, y los hombres como él eran los que estaban más expuestos a los reveses de la suerte.

Volvió el siervo cuando se estaba poniendo ya el sol con un mensaje importante.

—Uno de los oficiales embarcados en el trirreme pertenece a la Compañía y necesita verte en Privado bajo el pórtico del templo de Apolo cuando se llame al primer turno de la guardia.

—Y tú, ¿qué le has respondido? —preguntó Filisto.

—Conociéndote, amo, he respondido que estarías allí y que, en caso contrario, me mandarías a mí para fijar otra cita.

—Bien, sé que puedo confiar en ti. Ahora tráeme la capa y ve a la cocina a cenar.

—¿No quieres que te acompañe con la linterna, amo? Dentro de poco estará oscuro.

—No, no importa. Me bastará con la luz de la luna.

Se encaminó hacia allí apenas oyó el toque de trompeta anunciar desde las murallas el primer turno de la guardia y se adentró por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad vieja. Una vez que hubo llegado a las inmediaciones de la explanada delantera del templo, escrutó debajo del pórtico, pero no vio a nadie. Esperó un poco aún antes de salir a descubierto, luego atravesó la plaza casi desierta y subió la gradería que conducía al pórtico delantera.

Casi enseguida un hombre salió de detrás de una columna y fue a su encuentro.

—¿Eres tú Filisto? —le preguntó.

—Yo soy. ¿Y tú quién eres?

—Me Hamo Cabrias. Soy de la Compañía y conozco a Dionisio —respondió el hombre, y le mostró la muñeca que ceñía un brazalete de cuero con la figura de un delfín grabada en él.

Filisto se arremangó la manga de la túnica y mostró uno igual.

—Tengo un mensaje de parte de Dionisio —añadió Cabrias.

—Te escucho.

—Te manda decir que está bien de salud, pero que hubiera preferido morir antes que presenciar una atrocidad semejante.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Qué más?

—Se encuentra en Mesina, pero no tiene intención de volver a Siracusa y te pide que le ayudes.

—Habla.

—Necesita dinero...

—Lo suponía y lo he traído conmigo —dijo Filisto echando la bolsa que llevaba colgada del cinto.

—Además desea que hagas llegar esta carta a una muchacha llamada Areté que se encuentra en Agrigento, huésped de Telías —añadió el hombre alargándole un pequeño estuche cilíndrico de cuero.

—La recibirá dentro de tres días como máximo.

—Si la muchacha decide quedarse en Agrigento, podrás volver a casa sin más preocupación. En cambio, si decidiera ponerse en viaje, Dionisio te pide, en nombre de la amistad que os une, que le proporciones una escolta para que no corra peligro alguno.

—Dile que esté tranquilo: me ocuparé de todo personalmente.

Le entregó el dinero y echó a andar para irse.

—Una cosa más —dijo aún el hombre y le hizo gesto de que se acercase.

—Te escucho —respondió Filisto, no sin un cierto recelo.

—Hermócrates desembarcó la otra noche en Mesina con diez naves de guerra y algunos cientos de mercenarios.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Filisto, incrédulo.

—Es la pura verdad y por eso Dionisio no quiere regresar. Debes hacer correr la voz entre todos los de la Compañía y decirles que estén listos. También para pelear, si fuera preciso.

—También para pelear —repitió Filisto y pensó en cuántos jóvenes miembros de aquella sociedad secreta no esperaban otra cosa que batirse al lado de Dionisio—. Escucha —añadió acto seguido, pero el hombre que había dicho llamarse Cabrias ya había desaparecido.

V

Dionisio a Areté, ¡salve!

Me es imposible describir lo que he visto y oído en los últimos tiempos. En parte te lo contará la persona que te entregue esta carta, lo demás lo conocerás, espero, por mis propias palabras. Te bastará con saber que nunca en mi vida he visto tanto horror ni sufrido semejante humillación. El desastre de Selinonte, al que asististe personalmente, se ha repetido de modo más espantoso y cruel aún con la caída y destrucción de Himera.

En medio de tanta desventura y vergüenza solo existe un motivo para alimentar la esperanza: en Mesina se están reuniendo naves y hombres, todos aquellos que están verdaderamente decididos a vengar las matanzas perpetradas por los bárbaros. Yo me he unido a estos hombres con un grupo selecto de la Compañía y me he puesto a disposición para cualquier misión que quieran confiarme.

Sé que así me cierro toda posibilidad de triunfar en mi ciudad, de labrarme un futuro político o como simple ciudadano y, sin embargo, te pido que te reúnas conmigo, que te unas a mi suerte: que te conviertas en mi esposa. Como he dicho, no tengo otra cosa que ofrecerte que yo mismo y creo que una mujer prudente rechazaría el ofrecimiento de un hombre como yo, sin bienes de fortuna y sin otra perspectiva que la de convertirse, quizá, en un bandido o en un exiliado. Pero espero que no te muestres en absoluto prudente y que te pongas, por tanto, en camino para reunirte conmigo. La persona que te ha entregado mi misiva está dispuesta a hacer tu traslado lo más cómodo y seguro posible, dadas las circunstancias.

En cambio, si decides no aceptar mi propuesta, no te consideraré ni deberás considerarte tú en deuda conmigo por ningún motivo. Lo que he hecho por ti lo habría hecho por cualquiera a quien hubiese encontrado en tu misma situación.

Quiero que sepas que he pensado en ti durante todo el tiempo en que he estado lejos y que estaré ansioso hasta que no te tenga ante mi vista.

Areté cerró la carta y miró a la cara a la persona que tenía delante.

—Yo a ti te he visto alguna vez —dijo.

El hombre sonrió.

—Sí, me viste en el pueblo ese que está entre Heraclea y Agrigento. Dionisio acababa de encontrarte. Estabas en un estado terrible. Ahora tienes mejor aspecto.

—¿Cómo te llamas?

—Filisto —respondió el hombre.

—¿—Y eres amigo de Dionisio?

—Más que amigo, le seguiría hasta el mismísimo infierno si fuera preciso. Entonces, ¿qué decides?

—Iré a Mesina.

—Lo esperaba y he preparado ya todo lo necesario para tu viaje. ¿Cuándo quieres partir?

—Ahora mismo —respondió la muchacha.

—¿Ahora mismo? —preguntó asombrado Filisto.

—En Mesina me espera el hombre con el que siempre he soñado. ¿Para qué debería esperar?

—¿Y yo? —dijo una voz a su espalda—. ¿Yo no cuento para nada?

—¡Telías! —exclamó la muchacha levantándose y yendo a su encuentro—. Sabes que te aprecio, aunque me hayas tenido secuestrada en el gineceo.

—¡Y por eso quieres irte! —dijo Telías sonriendo—. Pero Dionisio te confió a mí y te he tenido por tanto bajo vigilancia, como a la uva madura.

—Creo que saldremos mañana —dijo Filisto—. Iremos por mar, con la misma embarcación que me ha traído hasta aquí. Es mucho más seguro, pero hemos de esperar a que amanezca y que haya viento a favor.

—¿Sabes algo concreto sobre lo sucedido en Himera? —preguntó Telías.

—Sé lo que me han contado —respondió Filisto— y es suficiente para hacer palidecer el desastre de Selinonte.

Areté agachó la cabeza. Se avergonzaba de la alegría que había sentido solo de pensar en reunirse con Dionisio, al recordar la multitud de desventurados que la guerra había dejado, el profundo dolor que tanta gente allegada a ella por la sangre, la lengua, las costumbres y las tradiciones había tenido que soportar.

También Telías guardó silencio y en aquel momento se oyeron los cantos y el vocerío de un grupo de jóvenes y de muchachas que acompañaban a una novia a casa de su prometido, así como a los mozalbetes que corrían detrás de ellos gritando alegres obscenidades.

—En esta ciudad siempre hay alguien de fiesta —comentó Telías con un suspiro—. Se hace fiesta para las festividades religiosas, si la cosecha ha sido buena y también si ha sido mala, porque hubiera podido ser peor; se festeja el nacimiento de un niño, pero también el de un potro, los noviazgos y las bodas, las victorias en las competiciones atléticas, hasta los funerales: los vivos deben consolarse por la pérdida de un ser querido.

—No veo nada malo en ello —dijo Filisto—. Agrigento es una ciudad rica: la gente tiene ganas de disfrutar de la vida.

—Quizá sea así, pero a veces tengo la impresión por el contrario, de que se trata de algo muy distinto. Como si tuvieran el presentimiento de un final inminente.

—Pero ¿qué dices, Telías? —reaccionó la muchacha—. Si los bárbaros han vencido es únicamente porque nos han cogido por sorpresa. Ahora todos están listos y prestos a defenderse...

Ni Filisto ni Telías dijeron nada y en el silencio de la tarde se oyó cómo el canto nupcial, entonado ahora por un cantor solitario desde la colina de los templos, se expandía por el valle hasta el ágora, llevado por la brisa marina.

Al cabo de un rato apareció la mujer de Telías bajando la escalera.

—Venid —dijo—, venid a ver el espectáculo.

Todos se levantaron y salieron a la azotea desde la que se dominaba casi la ciudad entera y los templos maravillosos que destacaban en la colina a lo largo del recinto amurallado. En aquel momento, a media pendiente, justo delante de la casa del prometido, se había encendido un gran fuego. Y al poco, como obedeciendo a una señal, fueron encendidos otros fuegos en varios puntos, tanto arriba como abajo y hasta en la misma acrópolis y en la parte baja de las murallas. Era una vista maravillosa y emocionante. Las hogueras seguían multiplicándose hasta que pareció que la ciudad entera era presa de las llamas.

—Faillo de Megara, el padre de la novia, ha regalado una carga de leña a todos los negociantes de la ciudad —explicó la mujer— con la orden de encenderla a una señal suya, justo en el momento en que el prometido lleve a la novia a la cámara nupcial. Esos fuegos son el augurio de un amor apasionado e inextinguible.

Areté volvió la mirada alrededor para admirar el soberbio espectáculo y se sintió presa de una profunda congoja.

Telías miró a su mujer, luego a Areté, que tenía lágrimas en los ojos meneó la cabeza farfullando:

—¡Ah, las mujeres!

Pero saltaba a la vista que quería guardar la compostura y que tenía la mente ocupada por pensamientos angustiosos.

Filisto le cogió por un brazo diciendo:

—He oído decir que en tu casa se bebe el mejor vino de Agrigento, pero hasta ahora no he visto ni sombra de él.

—Ah, sí, es cierto —respondió Telías volviendo a la realidad.

—Dejemos que las mujeres disfruten de la fiesta y vayamos a abrir un ánfora del vino mejor. Podremos cenar en el jardín. Se comienza a estar bien afuera en esta época del año.

Tomaron asiento bajo el porche y el amo de casa mandó traer una jarra del mejor vino en espera de que se sirviera la cena. Filisto lo observaba mientras apreciaba el color y el aroma del preciado caldo, removiéndolo en el fondo de una copa finísima, una verdadera pieza de anticuario, decorada con figuras negras de sátiros danzantes. Y cuando Telías la levantó para brindar por el huésped y la acercó a su boca, era

evidente por cada uno de sus gestos lo mucho que apreciaba los frutos de la civilización.

Los siervos trajeron la comida con pan recién hecho, carne y legumbres y los dos hombres comenzaron a comer.

—No hay motivo para que te preocupes —dijo Filisto, tras haber tomado a su vez algún sorbo de vino.

—En realidad, no estoy preocupado. Solo siento tener que separarme de la muchacha: es un encanto, una delicia. Echaré de menos su descaro, su espontaneidad, su fascinación. ¿Has visto cómo ha intervenido en un tema de política, ciertamente no adecuado para una mujer y menos aún para una muchacha?

—¿No tienes hijos, verdad, Telías?

—No, no tengo, en efecto.

—Es una lástima. Habrías sido un padre excelente.

—Yo creo, en cambio, que pésimo. Los habría mimado como he mimado a esta pequeña impertinente.

Tomó de nuevo un sorbo de vino y se puso a comer con buen apetito. Cuando hubieron terminado mandó traer aún un plato con huevos duros, queso y olivas.

—Como demasiado —suspiró—. Y sigo engordando.

—Pero no es esto lo que te tiene preocupado, si no he comprendido mal.

—Los cartagineses volverán.

—No lo creo. ¿Por qué habrían de hacerlo? Han tenido su venganza, su botín. Son comerciantes, quieren volver a su comercio y no ven la hora de licenciar a todos esos mercenarios. Les cuestan un ojo de la cara.

—Y Agrigento es ahora la ciudad fronteriza —prosiguió Telías como si Filisto no hubiera hablado.

—Esto no significa que ataquen.

—Yo en cambio creo que sí. Dime una cosa: según tú, ¿qué hace Dionisio en Mesina?

—Ayuda a los refugiados, como ha hecho siempre.

—Es probable, pero seguramente se estará metiendo en problemas. Corre el rumor de que muchos de los supervivientes se están reorganizando para contraatacar. Y si lo hacen, puedes estar seguro de que Dionisio estará con ellos. Es un cabeza loca, un imprudente, un temerario, uno de esos que no se sienten bien si no reparte leña...

—Un valiente, un soñador, un patriota, quizá... ¿un héroe? —continuó Filisto.

—En cualquier caso, los cartagineses reaccionan si se les provoca.

—No puede excluirse, en efecto, pero no es seguro que ocurra. Las guerras cuestan lo suyo, como ya he dicho.

—¿A qué hora os iréis mañana? —preguntó Telías.

—Pronto, al despuntar el día.

—Muy bien. Allí estaré, aunque detesto las despedidas. Te he hecho preparar una cama. Los criados te acompañaran con una luz. Buenas noches.

—Buenas noches, Telías —respondió Filisto levantándose para seguir al criado que le conducía a su habitación.

Telías se quedó solo bajo el porche, observando en silencio los fuegos nupciales que se iban apagando poco a poco, uno tras otro, hasta que la ciudad se oscureció del todo.

Se despidieron en la puerta de casa. Areté le echó los brazos al cuello a Telías y a su mujer; parecía que no quisiera separarse de ellos.

—Si pudierais ver los sentimientos que embargan mi corazón en estos momentos —dijo—, os daríais cuenta de lo mucho que os quiero y cuán agradecida os estoy por haberme tratado como a una hija. No sé qué daría para corresponder a vuestra generosidad.

—Perderte de vista será ya un regalo: Eres una impertinente, una petulante... —comenzó diciendo Telías para no echarse a llorar.

Areté pasó entonces de las lágrimas a la risa.

—Es lo que trato de hacer cuanto antes: ¡pásatelo bien, barrigón! —Y también tú, pequeña —respondió Telías con los ojos brillantes.

—Te mantendré informado —le dijo Filisto al despedirse.

Luego acompañó a la muchacha hacia la puerta sur, que a aquella hora estaba ya abierta. Prosiguieron su camino pasando entre las grandes tumbas monumentales que franqueaban el camino. Areté se las señalaba a su compañero mientras le hablaba de los famosos atletas, de los filósofos y de los grandes gobernantes que había allí enterrados, cosa que había aprendido durante su estancia en la ciudad. De vez en cuando volvían la vista atrás para contemplar la acrópolis iluminada por los rayos de la aurora y los tejados y las acroteras de los templos que sobresalían en lo alto, más allá de las murallas, mientras una trompeta desde la torre más alta, saludaba con fuertes toques la salida del sol.

La vista se volvió más espléndida aún cuando se embarcaron y la nave comenzó a alejarse de la costa. Entonces los templos de la colina y el de Atenea en la acrópolis se destacaron sobre la ciudad como si la mano de un dios los alzase hacia el cielo. En la parte de poniente se veía claramente el santuario aún inacabado de Zeus, el grandioso frontón plagado de figuras disparejas, los Gigantes que sostenían la inmensa cubierta sobre sus hombros.

—¿De veras crees que la ciudad está en peligro? —preguntó Areté.

—No, no lo creo —respondió Filisto—. Agrigento es inexpugnable.

—Entonces, ¿por qué está Telías tan angustiado?

Filisto desvió la mirada para no dejar ver su inquietud.

—Ha sentido que te marcharas, no por otra cosa, y está preocupado: un viaje por mar siempre entraña algunos riesgos.

Areté guardó silencio mientras contemplaba cómo la más bella ciudad que los hombres hubieran construido se alejaba lentamente y se ocultaba sobre el perfil de las olas a medida que la nave, impulsada por el viento, tomaba velocidad. De repente dijo, como si hablara entre sí:

—¿Le volveremos a ver?

Filisto esta vez fingió no haber oído

Llegaron a Gela ya de noche y echaron el ancla en la desembocadura del río que daba nombre a la ciudad, representado en sus monedas de plata como un toro con rostro humano. La ciudad estaba construida sobre un malecón rocoso que se prolongaba de levante a poniente y defendida por unas murallas formidables, hechas de grandes bloques de piedra gris. Era la metrópolis de Agrigento y había sido fundada conjuntamente por colonos de Rodas y de Creta casi tres siglos antes. De ella provenía Gelón, el vencedor de los cartagineses cerca de Himera que había desencadenado un odio inextinguible y encendido una sed de venganza capaz de afectar a tres generaciones de distancia.

Allí descansaba Esquilo, el gran trágico; Areté quiso visitar su tumba antes de que se hiciera de noche. Era una sepultura modesta, rematada por una lápida que ostentaba una breve inscripción funeraria:

AQUÍ YACE ESQUILO, HIJO DE EUFORIÓN, ATENIENSE,
MUERTO EN GELA, PICA EN MIESES.

PUEDEN ATESTIGUAR SU VALOR, POR HABERLO
CONOCIDO, EL MEDO DE ESPESAS MELENAS
Y EL BOSQUE SAGRADO DE MARATÓN.

Areté leyó emocionada la inscripción.

—Ni una referencia a su gloria de poeta, solo a la de combatiente —comentó.

—Era un hombre a la antigua —repuso Filisto—. Hombres así son muy raros en nuestros días.

Volvieron a partir al día siguiente antes del amanecer, tras haberse abastecido de agua, y navegaron rumbo a Camarina, de la que pudieron ver emerger, a primera hora de la tarde, el templo de Atenea de los tejados rojos de la ciudad.

—Camarina ha sido siempre hostil a Siracusa, también durante la guerra contra los atenienses —explicó Filisto a Areté que observaba, apoyada en la barandilla de la embarcación, la ciudad resplandeciente a pleno sol.

—Las ciudades de los griegos son como nidos de gaviotas adheridos a las rocas de la costa —dijo Areté— y rodeadas por tierras habitadas por bárbaros que no comprenden nuestra lengua ni veneran a nuestros dioses. Deberían unirse y prestarse ayuda una a otra y, en cambio, están a menudo divididas, incluso son enemigas

juradas. Agotan sus fuerzas en luchas continuas y cuando el verdadero enemigo asoma en el horizonte no hay nadie capaz de detenerlo...

Filisto se quedó una vez más impresionado y sorprendido por aquella observación de la muchacha, que hacía pensar en una larga familiarización con los asuntos políticos insólita en una mujer. Tal vez era ese aspecto de su personalidad el que había conquistado el corazón de Dionisio. Respondió:

—Es justamente esta dispersión de los asentamientos, de comunidades llegadas de muchos lugares distintos lo que hace difícil un entendimiento entre ellas, y por supuesto llegar a una verdadera alianza. Se unen cuando se ven obligadas por un peligro tan grande que amenaza su propia existencia, pero a menudo es demasiado tarde. Es triste, porque cuando los griegos de Sicilia han luchado unidos obtuvieron grandes victorias.

—Y esto, en tu opinión, ¿es todavía posible?

—Tal vez. Pero haría falta un hombre capaz de convencerles como sea de que la unión es indispensable para la supervivencia. Si es necesario, obligarles a ello.

—Un hombre semejante sería un tirano en su propia ciudad y en las de los demás —respondió Areté con firmeza.

—Hay momentos en que se puede renunciar a una parte de la propia libertad si está en juego la vida misma y la supervivencia de comunidades enteras, ¿no crees? Y hay situaciones en que es precisamente el pueblo quien confiere a un hombre digno responsabilidades excepcionales.

—Parece que pienses en alguien en concreto al decir esto —dijo Areté sin apartar la vista de la pequeña ciudad que se alejaba sobre la espuma de las olas.

—Así es exactamente. Este hombre está ya entre nosotros y tú lo has conocido.

—Dionisio.... ¿estás pensando en Dionisio? —exclamó Areté volviéndose finalmente hacia él—. Pero es absurdo: él es poco más que un muchacho.

—La edad no quiere decir nada: lo que cuenta es el coraje, la inteligencia, la determinación y él está dotado de estas cualidades en sumo grado. No puedes hacerte una idea siquiera de la fascinación que ejerce en la gente y cuántos son los que lo admiran y están dispuestos a todo por él.

—En cambio, me lo imagino perfectamente —respondió Areté con una sonrisa.

Hicieron falta otros dos días para llegar a la vista de Siracusa, donde recalaron en la orina meridional del Puerto Grande. Filisto mandó a tierra a un par de hombres para que comprasen comida en el mercado y se aprovisionaran de agua, pero él se quedó a bordo con la muchacha, sabedor de que Dionisio esperaba de él una custodia continua, atenta y prudente. Notó que Areté se había quedado impresionada a la sola vista de la ciudad y no había podido disimular una fuerte emoción.

—¿Conoces a alguien aquí? —preguntó Filisto.

—Pasé aquí mi infancia —respondió Areté tratando de controlarse.

—¿De veras? Pues, entonces, quizá conozco a tus padres.

—No creo —replicó la muchacha y fue a sentarse en la cubierta de popa como si quisiera cortar la conversación.

Filisto no dijo nada más y se ocupó de las provisiones. Dio orden de que se cenase a bordo y de que nadie más bajara a tierra.

Antes de que se pusiera el sol, Areté se acercó de nuevo a su acompañante.

—¿Se ve desde aquí su casa? —le preguntó.

Filisto sonrió indicando un punto delante de sí.

—Dirige tu mirada hacia allá arriba, por encima de la Acradina, donde está el teatro. Desde allí, sigue ahora una línea imaginaria hasta el muelle de la Ortigia. ¿Ves la terraza con la parra, cerca de la mitad de la calle?

—La veo.

—Pues esa es su casa.

—¿Es allí donde viven sus padres?

—Ya no tiene. Su padre Hermócrito murió durante la gran guerra cuando los atenienses sitiaron Siracusa. Y su madre le siguió al poco a la tumba, por una enfermedad incurable. Con solo dieciséis años tuvo que sostener a las hermanas más pequeñas que ahora están todas casadas en otras ciudades, y a su hermano Léptines.

Areté no preguntó nada más y mantuvo la mirada fija en el tejado de tejas rojas y en la parra hasta que el sol desapareció en el horizonte.

Pasaron otros dos días antes de llegar a la vista del Etna cubierto aún de nieve, alto, con su penacho de humo, en un golfo maravilloso, en la llanura costera llena de olivos y de vides que comenzaban a echar las primeras hojas tiernas de primavera.

En la costa se extendía Naxos, la primera colonia de los griegos en Sicilia, con su templo mayor que se alzaba a escasa distancia de la playa para indicar el punto en el que habían desembarcado los antepasados emigrantes al mando de su fundador Bucles. Filisto explicó que en el ágora estaba el altar de Apolo Conductor, el que mandaba a los colonos que emigraban de la patria de origen en busca de fortuna a las costas lejanas. De aquel altar, primer lugar sagrado en la isla, partían todas las delegaciones que iban a Grecia a consultar el oráculo de Delfos.

—Ninguna emigración —dijo Filisto— fue empujada jamás sin la guía del Oráculo, que indicaba el lugar en el que los emigrantes debían fundar la nueva patria y el tiempo más adecuado para afrontar la navegación por mar. Por eso en muchas colonias hay un altar de Apolo Conductor, y a veces incluso un templo, como en Cirene...

—¿Conoces Cirene? —preguntó Areté llena de curiosidad.

—Por supuesto. Es una ciudad magnífica y precisamente en la plaza hay una gran inscripción que reproduce el juramento de los colonos. ¿Conoces la historia de la fundación de Cirene? Un día te la contaré, es hermosísima, llena de aventuras

extraordinarias.

—Quizá podrías contármela también ahora —dijo Areté.

—Mejor no —repuso Filisto—. Cuanto más nos acercamos a nuestro destino, más siento que tu mente está ocupada en otros pensamientos, como es justo que así sea, si me imagino el motivo.

—No se te puede esconder nada —replicó Areté.

—He dedicado mi vida al estudio de los avatares y de la naturaleza de los hombres y espero haber aprendido algo; sin embargo siento que conseguirás, de todos modos, sorprenderme antes o después. Hay muchas cosas en ti que no consigo aún comprender.

—¿Cuándo llegaremos a Mesina? —preguntó Areté cambiando de conversación.

—Esta misma tarde, si el tiempo sigue siendo bueno. Nuestro viaje casi ha terminado.

Entraron en el gran puerto, curvo como una hoz, de Mesina a la hora del ocaso y Areté se mostró exultante como una niña al ver el estrecho que separaba Sicilia de Italia. Rhegion, el otro lado, se distinguía tan bien que parecía que podía tocarlo.

—¡Qué lugar más maravilloso! —exclamó—. Cuesta imaginar que estuvieran aquí Escila y Caribidis.

—Lo que te parece un lugar maravilloso al que se asoman unas bellísimas ciudades fue por el contrario salvaje y tremendo a los primeros navegantes que se aventuraban por estas aguas: fuertes corrientes del estrecho arrastraban sus frágiles embarcaciones contra los escollos de uno y otro lado. La vista del Etna con sus ríos de fuego, los retumbos que sacudían la tierra, el cernerse de las rocas de levante, los sombríos bosques... todo parecía descomunal y amenazador. Por eso imaginaron que antes de ellos Odiseo, el héroe errabundo, había ya surcado estas aguas turbulentas venciendo a los monstruos, derrotando al cíclope, engañando a las sirenas, eludiendo los sortilegios de Circe...

Areté volvió la mirada hacia la orilla siciliana, al hermosísimo puerto hormigueante de navíos, en el momento en que el agua se volvía de color plomizo y unas nubes lejanas enrojecían a causa de los últimos rayos del sol. Hasta el penacho del Etna se teñía de colores irreales y comprendió lo que Filisto quería decir con sus palabras.

—Te estaría escuchando durante días enteros —dijo—. Ha sido un privilegio pasar contigo este tiempo.

—También para mí lo ha sido —contestó Filisto.

Areté bajó la mirada y preguntó ruborizándose:

—Según tú, ¿qué te parezco? Quiero decir... ¿te parece que estoy demasiado flaca?

Filisto sonrió.

—Me pareces muy hermosa. Pero mira, alguien viene hacia nosotros, y se diría que no ve llegar la hora de abrazarte.

Areté miró hacia la dársena y enmudeció: Dionisio corría hacia ella como un joven dios, ataviado únicamente con una clámide ligera, el pelo cayéndole en ondas sobre los hombros, gritando a voz en cuello su nombre.

Hubiera querido correr a su encuentro y gritar también, o quizá llorar, pero no conseguía hacerlo: permaneció inmóvil y muda, agarrada a la barandilla, mientras lo miraba como a una visión soñada.

Dionisio dio un salto desde la orilla del muelle y se agarró a la barandilla de la nave desde el exterior. Se izó con los brazos salvándola de un impulso y ella se lo encontró enfrente.

Solo consiguió decir:

—Cómo has hecho para saber que...

—Porque cada tarde escrutaba la entrada del puerto esperando verte llegar.

—¿Y no has cambiado de idea? Estás seguro de que...

Dionisio interrumpió sus palabras con un beso y la estrechó contra sí. Areté le echó los brazos al cuello y sintió que se derretía en el calor de su cuerpo, se abandonó a su fuerza, a las palabras apasionadas que le susurraba al oído.

Dionisio se desprendió de ella y le dijo sonriendo:

—Ahora, sin embargo, es preciso respetar la costumbre. Ven, tengo que ir a pedir tu mano.

—Pero ¿qué tratas de decir...? ¿A quién quieres pedirme como esposa? Yo estoy sola, yo...

—A tu padre, pequeña. Hermócrates está aquí.

Areté miró a Filisto y luego de nuevo a Dionisio diciendo:

—¿Mi padre? Oh... dioses del cielo, ¿mi padre?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

VI

A Hermócrates le dijeron solamente que Dionisio pedía ser recibido y, que había una persona con él que deseaba verle; entonces se encontró enfrente, de improviso, a su hija a la que creía muerta.

Era un hombre duro, forjado por las vicisitudes de una vida llena de riesgos, un aristócrata altivo y severo, pero se quedó trastornado al verla. Areté no se atrevió a correr a su encuentro por el respeto a su Padre al que estaba acostumbrada desde niña, y no dio más que algunos pasos vacilantes hacia él, sin atreverse a mirarle a los ojos. Para ella, había sido siempre más una imagen, un ídolo, que un padre y aquella situación tan límite, aquella imprevista y dramática intimidad le producía una sensación de pánico y de vértigo, una palpitación de corazón que la ahogaba. Pero su padre se levantó apenas se hubo recuperado del estupor y corrió a su encuentro estrechándola contra sí en un largo y emocionado abrazo. Ella entonces se abandonó; toda la tensión se disolvió en un llanto liberador, se abrazó a su cuello y se quedó allí, de pie en medio de la habitación desnuda y sombría, sumida en el calor de un abrazo que había deseado desde siempre.

Fue la voz de Dionisio la que le hizo volver a la realidad:

—*Hegemon*...

Hermócrates pareció reparar solo entonces en su presencia: le miró con una expresión interrogativa, sin conseguir explicarse cómo aquel joven guerrero había podido acompañar a su presencia a la hija que había creído perdida para siempre.

—Padre —dijo Areté—, es a él a quien debo la vida. Me encontré exhausta y casi sin conocimiento en el camino, me recogió, ayudó y protegió... —Hermócrates miró fijamente a los ojos al joven que tenía enfrente con una mirada de improviso sombría y turbada—... y respetó —concluyó Areté.

Hermócrates se desprendió de ella y se acercó a Dionisio.

—Te agradezco lo que has hecho. Dime cómo puedo recompensarte...

—He tenido ya mi recompensa, *hegemon*, conocer a tu hija ha sido la suerte más grande que ha podido tocarme. El privilegio de hablar con ella y de escuchar sus palabras me ha cambiado profundamente...

—Todo ha acabado bien —le interrumpió Hermócrates—. Te estoy muy agradecido, muchacho, no te imaginas cuánto. Después de enterarme de la caída de Selinonte y no haber forma humana de tener noticias de mi hija, me atormentaron los pensamientos más angustiosos. La incertidumbre acerca de su suerte me producía más dolor aún que si hubiera sabido que estaba muerta. Pensar que estuviera prisionera, llevada como esclava quién sabe dónde, sometida a cualquier posible vejación y violencia no me dejaban un momento de paz ni de día ni de noche. Para un padre no hay tortura que pueda igualar la duda acerca de la suerte de una hija. Mis

propiedades y mis riquezas han sido confiscadas, pero todavía me queda algo; deja que te recompense.

—No hay precio para lo que trato de pedirte, *hegemon* —dijo Dionisio con voz firme y mirándole directamente a los ojos—, porque lo que trato de pedirte es precisamente a la hija que acabo de devolverte.

—Pero ¿qué estás diciendo?... —comenzó Hermócrates.

—Me he enamorado de él, padre —intervino Areté—. Apenas le vi, apenas abrí los ojos, ¿comprendes? Y desde ese momento no he deseado otra cosa que poder ser su esposa y vivir con él todos los días que los dioses quieran concederme.

Hermócrates se quedó mudo e inmóvil como fulminado por tantas emociones inesperadas.

—Lo sé, soy un hombre de condición humilde —prosiguió Dionisio y no debería poner siquiera los ojos en ella, pero el amor que siento por Areté me da el coraje de atreverme a tanto. Sabré ser digno de tu familia y también de ti, *hegemon*. No te arrepentirás de haberme concedido un tan gran tesoro. No te la pido porque que quiera formar una familia y asegurar mi descendencia, o bien para entroncar con uno de los más ilustres linajes de mi ciudad y tampoco para reclamar el mérito de habértela devuelto. Habría salvado a cualquiera que hubiese encontrado en tal estado. Te la pido porque quiero amarla y protegerla contra cualquier amenaza y peligro, aun a costa de mi propia vida.

Hermócrates asintió gravemente con la cabeza sin decir nada y Areté, tras haber comprendido que consentía, le abrazó con fuerza, susurrándole al oído:

—Gracias, padre, gracias... Soy feliz porque estoy con las únicas personas del mundo que me importan.

El rito se celebró al día siguiente y, dado que Areté no tenía amigas que pudieran acompañarla a la casa del esposo y que este no tenía casa en Mesina, las familias más nobles de la ciudad ofrecieron una morada para Dionisio y que sus hijas vírgenes acompañasen a la novia al tálamo y le soltasen el cinturón del vestido. Areté pensó en los fuegos de Agrigento y en el canto solitario del poeta de la colina de los templos, mientras subía hacia la casa en que esperaba Dionisio, el héroe que más se asemejaba a su padre y con el que siempre había soñado, desde niña, cuando escuchaba historias maravillosas sentada sobre las rodillas de su madre.

El cortejo era festivo, los muchachos voceaban y armaban alboroto por la calle, los niños cantaban la canción tradicional que deseaba a la pareja una prole de ambos sexos.

*¡Ya vuelve la golondrina,
ya llega también la corneja,
trayendo un niño en su pico*

o una niña muy bella!

Las Jovencitas que la acompañaban esparciendo pétalos de rosas silvestres delante de ella eran casi todas graciosas, iban ataviadas con sus peplos de fiesta, pero ninguna igualaba en esplendor a la prometida. La felicidad la hacía más encantadora aún: porque había querido olvidar todo recuerdo angustioso para no pensar más que en el joven que la esperaba en el umbral de aquella modesta morada al pie de las colinas.

El sol se ponía ya tras los montes cuando llegó a la vista de la casa. Dionisio la esperaba en la puerta ataviado con un elegante quitón blanco con bordados de palmetas argentadas que le llegaba hasta los pies, que sin duda debía de haberle prestado algún amigo acaudalado. Junto a él esperaba el sacerdote para unir las manos de ambos con la venda sagrada y dar su bendición a la prometida.

Las muchachas acompañaron a Areté al tálamo encendiendo las antorchas que llevaban en la mano en la lucerna del atrio y cantando el himno nupcial. Le soltaron los cabellos y la peinaron, luego le desataron el cíngulo que ceñía su vestido, la desnudaron y la pusieron en el lecho debajo de la sábana de blanco lino.

Escaparon escalera abajo con grititos maliciosos. Dionisio esperó a que todo estuviera tranquilo y silencioso; luego salió y se acercó a la puerta del tálamo. Aguzó el oído y finalmente oyó en el exterior resonar la serenata que había pedido para su esposa en aquella noche. Abajo en la calle, un cantor mesines, acompañándose con la flauta y un instrumento de cuerda, entonó su canto: una bonita historia de amor que hablaba de un muchacho pobre que se había enamorado de una princesa tras haberla visto una sola vez pasar en una silla de manos.

Empujó suavemente la puerta abriendo un cono de luz, pero vio con sorpresa que el lecho se hallaba vacío. Entró alarmado en el aposento: lo encontró también vacío y sintió al punto el corazón en un puño. Trató de calmarse, cerró la puerta a sus espaldas y se volvió. Areté se había escondido detrás del batiente y ahora estaba orgullosamente desnuda enfrente de él, de pie contra la pared, y le miraba con una sonrisa maliciosa y divertida.

Dionisio sacudió la cabeza y se le acercó.

—¿No sabes que una joven esposa debería esperar tímida y temblorosa debajo de la sábana? ¿Te parece que es este momento para bromas?

Arete sonrió.

—¿Sigues pensando que estoy demasiado flaca?

—Pienso que estás guapísima —respondió Dionisio— y que me había equivocado de medio a medio.

Alargó una mano para acariciarle una mejilla y se la besó delicadamente, rozándola apenas con los labios medio abiertos. Movi6 la otra hasta acariciarle el

pecho escultural y el vientre. Vio que Areté cerraba los ojos y sintió la piel de ella estremecerse al roce de sus dedos.

La levantó de improviso entre sus brazos, con un gesto natural y delicado como si fuera tan ligera como una pluma, y la depositó sobre el lecho. Luego también él se desnudó y se apareció ante ella como las estatuas de los atletas olímpicos en las plazas y de los dioses en los frontones de los templos. Había en el aposento una última reverberación rosada del atardecer que se posaba sobre la piel de Areté como la mirada de Afrodita. La serenata resonaba ahora más lejana y queda, tan semejante a la del cantor de Agrigento, acompañada por el leve sonido de la flauta y por el rasgueo argentino de las cuerdas.

Dionisio se tumbó a su lado y sintió que le envolvía la tibieza y el perfume de ella, la vio transfigurarse a medida que él conseguía provocar el placer de su cuerpo virginal: brillar los ojos de una luz dorada, volverse los labios turgentes, distenderse el rostro en una transparencia casi hialina. Respondía a cada caricia, a cada beso con no menos calor, con inocente lujuria. Fue ella quien le atrajo dentro de su cuerpo diluyendo su hosquedad de guerrero con la cálida intensidad de la mirada, con el encanto de su pecho immaculado, estrechando como una amazona sus costados entre los muslos. Se amaron hasta que se consumió la llama de la lucerna, hasta yacer extenuados en un estado de semiinconsciencia, como sumergidos en una dicha letárgica y húmeda. Pasaban del amor al sueño sin darse cuenta: la luz perlina de una aurora marina los encontró aún abrazados, cubiertos tan solo de su belleza.

Hermócrates no deseaba otra cosa que volver a su patria y se puso en contacto con los amigos que aún tenía en Siracusa para que pidieran a la Asamblea que promulgase un decreto que le reclamase del exilio. También Dionisio envió mensajes a Filisto a fin de movilizar a todos los miembros de la Compañía para que votaran a favor del regreso de Hermócrates y a muchos los mandó a casa para que pudieran tomar parte en la votación. Pero Diocles, tras las humillantes derrotas de Selinonte e Himera, temía que la presencia de Hermócrates le hiciera sombra completamente y que la fascinación del caudillo y su vehemente oratoria inflamasen al pueblo incitándolo a la sublevación. Temía que pudiera arrastrar a la ciudad a una larga guerra sangrienta y que las instituciones democráticas no resistiesen a la fuerza de su personalidad. En una serie de reuniones borrascosas las facciones opuestas chocaron duramente en la Asamblea, pero finalmente fue claro que el pueblo no quería la vuelta, con Hermócrates, del poder abusivo de los aristócratas y la moción que pedía su vuelta del exilio fue rechazada con una mínima diferencia de votos.

Fue el propio Dionisio quien trajo la noticia a Hermócrates que, con expresión sombría, la recibió sentado en el sobrio atrio de su casa, semejante a una divinidad indignada. Estaba todavía en la plenitud de su vigor físico y anímico y trascendía de la mirada una potencia torva y amenazadora, que infundía temor hasta a los amigos.

El parentesco recientemente adquirido no había hecho perder a Dionisio la sensación de reverente respeto que siempre le había demostrado y continuó llamándole, como cualquier soldado raso, *heguemon*.

—Así que la han rechazado —dijo Hermócrates conteniendo a duras penas el desdén.

—Por una exigua mayoría —trató de consolarle Dionisio.

—En democracia no existe diferencia entre ser derrotados por un voto o por mil.

—En efecto. Y ahora, ¿qué piensas hacer, si puedo preguntarlo?

Siguió un largo silencio, luego Hermócrates respondió:

—No quería volver por sed de poder sino solo para ponerme a la cabeza de la resistencia contra los bárbaros.

—Lo sé, *heguemon*.

—Pero en vista de que mi ciudad no me quiere, la mandaré de todos modos desde aquí. —Se levantó y el tono de su voz resonó potente como si estuviera arengando al pueblo en la Asamblea—. Haz que corra entre los refugiados que están aún en Mesina la noticia de que regresamos a Selinonte, que volveremos a ocupar la ciudad. Diles que los días de humillación han terminado, que llamen a reunión a sus compañeros supervivientes, dondequiera que estén. Nosotros mismos les ayudaremos a encontrarlos, se les darán noticias de ellos. Escribiré una proclama que haremos circular en cientos, miles de copias, una proclama en la que pediré el regreso de los prófugos y de los vencidos, de aquellos que han perdido a sus familias y sus hogares, en cuyos oídos aún resuenan los gritos desgarradores de los hijos masacrados y de las esposas violadas; haré un llamamiento para que acampen entre las ruinas todavía humeantes de la patria destruida, les devolveré sus armas y su honor, repondremos en los templos las imágenes de nuestros dioses y los símbolos sagrados de nuestra religión. Y luego atacaremos, haremos salir a los enemigos de allí donde estén, les daremos caza sin tregua y sin piedad. ¡Y ahora, puedes irte!

Dionisio se despidió con un cabeceo apenas perceptible y salió para convocar a sus compañeros y referirles el plan y la voluntad de Hermócrates. En menos de siete días mil himeresees y quinientos selinontinos estaban prestos a marchar a sus órdenes.

Areté le hubiera querido seguir adondequiera que fuese, pero no pudo oponerse a las voluntades conjuntas de su esposo y de su padre, que querían devolverla a Siracusa a un lugar seguro para no exponerla a la gran fatiga de una marcha extenuante y a los peligros de una campaña llena de incógnitas.

Estaba tan furiosa por aquella exclusión que Dionisio no consiguió siquiera que le escuchara en el momento de la despedida.

—Eres un bastardo y un hijo de perra —gritaba ella fuera de sí—. ¿Qué te he hecho yo para que me trates así?

—¡Háblame de nuevo de este modo y te rompo la cara!

—¡Inténtalo si te atreves!

—¡Claro que lo intentaré! ¡Soy tu marido, por Zeus!

—¡Te arrepentirás por no dejarme ir!

—¿Qué es, una amenaza?

—¡Tómatelo como quieras!

—¡Pero no te echo, maldita sea, sólo te mando a casa!

—¿Y te parece poco? ¿Para qué sirve una mujer, sólo para joder? Búscate, entonces, una zorra, o dale por culo a alguno de tus amigos.

Dionisio alzó la mano para abofetearla, pero ella le miró fijamente sin pestañear, desafiándole abiertamente.

—¡Vete al infierno! —juró, luego se volvió y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta.

—Dionisio...

La voz de ella le detuvo antes de que saliese.

Dionisio se detuvo, sin volverse.

—Te he puesto a prueba —dijo la muchacha.

Dionisio no respondió.

—La verdad es que no puedo estar sin ti, mientras que tú lo consigues perfectamente, lo cual me hace enloquecer.

—No es cierto.

—¿Qué no es cierto?

—Que lo consiga muy bien. Estaré contando los días y las horas que me separaren de ti y cada instante me parecerá interminable.

—Lo dices porque así me iré sin incordiarte con mis escenas.

—Lo digo porque es verdad.

—¿En serio?

Ella se le había acercado mucho y él podía sentir el olor de su piel y el perfume a violeta de sus cabellos.

—En serio —respondió él, y se volvió. Se la encontró de frente, hecha un rubor por el despecho y la emoción.

—Entonces, llévame a la cama antes de irte, bastardo. Tu unidad puede esperar. Ya te tendrá quién sabe por cuánto tiempo. Yo no.

Él la tomó en brazos tal como había hecho la noche de bodas y la llevó escalera arriba, hasta el aposento.

—Pero ¿dónde has aprendido a hablar de este modo? —le preguntó mientras se desataba la coraza y las grebas que llevaba ya puestas—. Eres la hija de un noble, una aristócrata: yo creía que...

—En el campamento con los guerreros. Mi padre me hacía ir allí a veces y me tenía con él durante algunos días. A veces incluso un mes o más... Y ahora —dijo

dejando caer al suelo el vestido—, arréglatelas para que me quede satisfecha por todo el tiempo que permanezcas lejos.

Anduvieron durante once días a través del interior de la isla a lo largo de la escabrosa cordillera, sin que nadie se atreviera a molestarles y ni siquiera a acercarse; solo se veía a veces a algún hombre a caballo que los observaba desde las alturas que flanqueaban el sendero y luego espoleaba para ir al galope. Hermócrates caminaba a la cabeza de la columna, infatigable. Era el primero en levantarse y ponerse la armadura, el último en sentarse en torno al vivaque para cenar frugalmente. Antes de acostarse se aseguraba que todos hubieran comido lo bastante y tuvieran una manta para protegerse del frío aún penetrante en aquellas alturas, como hace un padre con sus muchachos.

La tarde del duodécimo día llegaron a la vista de Selinonte y los guerreros se detuvieron petrificados para contemplarla. Parecía imposible que una ciudad tan bella y grande hubiera sido destruida, que su población hubiera sido tan cruelmente diezmada y dispersada.

Hermócrates mandó romper filas y los selinontinos se desparramaron por la ciudad merodeando cual fantasmas por entre los muros resquebrajados, por las calles atestadas de escombros, por entre los restos de cuerpos carbonizados. Todos buscaban su propia casa, que en primavera perfumaban con cal fresca y en verano con romero y mastranzo, la casa en que habían crecido, donde durante tantos años se habían reunido por la noche para cenar, para reír y bromear, para contarse lo que habían hecho durante el día, los ambientes en los que habían resonado las voces de niños que jugaban y que ahora, destechados ya, estaban invadidos solo por el gemido del viento que soplaba desde los montes.

Cuando la encontraban, daban vueltas entre los ruinosos muros tocando, casi acariciando, las paredes, las jambas de las puertas. Recogían, llorando, algún signo de la vida de antaño para conservarlo como un precioso talismán: un fragmento de vajilla, un modesto adorno para los brazos o los tobillos, un alfiler que había recogido los cabellos de una persona querida.

Aquí y allá, en lo que fueran huertos y jardines, un granado había conseguido florecer, pero sus corolas bermejas, en otro tiempo jubilosos signos de primavera, parecían ahora nada más que manchas de sangre en las paredes ennegrecidas por los incendios. Los sarmientos de las vides se extendían por el suelo enredándose con las zarzas que habían echado raíces por doquier.

Solo a la caída de la tarde, uno tras otro, los guerreros selinontinos surgían del dédalo de ruinas siguiendo la reverberación del fuego que había en el ágora. Allí les esperaba Hermócrates junto con los himereseos y los siracusanos que le habían seguido.

La mayoría comió en silencio, cambiando unas pocas palabras, oprimidos por la

angustia de los recuerdos; sin embargo, con el paso de las horas, el calor del fuego y de la comida tomada juntos, la sensación de estar animados por los mismos sentimientos y por la misma determinación, la reverberación de las llamas en las fachadas de los templos desiertos les devolvían una sensación de renovado orgullo, de territorio reconquistado, de suelo consagrado de nuevo.

Al día siguiente recogieron los restos de los muertos y les dieron sepultura en la cercana necrópolis, luego se dividieron en grupos según las tareas que les habían sido asignadas. Algunos se dispersaron por los campos en busca de parcelas cultivadas que pudieran ser cosechadas. Otros identificaron las casas menos dañadas y se pusieron a desescombrarlas y a restaurarlas. Otros se dispersaron por los bosques para talar troncos con que hacer vigas para los tejados, tablas para puertas y ventanas, tablazones para construir embarcaciones. En poco tiempo la ciudad cambió de aspecto, al menos en los barrios próximos al ágora.

En las aldeas de las colinas, los fuegos que palpitaban de noche y las sombras que merodeaban entre las ruinas se convirtieron en objeto de relatos de todo tipo. Decíase que eran las sombras de los muertos que vagaban de noche sin paz entre las ruinas de la ciudad destruida y que aquellos fuegos eran sus espíritus que ardían de odio para con los enemigos que les habían privado de la vida. Ya ni siquiera los pastores se aventuraban más allá de las murallas temiendo encuentros no deseados. Pero no pasó mucho tiempo para que la verdad se hiciera evidente y se difundiera hasta las tres esquinas de Sicilia y más allá.

La proclama de Hermócrates había surtido el efecto deseado y de toda la isla comenzaron a afluir voluntarios, en gran parte selinontinos e himerenses. Primero a cientos, luego a miles, a pie y a caballo, de todas direcciones, y también por mar. Llegó incluso uno que había huido de la esclavitud cruzando el mar de África con una especie de balsa que se había construido él mismo con troncos de palmera. Lo encontraron, una mañana en la playa, más muerto que vivo y cuando recobró el conocimiento y vio a cientos de guerreros ejercitarse en el ágora con lanza y espada comenzó a gritar que también él quería una armadura y que había que invadir enseguida África. Consiguieron calmarle a duras penas.

A la vuelta de un par de meses se reunieron seis mil combatientes dispuestos a todo, perfectamente adiestrados y ciegamente fieles a su comandante. Dionisio se convirtió en el segundo en la escala de mando y recibió el encargo de mandar a los incursores a territorio enemigo para aprovisionarles de comida y de forraje. Muy pronto las acciones se hicieron más masivas y agresivas. En el curso del verano Hermócrates mandó una serie de verdaderas expediciones, que atacaron Lilibeo y Palermo por sorpresa e infligieron grandes bajas a las guarniciones de mercenarios al servicio de los cartagineses. Realizaron un desembarco nocturno con infantería ligera en la isla de Motia, donde prendieron fuego a un par de naves de guerra en el dique

seco. Los destacamentos de mercenarios al servicio de Cartago que patrullaban el territorio fueron interceptados y aniquilados. Aunque tanto Hermócrates como Dionisio trataran de contener a sus hombres ante los desmanes, no pudieron impedir que se cometieran atrocidades de todo género, que atizaron desmedidamente los odios y los rencores.

Desde Siracusa, Filisto mandaba noticias de continuo por medio de amigos de la Compañía como Biton, Dorisco y Yolao, compañeros de infancia de Dionisio, y así se tuvo conocimiento de la gran preocupación de Diocles por estas acciones militares — que seguramente provocarían una reacción cartaginesa—, pero también de la enorme popularidad que Hermócrates y el propio Dionisio se estaban ganando en la patria por sus empresas, sobre todo entre los jóvenes. Con los mismos mensajeros Dionisio recibía también apasionadas cartas de amor de Areté, que terminaban infaliblemente con la petición de que fuera a reunirse con ella lo antes posible.

Dionisio volvió a verla a escondidas algunas veces durante el invierno siguiente, aprovechando el estancamiento de las operaciones militares, pero no pudo quedarse más que unos pocos días para no ser descubierto. Pasaba todo el tiempo en casa, cosa que no podía sino ser del agrado de Areté, que así le tenía solo para ella.

Al comienzo de la primavera siguiente Hermócrates tomó una decisión destinada a causar sensación: a la cabeza de su ejército atravesó la Sicilia occidental y llegó a Himera. Deseaba que fuese claro el valor de su gesto: quería reunir a los griegos de Sicilia en una única y poderosa alianza, agrupar un ejército sin precedentes y expulsar a los cartagineses de toda la isla. Precisamente en Himera se había librado y ganado la guerra setenta años antes bajo el mando de Siracusa: en Himera comenzaría el contraataque.

Por ese mismo motivo sin embargo, el ensañamiento de los enemigos con la desventurada ciudad había sido espantoso. La vista de cuanto quedaba en Himera fue para los supervivientes aún más desgarradora de lo que lo había sido la vuelta a las ruinas de Selinonte. Aquí la furia de los bárbaros no había conocido límites: habían demolido casa por casa, reventando las murallas, prendiendo fuego a los templos, abatido y desfigurado las estatuas, torturado a muerte a quienes habían encontrado con las armas en la mano. Sus cuerpos desmembrados estaban esparcidos aún entre las ruinas y en el lugar de la última matanza, cerca de la gran piedra que había hecho las veces de altar del sacrificio; el verla era tan horrible que uno de los guerreros más jóvenes se desmayó. Los cuerpos se hallaban amontonados a miles y la tierra debajo de ellos estaba negra de su sangre.

El mismo Hermócrates se vio completamente superado por el espantoso espectáculo. Pálido de cólera y de desprecio daba vueltas en torno a aquel cúmulo de horror mascullando entre dientes palabras que nadie conseguía comprender.

Ordenó enseguida celebrar las exequias por aquellos míseros restos y darles

sepultura; luego mandó a otros hombres al campo, allí donde se había desarrollado el último choque sangriento, e hizo recoger los huesos de los combatientes siracusanos caídos durante la desafortunada tentativa de socorrer Himera, abandonados por Diocles en el campo de batalla. Despojados de las armas y de todo cuanto tuviera algún valor, resultaban reconocibles por el brazalete de sauce —una ramita partida en dos y con el nombre grabado, en la parte interior, el nombre del guerrero— que llevaban entrelazado en torno a la muñeca a la manera espartana.

A continuación mandó fabricar ataúdes de madera de pino con el nombre de cada uno de los caídos encima y se dispuso a trasladarlos a la patria para su sepultura. Era un gesto de enorme valor, no solo desde el punto de vista ético. Hermócrates no ignoraba ciertamente el fortísimo impacto propagandístico que tendría sobre el pueblo, del que esperaba aún un decreto oficial reclamándole a la patria. Mediante este acto, la diferencia de talla moral entre él y el jefe democrático, su adversario Diocles, resultaba clamorosa. Por una parte, el caudillo desterrado —nunca derrotado y privado del mando sólo por motivos políticos— volvía a reivindicar el honor de Siracusa y de todo el mundo helénico trayendo de vuelta, a aquella misma patria que lo había humillado e ignorado, a los hijos caídos en la batalla. Por otra, su rival Diocles sufría aún la vergüenza de no haber impedido a los bárbaros aniquilar a dos de las más ilustres ciudades de Sicilia, de haber huido ignominiosamente entregando a los aliados a la más feroz de las represalias y a los cuerpos de sus soldados a la profanación, sin sepultura, condenando a sus almas a vagar sin descanso ante las puertas del Hades.

La noticia de que Hermócrates traía de vuelta a la patria los restos de sus hijos caídos en combate provocó una fuerte emoción entre el pueblo, que se reunió en Asamblea para deliberar acerca de la celebración de un solemne funeral público. Hubo quien propuso reclamar inmediatamente a la patria a Hermócrates.

Diocles, que hasta ese momento se había mantenido al margen, dándose cuenta de lo desairado de su situación, se presentó ya iniciada la discusión y pidió la palabra.

A su repentina aparición todos enmudecieron: se hizo en la Asamblea un silencio sepulcral.

VII

—¡Siracusanos! —comenzó diciendo Diocles—. Comprendo vuestros sentimientos, sé lo que sentís. También yo tenía amigos caídos en Himera y sin embargo no me detuve a recoger los cuerpos...

—¡Porque eres un cobarde! —exclamó uno de los presentes.

—¡Silencio! —ordenó el presidente de la Asamblea—, dejadle hablar.

—No lo hice —continuó Diocles —porque habría corrido el riesgo de perder a otros compañeros que estaban aún vivos. He preferido volver a traéroslos sanos y salvos. Haciendo esto puse a salvo también a muchos fugitivos que de lo contrario habrían sido aniquilados...

—¡Y a muchos otros los abandonaste a su destino! —gritó otro-Gente que había creído en nosotros, que había confiado en nosotros. ¡Nos has deshonrado a todos!

Le apuntó con el dedo, mientras pronunciaba aquellas palabras, y Diocles vio que llevaba en la muñeca el brazalete con el delfín, el símbolo de la Compañía de la que formaba parte Dionisio.

El presidente de la Asamblea llamó de nuevo al orden a los presentes y Diocles reanudó su discurso.

—¡No tuve elección, creedme! La ciudad estaba condenada: nada ni nadie habría podido salvarla contra el asalto de setenta mil hombres. Ese bárbaro sanguinario no habría abandonado nunca el cerco hasta haber exterminado a todos los himerenses. Al menos se salvó a mujeres y niños y también a muchos hombres... Pero no he venido aquí para defenderme de vuestras acusaciones. Actué de buena fe y luché con coraje. Los compañeros son mis testigos. Estoy aquí, por el contrario, para exhortaros a que no dejéis entrar a Hermócrates en la ciudad...

Un murmullo de protestas corrió entre los presentes. Algunos maldijeron, otros le insultaron.

—Sé que en este momento él os parece un héroe, un valiente que ha desafiado a los bárbaros, que ha acampado entre las ruinas de Selinonte, que os ha traído los huesos de vuestros hijos. Y quizá lo sea. Pero es también un aventurero, un hombre que tiene la mira puesta en adueñarse del poder. Siracusa es una democracia y las democracias no tienen necesidad de grandes personajes, de héroes. Lo que necesitan es ciudadanos, personas normales que cumplan con su deber cada día y que sirvan a su país. Si Hermócrates entra en la ciudad, ¿cómo sobrevivirán nuestras instituciones libres? Le siguen himerenses y selinontinos, aparte de un grupo de mercenarios asiáticos a quienes paga con oro persa, hombres que le son leales a él, no a la ciudad y a las instituciones, y dispuestos a todo por él. Si su objetivo era solo devolvernos los restos de nuestros caídos, ¿por qué se ha llevado con él a miles de guerreros?

—Porque ha reunido un ejército para expulsar a los cartagineses de Sicilia entera

—le dijo remedándole otra voz, la de Filisto.

—¡Sé de parte de quién estás! —se le encaró Diocles—. Y sabemos perfectamente que tu amigo Dionisio se ha casado con la hija de Hermócrates.

—¡Soy amigo de Dionisio y a mucha honra! —exclamó Filisto—.

Es un hombre valiente que se ha batido sin escurrir nunca el bulto, exponiéndose en primera línea al peligro y a la muerte. ¿Acaso debe uno avergonzarse por mantenerse fiel a la amistad?

Diocles no le respondió y retomó el hilo de su discurso dirigiéndose a los miembros de la Asamblea.

—¿Habéis olvidado acaso la arrogancia de los aristócratas? Si dejáis que Hermócrates trasponga las puertas de la ciudad, estad seguros de que volverá a llevar al poder a vuestros viejos amos, que os hacían azotar si no trabajabais como bestias sus campos de sol a sol, que no se dignaban siquiera miraros a la cara cuando se cruzaban con vosotros por la calle, que se casaban únicamente entre ellos como si pertenecieran a una raza distinta del género humano.

Filisto reaccionó.

—¡No le hagáis caso, ciudadanos! Dice esto para desviar vuestra atención de su ineptitud, del deshonor que ha hecho caer sobre nosotros dejando a los aliados a merced del enemigo, huyendo de noche como un ladrón, abandonando insepultos los cuerpos de vuestros hijos, a merced de los perros y de las aves de presa. Yo os pido, en cambio, que recibáis a Hermócrates dentro de la ciudad. Fue destituido injustamente de su cargo mientras combatía lejos, a la cabeza de nuestra flota, se negó el regreso sin que hubiera cometido crimen alguno. ¡Hermócrates es la única esperanza de esta tierra, el único caudillo capaz de expulsar a los cartagineses de la isla, el único que puede vengar a vuestros hijos!

A estas palabras la multitud se estremeció. Muchos se pusieron en pie gritándole a Diocles:

—¡Fuera de aquí! ¡Queremos a nuestros muertos! ¡Hablas solo por envidia!

Muchos otros, sin embargo, permanecieron en silencio. Las palabras de Diocles de algún modo habían tenido cierto efecto sobre ellos.

Finalmente los magistrados decidieron someter a votación la orden del día con dos puntos: la celebración de un funeral público a expensas del Estado para honrar a los caídos traídos a la patria y el permiso a Hermócrates para regresar a la ciudad.

La primera moción fue aprobada, la segunda rechazada, una vez más con una mínima diferencia de votos.

Con todo, un grupo de ciudadanos propuso una tercera moción, que condenaba a Diocles al destierro por incapacidad al mando del ejército y por cobardía en presencia del enemigo. La propuesta fue aprobada por amplia mayoría, como si los ciudadanos se sintieran culpables por haber negado el regreso al más valeroso de los hijos de

Siracusa y quisieran recompensarle mandando al destierro a su principal adversario. Hermócrates recibió por segunda vez en poco tiempo la noticia de la negativa de su ciudad y no fue para él ningún alivio que Diocles hubiera sido condenado al destierro. Fue una delegación de la Asamblea la que le llevó la noticia y el hombre que habló en nombre de todos lo hizo de mal grado, manifestando un profundo pesar, y se sintió peor aún cuando Hermócrates no le dio ninguna respuesta, limitándose a inclinar la cabeza sobre el pecho en un desdeñoso silencio.

Fue Dionisio quien habló.

—Podéis coger los ataúdes con los restos de vuestros caídos y rendirles las honras fúnebres que se merecen. Cuanto antes os vayáis, mejor.

El convoy partió de ahí a poco, para llegar a la ciudad al cabo de una hora de viaje. Los féretros fueron alineados en el ágora para que cada familia pudiera reconocer a su pariente. Cuando el brazalet de sauce había permitido la identificación, el nombre del caído había sido grabado a fuego en la madera de la caja. Cuando no había sido posible asignar un nombre al cuerpo se había escrito la palabra **ἀγώτιζο**, «desconocido»; Cuando habían sido reunidos miembros esparcidos de distintas personas, se había escrito la palabra **πολλοί**, «muchos».

El regreso de aquellos restos reavivó el dolor de los padres y de los parientes y cada esquina de la ciudad resonó durante toda la noche de lamentos y de llantos. Al día siguiente fueron a celebrar las exequias. Se encendieron las piras fuera de la ciudad, en la zona sur, y cuando el fuego hubo consumido lo que habían perdonado perros y depredadores, los huesos y las cenizas fueron devueltos a los parientes para que los depositasen en la tumba.

También Areté tomó parte, sola, en el funeral porque tenía entre los caídos a un primo a quien siempre había querido. Cuando se disponía a volver a casa, antes de que oscureciera, oyó que alguien la seguía y apretó el paso.

De repente se dio cuenta de que a aquella hora sólo una esclava o una prostituta podía andar sola por la calle y le entró miedo. Sin volverse, se puso a caminar todavía más rápido, casi corriendo para llegar a la puerta de su casa y encerrarse dentro. El paso que la seguía se hizo más rápido y pesado, como el latir de su corazón. Luego, de golpe, desapareció.

Areté se detuvo, miró hacia atrás. Nadie. Dejó escapar un suspiro y dobló enseguida a la izquierda, pero apenas hubo doblado la esquina fue a toparse de manos a boca con una figura embozada de negro y no consiguió evitar que se le escapara un grito.

—¡Ssst! ¡Siopa! —le intimó una voz perentoria.

—¡Dionisio! —exclamó Areté reconociéndolo.

Tenía la cabeza y el rostro tapados por una capucha y le dijo:

—Sigue, no te detengas. Iré detrás de ti hasta casa.

Así avanzaron a buen paso por la calle del barrio de Acradina hasta la casa de la parra. La vid había echado ya hojas y también la higuera, que despuntaba casi de la misma pared junto a la puerta de entrada. Areté sacó la llave de la bolsa, abrió e hizo entrar a su marido, luego cerró enseguida con doble vuelta y le echó los brazos al cuello abrazándole fuerte. Dionisio la estrechó contra sí largamente, sin decir nada.

—¿Te preparo la cena? —preguntó Areté.

—No tengo mucha hambre —respondió Dionisio.

—¿Cómo se lo ha tomado mi padre?

—Mal. ¿Cómo quieres que se lo tome?

—¿Y ahora qué hará?

—Creo que volveremos a Selinonte. No hay otros lugares donde establecernos.

—Llegados a este punto, iré con vosotros. No tiene sentido que me quede aquí.

—En cambio, lo tiene.

—¿Qué quieres decir?

—Tú padre prefiere que te quedes en Siracusa.

—¿Y entonces? Soy una mujer casada: no debo ya dar cuenta a mi padre de mis actos, sino solo a mi marido. No necesito su consentimiento, solo el tuyo.

—Yo estoy de acuerdo con tu padre. Mientras estemos en Selinonte es demasiado peligroso.

—Eres un bastardo... —dijo Areté con lágrimas en los ojos—, pero ¿es posible que no quieras para mí un poco de bien?

—No empecemos de nuevo con discusiones —replicó Dionisio en tono conciliador—. Sabes muy bien que eres la persona que más quiero en el mundo. Por esto he decidido no llevarte conmigo. Pero escucha... es algo que no debería revelarte, pero te lo diré igualmente: no creo que permanezcamos largo tiempo lejos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó secándose las lágrimas.

—Tu padre vuelve a Selinonte, pero yo le seguiré solo en la primera parte del viaje. He de encontrar a personas que puedan ayudarme a preparar su regreso a la ciudad.

—¿Su regreso? ¿Y cómo?

—Es mejor que no lo sepas. Créeme, es cuestión de unos pocos días, seguro que menos de un mes. Y luego no nos separaremos más: acabarás aburriéndote de mí, ya verás.

Areté meneó la cabeza.

—¿No me crees?

—Te creo —respondió— y por eso tengo miedo. Un regreso semejante no puede producirse sin sangre.

—Nunca se puede decir. Nos las arreglaremos de manera que la cosa acabe de forma rápida. Tampoco tu padre quiere ningún derramamiento de sangre y la ciudad

ha sufrido ya demasiadas pérdidas. Pero está en su derecho de regresar: el decreto que le condena al exilio es injusto. Además, Siracusa está sin un guía justamente cuando los cartagineses preparan una nueva invasión.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Tenemos nuestros informadores.

—En la ciudad dicen que si los cartagineses vuelven es por culpa vuestra, porque os habéis instalado en Selinonte y habéis llevado a cabo acciones de guerra.

—¿Y tú qué crees?

—Que en parte al menos tienen razón.

—Hemos hecho lo que era necesario hacer y me asombra que precisamente tú, que presenciaste aquellos horrores, hables de este modo.

—Las mujeres piensan de manera distinta. Vosotros los hombres no pensáis más que en la venganza, en el honor, en demostrar vuestro valor de guerreros, pero esto no hace sino perpetuar los odios, reavivar los rencores. Vosotros perseguís la gloria, nosotras lloramos a nuestros hijos, a nuestros hermanos, a nuestros padres y maridos. Yo sueño con vivir en paz en esta casa a tu lado, en recibir a los amigos y cocinar para ellos debajo del emparrado, en las noches de verano, contemplando las naves que entran en el puerto. Sueño con ver crecer a unos hijos y ver un día a nuestros nietos. Son sueños de poca monta, lo sé, pero para mí son la máxima aspiración.

Dionisio la cogió por los hombros y la miró fijamente a los ojos.

—También las mujeres de Selinonte y de Himera tenían sueños, ¿no crees? Y alguien los trocó en pesadillas sangrientas. Y también los que se salvaron, hombres y mujeres, tienen un sueño: volver a sus casas para vivir en ellas para el resto de sus días. Todas nuestras ciudades están en la costa y fueron fundadas en los únicos sitios aptos para vivir. Si son destruidas, no queda más alternativa que desaparecer como si no hubieran existido. Areté, ¿es esto lo que quieres? ¿Que los griegos de Sicilia desaparezcan como sombras, que nuestras ciudades se vean reducidas a cúmulos de escombros, guaridas de bestias salvajes?

—No... —respondió con débil voz Areté—. No quiero esto, pero estoy cansada de vivir sola en la angustia, en el terror que cada vez que alguien llama a la puerta traiga la noticia que me rompa el corazón.

—Pues, entonces, tenemos que expulsar a los bárbaros de la isla. Solo así podremos vivir en paz y labrarles un futuro a nuestros hijos. Tu padre y yo volveremos a Selinonte, luego acaudillaremos la sublevación. Pero antes de que esto suceda, pasará cierto tiempo y nosotros tendremos la posibilidad de estar juntos y tranquilos para disfrutar un poco de la vida y... del amor.

Areté se secó las lágrimas.

—De todos modos, sé perfectamente que cualquier cosa que yo o cualquier otro dijera no serviría para hacerte cambiar de idea, ni a ti ni a mi padre. Es increíble que

los únicos hombres que cuentan envidia estén de acuerdo en todo cuanto me hace sentir mal... Se ve que es mi destino.

Dionisio sonrió.

—Por si quieres saberlo, esta vez no es así.

—Pero ¿qué dices?

—Tu padre no sabe aún nada de mi plan.

—Pero... no comprendo.

—Será informado a su debido tiempo.

—Esto me espanta todavía más. Mejor dicho, me parece una verdadera locura.

Dionisio le hizo una caricia.

—Estate tranquila, sé lo que me hago. Y cuando llegue el momento, todo se resolverá en pocas horas.

Areté le miró fijamente con una expresión extraviada: le venían a la mente mil cosas que habría querido confiarle, razones para disuadirlo, dudas, angustias, temores. No consiguió decir más que:

—Entonces, ¿te preparo algo para cenar?

—¿Para cenar? —repitió Dionisio.

—¿Sí o no?

—No —respondió.

Luego la tomó en brazos y la llevó arriba, al aposento.

Hermócrates levantó el campamento tres días después y muchos en Siracusa dejaron escapar un suspiro de alivio al saber que la columna se movía hacia poniente. Dionisio salió más tarde y solo, a caballo, directo hacia una localidad del interior en donde había citado a los hombres de su Compañía, entre ellos a sus amigos más íntimos: Yolao, Dorisco, Biton; estaría también presente Filisto.

Diocles se había marchado ya de Siracusa, obedeciendo al decreto de la Asamblea. Desapareció en la nada y no se oyó hablar más de él. Tal vez quedó satisfecho del resultado que había obtenido manteniendo a Hermócrates fuera de la ciudad, o quizá se vio abrumado por la vergüenza y no quiso que se supiera nada más de él, viviendo en algún lugar escondido como una persona cualquiera.

Hermócrates y los suyos marcharon durante diez días hasta llegar a la vista de Selinonte, donde les esperaban otros muchos guerreros dispuestos a seguir a su comandante hacia cualquier objetivo.

Dionisio, entretanto, había llegado al lugar de la reunión secreta: una cantera de toba abandonada en el camino de Catania. Allí se reunieron con él presentándose en pequeños grupos un buen número de amigos, todos ellos miembros de la Compañía y, por último, el mismo Filisto. Una vez llegados todos, Dionisio puso unos centinelas de guardia y comenzó a hablar.

—El decreto de la Asamblea es un escándalo —comenzó diciendo —y el

destierro de Hermócrates es una injusticia monstruosa. No hay ninguna imputación contra él: solo sospechas y malevolencias. En realidad, él es el mejor de todos nosotros, un hombre valeroso cuya única culpa es haber servido siempre a la patria en todas partes, a costa de durísimos sacrificios, sin pedir nunca nada a cambio. Pero no es esta la cuestión: sabemos con seguridad que los cartagineses preparan una nueva campaña para el año próximo y esta vez están decididos a acabar con todo, incluso con nosotros.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó uno de los presentes.

—Yo te lo explicaré —intervino Filisto—. Hace un mes una embajada cartaginesa se dirigió a Atenas para asegurarse de que el gobierno de la ciudad continuaría apoyando la guerra contra Esparta. ¿Por qué motivo, diríais vosotros? Es muy simple: si los atenienses mantienen ocupados a los espartanos en el Egeo, estos no podrán intervenir en nuestra ayuda, como hicieron hace siete años, en caso de que Cartago nos ataque. Estad, pues, seguros de que lo hará.

—Así las cosas —continuó Dionisio—, el único hombre capaz de mandar a nuestro ejército en este conflicto, ahora ya inevitable, es Hermócrates. Ya habéis visto qué pasó en Selinonte y en Himera solo porque faltó unidad de mando y determinación: pues lo mismo sucederá en Siracusa si continuamos perdiendo tiempo en cuestiones de teoría política. Estamos hablando de supervivencia. ¿Estáis de acuerdo en esto?

Todos asintieron.

—Bien. Entonces, nosotros haremos que regrese a la ciudad.

—Es fácil decirlo —objetó Dorisco, un joven de unos veinticinco años, pelirrojo lo mismo que su padre, venido de Tracia, y los ojos oscuros como los de su madre siciliana.

—Pero tampoco demasiado difícil de lograr —replicó Dionisio.

—Es una locura —rebató Yolao, uno de sus más leales y, como Dorisco, compañero de infancia suyo—. El pueblo nos hará pedazos.

—Actuaremos por sorpresa —continuó Dionisio sin pestañear—, nosotros desde el interior y Hermócrates desde el exterior. Tomaremos el control de la puerta occidental y la abriremos cuando nuestros exploradores nos indiquen que Hermócrates está listo para irrumpir.

Llegados a este punto, será cuestión de unas pocas horas y tendremos en nuestras manos la ciudad. El pueblo aceptará el hecho consumado.

—Si nos quedamos inertes tendremos que asistir al espectáculo de siempre: la gente discutiendo durante días y días en la Asamblea antes tomar una decisión cuya ejecución será confiada a unos principiantes, a un vendedor de pesca salada o a un carpintero de obra antes que a un guerrero, hijo y nieto de guerreros. Recordad, amigos: hasta hace algún tiempo los bárbaros nos temían (quizá sobrevalorando

nuestra potencia simplemente porque nos habían visto derrotar a los atenienses), pero la conducta insensata de Diocles les ha convencido ahora de que no estamos en condiciones de defender a nuestros aliados y que, por tanto, no estaremos tampoco en condiciones de defendernos a nosotros mismos. Atacarán, os digo, y no los detendrán hasta que nos hayan exterminado y dispersado. Solo Hermócrates puede salvarnos. Hacedme caso, no tenemos alternativa.

—¡Yo creo que tiene razón! —exclamó Biton, el más robusto, pendenciero e impaciente de los compañeros de Dionisio, siempre dispuesto a liarse a palos y, si era necesario, a empuñar las armas.

—Entonces, ¿quién está conmigo?

Todos alzaron las manos.

—Muy bien —concluyó Dionisio—. Estamos de acuerdo. Ahora no nos queda más que organizar la acción, pero antes repitamos nuestro juramento, el que nos ata unos a otros y que los dioses maldigan a todo aquel que lo viole. Juremos que si alguien lo traiciona le daremos caza hasta encontrarle y castigarle.

Los presentes prestaron juramento. Formar parte de una Compañía significaba tener importantes ventajas en la vida social y política y también en el ejército, pero comportaba asimismo pesados compromisos y riesgos mortales en caso de deserción.

Tal como habían llegado, todos se alejaron uno tras otro, uno por vez o en pequeños grupos, y tomaron itinerarios distintos para la vuelta a fin de no llamar demasiado la atención.

Filisto, que no había hablado hasta ese momento limitándose a escuchar y observar, se acercó a Dionisio.

—Cuesta creer que, entre tantos, no haya ninguno que tenga la tentación de traicionarnos.

—No ha sucedido nunca —respondió Dionisio tranquilo.

—Nunca ha estado en juego una apuesta tan importante. Estamos hablando de la suerte de la ciudad y quizá también de toda Sicilia —replicó Filisto.

—En cualquier caso, es un riesgo que hemos de correr. No se puede ya dar marcha atrás.

Filisto permaneció en silencio mientras observaba a los últimos que montaban a caballo y se alejaban por el camino blanco de polvo; luego preguntó:

—¿Cuándo se lo dirás a Hermócrates?

—Esta misma noche partirá uno de los míos a caballo para darle aviso.

—¿Y él consentirá?

—Sin ninguna duda. No desea otra cosa. El regreso es su obsesión y también lo sería para mí si estuviera en su situación.

—¿Has pensado cómo coordinar tu acción con la suya? Deben producirse absolutamente en el mismo momento.

—Emplearé estafetas, pero, en cualquier caso, conocemos bien el tiempo que se tarda en desplazar un ejército de Selinonte a Siracusa.

—Es posible, pero recuerda: este será el punto más difícil. Debes concentrarte sobre todo en este problema. El resto llegará por sí solo... ¿Cuándo tendrá lugar?

—Dentro de trece días exactos, a partir de mañana. Atacaremos al amanecer y antes del atardecer todo habrá terminado.

Filisto se le acercó.

—Dionisio —dijo—, tú sabes que no soy un hombre de armas sino de letras, y en esta acción te sería más una molestia que otra cosa. Dime qué puedo hacer por ti.

—Nada. Observa y considera todo cuanto suceda para transmitirlo a quien venga después de nosotros. Esta es tu tarea. Lo que queda de nosotros, una vez que hemos transpuesto la entrada del Hades, no es el recuerdo verídico de lo que hemos realizado sino la imagen que de nosotros ha sido plasmada por la historia. Ahora vamos, antes de que oscurezca.

Filisto asintió ligeramente con la cabeza, se echó la capa sobre los hombros y fue a donde estaba su caballo.

Hermócrates recibió el mensaje de Dionisio escrito en clave en una *skytale* a la manera espartana la tarde del tercer día y apenas lo hubo leído le dominó una gran agitación. El tono del mensaje daba a entender que había que atrapar la oportunidad al vuelo, pues quizá no se volvería a presentar y que, por tanto, era necesario moverse sin pérdida de tiempo. En una situación que hubiera requerido una atenta reflexión, Hermócrates se dejó llevar por las pasiones, por el deseo vehemente de volver a ver su patria, de conquistar el poder, de vengarse de aquellos que se habían aprovechado de su lejanía para despojarle de los derechos más sacrosantos, para infamarle y hacerle odioso al pueblo.

Preguntó cuántos hombres estaban disponibles de forma inmediata y le respondieron que podía contar con un millar poco más o menos de guerreros dispuestos a llevar a cabo las acciones de perturbación contra las defensas cartaginesas y que no estarían de vuelta antes de uno o dos días.

—No tengo tiempo de esperarles —dijo—. Diles que se pongan enseguida en camino apenas estén de vuelta y que se reúnan conmigo en Siracusa.

—Es un error, *hegemon* —replicó uno de sus oficiales llamado Cleantes—. ¿Qué prisa hay? Es mejor moverse sobre seguro con nuestras fuerzas al completo.

—No. Me dicen que este es el momento oportuno. Ahora o nunca.

—Como quieras —respondió Cleantes—. De todos modos, cuenta conmigo, pero sigo siendo del parecer que esperar un día no supondría nada.

Hermócrates pareció dudar un momento, presa de la duda. La idea de jugarse el todo por el todo en aquella decisión le angustiaba. Luego, de golpe, pareció haber encontrado la solución al problema.

—Quizá no andes errado —dijo—. Hagamos lo siguiente: yo partiré, de todas formas, tú vienes detrás de mí a marchas forzadas con el segundo contingente. Bastarán. El resto llévalos contigo. No solo infantería pesada, trae también peltastas, incursores.

—¿Nada de caballería?

—No nos es necesaria. Tendremos que luchar en las calles, en los callejones...

—Tenemos bastante pocos —dijo Cleantes—. Reuniré a los que pueda.

—Bien. Así me voy más tranquilo. Deséame buena suerte, amigo. De esta empresa dependen mi futuro, el tuyo, el de la ciudad y quizá el de Sicilia entera.

—Buena suerte, *hegemon* —dijo Cleantes—. Y esperemos que nuestros aliados en la ciudad sean no menos conscientes de lo que están haciendo.

Al día siguiente, antes del alba, el trompetero tocó a llamada y en poco tiempo mil cien hoplitas y doscientos entre peltastas e incursores se reunieron en el centro del ágora.

Estando todavía oscuro, Hermócrates, con la armadura puesta, pasó revista y seguidamente dirigió una breve arenga.

—¡Hombres! Esta vez nos espera una tarea mucho más ardua y dolorosa: volvemos a Siracusa, pero solo una parte de nuestros conciudadanos nos espera. Los otros se batirán contra nosotros y tendremos que darles muerte. Por desgracia no tenemos elección. Una vez que hayamos vuelto y hayamos tomado el poder, acaudillaremos la sublevación contra los bárbaros y los expulsaremos de Sicilia tras haberles hecho pagar la matanza de Selinonte y la de Himera. Las heridas cicatrizarán y una nueva prosperidad ayudará a olvidar el pasado.

—Pero ahora tenemos que llevar a cabo la empresa. La nuestra será una carrera contra el tiempo, por lo que no quiero oír de nadie de vosotros la frase "estoy cansado". Tendremos que caminar desde las primeras luces del día hasta que oscurezca, haciendo un alto únicamente a mediodía para comer, a fin de encontrarnos en la puerta de poniente de Siracusa dentro de once días como máximo. Marcharemos, por tanto, ligeros, poniendo los escudos en los carros. La contraseña es "Aretusa". Que los dioses nos amparen. No tengo nada más que deciros.

Inmediatamente después Hermócrates tomó la lanza y se puso en camino. Los hombres, dispuestos en columna en filas de a cuatro, le siguieron. Un oficial entonó una canción, pero muy pronto el paso del comandante se hizo tan sostenido que a nadie le quedó aliento para cantar y la marcha prosiguió en silencio durante el resto de la jornada.

VIII

Dionisio pasó la orden de alerta a los hombres de la Compañía tres días después del envío del mensaje a Hermócrates y todos se mantuvieron listos para intervenir a una señal suya. El plan era ocupar la puerta de poniente del barrio de Acradina, tenerla bajo control hasta que Hermócrates y los suyos hubieran entrado, luego dividirse en dos secciones. La primera, a sus órdenes, compuesta de incursores armados con equipos ligeros, liberaría las calles de las patrullas de ronda. La segunda, al mando de Yolao, mantendría abierto un paso para la infantería pesada al mando de Hermócrates, que a su vez ocuparía el ágora.

A continuación darían el asalto a la Ortigia y arrestarían a los jefes del partido adversario, tras lo cual los heraldos convocarían al pueblo en Asamblea para ser informado del cambio de la situación política en la ciudad.

Dionisio, sin embargo, no había contado con la ansiedad de Hermócrates de llegar a Siracusa cuanto antes. Era tal la rapidez de su marcha que había sacado una gran ventaja al segundo contingente al mando de Cleantes. Este había partido con más de un día de retraso, pero, más que recuperar la desventaja, lo que hizo fue aumentarla de modo que, cuando Hermócrates llegó a las cercanías de Siracusa, las tropas de Cleantes distaban dos jornadas de camino. El mismo Cleantes había enviado de avanzadilla a unos exploradores a caballo para averiguar adónde había llegado la vanguardia de Hermócrates y les había dado instrucciones para que le avisaran del retraso acumulado; pero la misión no había surtido efecto alguno.

El primer contacto entre Dionisio y su suegro se produjo por medio de otro mensaje cifrado:

Dionisio saluda a Hermócrates. Nosotros estamos listos para actuar en el día y la hora fijados. Es importante que tú entres con el máximo de fuerzas: los siracusanos deben tener la impresión de que la ciudad está ocupada y en nuestro poder. Si hubiera que entablar batalla en las calles, el resultado sería muy incierto.

A Hermócrates le dominó de nuevo la duda. Él, que nunca había dudado en la vida frente al enemigo, se veía atormentado por la incertidumbre justo en el momento en que llevaba a cabo una acción militar contra su propia patria. Era consciente de que si esperaba demasiado repararían sin duda en su presencia y saltarían las alarmas en la ciudad. Tal vez el ejército saliera contra él y entablara una batalla campal de resultado cantado. No se podía esperar más: con otro mensaje cifrado confirmó a su yerno que se encontraría en la puerta de poniente en el día y la hora convenidos, es

decir, al día siguiente al amanecer.

Pero los jefes del gobierno de la ciudad habían vislumbrado extraños movimientos de tropas a poniente de la ciudad y habían dispuesto centinelas en varios puntos del territorio, a lo largo de las orillas del Anapo y en las colinas, para no ser cogidos por sorpresa.

No obstante, Hermócrates consiguió sacar cierta ventaja haciendo maniobrar a sus tropas en silencio y en la oscuridad y consiguiendo apostarlas a escasísima distancia de la puerta de poniente. Cuando vio la señal de vía libre se lanzó hacia el interior encontrándose enseguida delante a Dionisio y a los jóvenes de su Compañía, armados y listos para ponerse a sus órdenes.

Hermócrates le abrazó.

—Aquí nos tienes por fin —dijo—. Ataquemos juntos en dirección al ágora y demos desde ahí el asalto a la Ortigia. Si conseguimos ocuparla, tendremos también el control de la dársena y del puerto. Lo demás llegará por sí solo. ¿Tienes grupos de incursores ligeros?

—Por supuesto —respondió Dionisio—. Aquí están.

Y presentó a unos cincuenta peltastas armados con arco, flechas y espada corta y con pequeños escudos tracios en forma de media luna.

—Pues, entonces, ve por delante con ellos para allanarme el camino. Quítame de en medio a las patrullas de ronda antes de que den la alarma.

Dionisio asintió con un cabeceo y corrió hacia delante con sus hombres.

Hermócrates se puso a su vez en marcha imprimiendo el ritmo de un paso de carrera a la sección, que le siguió formada en filas de a seis, que era lo que permitía la anchura de las calles.

Al avance de Dionisio y de sus peltastas el barrio aparecía extrañamente silencioso. No había un alma viviente por las calles. Algún perro se despertaba de improviso a su paso y se ponía a ladrar, pero nadie parecía responder a aquellos furiosos ladridos de alarma: puertas y ventanas permanecieron atrancadas. Dionisio seguía corriendo en el corazón cada vez más en un puño de la ansiedad, preocupado por el avance demasiado fácil, por la total ausencia de patrullas de ronda. Casi estuvo tentado de detenerse y volver atrás para convencer a Hermócrates de que asistiera, pero pensó que preocupaba por nada, que la calma se debía a la hora temprana y que la mayoría de las patrullas debían de encontrarse entre la dársena y la Ortigia.

De repente se perfiló delante de él, a un centenar de pasos de distancia, la columnata que delimitaba la entrada al ágora, el vasto espacio destinado a las asambleas que había que atravesar para luego tomar por el corto muelle que unía la Ortigia con tierra firme. Clareaba apenas a los primeros albos a través de un velo de ligera neblina que subía del mar.

Dionisio hizo una señal a sus hombres de que se detuvieran y se pegaran contra

los muros de las casas a los lados de la calle, luego llamó a Biton y a Yolao, y les mandó a explorar el terreno.

—Id por delante manteniéndoos pegados a las paredes en la zona más en sombra y dirigíos hasta el amparo de la columnata; si no veis a nadie sospechoso dad un silbido y nosotros vendremos detrás. Defenderemos la entrada y la salida del ágora hasta que haya pasado toda la infantería pesada, luego recuperaremos la cabeza de la formación y seguiremos de nuevo adelante para abrir el paso del muelle hacia la Ortigia. ¿Habéis comprendido bien?

Los dos asintieron y echaron a andar sin hacer el menor ruido. Dionisio esperó con el corazón en un puño a que hubieran llegado a la columnata. Entretanto, aguzaba el oído para captar el paso cadencioso de la infantería pesada que se acercaba al mando de Hermócrates. Pasaron pocos instantes y se oyó el silbido de Biton: vía libre.

Dionisio corrió hacia delante con los suyos.

—No hay ni un perro —dijo Yolao.

—Mejor así, pero andaos con cien ojos. —Dionisio dividió a sus hombres en dos grupos—. Vosotros conmigo —dijo a los primeros—. Vamos a la salida que lleva a la Ortigia. Vosotros quedaos aquí con Biton y Yolao y esperad a que llegue Hermócrates Con los suyos. Una vez que hayan pasado, reuníos conmigo en la cabeza de la columna y avanzaremos de nuevo

Los hombres se separaron en dos grupos de una veintena cada uno y el primero siguió a Dionisio, alcanzando en poco tiempo la salida este del agora.

No había tampoco nadie en aquella otra parte y Dionisio se apostó debajo de la columnata para defender el paso. No pasó mucho rato cuando apareció la cabeza de la columna de Hermócrates. Una buena parte de la acción había sido llevada a cabo; la entrada de la Ortigia estaba ya a pocos cientos de pasos de distancia y de ahí a poco el primer rayo matutino heriría las acroteras doradas del templo de Atenea en el punto más alto de la isla: el saludo del sol a Siracusa.

En cambio, se desencadenó el infierno; justo cuando los hombres de Hermócrates hubieron entrado en el ágora, columnas de hombres armados, ocultos hasta aquel momento en el interior de las casas, hicieron irrupción desde las calles laterales, desde la izquierda y desde la derecha, desde levante y desde poniente bloqueando todas las salidas. De los tejados de los edificios circundantes llovieron miles de dardos lanzados por arqueros invisibles que disparaban a la multitud a tiro fijo.

Dionisio reaccionó con los hombres de su Compañía y trató de forzar el bloqueo por la parte de levante de la plaza para abrir una salida hacia la dársena, pero los atacantes habían previsto ese movimiento y habían alineado en aquella parte una sección selecta y nutrida, que contraatacó contundentemente repeliendo cada asalto.

La refriega se extendió por cada esquina de la gran plaza y, con el difundirse de la

luz, la dimensión del desastre se hizo patente con espantosa evidencia. La sangre corría a raudales por todas partes, el terreno estaba sembrado de muertos y de heridos, la mordaza de los atacantes se estrechaba cada vez más y no parecía haber ninguna vía de escape para los guerreros cercados en el centro de la vasta explanada empedrada.

Hermócrates trató de reunir en torno a sí a sus mejores hombres para forzar el cerco en un punto de la derecha de la plaza, donde el número de los enemigos parecía haber disminuido. También para ellos era difícil, en un espacio tan estrecho, mantener la cohesión de las filas y la uniformidad de la presión.

Dionisio, intuida la intención de Hermócrates, corrió a echarle una mano con los suyos y todos juntos se lanzaron hacia delante empuñando las lanzas y gritando con grandes voces para darse ánimos mutuamente. El frente adversario vaciló bajo la embestida de aquel grupo de desesperados y comenzó a ceder. Los golpes de Dionisio, que se batía ahora con la espada en un durísimo cuerpo a cuerpo, abatieron a tres adversarios uno tras otro y los otros compañeros, viendo próxima la posibilidad de salir de la trampa, comenzaron a empujar con fuerza desde detrás con los escudos, imprimiendo más potencia aún al ímpetu de quien luchaba en primera línea. Al final la formación enemiga fue arrollada y los hombres de Dionisio trataron de avanzar por la brecha para encontrar una escapatoria hacia los barrios de poniente de la Acradina. Pero en ese mismo instante uno de los oficiales enemigos, viendo lo que estaba sucediendo, apuntó con una jabalina a una distancia de una decena de pasos y la lanzó con precisión contra Hermócrates, que aparecía en aquel momento revestido por la luz del sol naciente, dándole en pleno pecho.

Golpeado en el corazón, Hermócrates cayó fulminado y un grito de espanto se alzó de las filas de sus guerreros, que no obstante continuaron combatiendo con encarnizamiento aún mayor para vengar la muerte de su comandante.

Dionisio, que estaba ya fuera de la plaza, volvió atrás para ver qué estaba pasando, pero una estocada le alcanzó en el hombro derecho.

Dejó caer con un grito de dolor el arma que empuñaba y aún encontró fuerzas para abatir al adversario que le había herido, con un gran golpe de escudo. Yolao le socorrió antes de que se cayese y lo arrastró con él dejando tras de sí una estela de sangre.

Se detuvieron jadeando a la sombra de una arquivolta que se abría entre dos callejuelas laterales y desde allí pudieron oír los gritos de la matanza que retumbaban en las paredes de la ciudad como mugidos de animales en un matadero.

Yolao le levantó de nuevo, cogiéndole por la axila, y le exhortó a que se pusiera de nuevo en camino.

—Dentro de poco comenzarán a batir las calles para buscar a los supervivientes, tenemos que largarnos de aquí.

Dionisio se apoyó en la pared y pareció de repente presa de un pensamiento terrible.

—¡Oh, dioses, Areté!

—¿Qué?

—He de correr a ver a mi mujer. Está sola en casa y estoy seguro de que saben que yo he tomado parte en el asalto. Esta emboscada es fruto de una traición.

—Necesitas un médico lo más pronto posible o no saldrás de esta. —Primero es mi mujer. Ayúdame, te lo ruego.

—Está bien —dijo jadeando Yolao—, pero tenemos que taponar la hemorragia o llegarás desangrado.

Arrancó un trozo de su capa y se la apretó sobre la herida con una de la cinchas del escudo; Luego reanudaron el camino.

Entretanto, la ciudad se iba llenando de gente que corría como enloquecida por todas partes, sin darse cuenta de cuanto estaba sucediendo, y ya se oía en las esquinas de las calles a los heraldos del gobierno — que anunciaban con grandes voces el intento de Hermócrates y de Dionisio de subvertir las instituciones de la ciudad y prometían generosas recompensas para todo aquel que capturase a supervivientes o los denunciase.

—Te lo dije —dijo Yolao.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero movámonos, tengo miedo de que...

Yolao le miró: tenía un color terroso y lo sentía frío como el hielo. Jadeaba a cada paso y sudaba copiosamente por el esfuerzo. Se detuvo varias veces para dejarle recuperar el aliento y luego antes de afrontar la subida que llevaba hacia su casa. Dionisio se apoyó en un templete de Hécate que se alzaba en la esquina de un cruce de calles. Cuando se movió de nuevo dejó en la pared una amplia mancha de sangre.

Tuvieron que detenerse de nuevo, sobre todo cuando encontraban unidades de soldados siracusanos de patrulla en busca de fugitivos. Aquellos a los que se apresaba eran pasados inmediatamente por las armas. Y ya azotaba la ciudad una turba de facinerosos, que buscaban las casas de los conjurados para saquearlas y devastarlas.

La casa de la parra estaba ya cerca y dominaba a Dionisio una angustia insoportable. Yolao le apoyó contra la pared del recinto.

—Espera aquí —dijo—. Yo iré por delante; podría haber alguien dentro esperándonos para matarnos.

Se acercó a la cancela del jardín trasero, entró por la pequeña puerta de servicio y se adentró hacia el atrio mirando a su alrededor. Apenas sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, el rostro se contrajo en una mueca de horror. Se dio la vuelta enseguida para volver hacia atrás, pero se encontró de frente a Dionisio, pálido como un muerto, que se sostenía a duras penas sobre las piernas.

—No hay nadie allí dentro —dijo Yolao tratando de aparentar normalidad—.

Vayamos... a buscar un médico. No te sostienes de pie.

Pero tenía los ojos llenos aún de espanto. Dionisio comprendió y le apartó con un brazo.

—Déjame pasar.

—Te ruego... —dijo el compañero sin poder contener ya las lágrimas—. Te ruego que no entres...

Pero Dionisio había transpuesto ya el umbral, había entrado en su casa. Poco después se oyó su voz rota por el horror que gritaba frases inconexas, se oyeron sus sollozos desconsolados resonar entre aquellas paredes manchadas y desconchadas. Yolao se le acercó, pero no se atrevió a tocarlo ni a decir nada. Dionisio estaba de rodillas delante del cuerpo desnudo de su esposa y lloraba desconsoladamente.

Areté estaba casi irreconocible; la habían violado hasta provocarle una hemorragia espantosa. Yacía en medio de un grumo repugnante de esperma, sangre y esputos, tenía el rostro tumefacto, los labios rotos, el cuerpo lleno de quemaduras y de moretones. Para mayor escarnio, le habían cortado también el pelo como a una prostituta.

Dionisio la tomó entre los brazos estrechándola contra sí y como si quisiera acunarla comenzó a bambolearse hacia delante y hacia atrás, abandonándose a un llanto desconsolado, quejumbroso, un largo mugido bestial que rompía el alma.

—¡Vamos, te lo ruego! —dijo en un momento determinado Yolao—. Volverán para buscarte, no te quepa duda. Debes salvarte, Dionisio, debes salvarte para vengar este oprobio.

Dionisio pareció volver a la realidad ante las palabras de su amigo.

—Tienes razón —dijo—. He de vengarme, he de encontrarlos, sacarlos de donde estén y matarlos a todos, uno por uno... pero no puedo dejarla aquí... no quiero que su cuerpo sufra más ofensas.

—Ella no sufre ya, Dionisio, y si pudiera te diría que te salvases.

Le rozó la frente con una caricia.

—Ayúdame a llevarla abajo, te lo ruego. Hay un escondite en el sótano. Yo esperaré allí con ella y le haré compañía; siempre tuvo miedo de la oscuridad.

Yolao le complació cargando sobre su cuello casi todo el peso del cuerpo exánime de la muchacha porque Dionisio podía desmayarse de un momento a otro. Levantaron una trampilla, bajaron algunos escalones y se encontraron en el subterráneo.

Dionisio le indicó a su amigo un pasadizo que llevaba a una habitación excavada en la toba, oculta tras una estantería para las ánforas de vino.

—Ahora —dijo—, ve al sobrado; encontrarás allí un arcón con unos trajes limpios. Despójate de las armas, cámbiate, lávate la cara; así pasarás más fácilmente inadvertido. Vete a ver a Filisto; vive en la Ortigia, en la casa que tiene un porche detrás de la fuente Aretusa. Dile que le espero aquí.

Yolao asintió con un cabeceo.

—Comprendido. Sé dónde es. Tú no te muevas y no tomes ninguna iniciativa aventurada. Estate quieto todo lo que puedas. Voy a buscarte agua; debes de estar muerto de sed.

Dionisio no dijo nada. Estaba acuclillado contra la pared y sostenía abrazado el cuerpo de Areté como si quisiera darle calor. Yolao le trajo agua, se cambió y salió.

Volvió al cabo de un par de horas precediendo en unos cincuenta pasos a Filisto y al médico, para no llamar la atención. Encontraron a Dionisio sin conocimiento, abrazado aún al cuerpo de Areté. Filisto no pudo contener las lágrimas y se quedó absorto unos instantes en silencio, superado por el tumulto de emociones. De ahí a poco entró también el médico. Juntos trasladaron a Dionisio a su aposento y le tendieron. Respiraba aún, pero el latir de su corazón era muy débil; su cuerpo estaba frío y tenía los labios pálidos. Lo desnudaron y apareció el tajo que la espada le había abierto entre el hombro y el músculo pectoral.

—Es un milagro que no sajara los tendones del brazo y la gran vena que pasa justo por aquí —dijo el médico, indicando con su bisturí un punto por debajo de la clavícula—. Ahora, aguantadle firmemente.

Filisto y Yolao le inmovilizaron los brazos mientras el médico le lavaba la herida con vino y vinagre. Luego calentó el escalpelo al rojo vivo que habían encendido con la llama de la lucerna y cauterizó la parte interna que seguía sangrando; por último, comenzó a coser el corte externo. Dionisio estaba exhausto hasta el punto de que ni siquiera se movió. Emitió solo un largo mugido cuando el médico le quemó la carne.

—Ahora debe descansar. He hecho todo lo posible, lo demás está en manos de los dioses; esperemos que la herida no se acabe gangrenando.

Filisto dijo al médico aparte:

—No debes hablar con nadie de tu intervención aquí. Si mantienes la boca cerrada, no tendrás que arrepentirte y serás también recompensado por esto.

El médico asintió con la cabeza y alargó la mano para coger el dinero que Filisto le ofrecía: cinco hermosas monedas de plata con la imagen de Aretusa rodeada de delfines.

—¿Qué hacemos con el cuerpo de la muchacha? —preguntó Yolao.

Filisto suspiró.

—Por ahora la enterraremos en el subterráneo, hasta que sea posible celebrar las exequias y ponerla en una tumba digna de su rango y del amor que Dionisio le tenía.

La depositaron en una fosa abierta en la toba y Filisto contuvo a duras penas las lágrimas mientras murmuraba:

—Acogedla, oh Deméter y Perséfone, en el rado de asfódelos, dejad que beba las aguas del Leteo para que olvide los horrores de este mundo feroz y pueda encontrar la paz, esperando el día en que se una con el único hombre que amó en su vida.

Volvieron a subir al aposento de Dionisio y esperaron a que anoheciera. Filisto había organizado ya todo. En un momento determinado se presentó uno de sus siervos con un carro cargado de heno tirado por un par de mulos y entró en el jardín, al amparo de la tapia del cercado. Depositaron en él a Dionisio cubriéndole primero con una sábana y luego con heno.

El carro se dirigió a la puerta de poniente, donde en aquel momento estaban de guardia dos miembros de la Compañía dispuestos a matar a los otros dos centinelas que estaban de servicio con ellos en caso de que se mostraran demasiado diligentes en controlar a la gente y las mercancías que pasaban.

No fue necesario. El carro pasó sin problemas por la puerta y se dirigió hacia las orillas del Anapo, donde les esperaba una barca que empezó a remontar la corriente en medio de tupidos cañaverales de papiro.

De noche cerrada, en la ciudad ya en silencio tras una jornada de sangre y de gritos, en las cercanías de la casa de la parra se oyó alzarse un canto, el himno de amor de una antigua melodía nupcial. Una serenata dulce y desgarradora en aquel lugar desolado y profanado, último homenaje de un fugitivo herido y casi moribundo a su amor perdido.

De los que habían tomado parte en la desgraciada empresa no se salvó casi nadie; de los prisioneros, fueron pasados por las armas todos los exiliados siracusanos que pertenecían a la detestada casta de los terratenientes. En cambio, los que siguieron a Hermócrates con la esperanza de ver liberadas y reconstruidas sus ciudades de Selinonte o de Himera salvaron su vida, pero fueron condenados de todos modos a largos años de prisión.

Dionisio fue condenado a muerte en contumacia al no haberse podido encontrar rastro alguno de él. Filisto hizo correr hábilmente el rumor de que había muerto como consecuencia de las heridas recibidas y que su cuerpo había sido quemado de noche, a escondidas, por sus amigos en las riberas pantanosas del Ciane.

En la Asamblea se consolidó un nuevo líder llamado Dafneo, que se jactó de haber dado muerte a más de veinte enemigos en la noche terrible de la batalla del ágora. Proclamó que la victoria había sancionado para siempre el triunfo de la democracia y que en el futuro nadie se atrevería a aspirar a la tiranía.

Las jactancias de Dafneo alentaron otras y muchos parroquianos de las tabernas del puerto comenzaron a alardear de haber gozado entre los muslos de aquella putilla, hija del traidor Hermócrates. Nadie habría osado nunca decir una cosa semejante de una mujer que tuviera aún un marido, un prometido o un hermano, pero la memoria de Areté estaba indefensa y, por tanto, podía decirse de ella impunemente cualquier cosa. Pero Filisto tenía ojos y oídos en los lugares adecuados, y mucho dinero que gastar, en parte de su patrimonio y en parte de las arcas de la Compañía. A partir de las informaciones que le llegaban comenzó a elaborar diligentemente una relación

con nombres y patronímicos, direcciones, profesiones, frecuentaciones y cualquier otra cosa de que pudiera enterarse.

La Compañía, no obstante las bajas sufridas, era aún fuerte y numerosa y cuando circuló la noticia, secretísima, de que Dionisio había sobrevivido y se escondía en la montaña en un lugar casi inaccesible, muchos se ofrecieron a reunirse con él para ponerse a su servicio.

En aquellos mismos días un mensajero de Filisto, llamado Demetrio, fue enviado a Asia para avisar al hermano pequeño de Dionisio, Léptines, que vivía en Éfeso.

Un esclavo le abrió la puerta de casa diciendo que el amo no estaba.

—¿Y dónde está? —le preguntó el enviado.

—No sé, cuando sale de noche no me dice adónde va.

Demetrio suspiró.

—Esto quiere decir que tendré que esperarle hasta que vuelva. Se trata de una cosa urgente. Mientras, podrías darme algo de comer, pues aún no he cenado.

El esclavo era reacio a dejar entrar en casa a aquel desconocido, pero no se veía tampoco con ánimos de expulsarle. Por lo que le sirvió un plato de aceitunas y un pedazo de pan.

Demetrio comenzó a comer acompañando la comida con algún sorbo de vino de su botella.

—¿Tarda mucho normalmente? —preguntó.

—Normalmente regresa de madrugada —respondió el esclavo.

Y en cambio Léptines llegó al cabo de poco, jadeante, atrancando la puerta tras de sí.

—¿Quién eres, amigo? —le preguntó sin dar muestras de asombro.

—Me llamo Demetrio y me manda Filisto para decirte que...

Pero, mientras este hablaba, Léptines había ya abierto un arcón y cogido una talega con unos pocos efectos personales.

—Ya me lo contarás por el camino. En esta ciudad ya no se puede vivir. ¿Tienes una embarcación?

—Sí, la que me ha traído hasta aquí...

—Muy bien. Movámonos, entonces... Los maridos de este lugar son muy susceptibles cuando te encuentran en la cama con sus mujeres y pueden volverse incluso violentos...

Salieron a toda prisa mientras el esclavo gritaba:

—Amo, pero ¿y yo qué hago?

—¡Nada! —gritó Léptines—. Si llega alguien, dile que he salido. ¡Quédate con lo que encuentres en casa y que los dioses te asistan!

Apenas si les dio tiempo de desaparecer por un callejón lateral cuando ya un grupo de individuos armados con bastones había llegado a su casa e irrumpía en el

interior.

Los dos fugitivos corrieron hasta quedarse sin aliento por las calles oscuras de la ciudad para alcanzar la embarcación de Demetrio amarrada en el muelle con un par de cabos.

—¡La pasarela! —ordenó Demetrio, que se había dado ya cuenta de lo apurado de la situación.

El marinero de guardia le reconoció y alargó la pasarela hacia tierra, de modo que los dos pudieron subir y ponerse a salvo.

Léptines dejó escapar un gran suspiro, se sentó en un banco y, como si nada hubiera pasado, se dirigió a Demetrio.

—Entonces, ¿cómo van las cosas en Siracusa?

Demetrio le miró serio.

—Mal —respondió—, no podrían ir peor. Tu hermano tiene necesidad de tu ayuda.

Léptines frunció el ceño.

—Tenemos aún algunas horas, antes de que podamos zarpar. Cuéntamelo todo.

La nave de Demetrio echó el ancla en el puerto de Lakios diez días después y Léptines se fue a toda prisa a casa de Filisto.

—¿Dónde está Dionisio? —preguntó incluso antes de entrar. Filisto le hizo un gesto de que bajara la voz y le llevó a su estudio.

—Está en lugar seguro.

—Te he preguntado que dónde está —insistió Léptines en tono perentorio.

—No puedo decírtelo —respondió Filisto—. Es demasiado peligroso. Si quisieras descubrir dónde se encuentra, en vista de que su mujer está muerta, ¿a quién seguirías los pasos? ¿Y por cuánto tiempo crees que permanecerá en secreto tu llegada a la ciudad?

Léptines comprendió lo que Filisto trataba de decirle y desistió.

La noche de la batalla en el ágora, Dionisio fue confiado a algunos amigos de la Compañía, que le trasladaron en barca por el río Anapo mientras fue posible, primero remando contra corriente y luego haciendo arrastrar la barca por un asno que andaba por la orilla. Cuando el lecho del torrente se volvió demasiado accidentado, los compañeros compraron otro asno a un campesino, hicieron una basterna y colocaron encima de ella a su amigo herido, fijando las varas a los dos asnos, yendo uno delante y el otro detrás. De este modo llegaron, sin sacudidas violentas, al nacimiento del río: una especie de lugar encantado, un manantial de aguas cristalinas en medio de un prado lleno de flores de adelfas de todos los colores y de retamas de intenso perfume, encerrado entre altísimas paredes de roca en las que se abrían innumerables nichos, excavados por los antiquísimos habitantes de aquella tierra para dar sepultura a sus muertos más cerca del cielo.

Alguien había sido ya avisado y fue descendido un tablادillo a la luz de la luna con una polea chirriante hasta el suelo; los compañeros colocaron en él a Dionisio con gran cuidado, lo ataron con correas de cuero y dieron una voz para que fuera izado. Se quedaron mirando cómo aquella frágil yacija de palos entrelazados planeaba en el vacío sobre sus cabezas hasta una altura vertiginosa para desaparecer finalmente dentro de una abertura de la roca oscura y negra como la cuenca de una calavera.

Habían llevado a cabo con sagacidad y habilidad la tarea que les había sido encomendada y luego reanudaron el camino de vuelta para referirle a Filisto el resultado de su empresa. Dionisio se encontraba ahora en manos seguras, en un refugio inaccesible como un nido de águila en las montañas, confiado a las manos expertas de quien le había tomado bajo su custodia: un indígena del interior de etnia sícula, un curandero entre su gente, venerado y respetado. Filisto tenía más confianza en él que en los médicos siracusanos, muy buenos y expertos cirujanos —habitados como estaban a limpiar, cauterizar y volver a coser las heridas de los guerreros que volvían de los campos de batalla—, pero no tan expertos en cuidar las engañosas infecciones que se desarrollaban a menudo de las heridas.

Dionisio permaneció entre la vida y la muerte en aquel lugar aislado durante varios días, a menudo sumido en el sueño provocado por la agotadora debilidad del desangramiento y de las pociones soporíferas, mezcladas con miel silvestre, que le hacía tomar el viejo sículo que le cuidaba. Cuando por fin recobró el conocimiento, las primeras imágenes y sensaciones que le impresionaron fueron una abertura luminosa atravesada por las nubes y por el vuelo de los pájaros, el trinar de las alondras, el aroma de las retamas y el canto de una mujer que parecía venir del interior de la sólida fortaleza que lo circundaba.

Luego apareció ella; tenía la piel dorada por el sol, los ojos y los cabellos negrísimos y la mirada curiosa y esquiva de una criatura salvaje.

IX

Apenas si le dio tiempo a Dionisio de darse cuenta de aquella extraña presencia cuando ya la criatura había desaparecido. Tal vez era, una imagen de su último sueño, o tal vez una de las muchas apariencias que adoptaría Areté para visitarle cada vez que el recuerdo de ella hiriese su ánimo.

Se dejó caer con un jadeo de dolor en su yacija y se pasó la mano izquierda por la herida. Encontró una cicatriz que dolía todavía al tacto, pero casi seca. Se tocó el rostro y notó que la barba le había crecido larga y espesa. Estaba tan débil que cada movimiento le producía una imprevista y copiosa sudoración y un palpitar fatigoso del corazón. Vio un cuenco con agua y bebió a grandes tragos, luego trató de arrastrarse hasta la entrada de su extraño refugio para mirar afuera.

Se encontraba al borde de un precipicio, en cuyo fondo el sol se reflejaba con un fulgor intermitente en una cuenca de agua purísima en el centro de una extensión de flores. Las largas ramas de un plátano, extendidas sobre el manantial y agitadas por el viento, interceptaban con su agitarse los reflejos dorados del astro. Se sintió presa del vértigo y casi absorbido por aquel abismo luminoso, sintió al cabo de un instante que podría emprender el vuelo y caer como una alondra ebria de sol; pondría fin en un momento a la angustia insoportable que le subía al corazón a medida que tomaba conciencia de lo incolmable de su soledad.

Le detuvo una mano peluda y una voz áspera le hizo volver a la realidad.

—Si quieres morir, ya lo harás después de que tus amigos me hayan pagado. He prometido que te entregaría a ellos completamente recuperado.

—¿Quién eres? —preguntó Dionisio—. ¿Qué lugar es este?

—Quién soy no es asunto tuyo. Y esto es un cementerio, el lugar más adecuado para alguien a quien se da por muerto.

Hablaba un griego tosco pero eficaz, con un fuerte acento sículo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un mes. Y hará falta otro para que recuperes completamente tus fuerzas.

—Quisiera bajar allí, cerca del agua, creo que me haría bien. Puedo imaginarme el perfume de esas flores. Y también quisiera darme un baño; aquí hay un olor repulsivo.

El anciano le puso al lado una cesta con pan y queso.

—Come. Si recuperas fuerzas te dejaré bajar muy pronto. Por ahora lávate con el agua del odre —dijo señalando un pellejo de cabra suspendido de un clavo.

—¿Ha venido alguien a buscarme?

—Varias veces, pero no estabas en condiciones de ver ni de sentir. Mañana verás al hombre que mandó traerte aquí.

—¿Filisto?

El viejo asintió. Le miró de nuevo un momento como si quisiera cerciorarse de algo y salió por una hendidura que había al fondo de la cueva, cerrando tras de sí una especie de pequeña cancela de madera.

Dionisio esperó a que se hubiera ido, luego quitó el tapón al odre e hizo correr por encima de él el agua, saboreando el placer de aquel baño rudimentario. Comió y luego, rendido, se tumbó de nuevo y se durmió profundamente.

Filisto llegó al día siguiente hacia el atardecer y fue introducido en el refugio de Dionisio. Se abrazaron y permanecieron mudos largo rato. Tenían un nudo en la garganta y ninguno de los dos quería mostrarse superado por las emociones.

Finalmente, fue Filisto el primero en hablar.

—Ha vuelto tu hermano, ¿sabes? Hemos de preparar tu vuelta y..

—¿Quién fue? —rezongó Dionisio.

—Escucha... déjate aconsejar... Yo siempre te he aconsejado del mejor modo, ¿no? No te dejes llevar por la ira, no debes tomártelo como una cuestión personal. Ha sido una acción política, ¿no comprendes? Quien instigó a esos canallas quiso hacerte trizas a ti, aniquilarte mentalmente, por si sobrevivías a las heridas físicas. Conocen tu valor, tu coraje, tu entereza de ánimo, tus ideas, la fascinación que ejerces sobre el pueblo y principalmente sobre los jóvenes, y los temen. Saben que no tienen a nadie a quien oponerte en la Asamblea.

—Los nombres —repitió gélido Dionisio.

—He reunido información —respondió Filisto tras algún titubeo—. Pero si te los digo, ¿me prometes que no tomarás ninguna iniciativa sin consultarme?

—Puedo prometerte lo que quieras —replicó Dionisio—, pero el hecho es que los quiero muertos. Del primero al último. Y sobre esto no estoy dispuesto a negociar. Si quieres ayudarme te estaré agradecido, si no quieres, quédate al margen, ya me encargaré yo solo... Tu... tú no viste esa escena... no puedes imaginarte... No sabes qué siento cada vez que me despierto y me doy cuenta de que todo sucedió realmente.

Se interrumpió porque le faltaba la voz y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Me lo ha contado Yolao. También yo quería mucho a Areté, la quería como a una hermana y me atormenta pensar que no conseguí protegerla. Las cosas se precipitaron a partir de un determinado momento, no hubo tiempo de organizarse, los jefes militares consiguieron mantener en secreto su plan hasta el último momento. No se filtró nada, ¿comprendes? Y yo no podía exponerme más. Me vigilaban. Saben que somos amigos, pero yo tengo que demostrar que antes que los asuntos personales me importa el bien del Estado; de lo contrario no estaré en condiciones de prestarte ayuda, no habría podido hacerlo ahora. Dionisio, créeme, ese horror no me deja dormir, no me deja un momento de paz ni de tregua...

—No te estoy echando la culpa; es más, te estoy agradecido por lo que has hecho por mí, te debo la vida. Pero debo atenerme a lo que me dicta el honor y la religión

me exige. La sombra de Areté debe ser aplacada. Estoy seguro de que ella no consigue encontrar la paz... está mal..., tiene frío... siempre ha tenido frío y tiene miedo de la oscuridad... —Alzó el rostro—. Ella me llama, ¿sabes? Y viene a visitarme en sueños... Ayer se me apareció bajo la apariencia de una criatura salvaje... Estaba suspendida en el vacío, justo allí, delante de la entrada. Solo un espíritu puede quedarse suspendido en el vacío... ¿no crees?

Disparataba y Filisto le miró tratando de disimular la compasión que le producía, fingiendo no ver las lágrimas que le rodaban de los párpados por las mejillas hirsutas.

Dionisio le miró fijamente a los ojos.

—Deben morir. De muerte lenta y muy dolorosa. Así que ¿qué vas a hacer?

—Estoy contigo, obviamente —respondió Filisto—. ¿Qué otra cosa podría hacer? Pero te suplico que te dejes aconsejar. Escucha: la Compañía es aún fuerte y contamos con hombres que ocupan cargos importantes en el ejército y en la administración, y también entre los sacerdotes. He recabado información; sé quiénes fueron los ejecutores y también algunos de los instigadores. El dinero abre muchas bocas. Pero hay otros problemas. Parece que los cartagineses atacarán la próxima primavera y en Agrigento están preocupados; ahora están ellos en la ciudad fronteriza. He recibido un mensaje de Telías: le consta que el ataque es casi seguro. Se producirá con contundencia, con una poderosa flota. Pero él ya se ha movido. Ha convencido a ochocientos mercenarios campaneos, fuerzas de defensa en el territorio cartaginés, para que vayan a Agrigento. Les ha pagado, personalmente, una suma enorme, pues ya sabes que no le faltan los medios.

—Lo que me preocupa es nuestra situación. Si no tenemos un mando de guerra adecuado, si dejamos que caiga Agrigento, después le tocará a Gela y luego será el turno de Siracusa, no cabe ninguna duda... Pero, mientras tanto, lo primero de todo es preparar tu vuelta.

—Imagino que se ha puesto precio a mi cabeza.

—No, porque se te ha dado por muerto. No ha faltado quien lo ha testimoniado delante de las autoridades.

—Y los muertos no retornan.

—No siempre. Existe una ley, ignorada por la mayoría, según la cual si un hombre es dado por muerto sin testamento sus bienes van a parar a los herederos más próximos si los tuviere; de lo contrario se incauta de ellos el Estado. Por eso he hecho regresar a tu hermano Léptines de Asia. En el caso, sin embargo, de que el muerto, por cualquier razón, apareciera de nuevo no tiene derecho a nada, ni siquiera a la ciudadanía, a menos que...

—¿A menos que qué? —preguntó Dionisio lleno de curiosidad por aquella serie de hipótesis imprevistas y por la formidable capacidad de Filisto para organizar tramas de todo tipo.

—A menos que alguien lo adopte. En tal caso, es reintegrado plenamente en sus funciones y en sus derechos y pasa a ser además intocable. Se presume, en efecto, que si un hombre al que se cree muerto por todos resulta, en cambio, que está vivo, ello ha ocurrido por voluntad de los dioses y nadie puede permitirse desafiarla. Su reaparición y su adopción, en suma, se consideran por eso mismo un segundo nacimiento.

—¿Y quién querría adoptar nunca a alguien como yo?

Filisto sonrió.

—¿Te acuerdas de Héloris, el criador de caballos?

—Sí. Me ayudó en el Consejo a aprobar la partida de mi contingente Para Selinonte.

—En efecto. Le he convencido sin esfuerzo. Él está feliz por ello y se siente honrado porque te admira muchísimo y, por tanto, la cosa está hecha. Este es mi plan: te quedarás aquí hasta que te hayas restablecido y recuperado completamente las fuerzas. En ese momento te haré regresar en secreto; solo así podrás obtener justicia sobre aquellos que te ofendieron. Cuando les hayamos atrapado, uno por uno, organizaré tu reaparición, que deberá coger a todos por sorpresa.

Dionisio calló, incrédulo y fascinado, como si no creyera en tanta habilidad, pero sobre todo se sintió reconfortado por la conciencia de una amistad tan profunda y fiel. Le abrazó sin conseguir pronunciar una palabra, pero Filisto comprendió igualmente, por la fuerza de aquel abrazo, lo que el amigo sentía en su corazón y quería expresarle.

—Cuídate y no hagas tonterías —dijo—. Volveré apenas pueda.

Dionisio asintió y le miró mientras salía por la cancela.

En el último momento, antes de desaparecer, Filisto se volvió hacia él.

—Oye... esa que viste... pienso que no es Areté, lamentablemente... Creo que es una pobre desgraciada que vive en esta necrópolis medio abandonada. Es una criatura salvaje, una pobrecilla que se quedó huérfana muy pequeña y que ha crecido en el cementerio. Los habitantes de la zona creen que es un espíritu porque aparece y desaparece como un espectro y trepa como una araña por estas peñas. Ya sabes lo supersticiosos que son los sículos... Cuídate.

Dionisio bajó al manantial al fondo de la sima diez días después y le pareció que renacía cuando pudo lanzarse desnudo en aquellas aguas purísimas, respirar el perfume de todas aquellas flores. El lugar era de una deslumbrante belleza, totalmente aislado por las rocas que caían cortadas a pico que le rodeaban casi por todas partes y por una prohibición religiosa muy rígida, que impedía la entrada por el valle del Anapo más que con ocasión de una festividad anual, hacia finales de verano. Un plátano de sombra colosal se alzaba en la orilla; expandía sus ramas, tan gruesas que parecían ellas mismas otros árboles. También había aquí y allá muchos nidos de

pájaros entre el follaje; su canto, mezclado con el de las cigarras, era el único sonido que resonaba entre las paredes escarpadas cubiertas de amarillentas retamas, en aquel jardín encantador y oculto como un pequeño Elíseo.

Dionisio sentía que la vida volvía a fluir por sus venas y que la fuerza le hinchaba de nuevo los músculos; pensó que acaso eran las propiedades milagrosas del manantial las que se la devolvían. Se tumbó en la orilla, en la arena limpia, para secarse al sol y se abandonó a la oleada de los recuerdos. Ahora le parecía que reconocía en el canto de un ruiseñor la melodía de la última serenata que había querido que sonase en memoria de su esposa antes de perder el sentido a causa del dolor, antes de dejar la ciudad a escondidas como un malhechor...

Si Areté hubiera podido reunirse con él aunque solo fuera por un instante... Si recibiera el regalo del canto, como Orfeo, para conmover a la dura Perséfone a fin de dejar libre a su amor para aflorar a la superficie, emerger del lago cristalino a la luz del sol por un instante, ¡oh, dioses, aunque solo fuera por un instante!

Le devolvió a la realidad, en cambio, un susurro entre las frondas y vio a aquella criatura, acucillada en la horcadura de una rama a una increíble altura, que le miraba, curiosa más que atemorizada. Era horrible de ver, con los cabellos sucios e hispídos, tan largos que le cubrían el rostro y casi el cuerpo entero. Tenía la piel oscura de quien está expuesto a diario al sol, y los pies grises por el polvo y las callosidades.

Dionisio no le prestó más atención y cerró los ojos, dominado por un imprevisto cansancio. Cuando los volvió a abrir, el pequeño valle estaba ya en sombra y la criatura hispida estaba sentada en la rama más baja, con los pies casi en el agua. Debía de haber montado guardia hasta aquel momento, como testimoniaban las innumerables hojas que había arrancado del plátano para entretenerse o pasar el tiempo y que ahora flotaban en el agua como minúsculas barquichuelas empujadas por la brisa del atardecer.

Se puso en pie sin cubrirse siquiera, porque le parecía que estaba en presencia de un animal más que de un ser humano.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Tienes un nombre?

Bastó con el sonido de la primera palabra para espantarla. Corrió por entre las ramas del árbol con suma agilidad, luego saltó a tierra y comenzó a trepar por la pared. Sus miembros se estiraban sobre aquellas rocas con una destreza y una gracia increíbles, en apariencia sin esfuerzo y ciertamente sin miedo. Se balanceaba a veces entre dos salientes, luego, con un breve oscilar, abandonaba uno y se aferraba á otro izándose, incluso con un solo brazo, hasta el siguiente asidero, sin preocuparse del abismo que se abría debajo de ella.

De golpe desapareció, tragada por una de las muchas aberturas oscuras que constelaban las peñas, dejando a su observador estupefacto y casi con la boca abierta de asombro.

Dionisio recogió la túnica ya seca y se encamino a paso lento hacia su refugio. Encontró allí la cena de costumbre compuesta de pan, queso y legumbres y por primera vez una jarrita de vino. Se lo bebió con gusto, por más que supiera áspero, y se sintió reconfortado por la fuerza de aquel líquido de un rojo oscuro. Ahora que conseguía moverse y que sentía que le volvían las fuerzas, el lugar en el que se encontraba le parecía una prisión insoportable. No hacía más que pensar en aquellos que quería ver muertos y que en cambio estaban aún vivos; cada instante de aquellas vidas ilícitas se le antojaba una ofensa intolerable. Habría querido irse enseguida, pero no sabía qué rumbo tomar y se daba cuenta de que, si le reconocían, echaría a perder los esfuerzos de todos aquellos que aún le querían.

Comenzó a ejercitarse, para matar el tiempo, cada vez que le era posible, nadando en las frías aguas del manantial, cada vez más profundamente, hasta que un día volvió a ver a la misteriosa habitante del valle. Estaba sentada en un saliente de la pared rocosa con los pies que se bamboleaban en el vacío a una gran altura y le asaltó de golpe la idea de que también él podría hacer lo mismo, trepar hasta allá arriba, hasta la pequeña cueva donde vivía desde hacía ya mucho, tiempo.

Comenzó a subir, lentamente, haciendo caso omiso del dolor de su hombro derecho, arañándose manos y pies en la aspereza de la roca, ante la mirada llena de curiosidad de aquella criatura. Cuando hubo subido algunas decenas de pies, la muchacha comenzó a asustarse y desapareció, pero Dionisio continuó trepando, mordiéndose los labios para ahogar el dolor mientras el esfuerzo se hacía cada vez más pesado, ya insoportable. No comprendía por qué lo estaba haciendo, pero continuaba atacando la roca cada vez más desnuda y áspera, como si el peligro no contase para nada, como en un juego loco cuya apuesta era la vida.

Hasta que se encontró en un punto en que era imposible bajar e imposible subir. Volvió la vista atrás y vio el abismo, sintió que el vacío le aplastaba los pulmones, la fatiga le atacaba los músculos con dolorosos calambres y pensó que de ahí a poco estaría muerto, destrozado en el fondo de aquella sima; pero era como si un acontecimiento semejante no tuviera que ver con él. No le temía ya a nada. Y así hizo el movimiento que solo un hombre a quien no importa la vida podría haber hecho: se dejó caer pensando en cogerse a un saliente de la pared rocosa una veintena de pies más abajo. Pero, apenas hubo dejado el asidero, una mano se apretó en torno a su muñeca como garra y, con una fuerza increíble, comenzó a izarlo. La criatura a con las piernas al tronco de una higuera silvestre que sobresalía de la roca por encima de él y, bamboleándose cabeza abajo le había aferrado en el último momento, apareciendo quién sabe de qué recoveco. Lo izó hasta un punto desde el cual podría proseguir su ascensión sin mayor peligro; luego se dejó caer e hizo ella el movimiento que sin duda él habría fallado con suma facilidad. En pocos instantes bajó hasta el fondo con los ágiles movimientos de un gato cerval y desapareció, en la

sombra del plátano.

Por mucho tiempo, durante su permanencia en aquel lugar, no la volvió a ver más, pero estaba convencido de que ella lo observaba. Quizá también en el sueño.

Un día, cuando se sentía ya muy cerca de su completa curación, asistió a un acontecimiento que le causó una profunda impresión: La gran fiesta indígena de las Tres Madres. Su cuidador le dijo que no bajará al valle por ninguna razón del mundo si estimaba la vida, sino que permaneciera escondido en su refugio durante todo el tiempo que durara la ceremonia. Asistió, así pues, a ella desde aquel punto de observación privilegiado, en la parte más alta de la pared rocosa.

Vio una larga procesión de hombres y mujeres de todas las edades que subían del valle del Anapo hacia el manantial, precedida por quienes debían de ser los sacerdotes. Eran figuras venerables de ancianos de barba cana, ataviados con túnicas de burda lana que les llegaban hasta los pies, que caminaban apoyándose en bastones tallados de los que colgaban cascabeles de bronce, que tintineaban a cada paso. Detrás venían las imágenes de las Tres Madres: efigies de madera muy toscas, cuyas formas eran difícilmente distinguibles pero que tenían el aspecto esquemático de unas mujeres sentadas amamantando con sus enormes pechos a dos niños cada una. Cada escultura era llevada a cuestas por seis hombres y oscilaba hacia delante y hacia atrás a cada desnivel del terreno. Un grupo de tañedores con flautas de caña, tamboriles y cascabeles llenaba el estrecho valle de estridentes disonancias. Cuando la procesión llegó a las inmediaciones del manantial, las efigies fueron depositadas en tierra a la sombra del plátano, los sacerdotes sacaron agua con cuencos de madera y asperjaron las imágenes de las Tres Madres, entonando un canto monótono y cadencioso a partir de unas pocas notas bajas y prolongadas. Una vez terminado el rito, el que parecía presidir la ceremonia hizo una seña y avanzó una larga procesión de muchachas, de apariencia muy joven. Cada una de ellas se acercaba a las tres estatuas, se postraba delante de cada una de ellas y apoyaba la frente en su regazo, quizá para recibir la bendición de la fertilidad.

La música se hizo más intensa, el tono de los cantos más alto y agudo y cuando, de repente, el sonido de un cuerno resonó solo y poderoso en el valle aparecieron, como por ensalmo, cierto número de jóvenes que habían permanecido escondidos hasta aquel momento. Cada muchacho tomó de la mano a una joven y se la llevó entre las matas de adelfas, de arrayán y de retama. La música de los tamboriles, de las flautas y de los címbalos aumentó fuertemente de intensidad hasta convertirse en estruendo, que las paredes circundantes multiplicaban y ampliaban desmedidamente.

Dionisio pensó que aquel estruendo bárbaro acompañaría el rito del acoplamiento de los jóvenes que se habían apartado con las vírgenes previamente elegidas, y sin duda no estaba muy lejos de la verdad. Aquel pueblo primitivo, que vivía contento con los pocos medios de subsistencia que podía ofrecer la montaña, celebraba así lo

que todos los pueblos del mundo celebran de manera distinta y sin embargo idéntica, el momento más frenético y conmovedor, más intenso y misterioso de la existencia humana: el amor que hace ayuntarse a un hombre y una mujer y que perpetúa la vida.

Cuando cayó la tarde y el valle se llenó de fogatas y del canto monótono de unos pobres pastores, Dionisio pensó en los fuegos de Agrigento y en el cantor invisible que había entonado su himeneo entre las columnas de los templos resplandecientes sobre la colina. Sintió más agudo el dolor por su mujer violada y asesinada, más amarga la añoranza por su amor perdido.

X

Filisto fue a buscarle a finales de mes y lo acompañó de incógnito a Agrigento, dejándoselo en custodia a Telías durante unos quince días más. Antes de despedirse le entregó una tablilla diciendo:

—Un regalo para ti.

—¿Qué es? —preguntó Dionisio.

—La lista —respondió Filisto—. Completa. No falta ni uno. No ha sido sencillo ni fácil, pero figuran todos, incluso los instigadores.

Se despidió y se fue.

Telías se acercó y le apoyó una mano en un hombro.

—¿Es una relación de vivos o de muertos? —le preguntó.

—De muertos —respondió Dionisio recorriendo la lista con la vista—. De muertos que aún andan. Pero por poco tiempo.

—Ándate con cuidado —respondió Telías—. La venganza puede ser un bálsamo para un ánimo exacerbado, pero puede desencadenar también un sinfín de muertes sangrientas.

—No lo creo —respondió Dionisio—. Yo puedo matar a muchos de ellos. Ellos solo me pueden matar a mí. En cualquier caso, cuento con ventaja.

Volvió, de noche, a finales del mes siguiente y Filisto le citó en casa de Biton. Dionisio les dio un fuerte abrazo, uno tras otro, sin decir una palabra. Era desde siempre su modo de reaccionar ante una intensa emoción.

—¡Por fin! —exclamó Biton—. Pensaba que ya no volverías. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —respondió Dionisio—, ahora que estoy en casa.

—Hay aquí una persona que no ve llegar la hora de volver a abrazarte —dijo Filisto.

Abrió la puerta de una habitación que daba a un atrio y apareció Léptines. Los dos hermanos se quedaron inmóviles sin decir nada durante un rato, luego se arrojaron uno en brazos del otro.

—Las habéis pasado moradas —dijo Filisto—, pero parece que no tenéis nada que deciros.

Léptines se desprendió de su hermano y le miró de arriba abajo.

—¡Por todos los dioses —dijo—, me esperaba algo peor! Tienes un aspecto excelente.

—También tú —respondió Dionisio.

—Sé que las cosas no han ido muy bien para ti —prosiguió diciendo Léptines—. Lo siento. Habría podido...

—Tu presencia no habría cambiado mucho las cosas, por desgracia... Me alegro de verte.

—¡También yo, por Heracles! De nuevo juntos, como cuando éramos chavales. ¿Recuerdas cuando nos liábamos a pedradas con los de la Ortigia?

—Por supuesto —respondió Dionisio con una sonrisa.

—Bien, pues ahora que he vuelto las cosas cambiarán... ¡y cómo! No veo llegar la hora de liarme a palos. ¿Por quién empezamos?

Dionisio le cogió en un aparte y le susurró algo al oído.

—Entendido —asintió Léptines—. Esperaré.

Dionisio se despidió y durante algún tiempo permaneció escondido, por turno, en casa de Yolao, Dorisco y Biton, para no poner en peligro a Léptines o a Filisto. No se cortó la barba ni el pelo y solo salió de noche, cubierto con una capa bajo la cual escondía una espada y un puñal, para espiar los movimientos de sus enemigos y estudiar sus itinerarios y costumbres. Cuando se sintió seguro, avisó a Léptines:

—Estoy listo, pero necesito ayuda. ¿Te ves con valor?

—¿Bromeas? No veo llegar la hora, te he dicho.

—Muy bien, me ayudarás a cogerlos, pero el resto debo hacerlo yo..., comprendes, ¿no?

—Claro que te comprendo. Entonces, movámonos.

Salieron aquella misma noche y las siguientes, silenciosos, inesperados, invisibles, inexorables. Los atraparon uno tras otro. Fue cosa fácil porque no se lo esperaban y no habían tomado precauciones.

Uno se llamaba Hiparco.

Otro Eudoxos.

El tercero Augias.

Consiguieron cogerlos vivos; Dionisio se los llevó a su casa él solo, como habían acordado, al sótano de la casa de la parra. Los tendió atados de pies y manos, en el sitio donde había enterrado a Areté, luego les cortó los genitales y dejó que se desangraran lentamente. Sus gritos salieron distorsionados y ahogados de aquel lugar, cual mugidos de bestias o lamentos de espectros en plena noche, pero, más que inclinar a alguien para socorrerlos, crearon un espanto que produce la muerte en el vecindario alimentando aterradoras habladurías que corrieron por toda la ciudad. Otros dos fueron asesinados en plena calle mientras regresaban de un banquete. Se llamaban Clito y Protógenes. Sus cadáveres fueron encontrados, hinchados y medio comidos por los peces, en una cala del Puerto Grande. También estos habían sido mutilados de los genitales, pero no por los peces; el corte era demasiado limpio.

Llegados a aquel punto, los restantes comenzaron a darse cuenta de que alguien estaba tachando los nombres de una lista con el filo de la espada y se reunieron para acordar un plan de defensa.

Eran seis: Filipo, Anatorio, Esquedio, Calistemos, Gorgias y Calícrates, todos más bien amigos de lo ajeno. Cuatro eran solteros y dos casados. Decidieron vivir

juntos durante un tiempo y proveerse de armas y de comida en abundancia. Establecieron también que vigilancia por turno, mientras los otros descansaban, a fin de prevenir cualquier ataque.

Estaban despiertos lo más posible hasta entrada la noche, porque temían la inconsciencia del sueño, demasiado parecida a la muerte. Trataban de animarse mutuamente, comían y bebían; a veces se hacían traer muchachas de compañía para estar alegres, para emborracharse y fornicar hasta el agotamiento y olvidar la amenaza mortal que pendía sobre sus cabezas. Pero antes o después, la conversación recaía siempre sobre aquel asunto, a veces en tono burlón e insolente, a veces en voz baja, con el acompañamiento de conjuros.

—¡No nos dejaremos matar como mansos corderos! —decía Anatorio—. Somos seis y ese bastardo está solo; ¿de quién tenéis miedo?

—¿Solo? —replicaba Esquedio—. ¿Quién te ha dicho que actúa solo? ¿Cómo es que ha liquidado a cinco de los nuestros, todos hábiles con la espada y el cuchillo, mozarrones habituados a combatir en primera línea y a sostener el escudo durante horas?

—Es inútil perder el tiempo en discusiones —replicaba Gorgias—. No tenemos más que resistir y cubrirnos mutuamente la espalda. Momento llegará en que tendrá que venir a cara descubierta y entonces le cogeremos y se la haremos pagar. No nos conviene exponernos demasiado. La ciudad es más peligrosa para él que para nosotros. En mi opinión, si conseguimos aguantar un mes lo dejará correr. No le conviene, os lo digo yo, no le conviene.

—Y además —añadía Calícrates—, puede ser que nos preocupemos por nada. Acaso no sabe que estábamos también nosotros y piensa que ha saldado ya las cuentas...

Pero pronto se cansaban de oír sus voces y les ganaba el silencio, uno tras uno; las imágenes de la violación se mezclaban con las de los cuerpos de sus compañeros, hinchados como sapos y verdes por la putrefacción en el agua del Puerto Grande.

En una ocasión se había planteado también la propuesta de ofrecer una indemnización, pero no había convencido a nadie.

—No creo que haya suficiente dinero en la ciudad para calmar a ese loco —había cortado por lo sano Esquedio, que era quien conocía mejor a Dionisio—. La única moneda que podría aceptar son nuestras pelotas servidas tal vez en una bandeja como huevos duros. ¿Hay alguien que esté dispuesto al sacrificio?

Todos estallaron en una carcajada descompuesta y siniestra y la cosa terminó ahí.

Siguieron actuando tal como habían decidido: cada noche, turnándose, uno hacía de centinela en el tejado, agazapado en la oscuridad, mientras los otros dormían, hasta el momento del relevo. Pasó bastante tiempo sin que sucediera nada y comenzaron a pensar que de veras la pesadilla había terminado y que el peligro había

ya cesado.

En cambio, una noche de luna llena Gorgias, que estaba de guardia en el tejado, fue traspasado por una flecha disparada con excepcional precisión desde una casa vecina y murió en el acto. Poco antes del segundo turno de guardia las llamas se alzaron de cada uno de los lados de la casa y se propagaron altísimas, avivadas por el viento de cierra. Los otros cinco ardieron vivos y el incendio fue dominado a duras penas, antes de que se propagase a otras casas, gracias a que acudieron cientos de personas que comenzaron a pasarse de una mano a otra cubos de agua y de arena durante el resto de la noche y el día siguiente.

Ya solo quedaban los dos instigadores, a quienes no cabía ya duda acerca de la naturaleza de aquellas muertes, en parte porque se supo que la noche anterior al incendio habían desaparecido tres ánforas de pez de los almacenes del puerto, en la zona del dique seco, y que se había percibido un inconfundible olor a azufre en el momento en que se había extendido el fuego. No se hacían, por tanto, muchas ilusiones acerca de lo que les esperaba si no tomaban medidas con carácter inmediato. Eran dos importantes miembros del partido democrático llamados Euribíades y Pancrates y se dirigieron inmediatamente a Dafneo, que era el cabeza del partido y tenía el control político de la Asamblea, a fin de obtener protección.

—Si queréis que os ayude —les respondió Dafneo—, tenéis que decirme de qué tenéis miedo y por qué. Pero quiero saberlo todo con pelos y señales, o no moveré un dedo. Circulan extraños rumores acerca de estas muertes, rumores a los que no quisiera dar crédito porque de ser ciertos debería intervenir yo mismo para castigar a los responsables. No sé si comprendéis lo que quiero decir.

Habían comprendido pero que muy bien, y se dieron cuenta de que debían preocuparse de sí mismos si querían salvar el pellejo. Decidieron de común acuerdo abandonar la ciudad y trasladarse a Catania, esperando que más pronto o más tarde las aguas se calmasen o que fuera posible negociar una reparación o una indemnización.

Para no llamar la atención y no perder tiempo en largos preparativos partieron al amanecer del día siguiente, acompañados nada más que por un par de esclavos con un carro para los bagajes, y tomaron por el camino de Catania, uniéndose a un grupo de mercaderes. Estos habían organizado un traslado de ganado, un rebaño de ovejas y una veintena de esclavos para vender en el mercado, junto con las ovejas, y se alegraron de que se les sumasen los supervivientes; cuanto más numeroso fuera el grupo, menos probabilidades había de que fuera atacado por ladrones o por salteadores de caminos.

Todo fue bien durante tres días, a tal punto que los dos comenzaron a relajarse y a estar de buen talante. Habían confraternizado también con los mercaderes: gente del oeste de la isla, a juzgar por el acento, simpáticos y alegres, que gustaban de

compartir sus provisiones y aceptaban de buen grado el excelente vino que los dos acomodados compañeros de viaje les ofrecían cuando acampaban después de la puesta del sol.

Al cuarto día el convoy se detuvo en una pequeña ciudad donde se celebraba una feria; allí vendieron una parte del ganado. Al día siguiente algunos jornaleros que se dirigían a la vega de Catania para la cosecha del trigo pidieron unirse a ellos y fueron admitidos en la compañía para proseguir juntos el viaje.

Pero aquella misma tarde, los segadores se despojaron de las capas, dejaron las hoces y sacaron las espadas que llevaban encima. Rodearon al grupo al tiempo que ordenaban a los mercaderes que se apartaran y a los dos siracusanos que arrojaran las armas y pusieran sus manos a la espalda para atarlos.

Euribíades y Pancrates pensaron que se trataba de un asalto y trataron de negociar.

—Estamos dispuestos a pagar —dijo Euribíades—. Llevamos dinero y podemos hacer llegar más de Catania o de Siracusa en poco tiempo.

—No queremos tu dinero —respondió uno de los segadores, un jovencuelo de poco más de veinte años, con el pelo espeso y crespo como el vellón de las ovejas, pero negro como ala de cuervo.

Aquella frase les produjo un espanto mortal. Sabían perfectamente lo peligroso que podía ser un hombre al que no le interesa el dinero.

—¿Qué queréis, entonces? —preguntó Pancrates con voz titubeante y el ánimo lleno de descorazonadores presentimientos.

—¿Nosotros? —respondió el muchacho sonriendo—. Nosotros, nada. Adiós.

Y echó a andar seguido por sus compañeros de viaje y por el ganado, llevándose tras él también a los esclavos. El tintinear de las esquilas de las ovejas se desvaneció en la noche a medida que se alejaban, hasta que los dos se quedaron solos en medio del campo silencioso.

—¡Qué estúpidos hemos sido! —dijo Pancrates—. Era de prever, iba todo demasiado bien.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Euribíades.

—Tratemos de liberarnos —respondió Pancrates— antes de que se presente alguien más. Vamos, muévete, ponte de espaldas y trata de desatar mis nudos, luego te liberaré yo.

Pero Euribíades no se movió.

—Déjalo —dijo con voz resignada—. Está llegando alguien.

Se veía, en efecto, una figura a caballo recortarse en el perfil de una colina. El misterioso personaje tocó con los talones los ijares del animal y comenzó a bajar en dirección a ellos.

—Se acabó —dijo Pancrates—. Tendremos el mismo fin que los demás... o peor.

—Yo no diría eso —respondió Euribíades—. Si hubiera querido matarnos, ya lo habría hecho. Es evidente que nos han estado observando desde que salimos. En mi opinión, este quiere negociar.

El hombre se apeó del caballo y se volvió hacia ellos, que le miraron fijamente espantados; una capa negra le caía de los hombros hasta los pies y la capucha le cubría la cabeza. Llevaba el rostro oculto por una máscara teatral cómica, pero a ninguno de los dos les dio ganas de reír. El personaje los miraba inmóvil, sin decir una palabra; su mirada invisible les aterrorizaba más aún que si los hubiera mirado directamente a los ojos. De golpe extrajo de debajo de la capa un cuchillo afiladísimo y dijo:

—Podría daros muerte entre las más atroces sevicias y haceros maldecir a la perra que os parió. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos se dieron cuenta de por qué el hombre llevaba la máscara teatral: no solo para cubrirse el rostro, sino también para distorsionar la voz.

—Estamos de acuerdo —respondió Euribíades por los dos—. Pero nos atribuyes culpas que no tenemos.

—Conozco vuestras culpas hasta en sus mínimos detalles. Mientras os estoy hablando, otros sufren un justo castigo, no porque tomaran parte en esa empresa atroz, sino únicamente porque se jactaron de ello. Pero se trata de unos desgraciados que no cuentan para nada. Vosotros tenéis un peso político que intercambiar por algo que me interesa.

Euribíades pensó que era inútil discutir respecto a la acusación para no irritar más a aquel ser enmascarado y que era mejor pasar enseguida a la negociación.

—No sé a qué te refieres, pero estamos dispuestos a escuchar tu propuesta —respondió—. Habla.

—Así podemos hablar como personas razonables —dijo el desconocido—. Estas son mis condiciones: dentro de un mes una persona a la que se cree muerta volverá a la ciudad y se presentará ante la Asamblea, bajo el patrocinio de un padre adoptivo, para recuperar sus derechos de ciudadanía. Vosotros sabéis de quién estoy hablando, ¿no es así?

—Creemos saberlo —respondió Pancrates.

—Para que no tengáis ninguna duda, os diré que su nombre es Dionisio, a quien se creyó muerto tras la matanza de Hermócrates y de sus hombres en el ágora. Vuestro voto en el Consejo será determinante. ¿Puedo asegurarle que este voto será favorable, no es así?

—Sí, sí, sin duda —respondieron ambos al unísono.

—Estaba seguro de que llegaríamos a un acuerdo. Pero debo recordaros, de todos modos, que, en caso de que fuerais a desdeciros de nuestro pacto, vuestro castigo sería mucho peor del que les ha tocado a vuestros esbirros.

Se acercó cuchillo en mano y los dos temblaron temiendo que quisiera darles una prueba del castigo con el que los había amenazado. El desconocido, en cambio, cortó las ataduras que rodeaban sus muñecas y tobillos. Luego les volvió la espalda, se acercó a su caballo y se alejó al galope, desapareciendo pronto allende una colina.

Un mes después, la Asamblea convocada por Dafneo estaba discutiendo sobre los preparativos de guerra que los cartagineses estaban efectuando cuando se levantó Héloris y pidió la palabra.

—Tienes la palabra —respondió el presidente de la Asamblea.

—Ciudadanos y autoridades —comenzó el hombre—, hace algún tiempo, mientras realizaba un viaje al interior para comprar unos caballos, encontré al borde del camino a un hombre gravemente herido que no daba casi señales de vida. Le recogí y le curé sin preguntarle quién era y solo cuando se hubo curado y hubo recuperado del todo las fuerzas me reveló su identidad. Dijo llamarse Dionisio y ser el yerno de Hermócrates... —Un murmullo de asombro y algunas imprecaciones resonaron entre los presentes. Héloris continuó impertérrito—: No había coincidido nunca con él personalmente, pero le conocía por su fama de valeroso combatiente, uno de los más valerosos de la ciudad.

Otros murmullos de descontento se dejaron oír entre los presentes. Pero esta vez se alzaron numerosas aclamaciones. La Compañía se hacía oír en muchos puntos del hemiciclo.

—Sé por qué protestáis algunos de vosotros —prosiguió diciendo Héloris—. Dionisio se alzó contra su propia patria tomando parte en el desgraciado golpe de mano de Hermócrates, pero os pido que tratéis de comprenderlo. Los lazos de sangre, el amor por la esposa y la admiración por aquel hombre que había servido durante años a la ciudad con gran dedicación le indujeron a un gesto insensato. Ha tenido un durísimo castigo: su casa fue arrasada, su esposa a quien amaba violada y asesinada. ¿No os parece que ha pagado un precio adecuado a sus errores, que sin embargo su joven edad y su inexperiencia parecerían bastante para excusarle? Escapó a la muerte no por casualidad ciertamente, sino por la voluntad de los dioses y ha reconocido ante mí sus culpas. Yo le he creído y adoptado como hijo y ahora pido, ciudadanos y autoridades, que lo readmitáis entre vosotros, que le restituyáis el derecho de votar en esta Asamblea y que recupere su puesto entre las filas de los guerreros formados para la batalla. Se vislumbra en el horizonte la amenaza de otra guerra y la ciudad necesita a cada uno de sus hijos, sobre todo a los más valientes.

Con estas palabras Héloris concluyó su intervención y enseguida se desencadenó una verdadera disputa entre adversarios y defensores del revivido Dionisio. Ninguno de los miembros de la Compañía faltaba aquel día en la Asamblea y su presencia masiva sirvió primero para intimidar a los adversarios más estentóreos, luego para hacerles callar completamente. Solo se oían los gritos:

—¡Es justo! ¡Dionisio es un héroe! ¡Es una víctima, no un culpable! ¡Tenemos necesidad de su coraje! ¡Restitúidle sus derechos!

La última palabra en ese momento correspondía al Consejo, que se reunió en sesión restringida bajo el pórtico que cerraba por la parte baja el hemiciclo.

—No podemos deliberar bajo una presión de este tipo —comenzó diciendo Dafneo.

—Tienes razón —respondió un consejero—. Hay demasiada algazara y es evidente que los defensores de Dionisio están intimidando a parte de los ciudadanos para que no expresen su sentir.

Quien así había hablado se llamaba Demónates y era pariente de uno de los hombres quemados vivos en la casa próxima al puerto.

—A mí no me parece que sea así... —trató de decir Euribíades.

Demónates se volvió de golpe hacia él como si no pudiera dar crédito a lo que oía:

—¿Cómo que no te parece? Pero si hasta un ciego vería lo que está sucediendo en esta Asamblea. Y me asombra de ti, que fuiste uno de los que querían a toda costa la condena a muerte de Dionisio de haberle capturado.

Panrates trató a su vez de defender a su compañero.

—Las cosas pueden cambiar. Solo las piedras no cambian, por Heracles. Los acontecimientos han evolucionado de un modo que...

—¿Evolucionado? Una decena de personas han sido descuartizadas o quemadas vivas por un asesino cruel cuya identidad no es difícil de adivinar y os diré más: si insistís en esta absurda actitud, pediré oficialmente que se abra una investigación sobre vosotros. Ciertos cambios de actitud imprevistos resultan sospechosos.

La situación se volvía enojosa y Panrates trató de adoptar una posición más acomodaticio y expectante, que pudiera ser compartida por sus colegas, y posponer entretanto el orden del día que preveía la readmisión de Dionisio entre la ciudadanía y en las filas del ejército. Pero Euribíades le dio a escondidas un codazo señalándole con la mirada algo en la parte alta del hemiciclo. Panrates vio una expresión de pánico en los ojos de su compañero; alzó la mirada hacia la columnata que conducía a lo alto de la cávea de la Asamblea, y tampoco él consiguió contener un sobresalto: de una de las columnas pendía una máscara teatral cómica, la misma, hubiérase dicho, que llevaba el misterioso personaje que se le había acercado en la campiña del sur de Catania.

La mueca grotesca de la máscara les recordó eficazmente un pacto no escrito, pero no por ello menos vinculante. Panrates suspiró y se quedó en silencio durante algunos instantes, tras haber intercambiado una mirada significativa con su compañero. Luego, mientras Demónates había reanudado con gran énfasis su requisitoria, le susurró algo al oído.

Euribíades, entonces, pidió la palabra y dijo:

—Es inútil posponer los problemas que de todas formas tendremos que afrontar. Es mejor hacerlo enseguida. Y para que no se repita la misma situación intimidatoria que se produce ahora en la Asamblea, pido que el Consejo vote ahora en votación secreta.

—Yo doy mi aprobación —confirmó Pancrates—. Es lo mejor.

No había razón para oponerse a un procedimiento bastante corriente y nadie se opuso. La admisión de Dionisio fue aprobada con un solo voto de diferencia y Demónates abandonó indignado el Consejo.

Dionisio recibió la noticia del propio Héloris, pero el padre adoptivo le aconsejó que no estuviera presente en reuniones durante algún tiempo, a fin de no provocar disputas y desórdenes cuya responsabilidad hubieran podido achacarle.

No se presentó hasta que estuvo seguro de que la Compañía se había asegurado el favor de la mayoría de la Asamblea, convenciendo por las buenas o intimidando por las malas a los renuentes.

Hizo su entrada con las mejillas bien afeitadas, el cabello recogido detrás de la nuca, ataviado con una hermosísima clámide azul, y se sentó en medio de sus amigos, protegido aunque seguido por la vista desde todas partes. Pancrates y Euribíades le dirigieron una sonrisa cautivadora como si quisieran demostrarle que el clima ya en gran parte favorable era obra de ellos. También Dionisio respondió con una sonrisa y los otros se convencieron de que el asunto estaba definitivamente zanjado.

Se equivocaban.

Una noche, poco después de oscurecer, Pancrates fue capturado mientras volvía a casa de una cena con amigos. Fue atado y amordazado, envuelto en una capa y conducido al subterráneo de la casa de la parra. Dos noches después Euribíades fue capturado en su misma casa, en plena noche. Había oído ladrar al perro y se había levantado con una linterna para ver qué estaba pasando. Oyó gañir al perro y luego ya nada. Cuando vio a sus esclavos atados a la cancela y amordazados, comprendió lo que estaba sucediendo, pero era ya demasiado tarde: cuatro hombres armados se abalanzaron sobre él, le aturdieron de un garrotazo y se lo llevaron metido en un saco.

Se despertó en la casa de la parra, en el sótano; tenía a su lado a Pancrates, blanco como una hoja de papel que le miraba aterrado, y enfrente, de pie, espada en mano, a Dionisio.

—Pero... había un pacto entre nosotros... —balbuceó.

—No recuerdo haber hecho ningún pacto —respondió Dionisio.

—El hombre con la máscara cómica... eras tú... o uno de tus amigos. Nos prometió que se nos perdonaría la vida a cambio de nuestro voto favorable a tu readmisión en la Asamblea.

—Nunca he llevado una máscara en mi vida. Yo doy siempre la cara a mis

enemigos.

—Pero nosotros te hemos ayudado —dijo Pancrates, mientras su compañero sollozaba quedamente.

—Es cierto y por esto os será concedida una muerte rápida. No me censuréis por ello; si hiciese caso a mi corazón os haría pedazos poquito a poco y os echaría a los perros. Vosotros no os imagináis que espectáculo se ofreció a mi vista cuando crucé el umbral de esta casa después de la matanza en el ágora, qué sentí al ver el cuerpo desnudo y desgarrado de mi mujer. Quien la torturó y violó al menos ha asumido la responsabilidad de sus acciones, vosotros ni siquiera habéis tenido ese coraje.

—Te lo suplico —insistió Euribíades—. Cometes un error. Nosotros no tenemos nada que ver con ello, no tenemos culpa de lo que pasó. Lo sentimos... podemos comprender tu rencor, pero te aseguro que nosotros no tenemos ninguna culpa, créeme... ¡En nombre de los dioses, no te manches con la sangre de dos inocentes!

Dionisio se acercó.

—Puede ser que me equivoque y en ese caso afrontaré el juicio de los dioses. Pero la sombra de Areté debe ser aplacada. Adiós.

No dijo nada más y los traspasó de parte a parte, uno tras otro, con un golpe limpio en la base del cuello.

Sus cuerpos no fueron nunca encontrados.

Filisto se vio con él a escondidas dos días después en un olivar por la parte de las Epípolas.

—Me prometiste que les perdonarías la vida si eras readmitido en la ciudad —le dijo en tono severo.

—He mentado —respondió Dionisio, y se fue.

XI

En el transcurso del verano la atención de las autoridades y de la gente corriente de Siracusa se vio distraída por las noticias preocupantes que los informadores hacían llegar tanto de Cartago como de Grecia y los ajustes de cuentas locales no tardaron en pasar a un segundo plano. Se supo que los cartagineses habían mandado una embajada a Atenas para convencer al gobierno de la ciudad para que continuara la guerra con los espartanos incluso después de que el mejor general ateniense, Alcibíades, hubiera huido a Asia. De este modo Esparta no podría intervenir en Sicilia en ayuda de Siracusa cuando decidiesen atacar. Se supo, además, que los atenienses habían enviado a una delegación suya para encontrarse con los generales cartagineses en Sicilia. Era tal el odio que sentían contra los siracusanos que hubieran pactado con cualquiera con tal de causar daño a la ciudad que les había rechazado y derrotado siete años antes.

El gobierno de Siracusa protestó con una nota oficial contra aquellos preparativos de guerra, pero sin obtener siquiera una respuesta. Dafneo decidió entonces mandar una flota de cuarenta naves a Sicilia occidental para prevenir un desembarco cartaginés. Hubo un primer enfrentamiento en el que los siracusanos hundieron una quincena de naves enemigas, pero cuando Aníbal puso al completo en el mar su escuadra de ochenta grandes naves de guerra Dafneo ordenó a su flota que se retirase para que no la aniquilaran y decidió de inmediato el envío de embajadas para pedir ayuda a los griegos de Italia y también a los espartanos. Estos últimos mandaron a un general llamado Deuxipos con mil quinientos mercenarios, que desembarcó en Gela y desde allí alcanzó Agrigento, donde asumió el mando también de los ochocientos mercenarios campanios a los que Telías había convencido para que abandonasen a los cartagineses con un enganche generoso.

Aníbal desembarcó en las cercanías de la ciudad a comienzos de primavera. Era ya de edad avanzada y por esto le habían puesto a su lado a su primo Himilcón, más joven y enérgico. Situó una división a levante de la ciudad, para prevenir incursiones por aquel lado, y levantó un campo atrincherado a poniente, comenzando por demoler las tumbas monumentales de la necrópolis para levantar una rampa de asalto hacia las murallas.

En el interior de la ciudad nadie parecía tomarse en serio la amenaza del ejército que había arrasado Selinonte e Himera; las provisiones eran abundantes, los muros se alzaban sobre un talud rocoso muy alto en la llanura y eran casi inaccesibles. Además, se sabía que pronto llegaría de Siracusa Dafneo a la cabeza del ejército confederado. El clima era tan distendido que los comandantes del ejército tuvieron que promulgar una ordenanza en la que se especificaba que los centinelas no podían tener a su disposición en las murallas más que un colchón y dos almohadas. La

caballería hacía de vez en cuando alguna salida atacando a unidades aisladas que merodeaban para recoger forraje para los animales y provisiones para los hombres.

En poco tiempo el calor se volvió tórrido y el hedor de los restos y de los excrementos de sesenta mil hombres y cinco mil caballos hacinados en la parte baja, en una zona húmeda y escasamente aireada, llegó hasta lo alto de las murallas.

Telías subía cada mañana al camino de ronda para contemplar la llanura, aprovechando la hora en que el viento de tierra se llevaba lejos el repulsivo hedor. La ciudad estaba sumida aún en el sueño y el último piquete de guardia desmontaba para dejar el puesto a la defensa diurna. El sol naciente iluminaba el gran santuario de Atenea sobre la acrópolis y luego, poco a poco, las casas, los jardines, los pórticos de columnas y, por último, la inmensa mole del templo de Zeus aún en construcción. Los trabajos no habían sido interrumpidos y los escultores trabajaban todavía en el gran frontón que representaba la caída de Troya; el enredo de miembros heroicos adquiría formas y contornos cada vez más precisos a cada día que pasaba. Solo las figuras de los dioses, altas bajo el goterón del tímpano y de mirar impasible, habían sido ultimadas y algunas iban también tiñéndose de colores vivos que los pintores les extendían en el rostro y en los miembros, en melenas y vestidos. Los Gigantes de la columnata parecían tensar los músculos en el titánico esfuerzo de sostener el peso del arquitrabe historiado; los dorados de las acroteras brillaban heridos por los rayos matutinos y bandadas de ibis de color rosa se alzaban de la desembocadura del Akragas pasando por encima de los almendros y de los olivos del valle.

El espectáculo era tan encantador, la armonía de las obras del hombre y de las obras de la naturaleza tan sublime que la vista de la estupidez humana, que ponía en peligro con la guerra tanta maravillosa belleza, producía en Telías una sensación de profundo desánimo, un presentimiento angustioso de fin inminente. Y el pensamiento de Areté le volvía insistentemente a la memoria; recordaba cuánto le gustaba Agrigento, cuán fascinante encontraba aquella ciudad tan excesiva en todo, tan inquieta y ávida de vida, cuánto deseaba un futuro de esposa al lado del hombre que había elegido como compañero. Lloraba para sus adentros su final cruel, y no podía encontrar consuelo alguno en pensar en la venganza consumada por Dionisio con no menos crueldad.

Solo esperaba que Agrigento pudiera sobrevivir y recitaba a veces en voz baja los versos de Píndaro como si fueran una oración. Agrigento... elevada y luminosa en su peña, el centelleo lejano del mar, los bosques de pinos y encinas, los olivos plantados por los fundadores, el fuego sagrado en la acrópolis, nunca apagado desde que fuera encendido por primera vez; ¿de verdad podía todo esto ser borrado de golpe como si nunca hubiera existido? ¿Era posible? ¿Podía perpetuarse y repetirse hasta el infinito el sino de Selinonte e Himera?

En cierta ocasión, mientras estaba sumido en la contemplación y en sus

pensamientos, Telías se vio sobresaltado por las voces de los generales que tenían el mando del ejército. Se hacía burla del enemigo, que aparecía allí lejano e impotente. Sus naves, pequeñas por la distancia, parecían inofensivas como las barquitas con las que jugaban los chicos en la gran piscina del fondo del valle. Estaban tan seguros de vencer... Debían de tener sin duda buenos motivos para ello. Uno decía:

—¡Míralos, ahí los tienes acampados en medio de su mierda! ¿Acaso se creen que nos van a hacer rendir con la pestilencia?

Cuando en el campamento cartaginés estalló la peste, que segó la vida a miles de hombres e hizo cundir el desánimo entre las tropas enemigas, pareció que las previsiones más optimistas se hubieran cumplido. El humo de las piras y el olor insoportable de la carne quemada contagiaron el aire en una vasta extensión del territorio circundante. Aníbal mismo enfermó y murió; cuando la noticia llegó hasta la ciudad, la gente se mostró exultante pensando que ahora los cartagineses levantarían el cerco y se volverían a casa.

Telías se sintió animado a tal punto que organizó también una eficaz puesta en escena. Reclutó a cierto número de actores del teatro trágico y los instruyó para que aparecieran de noche, como espectros, entre las ruinas de las tumbas demolidas por los cartagineses, emitiendo fuertes lamentos y haciendo oír horribles maldiciones en lengua púnica. Luces no menos espectrales fueron encendidas en los cementerios, durante las noches sin luna, y otras espantosas apariciones se produjeron de improviso por los oscuros senderos de campo al paso de algún grupo de tropas auxiliares cartaginesas con la intención de proveerse de forraje o de víveres. El terror supersticioso sembró así mayor espanto aún entre las tropas atacantes, hasta el punto de que ninguno quería salir ya de noche.

Pero el comandante superviviente, Himilcón, no era ningún tonto. Convocó a los adivinos y les ordenó buscar enseguida un remedio para aplacar los espíritus de los muertos expulsados de las tumbas, del modo más impresionante y espectacular; tras haber consultado los astros, los adivinos sentenciaron que se debía ofrendar un sacrificio humano.

Un pobre muchacho nativo, que había sido hecho esclavo en la campaña anterior, fue degollado sobre el altar y su cuerpo arrojado al mar. A continuación Himilcón proclamó que los espíritus estaban satisfechos y que a partir de ese momento las cosas cambiarían para mejor. Un par de torrenciales aguaceros lavaron la mugre que rodeaba al campamento y la situación mejoró, acreditando el vaticinio de los adivinos y las promesas del comandante, que hizo reanudar prestamente los trabajos de construcción de la rampa.

Telías observaba preocupado los constantes progresos.

Entretanto, en Siracusa Dionisio había reconquistado, día tras día, una posición de cada vez mayor prestigio y cuando el ejército confederado —con unas fuerzas de

veinte mil siracusanos, diez mil mercenarios y veinte mil italianos de las ciudades aliadas— estuvo listo para ponerse en marcha, ostentaba el grado de ayuda de campo del Estado Mayor.

La noche antes de partir hizo exhumar los despojos de Areté del sótano donde descansaban para colocarlos en una tumba hermosísima construida por orden suya fuera de la puerta de poniente, a lo largo del camino que llevaba a Camarina. El cuerpo fue encontrado increíblemente intacto y él pensó que el prodigio era una señal de los dioses más que efecto de la salinidad del terreno, como pensaba Filisto, un acontecimiento milagroso que su venganza había hecho posible.

El funeral tuvo lugar casi a escondidas, tras la caída del sol, y cuando la lápida maciza de caliza cayó sobre el sepulcro, Dionisio quiso quedarse a solas para hablar con ella, largamente, en la esperanza de que pudiera responderle. Al final se durmió al pie de la tumba, agotado por el cansancio y por la vigilia, y soñó que caía de la roca cortada a pico en el manantial cristalino, que caía ya sin aliento, en una especie de abandono infinito y angustioso.

Le despertó Léptines, que se había convertido poco menos que en su guardia personal y le seguía por todas partes, siempre ni a mucha distancia ni muy de cerca.

—Vamos —le dijo—, volvamos a casa.

El ejército confederado se puso en marcha al día siguiente antes del amanecer: delante, los siracusanos; en medio, los mercenarios; detrás, los aliados italianos; la caballería en los flancos. A la cabeza avanzaban Dafneo con el Estado Mayor y el mismo Dionisio. Léptines cabalgaba algo más atrás junto con su sección de exploradores. La caballería propiamente dicha estaba compuesta casi exclusivamente por aristócratas que no toleraban entre ellos presencia ajena alguna.

Recorrieron la distancia entre Siracusa y Agrigento en siete días, recibiendo los aprovisionamientos de la flota que avanzaba paralelamente a ellos, desembarcando de vez en cuando decenas de chalupas cargadas de víveres que iban y venían durante horas entre las naves y tierra firme.

Llegaron a la vista de la ciudad al atardecer del séptimo día y acamparon en las proximidades del destacamento de levante del ejército cartaginés. Dionisio espoleó enseguida a su caballo, seguido por Léptines, Biton, Dorisco y algunos otros amigos de la Compañía en una ronda de reconocimiento y evaluó las fuerzas del enemigo en cerca de treinta y cinco mil hombres. Vio también que la ciudad no era ciertamente inaccesible y consiguió comprender la estrategia del enemigo: el destacamento de levante que tenía delante debía prevenir misiones de auxilio de Siracusa, en tanto que el grueso del ejército preparaba el asalto final con las máquinas y los arietes de la rampa ya completada.

Antes de que cayese la tarde, dio una vuelta por la parte norte de las murallas, al amparo de la necrópolis de poniente desde la cual podía verse la rampa, que ahora

había alcanzado ya la plataforma natural sobre la que se alzaba la ciudad. Para defenderse de los lanzamientos de los arqueros, los cartagineses habían montado una especie de techumbre móvil sobre ruedas, cubierta de pieles no curtidas ignífugas, para proteger a los hombres que trabajaban en el afirmado del balastro.

Cuando regresó al campamento fue avisado de que estaba en curso la reunión del Estado Mayor y se presentó de inmediato.

—Ante todo —comenzó diciendo Dafneo—, tenemos que atacar la división de levante del ejército de Himilcón; están en campo abierto, en terreno bastante llano. Iremos al ataque al amanecer, cuando la temperatura es todavía fresca; formación cerrada, profundidad de ocho filas; nosotros con los aliados sicilianos en el centro, los aliados italianos a la derecha, los mercenarios a la izquierda, la caballería a ambos flancos.

—¿Y si el ejército de Himilcón nos ataca mientras estamos en pleno combate? —preguntó Dionisio—. Yo propondría situar algunos destacamentos de caballería a una distancia conveniente entre nosotros y el campo atrincherado cartaginés al oeste, para que nos avisen en caso de que ellos se muevan.

El comandante de la caballería, un aristócrata de antigua estirpe, un tal Cratipos, le miró con cierto fastidio, como si hubiera dicho algo ofensivo.

—No me parece que tengas ninguna autoridad para decidir cómo conviene emplear a la caballería —dijo en tono despectivo.

—Haced como queráis —replicó Dionisio—, pero estoy convencido de que no hay nada peor que rechazar una propuesta sensata por cuestiones de principio. Si de mí dependiera, ya te habría arrestado bajo la acusación más grave en tiempos de guerra: la estupidez.

Cratipos, demudado, hizo ademán de sacar la espada y lavar con sangre la ofensa, pero Dafneo puso fin a la disputa con un puñetazo sobre la mesa. Filisto, que era admitido como consejero, no consiguió ocultar una sonrisita maliciosa.

—Pondremos estafetas —dijo Dafneo—. Tenemos que saber qué sucede más allá de nuestra línea de combate.

—¿Puedo hablar? —preguntó Dionisio.

—A condición de que no ofendas a nadie —respondió Dafneo.

—¿Estamos coordinados con los agrigentinos de dentro de la ciudad?

—No —respondió Dafneo—. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —gritó Dionisio—. ¡Porque me parece una locura no hacerlo! ¿Cómo sabrán ellos lo que deben o no deben hacer? ¿Y cómo podremos nosotros aprovechar el apoyo quizá determinante de los miles de guerreros que están bien armados y equipados dentro de las murallas de Agrigento?

—No será necesario —respondió a secas Dafneo—. No tenemos necesidad de ellos y no me fió de sus mercenarios campanios: antes estaban al servicio de los

cartagineses y ahora combaten contra ellos, pero podrían pasarse de nuevo al enemigo en el curso de la batalla. Mañana atacaremos y arrollaremos a esos bárbaros. Luego, apenas se nos presente la ocasión favorable, atacaremos el campamento atrincherado y los expulsaremos hacia el mar. No tengo nada más que decirlos. Podéis retirarnos. La hora de diana se dará sin toques de trompeta, de hombre a hombre. La contraseña es «Akragas». Buena suerte.

Dionisio se retiró a su tienda, se cambió, se puso una capa oscura y salió del campamento por el lado de poniente, junto con Léptines, con el pretexto de hacer una ronda por los puestos de guardia. Pero apenas estuvo fuera del alcance de la vista, se echó a correr junto con su hermano introduciéndose en el espeso encinar que llegaba a lamer la base de la escarpadura sobre la cual se alzaban las murallas de Agrigento. Cuando estuvo lo bastante cerca ordenó a Léptines que le esperara para cubrirle la retirada. Inmediatamente después dio una voz al centinela que iba de ronda de un lado a otro por la barbacana.

—Eh —gritó—. ¡Eh, tú!

—¿Quién va? —respondió el centinela.

—Soy un soldado siracusano. Estoy solo, déjame entrar, tengo que hablar con tus jefes.

—Espera —dijo el hombre y llamó a su oficial de piquete.

—¿Qué quieres? —le preguntó el oficial asomándose con prudencia desde el parapeto.

—Tengo que entrar, rápido —repitió Dionisio—. Soy siracusano y tengo que hablar con vuestros comandantes.

—¿Cómo te llamas?

—Dionisio.

—¿Hay alguien que te conozca en la ciudad?

—Sí. Un hombre muy conocido llamado Telías.

—Vuelve hacia tu derecha hasta esos matojos de allí abajo —dijo el oficial—. Detrás hay una poterna, mandaré a alguien para que te abra. Te tenemos a tiro: si te andas con bromas, eres hombre muerto.

Dionisio hizo cuanto le habían indicado y poco después estaba ya dentro de la ciudad, en presencia de un grupo de oficiales.

—¿Quién te manda? —dijo uno de los generales, un hombre de unos cuarenta años con una barba negra muy bien cuidada y una armadura que parecía más un uniforme de parada que de combate.

—Nadie, vengo por propia iniciativa.

—¿Qué? —exclamó el oficial y luego, dirigiéndose a sus colegas, agregó—: Este hombre no me gusta, podría ser un espía. Yo propongo encerrarle bajo llave hasta que no sepamos más cosas de él.

—¡Yo salgo garante por ese muchacho! —resonó una voz a sus espaldas.

Era Telías, que subía jadeando hacia la base de la muralla, sujetando con ambas manos el faldón delantero de su túnica para no tropezar y avanzando todo lo rápido que le permitía su mole. Los cuatro generales se dirigieron hacia él

—Pero cómo —continuó Telías con la respiración entrecortada, secándose la frente—, ¿no le reconoces? Es Dionisio, el héroe que condujo hasta aquí a los fugitivos de Selinonte y que combatió como un león ante las murallas de Himera. Habla, muchacho, nuestros valerosos comandantes son todo oídos.

Nadie rechistó; el prestigio y la autoridad del hombre que había enrolado a sus expensas a casi un millar de mercenarios bastaban para obtener su atención.

Dionisio comenzó a hablar.

—¿Estáis seguros de que no hay espías entre vosotros? —comenzó.

—Pero cómo te atreves... —empezó el oficial que había sido el primero en hablar.

—El muchacho tiene razón —replicó Telías—. Reunámonos dentro del templo de Atenea, donde no puede oírnos nadie. Los espías han existido siempre y muchas ciudades han caído por traición. Es inútil escandalizarse.

En el interior, el templo estaba ya iluminado para la noche con las lámparas y el grupito se reunió en un apartado rincón de la celda, detrás de la estatua del culto.

—En realidad —prosiguió diciendo Dionisio—, en cierto sentido yo mismo podría ser considerado un espía. —Los presentes se miraron estupefactos, pero Telías le hizo seña de que continuase—. Sí, un espía aliado. Mis comandantes no han previsto aún mandaros una delegación para coordinar nuestras acciones, por lo que he pensado venir para contaros cómo están las cosas. Nuestro ejército cuenta con unas fuerzas de casi cincuenta mil hombres bien armados y adiestrados. La flota la veréis mañana desde las barbacanas: cerca de treinta trirremes y una decena de unidades de transporte.

—Mañana, antes del amanecer, Dafneo quiere atacar la división cartaginesa que tenemos delante para concentrar inmediatamente después a nuestras fuerzas reunidas en torno al campamento atrincherado. Supongo que solo entonces tendrá intención de pedirnos ayuda.

—Tu comportamiento es digno del más severo castigo —dijo otro oficial de más edad que el primero, alto y enjuto, revestido con una armadura de cuero negro adornada con tachones de plata. Dionisio no había visto nunca en la vida a unos generales más elegantes—. Has tomado una iniciativa peligrosa, sin consultar a tus superiores, te has expuesto a ser capturado por el enemigo y, por tanto, a revelar secretos militares importantes, tienes...

—He hecho lo que había que hacer para salvar a esta ciudad —le interrumpió Dionisio con un gesto perentorio de la mano—, arriesgando mi piel y no la de los demás. Porque he visto caer ya a dos y no quiero que caiga también Agrigento. Haced

lo que os parezca, yo os he avisado. Si yo tuviera el mando del ejército agrigentino, ordenaría una salida para tomar por la espalda a los enemigos que tenemos enfrente y aniquilarlos. Será suficiente con dejar una sección de defensa en las murallas porque, después de nuestra victoria, tomaremos también al asalto con las fuerzas conjuntas el campamento atrincherado a poniente de la ciudad. Si los cartagineses tratasen de atacar, aprovechando las escasas fuerzas que han quedado de defensa, les cogeríamos por la espalda aplastándoles contra la base de las murallas.

—Esto es— lo que yo haría. Pero la responsabilidad es vuestra. Solo quería que lo supierais. Si no tenéis nada más que pedirme, o mensajes que darne, regresaré al campamento antes de que adviertan mi ausencia y me pongan los grilletes. Mañana no quiero perderme el espectáculo.

—Yo propongo arrestarle —dijo un tercer oficial, seguramente un aristócrata a la antigua por el modo en que llevaba recogidos los largos cabellos en un tocado en la parte superior de la cabeza—. Lo entregaremos a su comandante una vez terminada la guerra y veremos si aún le quedan ganas de hacerse el bravucón.

Dionisio se le acercó y le miró a los ojos a un palmo de distancia.

—Inténtalo si te atreves —dijo.

Telías intervino para disolver la tensión.

—*Hegemonos*, os lo ruego, no hay motivo para tomar decisiones tan serias. Habéis recibido la visita 'informal de un oficial aliado, eso es todo. ¿Qué tiene ello de extraño?

—Atacad apenas nosotros hayamos entablado combate con el enemigo —dijo entonces Dionisio retrocediendo y mirando a la cara uno por uno a los cuatro generales que tenía delante—. Atacad sin esperar un momento. Adiós.

Hizo ademán de irse, luego volvió sobre sus pasos y se detuvo delante de Telías. Le miró fijamente con una larga mirada y con ello su viejo amigo comprendió que quería decirle muchas cosas y que no conseguía expresar ninguna.

Le dio una palmada con una mano en un hombro.

—Ahora vete. Ya habrá tiempo de hablar, después de que hayamos solucionado este asunto.

Dionisio se alejó sin decir una palabra, como hacía cuando tenía el corazón oprimido por oscuras inquietudes. Telías se quedó en silencio escuchando el ruido de sus pasos que resonaban entre las paredes del gran santuario.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Léptines al verle aparecer como un fantasma.

—Mal —respondió Dionisio.

XII

Himilcón fue oportunamente informado de la llegada y de la consistencia del ejército confederado y dispuso el envío de refuerzos, mercenarios ibéricos y campaneos que fueron a tomar posiciones durante la noche, marchando en silencio a través de los bosques que se extendían entre la ciudad y el mar.

Dafneo, por su parte, formó antes de rayar el día a su ejército junto al río Himera y dio enseguida la señal de vadearlo y de proseguir a cubierto del campamento enemigo.

El ejército avanzó en columna y luego, con una amplia maniobra, se alineó frontalmente en ocho filas. Dafneo en persona, desde la izquierda, transmitió la contraseña que corrió rapidísima entre las filas hasta alcanzar el extremo derecho de la formación. Y a medida que la palabra pasaba de un hombre a otro, este alzaba el escudo y bajaba la lanza de modo que parecía ver una ola de bronce y hierro que se propagaba de una cabeza a otra de la imponente formación.

Siguió un largo silencio cargado de tensión en espera de que la delgada línea luminosa que se perfilaba a levante se ensanchase difundiendo la luz sobre la tierra y haciendo visible el suelo. Dafneo había hecho saber que la señal de ataque sería dada cuando los hombres vieran su sombra, y así cada uno mantenía la vista fija en el terreno que tenía delante de él esperando con ansiedad creciente que adoptara su propia silueta. De repente las sombras se dibujaron claras y larguísimas sobre el terreno y en aquel mismo instante sonaron las trompetas, los oficiales lanzaron el grito de guerra que fue repetido a grandes voces por los guerreros, y la poderosa falange cargó.

Del frente opuesto respondió el sonido prolongado de los cuernos y el ejército cartaginés se lanzó a su vez al ataque, encabezado por los mercenarios ibéricos y campanios, veteranos de innumerables batallas libradas bajo muchas diferentes banderas. Los primeros, revestidos con placas metálicas sobre las túnicas blancas, tocados con los cascos de cuero con crestón rojo; los segundos con gruesos coseletes de piel, con yelmos rematados por espectaculares cimbras de tres penachos, protegidos con grandes escudos pintados. Avanzaron gritando y lanzando a oleadas lluvias de flechas y nubes de piedras con sus hondas mortíferas. A cada lanzamiento, la falange alzaba los escudos para parar la descarga que crepitaba sobre los grandes bronces cual granizo, luego volvía a avanzar a la carrera para acelerar lo más posible el momento del impacto, que se produjo con espantoso fragor a medio estadio del campamento enemigo. Las dos formaciones cayeron una sobre otra y la masa metálica de los escudos y de las lanzas de los griegos se abatió como una avalancha contra los líbicos, los íberos y los campaneos, superiores en el combate individual por su habilidad y experiencia, pero menos resistentes a la colisión con un frente tan

compacto y pesado. El cuerpo a cuerpo duró largo rato en tanto la lucha se hacía encarnizada y sangrienta, luego la línea cartaginesa comenzó a ceder terreno bajo el empuje cada vez más fuerte de los adversarios, sembrando el terreno de muertos y heridos. Estos últimos eran rematados uno a uno con la punta de las lanzas por los guerreros de las últimas filas a medida que avanzaban detrás de los compañeros.

Entretanto, en los glacia de Agrigento se había reunido una gran multitud de guerreros que incitaban con grandes voces a sus aliados como si aquellos, inmersos en el furor y en el estruendo del combate, pudieran oírlos. Pero ciertamente sus gritos llegaban al campamento atrincherado, haciendo cundir el desaliento y el miedo.

En un momento dado, cuando fue evidente que las tropas de Himilcón estaban cediendo terreno, los guerreros agrigentinos comenzaron a agruparse en torno a los comandantes pidiéndoles que abrieran las puertas y les lanzaran a la refriega para atrapar en medio a los enemigos y aniquilarlos de una vez por todas.

—¿A qué esperamos? —gritaron—. ¡Movámonos, acabemos con ellos, de una buena vez!

—¡Matémoslos a todos!

—¡Vengüemos a Selinonte y a Himera!

Entre los generales, el que respondía al nombre de Crátipo trató de calmarlos.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Guardad silencio! ¡Escuchadme!

El tumulto pareció atenuarse, pero el ruido de la batalla, que llegaba hasta los glacia, provocaba entre los hombres un frenesí incontrolable, una excitación fortísima que se podía leer en los rostros, en las miradas y en el estremecimiento de los miembros. Todos querían tomar parte de aquella fiesta feroz, en aquella cruel matanza, antes de que acabara.

—¡Escuchad! —repitió Crátipo—. Si salimos ahora, dejaremos desguarnecido la ciudad y cometeremos el mismo error que condenó a Himera. Himilcón podría salir del campamento atrincherado, atacar mientras nosotros estamos fuera y tomar Agrigento al primer asalto. ¿No os dais cuenta?

—¡Basta, queremos tomar parte en la lucha! —gritó uno de los presentes.

—¿Qué clase de comandantes sois vosotros? —exclamó otro—. ¿No sabéis siquiera mandar a vuestros hombres en la batalla?

Mientras seguían hablando corrió el rumor de que se hacía una salida para barrer a los bárbaros de la tierra agrigentina. Miles y miles de guerreros ya armados, empuñando lanzas y escudos, se congregaron en gran número maldiciendo y alborotando. Los que se hallaban en la barbacana y estaban en situación de ver lo que sucedía en la llanura gritaban más fuerte aún, como si estuvieran en el estadio o en el hipódromo, y el clamor subía hasta el cielo.

Crátipo, juzgando que podía perder el control de la situación, llamó a uno de sus ayudas de campo, un joven de poco más de treinta años llamado Argeo, y le dijo al

oído:

—Ve enseguida al cuartel general de los mercaderes campanios y ordena que atranquen todas las puertas y que pongan defensas en ellas; no podemos permitir que los hombres se lancen afuera en desorden y dejen la ciudad indefensa. ¡Rápido!

Argeo corrió abriéndose paso con dificultad entre la multitud que lo cubría de insultos gritando:

—¡Cobardes, bellacos! ¡Vendidos!

Pasó un rato antes de que la orden fuera ejecutada y, cuando algunos soldados llegaron a aquella improvisada asamblea anunciando que las puertas habían sido atrancadas y defendidas, resonó un grito desde las murallas:

—¡Mirad! ¡Corred, venid a ver!

A aquellas palabras, todos se precipitaron hacia las escaleras de acceso a lo alto del camino de ronda y se asomaron por los parapetos: el ejército púnico emprendía la fuga, los hombres corrían veloces hacia el campamento atrincherado. Estalló un grito de salvaje exultación, pero no tardó en mezclarse con el clamor de las imprecaciones de desaliento cuando se hizo evidente que Dafneo refrenaba a sus hombres a la hora de perseguir al enemigo. Era evidente que temía caer en una emboscada como le había sucedido al ejército de Diocles en Himera. De haber estado más cerca, habrían visto y oído a Dionisio, alineado en el ala izquierda, cubierto aún de sangre por la matanza, gritar como un poseso lo que ellos mismos gritaban, que había que ir hacia delante y exterminarlos hasta el último hombre.

En cambio, no sucedió nada. El ejército confederado se detuvo obedeciendo a las señales de las trompetas y de este modo el grueso del ejército cartaginés se refugió, incólume, en el interior de las fortificaciones del campamento atrincherado.

Al ver aquello, los agrigentinos se resignaron al hecho consumado. El ejército confederado estaba casi a una distancia de dos estadios y atacar ellos solos no tenía sentido. Veían amargamente desvanecerse la oportunidad de aniquilar la amenaza que pesaba sobre ellos.

Muy pronto, sin embargo, a la desilusión siguió la frustración y luego la cólera. Los guerreros se reunieron amenazadores en torno a sus comandantes y comenzaron a gritar:

—¡Os habéis dejado corromper! ¿Cuándo os habéis pasado a los bárbaros? ¡Traidores! ¡Vendidos bastardos!

Telías trató de aplacar los ánimos.

—¡Tranquilos! ¡No podéis lanzar semejantes acusaciones sin una base!

Pero su voz débil y bronca no conseguía imponerse al alboroto creciente.

Comenzaron a volar piedras y muchas dieron en el blanco. Golpeado en la cabeza, Crátipo cayó al suelo y tras él otros tres colegas suyos que tenían el mando supremo de las grandes unidades del ejército. Únicamente Argeo se salvó, el joven

oficial que había ido a preparar las defensas de los mercenarios en las puertas. Llegó cuando los tres comandantes estaban ya muertos, medio enterrados bajo un montón de piedras. Los hombres que los habían lapidado estaban ahora en círculo en torno a los cadáveres, en silencio, y ni siquiera se preocuparon de él cuando apareció entre ellos y se acercó pálido y mudo a los cuerpos sin vida.

Ahora a todos les embargaba la amargura y el disgusto por lo que habían hecho y por la conciencia de que aquella justicia sumaria era la cosa más injusta que hubieran podido hacer, que quizá habían castigado con un excesivo rigor solo la indecisión o quizá también la simple estupidez.

El enfrentamiento había sido durísimo y los cartagineses habían dejado en el campo de batalla a casi seis mil hombres, mientras que el ejército confederado contaba poco menos de trescientos caídos, pero la frustración era grande entre los combatientes que habían visto escapárseles de las manos una victoria decisiva.

Dionisio corrió a donde estaba Dafneo y gritó:

—¿Por qué no nos has dejado continuar? ¿Por qué nos has detenido? Esto es cobardía, esto es...

—Una palabra más y te hago pasar por las armas. ¡Ahora mismo!

Dionisio se mordió los labios y regresó a las filas atormentándose por la rabia reprimida.

Dafneo no pensó siquiera en atacar el campamento atrincherado —defendido por un foso, una valla y una empalizada— y condujo a sus hombres al campamento de poniente que los enemigos al huir habían dejado libre. Aquella misma noche llegó una delegación de Agrigento para contar lo que había sucedido en la ciudad y cómo habían sido castigados los comandantes. Dafneo se estremeció y no supo qué responder.

Dionisio se adelantó.

—Si hubierais hecho caso de mis palabras, esto no habría pasado y a estas horas Himilcón estaría huyendo sin más esperanza que salvarse.

—Nadie puede hacer profecías —respondió Dafneo—. En la guerra la virtud más grande es la calma. Ahora están ellos a la defensiva, encerrados en el campamento, mientras que nosotros controlamos todas las vías de entrada y de salida, podemos cortar los aprovisionamientos y hacerlos claudicar por hambre. Apenas sus mercenarios estén sin comida y sin paga, se rebelarán y será el fin para Himilcón.

Los hechos parecieron durante algún tiempo dar razón a Dafneo. La estación era ya avanzada y alguien —más tarde nadie fue capaz de decir quién había sido— contó que las naves cartaginesas en Palermo estaban ya en los diques para el mantenimiento o en dique seco y que no se harían a la mar hasta la primavera siguiente. La flota siracusana, en cambio, era aún perfectamente eficiente y seguía abasteciendo al ejército.

Cada vez que Himilcón mandaba fuera un destacamento en busca de provisiones o de forraje, la caballería siracusana se lanzaba al punto en su persecución y lo aniquilaba. Se esperaba la rendición de un día para otro, tanto más cuanto que la mala estación había ya comenzado.

Precisamente en previsión de un empeoramiento del tiempo se pensó en organizar un masivo aprovisionamiento de trigo y otros víveres para Agrigento, antes de que el estado de la mar se volviera demasiado peligroso para la navegación. Pero cuando la escuadra siracusana apareció a la vista se presentó por la parte opuesta, totalmente inesperada, la flota cartaginesa de casi cincuenta naves perfectamente equipada para la guerra.

La suerte de la batalla estaba ya echada: las naves siracusanas, cargadas hasta los topes, iban lentísimas mientras que las cartaginesas —ya desarboladas, más numerosas y a favor del viento— podían lanzarse al asalto con una velocidad y una capacidad de maniobra infinitamente superiores.

Las pocas naves siracusanas capaces de contraatacar fueron casi enseguida puestas fuera de combate, las otras fueron obligadas a atracar en la playa justo en la franja costera que se extendía detrás del campamento atrincherado y los mercenarios de Himilcón, que estaban ya en una situación extrema y a punto de desertar, se lanzaron a saquearlas transportando al interior el cargamento de trigo destinado a Agrigento, tras haber masacrado a sus tripulaciones.

Aquel acontecimiento dio un vuelco a la suerte de la guerra que parecía ya ganada. Los agrigentinos, que no se habían privado nunca de nada ni habían racionado jamás sus provisiones, se dieron cuenta de golpe de que las provisiones de comida que les quedaban eran escasísimas.

El comandante espartano Deuxipos, uno de los pocos generales que habían quedado, reunió a los oficiales y celebró consejo.

—¿Cuántos días podemos resistir con lo que tenemos? —Tres, cuatro días como máximo —le respondieron.

—Entonces, tenemos que evacuar la ciudad. Mañana mismo.

A aquellas palabras se hizo el silencio; nadie osaba replicar, pero al mismo tiempo buscaba dentro de sí con ansiedad febril cualquier otra posible solución a una decisión tan terrible.

—Tenemos que avisar al Consejo —dijo uno de los oficiales—, a fin de que dé la noticia a la población.

—Un momento —intervino uno de los comandantes que hasta entonces no había dicho nada, uno de Gela que se llamaba Éuritoo—. ¿Estás diciendo que tenemos que evacuar una ciudad de doscientas mil personas e irnos... así como así? —E hizo entrechocar una mano contra la otra.

—Así como así —repitió Deuxipos sin inmutarse—. ¿Hay alguna otra solución?

—Luchar, por ejemplo. Abrir un pasillo hacia el interior y aprovisionarnos de los campos.

—O bien presentar batalla en campo abierto junto con los siracusanos. ¡Podemos aún derrotarlos! —gritó otro, un joven comandante de batallón agrigentino.

No hubo necesidad de avisar al Consejo; conducidos por el mismo Telías, los ancianos subían en aquel preciso momento del vecino *bouleuterion* para reunirse con los jefes militares y valorar la situación.

—¿He comprendido bien? —dijo al punto Telías—. ¿Hay quien quiere evacuar la ciudad?

—Has comprendido perfectamente —repuso Deuxipos—. No tenemos elección. Sin víveres ni posibilidad de aprovisionamiento no estamos en condiciones de resistir.

—Eres un loco o un cobarde o las dos cosas a la vez —vociferó Telías con su voz campanuda—. Abriremos las puertas, haremos salir a nuestros muchachos armados hasta los dientes y les daremos por culo a esos roñosos bastardos. ¡Luego les cogeremos el trigo y todo lo demás y haremos que se les pasen para siempre las ganas de venir más por aquí!

—Si fuera tan sencillo —replicó Deuxipos—, lo haría ahora mismo. Pero no es así. Esos se quedarán encerrados en el campamento atrincherado y no se dejarán atraer a un enfrentamiento en campo abierto. Esperarán a vernos morir por hambre, luego atacarán y nos borrarán del mapa. Es mejor marcharnos ahora que estamos aún a tiempo.

Telías sacudió la cabeza.

—No es posible... —dijo—. No me cabe en la cabeza. ¿Es posible que no exista otra vía? ¿Es posible que no exista otra opción? ¡Tiene que haber una manera... ¡tiene que haberla!

No había terminado de hablar cuando llegó uno de los centinelas que montaban la guardia en las murallas.

—Los mercenarios campaneos han salido por la puerta sur y se han dirigido hacia el campamento cartaginés. ¡Cuando se han enterado de que no había ya de comer han abandonado el sector de muralla que defendían!

—¿Lo ves? —dijo Deuxipos—. Por si hubiera tenido aún alguna duda, esto me la habría disipado definitivamente: más de un estadio del recinto amurallado está desguarnecido a partir de este momento, ¿os dais cuenta?

—¡Pero allí fuera están los siracusanos y los aliados italianos, por Heracles! —intervino Telías angustiado—. ¡Todavía podemos conseguirlo! Escuchad, pongámonos en contacto con Dafneo y sus aliados y decidamos juntos lo que conviene hacer. No tenemos que precipitar así las cosas... Aún estamos a tiempo...

Pero su voz era cansina mientras pronunciaba aquellas palabras, casi apagada.

—Como quieras —respondió Deuxipos—. Pero hagámoslo enseguida. —Llamó a

un centinela—. Coge un caballo, sal por la puerta sur y reúnete con Dafneo. Dile que no tenemos ya víveres y que estamos pensando en evacuar la ciudad, a menos que él no nos proponga una solución distinta y factible. ¿Has comprendido?

—Sí —respondió el centinela. Y echó a andar.

—Espera —dijo Telías—. Dile que estamos dispuesto a vernos con él donde quiera, incluso ahora. Y pregunta por un oficial llamado Dionisio; es ayuda de campo del Estado Mayor. Dile que queremos verle también a él, si hay un encuentro.

—Así lo haré —respondió el centinela y se fue.

Poco después se le vio salir al galope y dirigirse a gran velocidad hacia el campamento siracusano.

Se levantó un viento frío que helaba los miembros y comenzó a caer del cielo gris una fina llovizna. Los presentes se resguardaron debajo del pórtico y esperaron largo rato en silencio a que el mensajero volviera con la sentencia que decidiría acerca de la suerte de Agrigento. Pero, entretanto, la noticia de que se quería evacuar la ciudad se estaba filtrando, se extendía como un incendio de una casa a otra, de un barrio a otro y la desesperación no perdonaba a ninguna morada, ni siquiera a las fastuosas de los ricos. La angustia se apoderaba de todos ante la idea de dejar el lugar en el que habían nacido y vivido y a la angustia se añadían la incertidumbre y la incredulidad.

No se llegaba a tamaña decisión tras una larga agonía, sino de improviso, al cabo de muchos meses de guerra que, sin embargo, no habían afectado casi a nadie, no había habido víctimas en la ciudad ni daños graves en las haciendas.

La respuesta de Dafneo llegó a la caída de la tarde: citaba a los notables y a los comandantes militares agrigentinos en la necrópolis de levante, en el punto en que estaba franqueada por el camino que llevaba por el interior hacia Kámikos. El centinela declaró haberle encontrado abatido y de un humor de perros.

—No esperéis milagros —dijo tras haber referido el resultado de su misión—. La moral en el campamento siracusano no me ha parecido más alta que en nuestra ciudad.

—Esperemos para afirmar tal cosa —le interrumpió Telías—. Esperemos a oír qué es lo que tiene que proponernos Dafneo. Una decisión extrema solo debe tomarse cuando todas las vías de solución están cerradas.

Inmediatamente después se pusieron en camino saliendo por una poterna del lado sur y llegaron a caballo al lugar convenido. Telías montaba una mula, un manso animal que conocía muy bien las rabiets de su amo.

Dafneo apareció franqueado por dos de sus oficiales de más alta graduación y por Dionisio. Iban armados hasta los dientes y a escasa distancia esperaba la escolta: unos cincuenta jinetes y una treintena de peltastas incursores.

Telías notó que, por lo que podía ver y por las armas pintadas en los escudos, eran siracusanos, geloas y camarineses, todos griegos sicilianos, y la cosa le pareció

extraña.

De todas formas, fue el primero en hablar, apoyado también por la presencia de Dionisio.

—Algunos de nuestros comandantes militares, en particular Deuxipos, a quien tengo aquí a mi derecha, piensan que deberán evacuar la ciudad mañana mismo porque las provisiones de que disponemos en este momento pueden bastar solo para algunos días...

—Y además —le interrumpió Deuxipos—, nuestros mercenarios campaneos se han pasado al enemigo dejando desguarnecido casi un estadio del recinto amurallado.

Demasiado grande, pensó para sus adentros Dionisio y aquellas palabras le pareció que las había ya pensado y pronunciado, quién sabe cuándo, como en sueños.

—Ya los he visto —dijo Dafneo.

—Es cierto —siguió diciendo Telías—, pero en la ciudad hay aún miles de guerreros bien armados y tú tienes aquí un ejército poderoso y todavía íntegro. Podemos entablar combate con ellos y derrotarlos, ¿no es así?

Dafneo no respondió enseguida a la pregunta y aquellos largos instantes de silencio pesaron como losas sobre el corazón de cada uno. Dionisio miraba fijamente a los ojos a su amigo con una expresión de intenso desconsuelo. Finalmente, habló Dafneo:

—Ya no, por desgracia; los griegos de Italia nos dejan. Parten mañana.

—¿Qué? —exclamó Telías—. No lo dirás en serio.

—Por desgracia sí. Se van, te digo.

—¿Y por qué?

—El acuerdo era que se quedarían hasta el solsticio de invierno; tienen que preparar los campos para la siembra y no quieren arriesgarse a que el empeoramiento del tiempo los mantenga alejados de casa por demasiado tiempo. En efecto, faltan siete días para el solsticio, pero no me parece que cambie mucho...

—No puedo creerlo... —dijo Telías meneando consternado la cabeza—. No puedo creerlo...

—Como ves —dijo Deuxipos, que no parecía esperar otra cosa—, tenía yo razón. Evacuar la ciudad es lo mejor. Emplearemos a nuestras tropas para proteger a los fugitivos.

—Podéis instalaros en Leontinos —dijo Dafneo—. La ciudad está en construcción... Haremos llegar nuevos...

—No es verdad... no es verdad. Tiene que haber una salida... —exclamó Telías—. ¡Eres un guerrero, por Heracles! Debes decirme por qué no quieres combatir; ¿de qué te sirven las armas que llevas encima? ¿De qué te sirve esta espada?

Parecía cada vez más angustiado y su voz estridente se asemejaba al grito de un pájaro herido.

—Tenéis que resignaros —respondió Dafneo—. No podemos correr riesgos. Si me juego el todo por el todo en una batalla campal en unas condiciones de inferioridad numérica y pierdo, dejo Siracusa indefensa... y si cae Siracusa es el fin. No puedo hacerlo; debéis comprenderlo.

—Entonces, este es el verdadero motivo; tienes miedo a correr riesgos. Pero ¿no comprendes que defendiendo Agrigento defiendes a Siracusa? ¿No lo comprendes? Cometes el mismo error que cometió Diocles en Himera. Terrible... terrible y estúpido...

Dafneo agachó la cabeza sin decir nada, mientras la lluvia comenzaba a caer más recia mojando los yelmos, las corazas y los escudos, haciéndolos brillar, a ratos, a la luz de los relámpagos lejanos.

Telías, con el rostro bañado en lágrimas y lluvia pero en actitud de gran dignidad, se volvió hacia Dionisio.

—¿Piensas lo mismo también tú? Dime, ¿piensas lo mismo también tú?

Dionisio sacudió la cabeza en silencio, luego alzó los ojos y miró a Dafneo y acto seguido a Deuxipos, con una expresión de ardiente desprecio.

—Hay formas de ponerse de acuerdo, ¿no es cierto? —prosiguió diciendo Telías implacable—. Estaba todo preparado. Quizá también ellos se han dejado corromper.. Sí, sin duda... Si no, ¿por qué alguien nos ha contado que la flota cartaginesa estaba desarmándose cuando precisamente se disponía a atacar a la siracusana? ¿Por qué?

—Estás loco —dijo Dafneo—, desvarías. No te mato porque eres un pobre viejo y estás fuera de ti. No puedo escucharte un momento más. —Se dirigió a los otros consejeros agrigentinos, que se habían quedado mudos y espantados al oír aquellas palabras terribles—. Haced caso a Deuxipos —dijo—, haced lo que dice y salvaréis al menos vuestra vida. Adiós.

Montó en su caballo y desapareció en la oscuridad seguido de su escolta.

Telías cayó de rodillas entre sollozos, sin preocuparle la recia lluvia.

Dionisio le ayudó a incorporarse y le abrazó.

—Vuelve a la ciudad —le dijo, tratando de calmarlo—, vuelve a casa y cuida de tu mujer. Preparaos para la partida. Os acogeré en mi casa, os querré como si fuerais mis padres... Te ruego... que cobres valor.

Un relámpago iluminó como si fuera de día el desolado paisaje de la necrópolis seguido por el retumbo del trueno. Telías se secó el rostro.

—Yo no dejaré nunca mi ciudad, muchacho —dijo—, ¿lo comprendes? ¡Nunca! —Y se alejó con su mula.

Al día siguiente las autoridades dieron la orden de evacuación y toda la ciudad se llenó de llantos y de gritos desesperados. La casa del Consejo fue rodeada por una muchedumbre enfurecida, pero no había ya nadie allí que pudiera escuchar, ni tomar otras medidas aparte de las anunciadas. El pánico cundía por doquier, la multitud se

dirigía a la carrera hacia la puerta de poniente como si ya el enemigo hubiera penetrado intramuros, de modo que los soldados a duras penas conseguían contenerla y encauzarla lo mejor posible a lo largo del camino que llevaba a Gela.

En el caos de gritos y de gemidos, en la vorágine de terror que lo trastornaba todo, se abandonó a su suerte a los débiles, a los ancianos y a los enfermos, incapaces de poder afrontar las incomodidades de una marcha de cientos y cientos de estadios. Algunos se quitaron la vida, otros esperaron impasibles su destino pensando que en cualquier caso la muerte sería preferible a la pérdida de la patria, de los lugares más queridos, de la vista de la ciudad más hermosa del mundo.

Telías y su esposa, que se negó a dejarlo solo, estuvieron entre estos. En vano Dionisio escrutó las filas de los fugitivos con mirada ansiosa, inútilmente gritó el nombre de aquellas personas queridas, pasando adelante y atrás a caballo a lo largo de la columna en fuga, preguntando a los que se encontraba si los habían visto. No sabía que en ese mismo instante ellos estaban allá arriba, en el punto más alto de la ciudad, en la gloriosa Roca Atenea, y miraban sin ya derramar ninguna lágrima la larga fila oscura que serpenteaba en la llanura, la multitud inmensa de los fugitivos que abandonaba Agrigento como un riachuelo de sangre que corre copioso de un cuerpo herido de muerte.

Luego las calles resonaron con los alaridos de los bárbaros que se desparramaban por todas partes saqueando, destruyendo, matando a todos aquellos que encontraban. Incendiaron el grandioso templo de Zeus abajo en el valle, revestido aún de los andamios de madera, y las maravillosas esculturas de la caída de Troya, esculpidas en la piedra del frontón, se animaron de trágico realismo con el fulgor de las llamas.

Entonces Telías tomó de la mano a su compañera y se encaminó hacia el templo políade que dominaba la acrópolis con su mole excelsa. Caminaba tranquilo como si quisiera disfrutar del último paseo por la vía más sagrada de la ciudad. Se detuvo debajo de la columnata, se volvió hacia atrás y vio la marea aullante extenderse hacia la pendiente que conducía a la explanada y al podio. Entonces entró en el templo y cerró la puerta. Se estrechó en un último abrazo con la compañera de su vida, intercambio con ella una silenciosa mirada de inteligencia, luego cogió una antorcha y prendió fuego al santuario.

Ardió con su esposa, con sus dioses y sus recuerdos.

XIII

Todas las calles y los senderos que llevaban hacia Gela estaban atestados por una muchedumbre enorme, desesperada y aterrada. Eran mujeres, chiquillos y ancianos. Los hombres que podían valerse por sí mismos escoltaban armados la columna de los fugitivos. Los más viejos y los enfermos habían sido abandonados porque no habrían podido afrontar un viaje tan largo e incómodo. Muchas muchachas, incluso de familias nobles y ricas, iban a pie, algunas llevando al cuello a sus hermanitos más pequeños, y daban prueba de gran entereza de ánimo y de coraje porque muy pronto sus pies delicados, habituados a elegantes sandalias, se habían llenado de ampollas y de llagas. Se mordían el labio inferior entre los dientes como guerreros en la batalla y se tragaban las lágrimas para no alimentar más aún el llanto de los pequeños y la angustia de los padres ya abrumados por una pena infinita por haber tenido que abandonar de improviso su patria, la casa donde siempre habían vivido y las tumbas de sus antepasados. Eran como plantas arrancadas de raíz por un viento tempestuoso y arrastradas hacia lugares desconocidos e inhóspitos. Al dolor se unía el espanto, porque muchos de ellos ni siquiera conocían el motivo de tan imprevista y espantosa calamidad y se enteraban, paso a paso, de fragmentos de informaciones a menudo absurdas y opuestas.

No encontraban ningún cobijo contra las inclemencias de la estación, ni contra las asperezas y la dureza de un arduo viaje; pocos tenían comida consigo, y menos aún agua. Avanzaban por el lodo que recubría el camino y de vez en cuando volvían la vista atrás, como si les llamaran voces insistentes, recuerdos, lamentos e imágenes de una vida entera que dejaban a sus espaldas. Entre los muchos tormentos que les afligían, aparte del hambre y del cansancio, estaban el viento frío, la lluvia intermitente, el cielo plúmbeo y hostil.

El único consuelo era la presencia de los padres, hijos y maridos que, aunque encuadrados en las unidades militares, trataban en lo posible de caminar cerca de ellos para que la vista de unos rostros amigos les dieran fuerzas para continuar el camino.

Dionisio había recorrido varias veces adelante y atrás la larga columna buscando a Telías o a su esposa y había pedido información a muchos que conocía o que le había parecido conocer, pero sin resultado, hasta que un hombre le dio la respuesta que se temía ya recibir:

—Telías se ha quedado. Le vi con su mujer. Mientras todos huían hacia la puerta sur, él subía en dirección a la acrópolis llevándola de la mano. ¡Viejo testarudo! Siempre ha hecho lo que le ha venido en gana.

A aquellas palabras, Dionisio espoleó el caballo, llegó a donde estaba Dafneo a la cabeza de la columna y le pidió permiso para volver atrás.

—Estás loco. ¿Para hacer qué? —respondió Dafneo.

—Unos amigos míos se han quedado atrás. Quisiera intentar prestarles ayuda.

—Por desgracia, ya no hay nadie a quien ayudar. Ya sabes cómo las gastan esos. A los hombres que se pueden valer por sí mismos los reducen a la esclavitud para venderlos y a los otros los matan. ¿Quiénes eran tus amigos?

Dionisio meneó la cabeza.

—No importa —dijo—, no importa —y volvió atrás a lo largo de la columna.

Le había impresionado la imagen de una muchacha embarrada y tiritando de frío que avanzaba llevando de la mano a un niño y a una niña, quizá sus hermanitos más pequeños. De algún modo le recordaba a Areté y la situación tan terriblemente similar en la que la había conocido y le pareció como si los dioses le concedieran ayudarla de nuevo, aliviar el dolor que sin duda no dejaba de atormentarla en el Hades.

Se acercó a la joven, desmontó y le ofreció la capa.

—Tómala —dijo—, yo no la necesito.

La muchacha le respondió con una pálida sonrisa y reanudó su camino bajo la lluvia.

Los cartagineses se instalaron en Agrigento después de haberse apoderado de un enorme botín, como el que se podía encontrar en una ciudad que no había sido vencida jamás ni saqueada en doscientos años de existencia. Sin embargo, no causaron daño a las casas, porque les servían para pasar el invierno en ellas. Con esto demostraban la evidente intención de no interrumpir la acción militar y la campaña de conquista. No se detendrían mientras quedara una sola ciudad griega en Sicilia.

Ahora la nueva frontera era Gela, la ciudad donde había muerto Esquilo, el gran trágico. En su tumba de la necrópolis había escrito un epigrafe que no dedicaba una sola palabra a la gloria del poeta, sino solo al guerrero que había luchado en Maratón contra los persas. Palabras que sonaban ahora como una admonición en medio de aquella angustia cada vez más apremiante. Los agrigentinos fueron acomodados en Leontinos en espera de que se dieran las condiciones para su regreso.

Dafneo celebró consejo en Gela con sus oficiales, entre ellos el espartano Deuxipos, y los generales geloas.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó—. ¿Cuáles son vuestras intenciones?

—Queremos resistir —respondió su comandante en jefe, un hombre de unos cincuenta años llamado Nicandro. Era un aristócrata, un duro al viejo estilo y parecía absolutamente decidido, aun cuando cada rasgo de su rostro y cada arruga de su frente delataban la preocupación que le angustiaba.

—Si esta es vuestra decisión —respondió Dafneo—, os prestaremos ayuda. Haremos cuanto esté en nuestras manos para repeler a los bárbaros y evitar otra catástrofe. Lo que ha sucedido en Agrigento no se repetirá. Se ha tratado de un

imprevisto, quizá también de una traición que nos ha cogido por sorpresa cuando podíamos ya decir que la victoria era nuestra.

—No se puede decir nunca que se ha vencido hasta que el enemigo no ha sido aniquilado —rebatío con sequedad Nicandro—. Pero, de todos modos, os doy las gracias en nombre de la ciudad por estar dispuestos a alinearos a nuestro lado.

—Deuxipos se quedará con vosotros junto con sus mercenarios los hasta la reanudación de las operaciones —dijo Dafneo.

Deuxipos es un idiota si es que no se ha vendido, pensó Dionisio. Pero no dijo una sola palabra. Estaba de pie al fondo de la sala del Consejo, apoyado de espaldas en la jamba de la puerta y cruzado de brazos como una cariátide, y su rostro no delataba emoción alguna, como si fuera de mármol. Pensaba en Telías y en su mujer, a la que este amaba con un amor profundo, y a los que no volvería a ver nunca más, así como en los sufrimientos que debían de haber pasado antes de morir, en Agrigento perdida y violada, en la muchacha a la que había ofrecido su capa y que quizá a aquellas horas debía de haber caído extenuada en el fango, abandonando a los dos pequeños llorando bajo el azote de la lluvia. También él hubiera querido llorar, gritar, despotricar.

Se fue de allí, una vez cumplidas las tareas que le habían sido confiadas, por un camino oscuro que conducía a la puerta de poniente, absorto y pensativo, convencido para sus adentros de que Gela caería como habían caído Selinonte, Himera y Agrigento, por la incapacidad de los comandantes, por la cobardía de Dafneo, por la estupidez de Deuxipos. Las autoridades geloas le habían reservado un alejamiento en el pritaneo, pero él había optado por alquilar a sus expensas una casita impersonal al abrigo de las murallas porque no quería estar con el resto de oficiales, hacia los que no sentía aprecio alguno.

Entró, y enseguida subió a la azotea para disfrutar de la vista de la ciudad y del mar. Esto era lo que había que hacer: observar, estudiar, conocer, fijar en su mente cualquier detalle del territorio, de las vías de acceso y de fuga, los puntos flacos del recinto amurallado, los recorridos más rápidos para los aprovisionamientos, el juego de las corrientes marinas, de los vientos en el cielo, los pasos en el interior y a lo largo de la costa. Luego tomar una decisión, apretar los dientes y seguir adelante, al precio que fuese, sin hacer caso a nadie, para arrollar, dispersar, aniquilar. Esto significaba mandar un ejército y conducirlo a la victoria. ¿Qué sabían de ello esos ineptos charlatanes que para lo único que servían era para llenarse la boca de promesas altisonantes que nunca serían capaces de mantener?

El sol asomó durante breves momentos entre los espesos nubarrones, irradiando la última luz roja y violácea, antes de desaparecer en el horizonte. El mar se volvió enseguida líquido plomo, encrespado bajo el empuje poderoso del ábrego y los golpes de mar orlados de espuma gris se encabalgaban retumbando hasta debajo mismo de la

colina de Gela. Comenzaban a encenderse las luces dentro de las casas, el humo de los hogares ascendía de los tejados y la luna era un pálido fantasma tras de la deshilachada cortina de las nubes. Suspiró.

Le hizo estremecerse el ruido imprevisto de alguien que llamaba insistentemente a la puerta de abajo; Dionisio, tras interrumpir sus pensamientos, bajó a la planta baja y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, abre —respondió la voz de Filisto.

—Entra, rápido —dijo Dionisio abriendo la puerta—. Estás hecho un asco, dame la capa.

Entró Filisto, lívido a causa del frío y castañeteándole los dientes.

—Espera, que enciendo el fuego—. Dionisio sacó una lamparilla que ardía delante de una imagen pintada en la pared y la acercó a un mantoncito de ramiza que había sobre la piedra del hogar en el centro del cuarto desnudo. A continuación se oyó el crepitar de las ramas de pino que ardían difundiendo una agradable tibieza.

—No tengo gran cosa de comer —le dijo—. Un pedazo de pan, si te parece bien, y un poco de queso. De beber, agua nada más.

—No estoy aquí para comer ni para beber —repuso Filisto—. Te traigo los saludos de tu hermano Léptines, de tu padre adoptivo Héloris y de los jefes de la Compañía. La noticia de la derrota de Agrigento ha llegado ya a Siracusa y la ciudad está en ebullición. ¿Qué se ha decidido aquí en Gela?

—Resistir —respondió Dionisio poniendo el pan y el queso a calentar sobre la piedra del hogar y añadiendo un poco más de leña.

Filisto se encogió de hombros.

—Como en Agrigento, como en Himera, como en Selinonte.

—Cierto.

—No podemos asistir a otro desastre de brazos cruzados.

—Solo hay una manera de evitarlo —dijo Dionisio mirándole fijamente a los ojos en la reverberación de las llamas.

—También yo lo creo. ¿Estás preparado?

—Lo estoy —respondió Dionisio.

—También nosotros.

—Entonces, adelante. Yo me reuniré con vosotros en Siracusa. —¿Cuándo?

—Cuando vuelva el ejército.

—Demasiado tarde. Todo está listo para la próxima asamblea. Dentro de siete días exactos.

—No puedo alejarme así como así. Dafneo no espera otra cosa que acusarme de desertión y ponerme con las manos atadas a la espalda delante de una compañía de arqueros.

—En esto ya he pensado yo. Mañana por la mañana al alba recibirá una orden del Consejo pidiendo tu regreso inmediato por razones de Estado. Falso, obviamente. Tú trata de oponerte, como si ello te desagradase. Pero no demasiado, claro está.

—Comprendido.

—Muy bien. Te esperaré en Camarina en casa de Próxenos, el fabricante de escudos, y luego haremos juntos el viaje.

Dionisio asintió en silencio. Su mirada se fijó inmóvil en las llamas del hogar.

—¿Te has enterado de lo de Telías?

—¿El qué?

—Se quedó en Agrigento, con su mujer.

—Era de imaginar que no abandonaría la ciudad. Aceptar la humillación de la derrota y de la huida no era para él.

—Les he perdido. Les quería mucho.

—Lo sé. Y también ellos te querían a ti como al hijo con el que siempre soñaron y que nunca tuvieron.

—Muchos tendrán que pagar por esto. Tanto griegos como bárbaros.

Filisto no respondió. Cogió la capa extendida cerca del fuego para que se secase.

—Pero está aún mojada —dijo Dionisio.

—No importa. No puedo esperar a que se seque. He de regresar.

—Ha anochecido ya. Pasa aquí la noche y sal mañana al amanecer.

—Últimamente siempre reina la oscuridad; ¿qué diferencia hay?

Se echó la capa sobre los hombros y salió.

Dionisio se quedó en el umbral para contemplar la figura encapuchada que se alejaba y escuchar el trueno que rugía lejos, en las crestas de los montes Ibleos.

Al día siguiente fue convocado por Dafneo poco después de la salida del sol.

—Debes partir de inmediato para Siracusa —le dijo—. Debes presentarte ante el Consejo dentro de tres días como máximo. Podrás cambiar de caballo en nuestros puestos de guarnición a lo largo del camino.

—¿Por qué debo partir? Soy más útil aquí.

—Debes partir porque te he dado esta orden. Sabremos arreglárnoslas también sin ti.

Dionisio fingió resignarse con desencanto y antes de salir echó una mirada a la misiva que estaba encima de la mesa de Dafneo, cerca aún de los fragmentos del sello de cera. Luego miró a los ojos a su comandante con una expresión difícil de descifrar pero que no prometía nada bueno.

Llegó a Camarina antes de la noche galopando como un loco y se fue para la casa de Próxenos, el fabricante de escudos que tenía hospedado a Filisto, para pasar allí la noche.

En la ciudad la noticia de la caída de Agrigento había hecho cundir el pánico y ya

había quien se preparaba para partir hacia cualquier destino del interior, especialmente los que tenían propiedades agrícolas y haciendas, pero tanto el gobierno de la ciudad como la Asamblea de los guerreros habían decidido ya enviar refuerzos a Gela, si era a cada, y defenderla a toda costa.

—Por fin han comprendido que nadie se puede salvar por sí solo —concluyó Filisto.

—Creo que siempre lo hemos sabido —respondió Dionisio—. En Agrigento había un ejército dos veces superior al que los atenienses trajeron contra nosotros durante la guerra. Ha faltado siempre un hombre capaz de mandar.

—Es cierto —comentó Próxenos—. Es lo que está sucediendo ahora en Atenas. Estuve hace tres meses para vender una partida de armas. Nunca se han recuperado de la paliza que recibieron aquí en Sicilia y ahora han expulsado al único que aún sabía vencer en una batalla naval: Alcibíades, el sobrino de Pericles. Le han acusado de haber ido de putas mientras su flota entablaba batalla con Lisandro, lo que quizá sea cierto, pero ¿a quién han confiado ahora el mando? A Conon: un pobretón que no ha ganado nunca una batalla en su vida y que lo primero que ha hecho ha sido dejarse acorralar en el puerto de Mitilene...

—Al teatro, ¿has ido? —le interrumpió Filisto para cambiar de asunto.

—Sí, aunque ahora ya no hay muchas cosas que ver. Muertos Eurípides y Sófocles, el teatro trágico se ha acabado. Lo único es reír. He asistido a una comedia de Aristófanes y os aseguro que me moría de risa. Nunca se ha visto a nadie como él que trate de sodomitas a los políticos, a los abogados, a los filósofos y hasta al mismo público y todos se ríen como locos.

—Si venciesen los espartanos —intervino Dionisio llevando la conversación de nuevo al primer asunto—, serían libres de mandar al ejército y a la flota a Sicilia en nuestra ayuda.

—No cuentes con ello —respondió Próxenos—. También ellos tienen ya bastante de guerras. Llevan ya casi treinta años de hostilidades. Termine como termine, no habrá ni vencedores ni vencidos. Todos lloran a sus mejores hijos cuya vida han visto segada en las batallas, sus campos quemados, sus cosechas destruidas, decenas de ciudades aniquiladas, poblaciones enteras reducidas a la esclavitud. Para no hablar de la caída del tráfico comercial al mínimo, de los precios que están por las nubes, de la penuria de artículos de primera necesidad.

—Aquí es distinto —insistió Dionisio—. Ahora está en juego nuestra propia existencia... pero no importa, nos las arreglaremos solos si es necesario. Sí, solos...

De ahí a pocos días Filisto y Dionisio llegaron a Siracusa, justo a tiempo de tomar parte en la Asamblea plenaria. Dionisio estaba inscrito para hablar con el número doce. Tenía a su lado a Léptines y de vez en cuando intercambiaba miradas e imperceptibles señales con otros amigos de la Compañía, repartidos por todas partes.

Cuando llegó el momento, el secretario levantó un letrero con la letra «M» para indicar que le tocaba al doce y Dionisio tomó la palabra.

Sin preocuparle el frío invernal, llevaba nada más que la corta túnica militar y, desde el podio al que había subido, exponía de este modo como condecoraciones las señales de las recientes heridas sufridas en la batalla en brazos, muslos, hombros. Fue acogido con un griterío así como con aclamaciones de todas partes. Él levantó el brazo musculoso en señal de agradecimiento y para pedir silencio, luego comenzó a hablar.

—¡Ciudadanos y autoridades de Siracusa! He venido para anunciar una nueva catástrofe. Sé que ya ha llegado la noticia de la caída de Agrigento y del final de esa ciudad gloriosa, desde siempre aliada y hermana nuestra. Pero nadie, creo, está en condiciones de describir como yo ese desastre, el mayor al que hayamos asistido en estos años, ocurrido por la ignorancia supina de los oficiales que mandaban nuestras tropas...

El secretario se levantó y le llamó al orden.

—Cuidado con lo que dices: no te está permitido ofender a personas que gozan aún de la confianza de la ciudad como supremos comandantes del ejército.

—Pues, entonces, seré más preciso —prosiguió diciendo Dionisio y, alzando la voz, tronó:

—¡Acuso, aquí, en vuestra presencia, al comandante Dafneo y a su Estado Mayor al completo de alta traición y de connivencia con el enemigo!

El secretario le interrumpió de nuevo.

—Una acusación de tal gravedad, formulada de este modo, es un delito. Serás multado con diez minas. ¡Guardias, que se cumpla la orden!

Dos mercenarios de servicio se dirigieron hacia Dionisio para exigirle la suma que, claro está, no llevaba encima y, en tal caso, para arrestarlo.

Filisto se levantó inmediatamente y, alzando el brazo, exclamó:

—¡Pago yo, prosigue! —al tiempo que mandaba a su siervo a pagar diez minas ante la mirada de pasmo del secretario.

—Les acuso de traición —prosiguió Dionisio —porque, teniendo al alcance de su mano la victoria definitiva sobre el enemigo, se detuvieron en plena carrera y obligaron a replegarse. Cometieron traición por partida doble, porque se aprovecharon de nuestro sentido de la disciplina y de la obediencia a la patria y a nuestros comandantes por abrirles a los bárbaros una vía de salida ya del todo cerrada.

Gritos, aplausos, incitaciones estallaron en todos los puntos de la Asamblea, allí donde nutridos grupos de la Compañía manifestaban su entusiasmo y su desaprobación, y los comunicaban también, con energía, a aquellos que tenían cerca.

El secretario, desconcertado por aquel imparable discurso y por el increíble

proceder, miraba ansioso cómo caía la arena en la clepsidra esperando el momento en que, según el reglamento, podría poner una nueva multa, más alta aún.

—¡Veinte minas! —gritó apenas vio vacía la ampolleta superior, sin preocuparse siquiera de lo que Dionisio estaba diciendo.

—¡Pagado! —gritó Filisto alzando el brazo.

Estalló otro griterío como si la gente estuviera en el estadio incitando a su campeón favorito y Dionisio reanudó su irrefrenable arenga evocando los momentos sobresalientes de la batalla, las decisiones insensatas, la dramática conversación con los representantes de la ciudad, la orden absurda de evacuación. Contó asimismo la noticia de que las naves púnicas estaban ya en el dique seco en Palermo cuando se disponían en cambio a caer sobre la flota siracusana que lo ignoraba por completo. Atribuyó sin ningún escrúpulo aquella falsa noticia a Dafneo y a sus amigos, convencido, para sus adentros, de que era la pura verdad y que el hecho de no poderla probar por el momento era algo secundario y carente de importancia.

La voz cada vez más quejosa del secretario seguía anunciando multas cada vez más altas, que eran cubiertas infaliblemente por la fortuna aparentemente sin fondo de Filisto, de modo que a veces daba la impresión de que se estaba en el paroxismo de la más dramática de las asambleas, otras de asistir a una venta por subasta donde la mercancía más vendida y más comprada era la verdad.

Finalmente, el secretario se resignó y dejó dar rienda suelta a la elocuencia arrolladora de Dionisio. Sus palabras inflamaban, sus recuerdos y las escenas que evocaba conmovían, hacían temblar, indignarse, gritar de rabia, de desaliento, de escándalo.

Cuando intuyó que ya tenía a la Asamblea en un puño, concluyó su intervención, seguro de que nada le sería negado.

—¡Ciudadanos! —tronó—. Los bárbaros arrasarán también nuestra ciudad, que, sin embargo, derrotó a Atenas, veréis a vuestras esposas violadas, a vuestros hijos esclavos antes de ser torturados a muerte y pasados por el filo de la espada. Yo los he visto, he luchado contra ellos, y matado a cientos para salvar a nuestros hermanos de Selinonte, de Himera, de Agrigento, pero de nada vale el amor y el valor de uno solo por la patria amenazada. ¡Vosotros que arriesgáis la vida en el frente de combate, vosotros que embrazáis; el escudo y empuñáis la lanza debéis elegir a vuestros generales no teniendo en cuenta el patrimonio y el rango social sino vuestro aprecio personal! Debéis condenar en contumacia a esos oficiales sin honor que han traicionado y se han vendido al enemigo, condenarlos al destierro perpetuo e incluso a la muerte, si osaran volver sin vuestro permiso a la ciudad, y luego elegir a aquellos que apreciáis: aquellos a los que habéis visto siempre combatir con honor y con pasión, a aquellos a quienes no habéis visto nunca arrojar el escudo y darse a la fuga. Esos deben ser los que nos manden en la batalla y quienes manden a nuestros aliados.

¡Pongamos fin de una vez por todas a esta vergonzosa secuela de derrotas y de matanzas! ¿Cómo pueden unos bárbaros mercenarios derrotar a unos ciudadanos disciplinados y valerosos, si no es con la ayuda de la traición? Pero os diré más: quienes nos gobiernan son unos incapaces que no merecen los cargos que ocupan. ¡Expulsémosles de una vez por todas y elijamos a quien consideremos digno de nuestra confianza!

Un inmenso clamor se alzó en la Asamblea, de modo que a duras penas Dionisio y el mismo Filisto consiguieron serenarla. Inmediatamente después Héloris propuso la inclusión en el orden del día de la propuesta de condenar en contumacia a los generales felones. Una vez que fue aprobada por enorme mayoría, presentó una lista de candidatos para ocupar los cargos de mando de los principales batallones del ejército, desconocidos, en su mayoría, aparte de Dionisio, que obtuvo el apoyo casi unánime.

Cuando dejó la Asamblea a mediodía entre ovaciones, era el hombre más poderoso de Siracusa; los otros oficiales colegas suyos eran menos que su sombra y le debían todo, incluida su elección.

Tres días después, Dafneo y los suyos recibieron la copia del acta de aquella sesión, que sancionaba su condena al destierro. Dionisio fue investido oficialmente del cargo de comandante supremo de las fuerzas armadas y se presentó a las tropas revestido con una armadura resplandeciente, adornada de plata y de cobre, sujetando en la mano derecha la lanza y en la izquierda el escudo con la imagen de una gorgona con las patas ensangrentadas. Los gritos y las aclamaciones de sus guerreros llegaron hasta el templo de Atenea en la acrópolis, haciendo resonar un eco sonoro contra las grandes puertas de bronce.

XIV

Los generales siracusanos desterrados se fueron a Henna y se establecieron allí en espera de tiempos mejores; sin duda debieron de darse cuenta de lo que habían experimentado cientos, a veces miles, de ciudadanos que habían sido expulsados solo porque su facción política había sido derrotada. Dafneo se puso a reorganizar su regreso, pero fue encontrado muerto en su casa hacia finales del invierno. Se dijo que había sido una ejecución sumaria ordenada por Dionisio y ejecutada por algún miembro de la Compañía.

Entretanto Dionisio se preparaba para consolidar su propio poder en la ciudad y para dirigir la guerra a su modo. No quería condicionamientos. No quería limitaciones.

—Difícil, en una democracia —le hizo observar Filisto durante un encuentro en su estudio.

—Quiero vencer y para vencer se necesita el mando supremo.

—Diocles lo tenía en Himera, y también Dafneo en Agrigento, y ambos perdieron.

—Perdieron porque eran unos incapaces. De haber tenido poderes aún mayores, habría sido peor. A mí no me sucederá; sé qué hacer, te lo juro, lo he tenido mentalmente muy claro. ¿Recuerdas aquella noche en Gela?

—Sí, hacía un tiempo de perros...

—Después de que te hubieras ido, traté de acostarme porque estaba muerto de cansancio, pero no conseguía dormir, por lo que me fui a dar una vuelta por la ciudad, en torno a las murallas, por el camino de ronda, por la parte del mar y hacia el interior. Luego volví allí otras veces, de incógnito. Himilcón atacará Gela dentro de poco, a los primeros calores de la primavera, y yo le haré pedazos.

—Cuidado.

—Sé lo que digo. Tú partirás apenas sea posible hacerse a la mar, e irás a ver a nuestros aliados en Lócride, en Trotona y a los otros y les convencerás de que deben enviar todas las tropas que tengan disponibles. Convénceles de que si dejan que caigamos, luego les tocará a ellos. Si es necesario, prepara un documento falso en lengua púnica con un plan de invasión de las colonias griegas en Italia, di que se lo sustrajimos a un espía y... en fin, tú te las arreglas muy bien con estas cosas. Ya sabes lo que pretendo decir.

—Lo sé.

—¿Lo harás?

Filisto sonrió.

—¿Te he decepcionado alguna vez?

—Bien. Ahora tengo que desembarazarme de los oficiales, al menos de los que

me estorban.

—No puedes hacerlo.

—Claro que puedo.

—Sabes qué significa, ¿verdad?

—No lo que tú te crees. Por el momento lo único que quiero es desacreditarlos. Hagamos circular el rumor de que se entienden con los cartagineses, que están a sueldo de Himilcón.

—No cuentes conmigo. Esos pobres no han hecho nada de eso y tú lo sabes. Es un medio odioso.

—Es necesario para la salvación de la ciudad.

—Y la salvación de la ciudad coincide con tu poder.

—Con mi guía. Solo yo debo dirigir al pueblo en la batalla, porque soy capaz de salvar a la ciudad de la aniquilación, a los templos de las profanaciones y al pueblo de la esclavitud.

Filisto permaneció en silencio un largo rato, sin saber qué responder. Se paseaba adelante y atrás por el estudio mirando fijamente el suelo y sentía sobre sí la mirada de Dionisio.

—¿Sabes? —dijo en un momento dado deteniéndose justo en el centro de la estancia—. Hubieras tenido que nacer en la época de los héroes de Homero. Sí, ese era tu tiempo. Hubieras tenido que nacer siendo un rey como aquellos: Aquiles, Diomedes, Agamenón... Pero aquellos tiempos terminaron... para siempre y ya no volverán. Vivimos en grandes ciudades donde todos los estamentos sociales quieren estar representados y donde los jefes son elegidos y destituidos según sus méritos y deméritos.

—¡Según sus intrigas! —exclamó Dionisio.

—¿Intrigas? ¿Y tú qué propones? ¿Eres en esto mejor?

Dionisio se le acercó en silencio y era tal el ardor de su mirada que Filisto temió que quisiera agredirle. En cambio, agachó la cabeza y dijo en voz baja:

—Tengo necesidad de tu consejo, de tu amistad. No me dejes solo. Yo no sé explicarte en qué soy mejor, solo puedo preguntarte si crees en mí o no, si eres mi amigo o no, si estás conmigo o contra mí, Filisto.

—Tienes a Léptines. Es tu hermano.

—Léptines es un buen muchacho y me es fiel, pero yo tengo necesidad de tu inteligencia, de tu experiencia y sobre todo, ya te lo he dicho, de tu amistad... ¿Qué me respondes?

—Me pides la adhesión ciega a tus decisiones, y a tu visión del mundo.

—Es lo que te pido. En nombre de todo cuanto nos une, de todo cuanto hemos pasado juntos.

Filisto suspiró.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti. Pero existen convicciones morales a las que es muy difícil renunciar... Más que difícil, doloroso.

—Lo sé. Y, por más que pueda parecerme extraño, te comprendo. En cualquier caso, el problema es arduo pero sencillo; debes mirar dentro de ti y ver si el amor que sientes por mí es más fuerte que tus principios. Nada más. Pero necesito una respuesta. Ahora.

Filisto guardó silencio y se acercó a la ventana para observar las gaviotas que volaban entre los árboles y las velas del Puerto Grande, sobre los tejados rotos de la Ortigia y sobre el templo de Atenea. Cuando se dio la vuelta tenía los ojos brillantes y parecía haber perdido su habitual seguridad, el proverbial control de sus emociones.

—Estoy contigo —dijo con un suspiro—. Estoy dispuesto a seguirte.

—¿Hasta los mismísimos infiernos?

—Hasta los infiernos.

Dionisio le abrazó, luego le miró fijamente a los ojos.

—Sabía que no me abandonarías.

—He estado a punto de hacerlo.

—Siempre estás a tiempo. Nadie te retiene.

Filisto no dijo nada más.

Dionisio le entregó una hojita con una lista de nombres.

—Estos son los oficiales que es necesario quitarse de en medio. Los otros nos deben la elección y al menos por algún tiempo harán lo que yo diga.

Filisto asintió y cogió la hoja, mientras Dionisio se alejaba hacia la salida.

—Espera —le dijo.

Dionisio, ya en la puerta, se detuvo.

—No eras así, no lo has sido nunca. ¿Por qué una dureza tan despiadada?

Un relámpago de desesperación cruzó por los ojos de Dionisio, tan repentino y rápido como para resultar casi imperceptible.

—Sabes bien el porqué —dijo. Y salió.

Filisto volvió a paso lento hacia la ventana para observar las gaviotas que volaban. Solo las golondrinas que revoloteaban muy cerca bajo el tejado vieron sus lágrimas.

Siete días después los estrechos callejones de la Ortigia resonaron en plena noche con el paso pesado de los mercenarios de Dionisio; seis de los diez oficiales superiores que componían el Consejo de Guerra fueron arrestados mientras dormían y llevados a prisión bajo la acusación de connivencia con el enemigo. Los cuatro que quedaron se apresuraron a ratificar su ciega lealtad al jefe indiscutido. Los encarcelados fueron sustituidos por amigos de Dionisio, entre ellos su padre adoptivo Héloris, su hermano Léptines, sus amigos Biton, Yolao y Dorisco, todos miembros de la Compañía.

La primavera llegó tarde aquel año y una serie de borrascas impidieron por largo tiempo la navegación. Himilcón dejó Agrigento casi al comienzo del verano, tras haber prendido fuego a los templos, profanado los santuarios y desfigurado las obras de arte que los adornaban. Las estatuas de los dioses y de los héroes, muchas de las cuales eran auténticas obras maestras, fueron hechas pedazos a martillazos. Los bronce, la plata, el oro y el marfil fueron, en cambio, saqueados para ser enviados a Cartago. Entre ellos, el famoso toro de bronce que se decía había sido usado por el tirano Falaris para torturar y matar a sus adversarios políticos. Los cartagineses lo enviaron a Tiro, su metrópolis, en señal de homenaje y de deferencia.

Luego el ejército marchó contra Gela por vía terrestre, mientras la flota seguía por mar con las piezas de las máquinas de guerra desmontadas.

Los ciudadanos de Gela tomaron en un primer momento la decisión de evacuar a mujeres y niños a Siracusa, pero las mujeres se negaron a obedecer. Como antes de ellas habían hecho las mujeres de Selinonte y de Himera, se refugiaron en los templos abrazando los altares y dijeron que por ninguna razón abandonarían su ciudad y sus casas. No fue posible convencerlas, pero la repetición de aquellos gestos y de aquellas situaciones sonaba casi como la réplica monótona de un presagio ya verificado demasiadas veces.

Himilcón pensó primero en situar un destacamento al este de la ciudad, junto al río Gela, tal como había hecho en Agrigento, pero prefirió renunciar a ello y se limitó a construir un campamento atrincherado al oeste, tras lo cual montó las torres de asalto y comenzó a batir las murallas con los arietes.

Semejantes a las de Selinonte, las murallas de Gela habían sido construidas cuando máquinas de aquel género no eran siquiera imaginables; a los primeros golpes de ariete tan grandes y potentes, comenzaron a resquebrajarse y a ceder. Pero de noche, mientras los guerreros —extenuados por los esfuerzos de los combates— trataban de recuperar fuerzas durmiendo, mujeres, ancianos y niños trabajaban como hormigas para reparar los daños, cerrar las brechas, reforzar el recinto allí donde parecía endeble y dañado. De este modo pasó más de un mes sin que ninguno de ambos bandos pudiera imponerse.

Irritados por la obstinada resistencia de Gela, los cartagineses se encarnizaron con los símbolos más sagrados de la ciudad: una estatua gigantesca de Apolo que se encontraba fuera de las murallas, no lejos de su campamento. Tenía veintidós pies de alto y estaba allí en la playa desde tiempos inmemoriales, señalando el punto en el que habían sido desembarcados los fundadores y para recordar que había sido el dios Apolo Conductor quien les había guiado a través del mar hasta el pie de la colina donde luego se había establecido su comunidad.

Los cartagineses, utilizando las máquinas de guerra y las arganas de las naves consiguieron primero arrancarla de su pedestal y luego inclinarla. Por último,

haciéndola deslizarse sobre unas rampas de madera untadas de sebo, la cargaron en una nave que fue remolcada hasta Cartago.

Ver partir aquella sagrada imagen, alejarse de Gela, fue un golpe para el corazón de todos, como si también la historia de la ciudad se viera de repente aniquilada. Pero el coraje y la rabia eran aún tan fuertes que sostenían a los combatientes y les infundían siempre nuevas energías.

Entretanto pasaba el tiempo y los generales geloas enviaban continuas, desesperadas peticiones de auxilio a Siracusa, donde Dionisio no había resuelto del todo los problemas con la Asamblea. En una reunión borrascosa propuso llamar a los desterrados que habían intentado el golpe de mano de Hermócrates, provocando las protestas indignadas de varios partidos.

—¿Con qué razones podemos pedir ayuda a nuestros aliados —proclamó Dionisio en una desconsolada perorata—, pedirles que arriesguen su vida para defendernos cuando nosotros impedimos a cientos de siracusanos combatir por su patria? No es mi intención discutir aquí con vosotros la gravedad de los errores que cometieron; y además todos sabéis que no he visto nunca con simpatía a los aristócratas y a los terratenientes; ¡Soy uno de los vuestros, provengo del pueblo! Pero una cosa es cierta: muchas veces han recibido ofertas de los bárbaros para combatir en sus filas, muchas veces se les ha prometido, a cambio de la traición, el retorno y la recuperación de la dignidad perdida y de las propiedades confiscadas; ¡siempre lo han rechazado! ¡Ahora la patria tiene necesidad también de estos hijos suyos, ahora estamos expuestos a un peligro mortal, no podemos permitirnos ya ningún tipo de división! Yo os pido que les llaméis y permitáis que se rediman, y eventualmente imputadles sus culpas.

Una vez más la oratoria arrolladora de Dionisio obtuvo el efecto deseado y su orden del día fue aprobada juntamente con la concesión del cargo de comandante único, que le confería poderes casi absolutos.

Finalmente, llegaron los aliados italianos acompañados por el mismo Filisto. Dionisio se sintió renacer y estaba seguro de que vencería, aun cuando las noticias procedentes de Gela describían una ciudad en situación extrema, incapaz de seguir con su resistencia por mucho tiempo. Pero Dionisio no pensaba solo en la campaña militar que le esperaba. Convencido como estaba que su poder tenía que verse consolidado a toda costa, se demoró hasta que hubo colocado a sus amigos en los puntos clave del Estado y en todos los centros de poder.

No estaba aún contento, y antes de partir pidió, y obtuvo de nuevo de la Asamblea, doblar el sueldo de sus mercenarios, elaborando pruebas de que Himilcón había infiltrado en la ciudad a sicarios para asesinarle. Cuando finalmente se puso en marcha se estaba casi a finales del verano.

Los griegos de Sicilia eran casi treinta mil, veinte mil de los cuales eran

siracusanos. Los de Italia quince mil, los mercenarios eran cinco mil. La caballería, casi toda compuesta de aristócratas, contaba con un par de miles de hombres muy bien pertrechados.

Cuando el ejército confederado llegó a la vista de Gela, se alzó tal grito desde las murallas que fue oído hasta en el campamento atrincherado de los cartagineses. Dionisio hizo su entrada en la ciudad a caballo, refulgente en su armadura, con el yelmo crestado apoyado sobre la frente, entre filas de gente que gritaba como loca de alegría. Detrás, a paso cadencioso, desfilaban las tropas escogidas, revestidas de bronce y de hierro, con los grandes escudos decorados con figuras fantásticas de monstruos: gorgonas, serpientes, hidras, peces sierra. En el de Dionisio, revestido de plata deslumbrante, campeaba la triskele, el símbolo de Sicilia.

Y sin embargo, en medio incluso del estruendo de los aplausos y de las aclamaciones, en medio de aquel frenesí entusiasta, no faltaba quien recordaba para sus adentros que el ejército acampado allí abajo, hacia poniente, había vencido siempre, inexorable e implacablemente. Había erradicado y destruido a una comunidad tras otra sin que ni hombres ni dioses hubieran podido impedirlo jamás.

Dionisio celebró consejo esa misma tarde con los generales geloas, algunos de los cuales eran nobles altivos y presuntuosos, y se encontró enseguida con problemas. Tras la primera euforia, se acordaban de que habían visto ya a aquel jovenzuelo de comportamiento arrogante el invierno anterior y no les cabía en la cabeza que tuviera en sus manos el mando supremo de un ejército semejante. Pensaban, en cambio, que la dirección de la guerra debía estar repartida de forma equitativa y las decisiones tomadas colegiadamente.

Léptines se ocupó de ellos personalmente haciendo desaparecer a cuatro de siete, los más coriáceos, al cabo de ocho días. Luego hizo correr la voz de que habían desertado y se habían pasado al enemigo. Sus bienes fueron confiscados y con el dinero Dionisio pagó los atrasos a los mercenarios de Deuxipos, que no tenía ya un óbolo. Lo detestaba y lo consideraba un incapaz, pero por el momento tenía necesidad también de él y no tenía elección.

Dionisio celebró el consejo de guerra siete días después en la torre más alta de la muralla, desde donde se dominaba con la vista la ciudad entera, el interior, la línea de la costa y el campamento cartaginés. Estaban presentes Léptines y Héloris, Yolao y Dorisco, tres oficiales geloas y dos italianos, el comandante de la caballería, Deuxipos y también Filisto, admitido como consejero del comandante en jefe.

—Mi plan es perfecto —comenzó diciendo Dionisio—. Lo llevo estudiando desde hace meses, he grabado en mi mente cada uno de sus movimientos, cada fase, cada mínimo detalle de la acción. Nos encontramos en un terreno difícil, porque la ciudad se prolonga por esta colina paralela al mar e Himilcón ha sido astuto acampando tan cerca. Así no nos deja espacio para maniobrar. De haber tenido el

mando del ejército aquí en Gela, habría hecho ocupar esa posición mucho antes, pero ahora, a lo hecho pecho, es inútil andarse con reproches.

—Habréis notado que el campamento está poco defendido por el lado del mar: evidentemente no se esperan ninguna amenaza por esa parte y, en cambio, es por ahí por donde lanzaremos el ataque más peligroso. Seremos nosotros quienes hagamos el primer movimiento; Héloris mandará a los sicilianos apoyados por la caballería, avanzando desde el norte poco después de la salida del sol y adoptarán enseguida la formación de combate. Himilcón pensará que buscamos un encuentro frontal y resolutivo, como hizo Dafneo en Agrigento, y mandará al ataque a la infantería pesada líbica, que estará en desventaja porque tendrá el sol de cara. Pero al mismo tiempo los italianos atacarán por la parte del mar y asaltarán el campamento atrincherado precisamente en el punto en que no está defendido...

—¿Y cómo? —preguntó uno de los generales geloas—. No hay espacio para hacer pasar un contingente lo bastante numeroso para lanzar un ataque. Tendremos que avanzar en fila y cuando los primeros estén listos para lanzar el ataque los últimos estarán todavía atrás.

Dionisio sonrió.

—Desembarcaremos por mar, todos juntos. La flota, oculta por la colina, avanzará muy cerca de la orilla y lanzará a tierra cinco batallones, que permanecerán firmes en ese ensanchamiento que veis allí, fuera del campo visual, en espera de una señal que daré yo mismo desde la puerta de poniente: un paño rojo agitado tres veces. En el ínterin yo habré atravesado la ciudad del este al oeste a la cabeza de mis tropas escogidas y de los mercenarios, mientras Héloris, al mando del grueso de nuestras fuerzas, mandará adelante la caballería en una maniobra convergente. Dorisco y Yolao serán comandantes subordinados.

—Himilcón tendrá que dividir a sus hombres para hacer frente a la doble amenaza que le llegará por el norte y por el sur. Ese será mi momento. Me encontrará en la puerta de poniente presto a lanzar el ataque. Apenas haya alcanzado las primeras defensas con los incursores y las unidades de asalto, la infantería pesada geloa tendrá que unirse a nosotros para apoyar nuestra acción.

—Héloris, entretanto, habrá lanzado a la caballería por la espalda del contingente que saldrá al campo contra él, mientras que su infantería pesada lo atacará frontalmente. A la vuelta de una hora la maniobra conjunta de mis tropas y de los aliados italianos habrá dado buena cuenta de los defensores del campamento. Himilcón será aplastado entre mi contingente, unido a los geloas y a los italianos, y el de Héloris. No tendrá escapatoria.

—Perdonad la vida a aquellos que se rindan en masa, podemos venderlos para pagar parte de los gastos de guerra. Los oficiales cartagineses deberán ser pasados por las armas inmediatamente pero sin sufrir tortura. Las unidades mercenarias serán

acogidas si desertan... A Himilcón lo quiero vivo, a ser posible. Si alguien piensa de modo distinto que hable libremente. Un buen parecer siempre es bienvenido.

Nadie habló. La audacia de semejante plan había cogido a los presentes por sorpresa y nadie parecía tener objeciones que hacer, Tan claro era todo, tan evidentes los movimientos sobre el terreno, tan perfectamente coordinadas las varias secciones.

—Yo tengo una pregunta —dijo en un momento dado Deuxipos.

—Habla —respondió Dionisio.

—¿Por qué partes del lado de levante de Gela con tu contingente? Esto te obliga a atravesar toda la ciudad para alcanzar la puerta de poniente por la que tienes intención de lanzar el ataque.

—Porque por cualquier otra parte que me moviera me verían. Mi golpe será el mazazo decisivo. ¡Saldré por la Puerta Agrigentina como un actor desde el fondo del escenario y en ese momento comenzará el espectáculo! ¿Qué me decís?

Siguieron unos interminables momentos de silencio en vez de la aclamación que Dionisio se esperaba, luego un oficial locrio llamado Cleónimo dijo:

—Brillante. Digno de un grandísimo estratega. ¿De quién lo has aprendido, *heguemon*?

—De mi maestro y padre de mi mujer: Hermócrates. Y de los errores ajenos.

—De todos modos —replicó Cleónimo—, necesitaremos también suerte. Que nadie olvide que teníamos la victoria también en nuestras manos en Agrigento.

Filisto fue a verle entrada la noche.

—¿Ansioso? —le preguntó.

—No. Venceremos nosotros.

—Eso espero.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo estás mal y no consigues dormir. ¿Y sabes por qué? Porque ahora finalmente te toca a ti. Los otros comandantes tenían alguna justificación: poderes limitados, estados mayores que tenían diferencias, disensiones internas... Tú tienes plenos poderes y el ejército más grande que se haya reunido en Sicilia en los últimos cincuenta años. Si pierdes, serás el único culpable y esto te espanta.

—Venceré.

—Es lo que todos esperan. Y tu plan es muy interesante.

—¿Interesante? Es una obra maestra del arte estratégico.

—Sí, pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Parece un juego de mesa. En el campo de batalla las cosas cambian; hay mil imprevistos. Las comunicaciones, la respuesta del enemigo y... el tiempo, sobre todo el tiempo. ¿Cómo harás para coordinar los movimientos de un cuerpo de ejército de campaña, un contingente de desembarco, un ejército urbano que sale y un batallón de

incursores que tendrá que moverse a través de la ciudad?

Dionisio soltó una risita sarcástica.

—Otro estratega de salón. No te sabía tan experto en cosas de guerra... Funcionará, te lo digo yo. He dispuesto puntos de señalización y estafetas. Tiene que funcionar.

Filisto se quedó meditando en silencio y el viento de poniente trajo, apenas perceptibles, los cantos de las tropas ibéricas de Himilcón que velaban en torno a los vivaques.

Dionisio fue a la terraza que daba a poniente.

—Mañana a esta hora tendrán menos ganas de cantar. Te lo aseguro.

—Que los dioses te oigan, amigo mío —respondió Filisto—. Que los dioses te oigan. Buenas noches y buena suerte.

Dionisio alzó los ojos hacia el mascarón en forma de gorgona que campeaba en el tímpano del lado este del templo de Atenea Lindia y se asomó desde el camino de ronda hacia septentrión para contemplar la llanura: el ejército de Héloris, con el contingente siciliano, avanzaba por el llano en formación desplegada, con veinte batallones en doble línea, y se distinguía hasta el mismo comandante cabalgando a paso de andadura delante de todos.

Hizo ondear un paño rojo desde el tejado del Athenaion y esperó que una señal semejante de respuesta desde la cabeza del ejército confirmase que la orden había sido recibida. Entonces se fue para la parte opuesta de la muralla, en dirección sur, donde la flota cabeceaba anclada delante de la desembocadura del Gela e hizo tres señales con un escudo brillantado que reflejaba la luz del sol recién salido. La nave capitana respondió enseguida izando un estandarte rojo en la verga de popa. Al cabo de poco se vio descender los remos al agua y avanzar lentamente a la gran unidad de combate por la costa hacia el oeste, seguida por las otras naves en filas de a cuatro.

En aquel instante se puso en movimiento a pie el contingente de los griegos de Italia, ya reunidos en la playa y en espera de ver moverse a la flota.

Dionisio descargó un puñetazo sobre el parapeto y gritó, vuelto hacia sus oficiales:

—¡Muy bien! Va todo de maravilla. Ahora nos toca a nosotros, tenemos que atravesar la ciudad en el mismo tiempo que emplee la flota en recorrer la franja costera entre la desembocadura del río y el campamento cartaginés. La coordinación de las operaciones sucesivas depende de nosotros. ¡Vamos, movámonos!

Desfilaron a lo largo del lado sur del templo descendiendo hacia el centro de la población para tomar acto seguido por el dédalo de callejuelas que se ramificaban más o menos paralelas de una parte a la otra de la ciudad. Pero muy pronto comenzaron los contratiempos.

Dionisio había ordenado que permaneciera todo el mundo encerrado en sus casas

hasta que su contingente hubiera pasado y en cambio la columna se encontró muy pronto frente a una calle completamente atestada de gente que conducía carros y trastos hacia la puerta de levante, es decir, en dirección contraria a aquella en la que marchaban las tropas. Era evidente que un buen número de ciudadanos no creía ya que el ejército confederado consiguiese vencer. Es más, había corrido el rumor de que el mando supremo era ostentado por un muchacho de veinticuatro años que no había tenido nunca en la vida una experiencia de mando de una división, quizá ni siquiera de un batallón.

Dionisio se sintió presa de una angustia repentina; el imprevisto del que había hablado Filisto, la *Tyche*, la fortuna caprichosa y malvada, se encargaba ya de poner trabas al perfecto mecanismo ideado por él. Mandó enseguida gritar por medio de los heraldos que despejaran el paso y dejaran vía libre a la columna, pero muchos no oían y quien oía no podía retroceder porque se veía empujado hacia atrás por quienes no habían oído nada. Y, claro está, no era posible abrirse paso con las armas en medio de una multitud inerme de una ciudad amiga y hermana...

Entretanto, Héloris continuaba avanzando, pero los campos recién arados, los tocones de los olivos quemados y broza de diverso tipo obstaculizaban el camino y retrasaban la marcha. La mayor parte del efecto sorpresa acabó en nada y, cuando finalmente los sicilianos estuvieron en condiciones de formar en orden de combate, el ejército de Himilcón los había ya visto y se lanzaba al ataque con gran ímpetu.

Por la parte opuesta, los italianos estaban desembarcando y se reagrupaban en varias unidades según la ciudad de procedencia. Se mantenían a cubierto del promontorio sur para no ser descubiertos, pero muy pronto un estafeta los alcanzó gritando que el campamento cartaginés estaba desguarnecido de aquel lado y que la infantería pesada se hallaba toda fuera participando en el choque frontal con el cuerpo de ejército de Héloris. Había que atacar inmediatamente antes de que advirtieran su presencia.

—¡No —respondió Cleónimo, el comandante locrio—, acordamos esperar la señal de Dionisio desde la puerta de poniente! Aquí nadie se mueve sin una orden mía.

Las tropas se refrenaban, pero los comandantes se daban cuenta de que los guerreros estaban ya rebotando de excitación por atacar, de lo que los veteranos llamaban orgasmos: una especie de congestión frenética del ánimo y de los músculos que precedía a la batalla, y que cargaba y comprimía todas las energías del cuerpo antes de lanzarse a la refriega, pero que no era soportable por mucho rato sin grave daño de las fuerzas físicas y morales de los combatientes.

—Tenemos que decidirnos, por todos los dioses —exclamó un comandante de batallón, llamado Carilaos.

—No —respondió obstinado el oficial locrio—. He prometido esperar la señal.

El comandante Carilaos se volvió hacia un compañero con una mirada extraña y aquel enseguida gritó:

—¡La señal! ¡La señal! ¡Mirad!

—Yo no veo nada —respondió el comandante locrio.

—Os digo que la he visto, allá arriba. Y ahora, ¡mirad! ¡Ahí están las tropas de Dionisio!

Se veía, en efecto, salir por la puerta un contingente de infantería pesada para formar en la cima de la colina.

No era Dionisio. Eran los guerreros geloas que, al no verle llegar, se habían alineado en posición dominante para intervenir eventualmente en caso de necesidad.

Finalmente convencido, el comandante locrio pensó que, en efecto, el compañero de Carilaos había visto la señal y, en cualquier caso, aunque no fuera así, no se podía esperar por más tiempo. Dio, por consiguiente, la orden de atacar. Los aliados italianos lanzaron el grito de guerra y embrazaron los escudos, salieron al descubierto y echaron a correr hacia el campamento. Cubrieron la distancia en muy breve tiempo y entablaron un combate furibundo con los defensores que acudían a bloquear la entrada.

Consiguieron forzarles hacia dentro e introducirse en el campamento, pero se encontraron muy pronto en minoría con respecto al contingente al completo de la infantería ibérica y campania que había dejado Himilcón en defensa del campamento.

Tras un furioso cuerpo a cuerpo, rodeados por todas partes, los italianos comenzaron a retroceder y fueron rechazados hacia la costa. Los geloas, al ver aquello, se arrojaron a la carrera colina abajo para prestar auxilio a los aliados, que mientras tanto habían ido a parar al rompiente y se encontraban en serias dificultades. Por fortuna, desde las naves alguien dio orden a los arqueros de que entraran en acción y nubes de dardos se abatieron sobre los ibéricos y sobre los campanios diezmándolos, hasta que estos optaron por emprender la retirada de nuevo hacia el interior del campamento.

Fracasada su tentativa, los griegos de Italia se embarcaron en sus naves y los geloas, que habían entrado ya en contacto con el enemigo, optaron por volver atrás para no dejar sin custodia la ciudad.

Cuando finalmente Dionisio apareció por la puerta occidental, vio que Héloris se estaba retirando hacia el norte, tras haber asistido al fracaso de los otros ataques, porque Himilcón, con sus fuerzas al completo, le atacaba con clara superioridad numérica. Dionisio consiguió regresar a la ciudad apenas a tiempo de evitar una catástrofe. Los aliados italianos habían perdido seiscientos hombres y Héloris más de mil, pese a haber infligido cuantiosas bajas al enemigo. Ahora ya nadie creía que Dionisio estuviera en condiciones de mandar una segunda acción contra los cartagineses. Su plan tan largamente estudiado y tan cuidadosamente preparado había

fracasado. La ciudad estaba a la desbandada.

XV

Dionisio convocó al Consejo de Guerra aquella misma noche en un clima envenenado de protestas, recriminaciones y acusaciones. El mismo estaba alterado y angustiado por un fracaso tan clamoroso como imprevisible, pero pensó que tenía que jugarse el todo por el todo, que no debía defenderse sino atacar, y al punto comenzó a hablar en voz muy alta para dominar los refunfuños de los oficiales presentes e imponer silencio.

—¡Amigos! —comenzó diciendo—. El plan que os propuse y que aprobasteis la víspera de esta desafortunada batalla era perfecto. Y lo que ha sucedido no se explica sino es por la traición.

Hubo un prolongado murmullo entre los generales y alguna risa sarcástica entre los mandos de la caballería siracusana, todos aristócratas.

—No estoy acusando a nadie de los presentes —prosiguió—, pero ¿cómo explicar lo que ha sucedido esta mañana, esa multitud de gente a lo largo de la única calle que teníamos que recorrer para llegar a tiempo a la puerta de poniente? Mi hermano Léptines la recorrió por lo menos cinco veces con un grupo de hombres armados para calcular cuánto nos llevaría alcanzar el lugar de reunión. ¡Pues bien, comandantes, esta mañana hemos empleado un tiempo cinco veces mayor, que he podido calcular con el largo de la sombra de mi lanza!

—¡Es cierto! —confirmó Léptines—. ¡Yo mismo di la orden de que se dejara despejado el recorrido!

—¿Qué hacía tanta gente presa del pánico a esa hora, en ese lugar? ¿Quién les dijo que tenían que prepararse para huir por la puerta de Camarina? —Las protestas cesaron—. Y hay otra cosa —continuó Dionisio—. ¿Quién ha dado la orden de atacar el campamento? Por supuesto que yo no; cuando he llegado nuestros aliados italianos se estaban ya retirando.

Cleónimo miró instintivamente al oficial que le había dicho que había visto la señal fuera de la puerta de poniente y aquel desvió la mirada. Le había visto poco antes intercambiar unas pocas palabras con uno de los comandantes de la caballería siracusana, lo cual le pareció extraño. Dijo:

—¡He sido yo quien ha dado la orden! Alguno de los míos ha gritado que había visto la señal e inmediatamente después han aparecido unos hombres armados por la puerta. Era la infantería gela, Pero ¿cómo podía distinguirla de tan lejos?

—No te estoy acusando, Cleónimo —respondió Dionisio—, pero indaga, si te es posible, sobre el hombre que ha gritado haber visto la señal; podrías llevarte alguna sorpresa.

—Es inútil hacer recriminaciones sobre lo sucedido. Lamentablemente hemos sido derrotados y... —comenzó diciendo un oficial de la caballería siracusana, un tal

Eloro, miembro de una de las familias más antiguas de la ciudad, descendiente directo, al decir suyo, del mismo fundador.

—¡No es cierto! —exclamó Dionisio—. Hemos sufrido bajas, lo sabemos, pero hemos infligido muchas más. En realidad, si lo vemos desde este punto de vista hemos sido nosotros los vencedores. Pero no quiero discutir. Estoy dispuesto a atacar de nuevo mañana mismo. Sí, hombres, ataquemos, con solo dos cuerpos de ejército: uno con las tropas de desembarco, desde el mar, el otro con el grueso de las fuerzas de tierra. ¡Ataquemos a esos bastardos y veamos quién tiene más cojones!

No funcionó. Nadie respondió a aquella extemporánea llamada a las armas.

—No es el lugar adecuado —dijo Cleónimo—. Hoy se ha podido ver. Y además nosotros los italianos hemos celebrado ya un consejo. Esta campaña ha comenzado demasiado tarde; si el tiempo empeora, corremos el riesgo de no poder cruzar ya el estrecho. Nuestras ciudades permanecerán indefensas. También nosotros tenemos a nuestros bárbaros que mantener a raya, como sabéis perfectamente.

—Yo pienso lo mismo que tú —confirmó Eloro, el comandante' de la caballería siracusana—. Muchos de nuestros caballos han queda, do cojos al andar entre esos tocones de olivo y hemos tenido que sacrificarlos. No es terreno para la caballería.

Dionisio sintió de improviso que se hundía el suelo bajo sus pies. Se volvió hacia su padre adoptivo, Héloris.

—¿Y tú? ¿Piensas lo mismo también tú?

—No se trata de una cuestión de valor, muchacho; tenemos que considerar todos los elementos en cuestión, lo que hay en juego y las condiciones en que nos encontramos. Pongamos que ese bárbaro —y señaló con el pulgar a sus espaldas hacia el mar— decide encerrarse en su campamento y no aceptar el combate. ¿Quién le obligará a hacerlo? Pero nosotros contamos con cincuenta mil hombres, más la población de la ciudad a la que hay que dar de comer; si cambia el tiempo nos arriesgamos a un desastre.

—Es un dato real —confirmó Carilaos.

—Si quieres atacar, yo estoy contigo —manifestó Léptines. —¡También yo, por Zeus! —exclamó Dorisco.

—También nosotros —le apoyaron Biton y Yolao, comandantes de batallón de la infantería siracusana.

Pero Dionisio se daba cuenta de que no había ya moral ni espíritu de combate entre los hombres. El verdadero problema era que no creían ya en él. No le veían como su jefe.

Ellos habían combatido y él no, ellos se habían enfrentado al enemigo y él no, ellos habían arriesgado su vida con la espada empuñada y él no. Y cuando habían tenido necesidad de guía y de apoyo él no se había presentado. Se sintió solo y angustiado.

Léptines debió de darse cuenta de su estado de ánimo al notar el repentino sudor que le perlaba la frente y la piel sobre el labio superior, porque se le acercó y le susurró en la jerga propia de su cuartel: «Cuidado, no te muestres inseguro o te destrozarán».

Dionisio vio la expresión espantada de Filisto, que permanecía aparte cerca de la puerta. Se dio cuenta de que no tenía elección, y ante la idea de lo que podría ocurrir de ahí a poco se sintió encender de la vergüenza, de la rabia y de la frustración. Estaba a punto de cometer la misma infamia que habían cometido Diocles y Dafneo, estaba a punto de volver a llenar una vez más las calles de fugitivos desesperados, de niños y de mujeres bañadas en lágrimas, estaba a punto de abandonar al saqueo los templos y las casas de una ciudad antigua en siglos, fundada por la voluntad de un oráculo sagrado. Se daba cuenta de que el gesto más honorable para él habría sido alejarse con un pretexto cualquiera y quitarse la vida con su propia espada, una hoja honrosa, irrepreensible.

Pero Léptines le hundió en el brazo los dedos duros como puñales gruñendo:

—¡Reacciona, por todos los dioses!

Dionisio volvió a la realidad y habló. Con expresión trastornada, pero tono firme y un timbre duro en la voz, dijo:

—Escuchadme. Un comandante debe preverlo todo, también la traición que forma parte de la guerra, y yo en esto me he equivocado, porque amo a tal punto a mi ciudad y al resto de las ciudades de los helenos de Sicilia y de Italia que no podría traicionarlas por ningún motivo y en ningún caso. Así pues, tomaré la decisión inevitable, la más amarga. Evacuaré esta ciudad de sus habitantes y me los llevaré a un lugar seguro. Sí, os hablo a vosotros, valerosos comandantes geloas, a vosotros que veréis a vuestra gente recorrer los caminos del destierro, esta noche. Sí, esta misma noche.

—Os hablo también a vosotros, valerosos comandantes que habéis venido de Italia para prestarnos ayuda, para ofrecer la vida de vuestra mejor juventud, y os hablo a vosotros, amigos siracusanos. Os juro por todos los dioses y por todos los demonios que el bárbaro no vencerá, os juro que le expulsaré de nuestras ciudades, las reconquistaré una tras otra, juro que os llevaré de nuevo a vuestras casas y que el nombre de los helenos de Sicilia y de Italia infundirá tal terror a los bárbaros que no se atreverán ya siquiera a pensar en ser sus enemigos.

En la sala se hizo un profundo silencio. Los generales geloas parecían impresionados por el ardor oratorio y no conseguían decir una palabra. Los italianos murmuraban en voz baja algo a los otros compañeros, pero nadie podía ciertamente criticarles cuando habían dado muestras de excepcional valor en el desembarco y en el asalto al campamento cartaginés, pagando un altísimo precio en vidas humanas. Los siracusanos se sentían los más directos responsables de la decisión anunciada y

también el futuro e inminente blanco del siguiente movimiento cartaginés. Tenían el aire de quien vive una pesadilla y no ha conseguido aún despertarse.

Dionisio tomó de nuevo la palabra.

—Hagamos lo único que nos queda por hacer, y hagámoslo enseguida. Dos mil hombres de la infantería ligera se quedarán toda la noche en las murallas para mantener encendidos los fuegos de señalización, de modo que los cartagineses piensen que estamos aún aquí. Los comandantes geloas darán inmediatamente la orden de evacuación, barrio por barrio, para que no se cree el caos en la ciudad. Se repartirán los soldados de escolta según el barrio de pertenencia, de modo que puedan inspirar seguridad y tranquilidad a sus familiares, amigos y vecinos. Dentro de una hora, a más tardar, las primeras columnas tendrán que comenzar a salir por la puerta de poniente, en plena oscuridad y en el máximo silencio.

—Una embajada partirá entretanto hacia el campamento cartaginés para negociar una tregua y la devolución de los cuerpos de los caídos. También esto nos permitirá ganar tiempo.

—Antes del amanecer las tropas que hayan quedado en las murallas añadirán más leña a los fuegos y se pondrán a salvo del enemigo antes de que se haga de día.

—Agradezco a nuestros aliados la ayuda que nos han prestado y, al decirles adiós, quisiera asegurarles que nos volveremos a ver pronto y que esta vez nada ni nadie nos detendrá. No tengo más que añadir. Podéis retiraros y que los dioses os protejan.

Dicho esto, abrazó uno por uno a los generales de los griegos itálicos que partían y también a los comandantes geloas. Estos últimos devolvieron el saludo primero con frialdad y luego poco a poco con mayor calidez, viendo la mirada de Dionisio llena de dolorosa decepción.

Dionisio regresó a su alojamiento para coger su equipaje y prepararse para el viaje. Filisto le alcanzó al poco.

—¿Has venido para echarme en cara tus infaustas previsiones? —le preguntó.

—He venido para recordarte que el poder por sí solo no basta para superar determinados desafíos. He venido para recordarte que acabas de ordenar una evacuación y que te vas dejando insepultos los cuerpos de tus hombres caídos en el campo de batalla. ¿No es así? ¡Tú te irás con el primer grupo y los dejarás insepultos, como hizo Diocles en Himera, como hizo Dafneo en Agrigento!

—¡Lo sé! —gritó Dionisio—. ¡Conozco la historia! ¡Ahórrame estos discursos!

—Me pediste que te brindara mi amistad y mi más ciega fidelidad. ¡Tengo derecho a saber en quién he depositado mi confianza!

Dionisio se volvió hacia la pared ocultando el rostro en su brazo y emitió una especie de estertor, luego dijo:

—¿Qué quieres saber?

—Si las palabras que has dicho en el Consejo del alto mando eran sinceras.

—¿Qué palabras?

—Todas esas bonitas frases sobre los helenos y de reconquista y los jóvenes que han caído en combate... Quiero saber si eran palabras sinceras salidas del corazón o si se trataba de una mera recitación hipócrita para evitar ser lapidado como les tocó en suerte a los generales agrigentinos.

—¿Y esto te bastaría?

—Creo que sí.

—Pero no podrías estar seguro de la verdad de lo que digo.

—No. Creo que no.

—Entonces, tanto da que creas o no lo que te gusta creer. Y ahora movámonos, nos espera una larga noche.

Se ciñó la espada, se puso el escudo en bandolera, empuñó una lanza y salió.

Filisto hubiera querido pararle y hablarle de nuevo, pero no le salió la voz. Se quedó solo en la estancia vacía escuchando el llanto ahogado de las mujeres de Gela que llenaba las tinieblas.

Camarina tenía unas murallas recias y estaba defendida hacia el este por una zona pantanosa que impediría el uso de las máquinas de guerra al menos por aquel lado. Por tanto, podría ser defendida si Himilcón se detenía en Gela. Pero no fue así. Apenas se dio cuenta de que la ciudad se hallaba vacía, la abandonó al saqueo de sus mercenarios. Hizo matar a todos los ancianos y enfermos, que se habían quedado en ella porque no tenían a nadie que se ocupase de ellos, y volvió a ponerse en camino. No le temía a la mala estación, ni le importaba la mar gruesa que podría causar daño a su flota. Estaba ya convencido de que nada se le podría resistir y que las otras ciudades de los griegos de Sicilia caerían una tras otra como en un terrible juego de mesa.

Cada día los estafetas que había dejado en la retaguardia llegaban a Dionisio antes de la puesta del sol para informarle exactamente de dónde se encontraba el ejército perseguidor.

No se detenía. No se detendría ante nada.

Los griegos de Italia habían dejado ya al ejército confederado, encaminándose por el camino más corto hacia el estrecho, y por tanto era impensable plantear siquiera una resistencia.

También Camarina tenía que ser abandonada.

A pesar del notable y evidente mal humor de las tropas, las órdenes de Dionisio eran respetadas y él era aún obedecido como el comandante supremo del ejército siracusano.

Al día siguiente a la evacuación de Camarina, Eforo, el comandante de la caballería siracusana, refirió que se habían observado movimientos sospechosos en un punto más adelante del camino, a una distancia de unos cincuenta estadios, y pidió

permiso para ir por delante para asegurar el paso, si ello era necesario.

Dionisio dio su permiso y el oficial se alejó con su destacamento al galope. Eran cerca de un millar de hombres.

Léptines se le acercó.

—¿Adónde van esos?

—Se han detectado movimientos sospechosos a unos cincuenta estadios de aquí. No me gustaría que fuese caballería ligera cartaginesa que nos ha adelantado. Han ido por delante para asegurar el paso.

—¿Asegurar el paso? O tal vez para tenderte una trampa. No me gustan. Son todos aristócratas insolentes y arrogantes; nos desprecian porque no formamos parte de su casta y hablamos con acento barriobajero. Y estoy seguro de que disfrutan viéndote humillado. Les trae sin cuidado el dolor de estos pobres desgraciados... —continuó señalando a la columna de los fugitivos que avanzaba por el sendero.

—Lo único que les interesa a ellos es que seas derrotado. Recuérdalo.

Dionisio no dijo nada. La acusación de ingenuidad era la que más escocía de todas. Habría preferido ser considerado un delincuente antes que un ingenuo.

—¿Dónde está Filisto? —preguntó.

—No lo sé. La última vez que le he visto estaba en la retaguardia, ayudando a una anciana que no podía ya andar.

—No sé qué pensar. A fin de cuentas yo...

—¿Por qué te casaste con la hija de Hermócrates? Olvídate de ello. Muchos de estos cabrones lo celebraron y se emborracharon la noche que fuiste herido y ella fue...

—¡Basta! —gritó Dionisio, con tal vehemencia que algunos de los fugitivos que por allí pasaban en aquel momento volvieron la cabeza casi espantados.

—Como quieras —repuso Léptines—, pero las cosas son como te digo, aunque te duela.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Dionisio poco después.

—Son cosas que se acaban sabiendo. Lo sabe también Filisto. Y si quieres él te lo puede confirmar.

—Me dijo que tanto los responsables como los instigadores fueron todos... castigados.

—Oh, sí, por supuesto. Esos pobres hijos de puta a los que castramos, torturamos, achicharramos. Pero los señores, los nobles, los descendientes de los héroes y de los dioses, esos no se ensucian las manos. No tienen siquiera necesidad de darles determinadas órdenes, les basta con hacer comprender que determinadas cosas les complacerían. A veces ni siquiera eso. Basta con una media palabra, una mirada de soslayo si pasa alguien que no les cae bien.

—Monta a caballo —le ordenó Dionisio—. Coge contigo a unos veinte de tus

hombres más rápidos y ve detrás de ellos sin dejarte ver. Luego vuelve y cuéntame. ¡Vamos!

Léptines no se lo hizo repetir dos veces. Gritó algo en su jerga y un grupo de incursores a caballo se reunió con él desde varios puntos de la columna. A una señal suya, se lanzaron al galope, raudos como el viento.

Volvió al cabo de un par de horas con el caballo reluciente de sudor y casi reventado por el esfuerzo. En el ínterin Dionisio había sido alcanzado por Filisto, quien desde la noche de la fuga no le dirigía ya la palabra.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Dionisio.

—No hay nadie por ahí. No hay ni rastro de cartagineses ni de nadie —respondió Léptines.

—¿Y la caballería?

—Desaparecida. Se ha esfumado. Sin embargo, las huellas se dirigen hacia Siracusa.

Filisto se acercó, con expresión sombría, y se dirigió a Léptines.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—La pura verdad. He mandado tras ellos a una docena de mis muchachos con la orden de que les sigan y de informar a una estafeta. Si nos movemos, a cada veinte estadios tendremos noticias frescas.

—Se dirigen a Siracusa para sublevar al pueblo —dijo Dionisio—. Estoy convencido.

—No cabe duda —se mostró de acuerdo Filisto—. Tenemos que movernos enseguida o será el fin. Tienes que seguir adelante a marchas forzadas con todas las tropas disponibles.

Dionisio miró la larga fila de fugitivos que se arrastraba por el camino y sintió que los latidos de su corazón aumentaban en fuerza e intensidad como cuando había entrado por primera vez en combate, a los dieciocho años.

—Tengo suficiente con unos pocos hombres, tú me sustituirás aquí...

—Ni pensarlo, yo voy contigo a Siracusa...

—Es el comandante supremo quien te habla —replicó con dureza Dionisio—. Cumple mis órdenes.

Intervino Filisto.

—Le necesitas, Dionisio. Es una situación de altísimo peligro. Confía el mando a Yolao. Él te ha sido siempre leal y manda ya el cuarto batallón de la falange.

—Está bien. Hagámoslo así. Pero ¡movámonos, por todos los dioses!

Yolao fue convocado con carácter de urgencia para recibir las consignas. Antes de montar a caballo Dionisio le abrazó y cuando tenía la boca muy cerca de su oído le susurró:

—No deben sufrir más de lo que ya han sufrido. Defiéndelos con tu vida, si es

necesario. —Se separó de él y, mirándole fijamente a los ojos, agregó en voz alta—: Y diles que el año próximo les devolveré a su casa.

—Se lo diré, heguemon. Nos veremos en Siracusa.

Dionisio montó a caballo, se despidió con un rápido gesto de Filisto y partió a toda carrera junto con su guardia de mercenarios campanios, Léptines y sus incursores. Un batallón de infantería pesada le siguió a marchas forzadas.

Veinte estadios más adelante encontraron al primer enlace formado por tres hombres que desmontaron bañados en sudor y cubiertos de polvo. La estación era aún muy calurosa.

—Heguemon —le saludaron—. No tenemos ninguna duda. La caballería se dirige hacia Siracusa.

—Está bien. Reuníos con el ejército, que os den de comer y de beber y descansad.

—Con tu permiso, quisiéramos ir contigo. Te seremos útiles y no estamos en absoluto cansados.

—Entonces, que os den unos caballos de refresco y venid detrás.

Avanzaron así a paso rápido hasta que encontraron al último enlace a no más de quince estadios de Siracusa.

—La puerta está atrancada —contó el jefe del pelotón— y no tenemos ni idea de qué está sucediendo en la ciudad.

—¿Hay una guarnición armada en la puerta?

—No, que yo sepa.

—Entonces, tal vez creen que no hemos llegado aún aquí. Movámonos.

Pero uno de los jinetes le detuvo.

—Heguemon...

—¡En nombre de todos los dioses! —espetó Dionisio—. ¡Di todo lo que tengas que decir y movámonos, de una vez por todas!

—Han hecho algo que no te gustará...

Dionisio trató de pensar cómo habían podido herirle a distancia, pero no consiguió imaginar nada.

—Han abierto la tumba de tu esposa, heguemon... —continuó el soldado.

—¡No! —gritó Dionisio.

—Y han profanado su cuerpo... Los perros lo han...

Dionisio gritó más fuerte aún, presa de tal furor que el soldado enmudeció y se quedó inmóvil mirándole mientras saltaba sobre el caballo y se lanzaba hacia delante blandiendo la espada como si tuviera a unos enemigos justo delante de él.

—¡Sigámosle! —gritó Léptines—. ¡Está fuera de sí!

Pero, en su cólera, Dionisio estaba perfectamente lúcido. Al pasar por delante de los arsenales del Puerto Grande ordenó coger pez y prendió fuego a los batientes de la puerta para abrir una brecha por la que hizo pasar a su guardia y a los incursores.

Los jinetes se habían reunido en el ágora y estaban celebrando Consejo para convocar al día siguiente a la Asamblea y declarar la deposición del «tirano». Habían decidido llamar ya así a su adversario político.

Fueron cogidos completamente por sorpresa y Dionisio, recordando cómo él mismo, junto con los hombres de Hermócrates, había sido rodeado en aquel espacio, lanzó a sus tropas a través de las calles y los callejones de alrededor para bloquear toda vía de escape; luego dio orden de atacar y él mismo se lanzó hacia delante rabioso, con la espada empujada y embrazando el escudo, dedicándose a causar estragos con un frenesí delirante.

Ninguno escapó. A ninguno se le perdonó la vida, ni siquiera a quien se arrojó llorando a sus pies implorando piedad.

En plena noche él mismo, con la única ayuda de su hermano Léptines, quemó los restos profanados de Areté en una pira improvisada, recogió las cenizas y les dio sepultura en un lugar secreto, que solo él conocía. Y esa misma noche enterró en un lugar más secreto aún y oculto de su corazón toda misericordia, toda piedad.

XVI

La reunión de los más leales se celebró en la casa de Filisto en la Ortigia. Estaban presentes, aparte de Dionisio y el amo de casa, Yolao, Dorisco y Biton; luego llegó Héloris, sofocado por las prisas. Léptines fue el último en presentarse y a una señal de Dionisio comenzó a referir lo que sabía:

—Han saqueado Camarina, pero no se han detenido. Vienen hacia aquí.

—¿Estás seguro? —preguntó Dionisio, sin inmutarse lo más mínimo.

—Diría que sí. El camino que han tomado lleva a esta parte y no creo que vengan precisamente de visita de cortesía.

—Pueden llegar también hasta aquí, pero aquí se quedarán clavados. Nuestras murallas rechazaron a los atenienses. Nuestra flota está intacta y también el ejército. ¿A qué fin intentar una empresa destinada al fracaso?

—Porque están convencidos de lograrlo —Intervino Filisto—. Lo han conseguido cuatro veces, ¿por qué no una quinta? Sus mercenarios son tropas de primer orden y si mueren nadie se lamenta; nada de funerales públicos, nada de discursos, nada de inscripciones funerarias. Les echan en una fosa con dos paladas de tierra encima y sanseacabó; una paga menos. Nosotros, en cambio, tenemos que dar cuenta de cada hombre que perdemos, a su familia y a la ciudad.

—Y me parece justo —dijo Dionisio—. Somos helenos.

—Cada uno de nosotros tiene una familia —añadió Biton.

—Es muy cierto —hubo de admitir Dionisio—. Pero, entonces, ¿cómo consiguieron hace setenta años Terón de Agrigento y Gelón de Siracusa aniquilar al ejército cartaginés en Himera? Yo os diré cómo: porque contaban con un vasto territorio del que sacar todo tipo de recursos humanos y materiales. Nosotros no somos más que pequeños grupos de casas pegadas a los peñascos a lo largo de la costa. Pueden apoderarse de nosotros uno tras otro. Nuestras tropas, en teoría, son superiores en armamento y técnica de combate, pero no hay en nuestros ejércitos una verdadera transmisión del mando; alguien decide que debe irse y se va. Y nadie puede pararlo. Te quedas con quince, veinte mil hombres de golpe y estás enseguida en una gran inferioridad numérica. ¿Y por qué? Porque deben irse a casa a sembrar. A sembrar, ¿comprendéis? ¡Por Heracles, la guerra es una cosa seria! Algo de profesionales.

—No estoy de acuerdo —objetó Yolao—. Los mercenarios se venden al mejor postor y te dejan plantado en cualquier momento, si es lo que les conviene. ¿Os acordáis de Agrigento? Fue la desertión de los campaneos la que dejó la ciudad sin defensa.

—No es exactamente así —replicó Dionisio—. Los mercenarios están con quien vence y no con quien pierde, o está destinado a perder. Están con quien les

proporciona una paga espléndida, posibilidades de saqueo, con quien sabe mandarles y no echa a perder sus vidas sin motivo. También ellos estiman su pellejo y saben lo que valen.

—¿Querías un ejército mercenario? —preguntó Héloris no sin cierto asombro.

—Un núcleo al menos sí. Gente que no se dedique a otra cosa que a hacer de soldado, que pase su tiempo solo adiestrándose, llevando las armas, practicando con la espada. Gente que no tenga ni campos que cultivar ni tiendas que sacar adelante, que solo tenga su propia espada y su propia lanza como fuente de ingresos. El ideal sería que fuesen griegos, sin importar de dónde, pero griegos.

Léptines se puso en pie.

—No puedo dar crédito a lo que oigo: esos bastardos se están acercando a nuestras murallas y nosotros estamos aquí discutiendo sobre lo que no tenemos y deberíamos tener. ¿Alguien tiene idea de cómo apañárselas?

—Tranquilo —repuso Dionisio—, se romperán los cuernos contra nuestras murallas y, si avanzan por mar, saldremos con toda la flota y los mandaremos a pique. Pero no creo que haya necesidad de hacerlo. Ya veréis cómo negociarán, nosotros somos un hueso demasiado duro de roer para ellos. Por ahora hemos de defender las murallas, día y noche, reforzar las puertas y mantener a la flota en las bocas de los puertos para que no nos cojan por sorpresa y quedemos bloqueados dentro. Y a esperar.

—¿A esperar? —preguntó asombrado Léptines.

—A esperar —repitió Dionisio.

Todos se fueron para cumplir las órdenes. Filisto volvió a casa y se sentó a la mesa de trabajo. Desde hacía tiempo se había dado cuenta de que los acontecimientos a los que asistía merecían ser contados y estaba convencido de que también lo que sucedería iba a ser materia para una obra histórica, puesto que iba a ser la lucha más encarnizada que se hubiera visto nunca entre griegos y bárbaros, no inferior, en cualquier caso, a las guerras persas narradas por Heródoto en sus *Historias*. Asimismo pensaba conocer los planes futuros de Dionisio: la construcción de un imperio territorial siracusano sin relación con nadie, ni griegos ni bárbaros, y la creación de un nuevo ejército que le fuera completamente leal con el que entablar un duelo a muerte, sin cuartel, con el enemigo cartaginés.

Tomó un rollo de papiro en blanco del cajón, lo extendió y lo sostuvo sobre la mesa, luego comenzó a escribir un nuevo capítulo, el referente a su amigo Dionisio. Filisto no dictaba, como hacían todos aquellos que trataban de escribir una obra literaria de cualquier género, sino que prefería escribir personalmente, como un modesto escribano, porque le gustaba oír el leve rasgueo del cálamo que se deslizaba por el papiro lubricado por la tinta y ver las palabras nacer y seguirse una a otra en la blancura del rollo. Saboreaba en aquel momento un poder más grande que cualquier

otro en el mundo: el de fijar los acontecimientos y los avatares humanos para los años y quizá los siglos venideros. El poder de representar a los hombres, sus vicios y sus virtudes de acuerdo a su juicio inapelable. Él era en aquel momento el histor, el que cuenta porque sabe, y sabe porque ha visto y oído, pero cuyos términos de juicio obedecen solamente a sus categorías mentales y a nada más.

Y escribía sobre Dionisio.

Había asistido a la destrucción de ciudades magníficas, a la muerte de miles de hombres, mujeres y niños, a la deportación de poblaciones enteras y, por último, a la violación y al asesinato de su esposa amadísima, cuando era aún muy joven, por parte de sus propios conciudadanos durante los desórdenes internos. Y como suele suceder en tales casos, dos grandes conceptos se habían grabado a fuego en su mente: el primero era que las democracias son ineficaces en caso de que sea necesario tomar decisiones inmediatas y llevar a cabo acciones que impliquen opciones radicales, y al propio tiempo que no están en condiciones de frenar los desmanes de la multitud y de los facinerosos; el segundo, que cualquier cartaginés que viva en tierra siciliana constituye una amenaza para la existencia de los helenos y, en consecuencia, es preferible verle muerto. Por lo que se refiere a los griegos, Dionisio tenía ante sí el desolador espectáculo de cuanto sucedía en las metrópolis. Ochenta años antes, la alianza entre las principales ciudades de la Hélade había derrotado al imperio del Gran Rey de los persas, el más grande que haya existido nunca en la tierra, y ahora aquellas ciudades se desgarraban en una lucha sin fin preparando su propia ruina. Estaba, pues, convencido de que debía evitarse esto, al menos en Occidente, y que no había otro camino que la conquista, la unificación de los griegos de Sicilia y de Italia en un único Estado. Y la autocracia, a su modo de ver, sería el único medio. Sabía, creo yo, cuánta soledad ha de afrontar todo aquel que quiere gobernar por sí solo, cuántos peligros e insidias ha de arrostrar. Pero contaba, al menos en los primeros tiempos, con los amigos que conocía desde su infancia y con su hermano Léptines. Había perdido a sus padres cuando era poco más que un muchacho.

Dorisco era hijo de un mercader de trigo y había nacido de madre italiana de Medma. Tenía su misma edad y era de lo más audaz. Había participado en los juegos olímpicos como púgil durante la adolescencia y había vencido en la categoría juvenil. Había tomado parte en todas las campañas militares recibiendo numerosas heridas, cuyas cicatrices exhibía con orgullo.

Yolao, algo más templado, era atento y reflexivo, virtudes que había desarrollado aplicándose al estudio con varios maestros. Se decía que había frecuentado también escuelas pitagóricas en Italia, en Trotona y Taranto, donde

había aprendido muchas nociones sobre los secretos del cuerpo humano además del espíritu.

Biton era el superviviente de dos gemelos a quienes se había puesto el nombre de los míticos Cloebis y Biton, los héroes que habían arrastrado el carro de la madre de Argo hasta el templo de Hera, conquistando la inmortalidad. Era muy fuerte, pero de carácter tranquilo. Habiendo perdido a un hermano idéntico a él, luego lo había identificado con Dionisio, al que le era ciegamente fiel.

Léptines, aparte de un hermano era un amigo, lo máximo que se pueda desear en la vida, pero la índole impulsivo, la inclinación al vino y a las mujeres, sus imprevisibles ataques de ira constituían incógnitas en la guerra, donde su gran valor y coraje no siempre bastaban para asegurar el buen éxito de las operaciones.

En cualquier caso, este era el riesgo para Dionisio: basar su gobierno en relaciones personales y familiares insustituibles. Cuando estas fallan por azares de la suerte, por las bajas en la batalla, por las enfermedades, la soledad del autócrata se vuelve cada vez mayor y su ánimo cada vez más seco y semejante al desierto...

Himilcón se presentó ante Siracusa a comienzos del otoño. Levantó el campamento en la llanura cenagosa cerca de la desembocadura del Ciane porque era el único lugar que permitía alojar a tantos miles de hombres, y no tardó en enviar un mensajero con la propuesta de un armisticio. Era, pues, evidente que el ejército cartaginés constituía en aquel lugar más una exhibición de poderío que una amenaza real. Tenía que infundir miedo más que lanzar un ataque propiamente dicho.

Dionisio recibió al embajador de Himilcón en la Ortigia, en el cuartel de sus mercenarios. Había abandonado desde hacía tiempo la casa de la parra en la Acradina, porque los recuerdos que le traía le resultaban insoportables, y los sarmientos de la parra se habían extendido un poco por todas partes, arrastrándose incluso por el suelo, sin dar ya fruto alguno porque nadie la podaba.

Recibió al embajador en la sala de armas donde se practicaba la esgrima, un amplio local desnudo, tapizado de lanzas y espadas en sus cuatro paredes, y lo hizo sentado en un escabel, descalzo pero armado con coraza, espada y grebas y con el yelmo corintio colgado de una percha a su lado, de modo que parecía una especie de máscara fría e impassible de la guerra.

—¿Qué quiere de mí tu amo? —preguntó al jefe de la embajada cuando fue traído a su presencia.

Era un griego de Cirene, pequeño y con el pelo crespo, cuya profesión era la de mercader de púrpura.

—El noble Himilcón —comenzó diciendo— quiere mostrarse generoso. Su

propósito es perdonar a tu ciudad, aunque podría conquistarla en breve espacio de tiempo al igual que todas las demás...

Dionisio no dijo nada, pero le miró fijamente con ojos gélidos, con una mirada penetrante como el hierro de sus lanzas.

—Está dispuesto a permitirles a los griegos sicilianos que vuelvan a vivir en sus ciudades y a dedicarse al comercio y a sus actividades. Sin embargo, no podrán reconstruir las murallas y tendrán que pagar tributo a Cartago.

Jodido bastardo, pensó Dionisio. Quieres repoblar las ciudades para que te den a ti su dinero pagando sus tributos.

Pero habló en tono neutro, ostentando un timbre de voz indiferente.

—¿Hay otras condiciones?

—No —respondió el embajador—. Nada más. Pero el noble Himilcón te ofrece también liberar a los prisioneros de guerra que capturó en las últimas campañas.

—Comprendo —dijo Dionisio.

El embajador se quedó desconcertado esperando una respuesta que, sin embargo, no llegaba. Dionisio le miraba en silencio, de modo que el pobre hombre comenzó a tener un sudor frío al sentir sobre él aquellos ojos de hielo. Hubiera querido preguntar algo, pero no se atrevía. Tenía la impresión de que si rompía el silencio se vendría el mundo abajo. Al final se armó de valor y preguntó:

—¿Qué... debo decirle al noble Himilcón?

Dionisio le miró con la expresión de quien se ha despertado de improviso de un sueño y dijo:

—¿No crees que puedo pensar en ello un poco? No es una decisión sencilla.

—Oh, sí, claro —respondió enseguida el embajador—. Claro....claro.

Siguió casi una hora de silencio absoluto en la que Dionisio no dejó traslucir el menor pensamiento ni movió un solo músculo del rostro, como si fuera una estatua mientras que el embajador se pasa, de vez en cuando un paño de lino por la frente, que chorreaba cada vez más de sudor, apoyándose ya en una pierna, ya en la otra, porque no había en la estancia donde sentarse.

Al final Dionisio dejó oír un leve suspiro e hizo una seña con el dedo índice para hacer acercarse al embajador. Este lo hizo a paso ligero y casi circunspecto, y Dionisio dijo:

—Puedes decirle al noble Himilcón de mi parte...

—Sí, *hegemon*...

—Que si pudiera expresarme de acuerdo a lo que me dicta mi estado de ánimo le respondería...

—¿Sí? —le animó a proseguir el embajador.

—Que puede irse a tomar por culo.

El embajador puso unos ojos como platos.

—¿Que puede...?

—Irse a tomar por culo —repitió Dionisio—. No obstante —prosiguió—, mis responsabilidades de gobierno me exigen hablar en términos más conciliadores. Le dirás, por consiguiente, que por el momento estoy dispuesto a firmar la paz en estas condiciones y a rescatar a todos los prisioneros que sea posible tan pronto como haya levantado el cerco y puesto fin a las hostilidades.

El embajador asintió, satisfecho de haber obtenido por fin una respuesta, luego retrocedió un paso cada vez hasta ganar la puerta y se escabulló afuera.

Himilcón, que quería una aceptación incondicional de sus propuestas de paz, decidió dar comienzo sin más pérdida de tiempo a las operaciones militares. Dudó durante algún tiempo sobre cómo plantear su acción. El terreno era desfavorable, las murallas infundían miedo por lo imponentes y de hecho era imposible bloquear los puertos, ambos defendidos por las unidades más aguerridas y poderosas de la Marina siracusana. Los pocos intentos de batir los muros con las máquinas fracasaron, y el bochorno sofocante de aquel verano, que se prolongaba obstinadamente hacia el otoño, hacía levantarse de las marismas una humedad insoportable que debilitaba los miembros y desalentaba los ánimos. El hedor de los excrementos de tantos miles de hombres pesaba en aquella hondonada cenagosa, volviendo el aire irrespirable, y no tardó en estallar la peste. Cientos de cuerpos eran puestos a diario en las piras y el descontento crecía entre las tropas, hasta constituir una amenaza para el comandante y sus oficiales. Himilcón continuaba esperando que sucediera, como en Agrigento, algo que diera un vuelco a la situación. Estaba convencido de que quizá los siracusanos se dejarían tentar por un ataque frontal por tierra o por mar, pero pasaban los días y no sucedía nada.

Dionisio permanecía encerrado dentro del formidable recinto amurallado y seguía recibiendo aprovisionamientos por el puerto de Lakios al norte, por lo que no se producían bajas entre los habitantes y no padecían hambre.

Finalmente Himilcón, tras contar los muertos y los supervivientes, se dio cuenta de que no disponía ya de fuerzas para dar el asalto y decidió levantar el cerco. Mandó a los mercenarios campaneos a la parte de levante de la isla para defender sus ciudades y él, tras embarcar a los africanos, puso vela hacia Cartago.

En aquellos días le llegó a Dionisio la noticia de que en Tracia la flota espartana mandada por Lisandro había sorprendido a la ateniense en el dique seco y casi sin tripulaciones y la había aniquilado en un lugar llamado «los ríos de la cabra», nombre absurdo como el mismo acontecimiento. El almirante ateniense Conon se había salvado con ocho naves y buscó refugio en el Pireo. Atenas estaba bloqueada por tierra y por mar y su situación parecía desesperada.

—¿Qué piensas de ello? —le preguntó Filisto.

—Para nosotros no cambia mucho la cosa —respondió Dionisio—. En teoría, los

espartanos serán libres de ayudarnos, pero en la práctica prefieren que estemos lejos. Nuestros asuntos tenemos que resolvérmolos solos cada vez que podamos.

—No has comprendido; quiero decir qué piensas que será de Atenas.

—¿Quieres saber qué haría yo si estuviera en el lugar de Lisandro?

—Sí, si no te importa decírmelo.

—Los atenienses son los mejores. Han enseñado al mundo a pensar y aunque solo sea por esto merecen vivir, cualesquiera que sean los crímenes que hayan cometido durante treinta años de guerra.

—Así pues, ¿para ti solo cuenta la excelencia del pensamiento? ¿El comportamiento no cuenta?

—¿Quieres entablar una discusión filosófica? Son problemas que hemos discutido ya. Tu pregunta tendría un sentido si existiera un juez supremo que absolviera y condenase, si existiera una fuerza que protegiese a los inocentes y castigase a los malvados, pero un juez semejante no existe, y esta fuerza es solo ciega y casual violencia, semejante a la de las tempestades y de los huracanes que golpean al azar, trayendo muerte y destrucción por allí por donde pasan.

—Y sin embargo, el juez del que hablas existe...

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es?

—La Historia. La Historia es el juez. Ella recuerda quién ha hecho el bien a los seres humanos y condena a quien les ha oprimido, a quien les ha hecho sufrir sin motivo.

—Ah, la Historia... —respondió Dionisio—. Comprendo. Por consiguiente, según tú, ¿uno debería comportarse pensando en lo que la Historia dirá de él cuando no sea más que cenizas y ya no le importe nada de nada? Y la Historia, además, ¿quién la escribe? Gente que no vale sin duda más que yo... Yo hago la Historia, amigo mío. ¿Has comprendido? Yo sé de cierto que puedo doblegar a los acontecimientos a mi voluntad, aunque todo parezca indicar lo contrario. Recuerda, de todas maneras, que no has visto todavía nada... nada, ¿comprendes? Lo más importante está aún por llegar.

—Te haces ilusiones: la Historia es la peripecia misma de la humanidad pasada por el tamiz de la inteligencia de personas que poseen el don de comprender. Y la Historia va por donde quiere. Dionisio, es como un río enorme que ya corre con fuerza incontenible, arrollando todo a su paso, ya avanza lentamente trazando lentos meandros y parece dejarse domar y guiar hasta por hombres mediocres. La Historia es un misterio, una mezcla de pasiones, horrores, esperanzas, entusiasmos, mezquindades, es suerte y casualidad, así como es también el producto de voluntades concretas y testarudas como la tuya, por supuesto. La Historia es el deseo de superar nuestra miseria de hombres, es el único monumento que nos sobrevivirá. También cuando nuestros templos y nuestras murallas se hayan venido abajo hechos ruinas,

cuando nuestros dioses y nuestros héroes sean nada más que fantasmas, imágenes desvaídas del tiempo, estatuas mutiladas y corroídas, la Historia recordará lo que hemos hecho y el recuerdo que sobrevivirá de nosotros es la única inmortalidad que nos ha sido dada.

—Bien —repuso Dionisio—, entonces, toma nota, Filisto, porque yo sé que tú estás escribiendo, desde hace tiempo. Yo he hecho ya mi elección y estoy dispuesto a condenar mi memoria para los siglos venideros, a ser recordado como un monstruo capaz de cualquier acto nefasto, pero también como un verdadero hombre, un hombre capaz de doblegar a los acontecimientos a su propia voluntad. Solo este tipo de hombres se asemeja a los dioses. Solo si eres de verdad grande la gente te perdonará el haber limitado su libertad; de lo contrario te destrozará y te pisoteará tan pronto como demuestres la más mínima debilidad.

Filisto guardó silencio, impresionado por aquellas palabras presuntuosas y arrogantes, pero también por aquella fe casi ciega en su propio destino que Dionisio sabía transmitir con la voz y la intensidad febril de su mirada.

—¿Qué intenciones tienes, pues? —le preguntó.

—He de enrolar a otros mercenarios, construir una fortaleza en la Ortigia, que será mi residencia, y tendrá que incluir el arsenal, de modo que nadie pueda bloquearme por el lado del mar, y una muralla transversal en el istmo, que deje fuera al resto de la ciudad de tierra firme, porque mis enemigos pueden llegar de cualquier parte, del exterior y del interior. Y los que vienen del interior pueden ser los más temibles y los más crueles; la peor ferocidad de todas es la de los propios hermanos.

Filisto le miró estupefacto.

—Es un plan ingente. ¿De dónde sacarás el dinero?

—Descuida, no te lo pediré a ti.

Filisto reaccionó, ofendido.

—No creo que nunca haya...

—No quería decir esto. Has hecho ya demasiado por mí. No quiero arrastrarte en mi ruina, si así fuera a suceder. Quiero que tengas una buena vida, dentro de lo posible. Y, en todo caso, ni siquiera tu patrimonio, cuya consistencia real desconozco, bastaría para cubrir unos gastos semejantes.

—¿Cómo te las arreglarás, entonces?

—No lo sé —respondió Dionisio—, pero encontraré una solución. Siempre hay una solución para quien tiene el valor de pensar a lo grande. Ahora tengo necesidad de respirar aire fresco, aire de mar. ¿Quieres hacerme compañía?

—Con mucho gusto —respondió Filisto.

—Pues, entonces, cúbrete, es mejor no despertar curiosidades malsanas en la ciudad.

Salieron del cuartel por una poterna secreta, con los hombros y la cabeza

cubiertos por una capa con capucha, y se encaminaron por las calles ya oscuras de la Ortigia.

Dionisio se dirigió a la dársena, donde las grandes unidades de combate de su flota eran llevadas al dique seco para el mantenimiento otoñal. De ahí tomó el camino que llevaba al norte, hacia los muelles comerciales.

—Mira qué extraño —dijo en un momento dado Filisto—. Allí, en el segundo muelle.

Dionisio miró y vio que una nave había conseguido atracar con las últimas luces del atardecer y ahora estaba desembarcando un cargamento de esclavos. Se acercaron y Dionisio reparó en uno de pelo muy rubio, casi blanco. Estaba completamente desnudo y tenía la piel toda enrojecida y quemada por el sol. Lo único que llevaba encima, aparte de un pequeño tatuaje en el pecho, era un collar rígido en forma de cordón que terminaba en su parte delantera en dos cabecitas de serpiente talladas en madera.

Dionisio lo observó durante unos instantes, luego dijo a Filisto:

—Pregunta cuánto cuesta.

Filisto se acercó al mercader.

—Mi amigo quiere saber cuánto cuesta ese celta de la piel quemada.

—Dile a tu amigo que vaya mañana a la plaza del mercado y se ponga a la cola con los demás para hacer su oferta —respondió el mercader sin darse siquiera la vuelta.

Dionisio susurró algo al oído de su amigo, le hizo gesto de entendimiento y se alejó. Filisto se acercó de nuevo al mercader.

—Mi amigo está muy interesado en tu esclavo y está dispuesto a pagar una buena suma por él.

—Bien lo creo. ¿Sabes cuántos viejos sodomitas se presentarán mañana al mercado para disputarse el pájaro del rubio Apolo boreal? No creerás que tu amigo es el más guapo, ¿verdad? Ya te lo he dicho: si quiere comprar ese magnífico ejemplar tendrá que disputárselo con estateras de plata contantes y sonantes a los otros clientes.

Filisto dejó caer la capucha sobre sus hombros descubriendo su rostro.

—Mi amigo se llama Dionisio —replicó—. ¿Te dice ello algo?

El mercader cambió de improviso de expresión y de actitud.

—¿Qué quieres decir, el Dionisio ese? —preguntó poniendo unos ojos como platos.

—Él precisamente —respondió Filisto mirando con una expresión muy significativa—. Y si quieres un consejo, yo que tú le haría también ahora un buen precio.

—¿Y cuánto sería, para ti, un buen precio?

—Cinco minas me parecería un precio honrado.

—¿Cinco minas? Pero si vale por el menos el triple.

—Muy bien. Es lo que quería ofrecerte, pero has dejado escapar la oportunidad. Ahora deberás contentarte, a menos que no quieras exponerte a un peligroso e inseguro juego al alza.

—¿Cómo puedo saber que no estás jugando conmigo?

—Efectivamente, no puedes estarlo. Puedes decidir fiarte de lo que te digo o bien no fiarte. Si te va bien, mañana recibirás el doble en el mercado. Si te va mal, no recibirás nada del total. ¿Qué decides?

—Está bien, diablitos —respondió el mercader, despechado.

Filisto le dio la suma pactada y las instrucciones para la entrega y volvió a donde estaba Dionisio cerca de la puerta de entrada al Puerto.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó.

—Cinco minas. En metálico.

—Un buen precio.

—En efecto.

—Haré que mañana mismo te las reembolsen.

—¿Por qué te interesa este esclavo?

—¿Has visto el collar que llevaba al cuello?

—Sí, pero...

—¿Y el tatuaje en el pecho?

—Me parece...

—Ese hombre forma parte de una especie de fraternidad guerrera bastante temible. Es más, la más absolutamente temible. Son grupos nómadas que se comportan como jaurías de lobos en busca de una presa, pero a veces se enrolan a sueldo. Son tan fuertes que van a la batalla desnudos sin otra protección que su espada y su escudo. No le tienen ningún miedo a la muerte y el único fin que tienen en la vida es demostrar su valor en cada ocasión posible. No logro comprender cómo pudo ser capturado vivo. ¿Sabes si habla griego?

—No.

—Trata de averiguarlo y pregúntale de dónde viene, y cómo fue hecho prisionero. En resumen, todo cuanto puedas saber de él. Si no habla griego, haz que te ayude alguno de nuestros mercenarios.

—No me has dicho aún qué quieres hacer con él.

—Mi guardia de corps —respondió Dionisio. Y se fue.

XVII

El celta, liberado de las cadenas, entró con paso vacilante en la vasta sala de armas tenuemente iluminada por dos únicas lámparas que pendían de las paredes. Delante de él había un hombre sentado sobre un escabel, inmóvil, que le daba la espalda. El guerrero se acercó sin hacer el menor ruido con los pies descalzos por el enlosado. Se detuvo a escasa distancia del hombre que parecía una estatua.

Contuvo la respiración y distinguió en aquel momento en el fondo de la sala una portezuela entreabierta; una vía de escape. Se desplazó, ligero como una sombra, hacia el amplio armero en el que había alineadas decenas de lanzas y de espadas relucientes y acto seguido, con gesto fulminante, cogió una espada, se volvió rápido para golpear, pero sus ojos azules se ensombrecieron de espanto al ver el escabel vacío. Una súbita intuición le hizo darse la vuelta apenas a tiempo de encontrarse frente a la amenaza silenciosa que le había precedido en la oscuridad. Una espada cayó fulminante y él apenas si consiguió parar el golpe. Los dos aceros chocaron haciendo saltar chispas y el imprevisto fragor desgarró el silencio de la gran sala vacía, retumbó en las paredes desnudas y en el techo, los golpes se sumaron a los golpes, los ecos a los ecos, el fragor se volvió tremendo, ensordecedor.

El celta era de una increíble agilidad, su cuerpo desnudo y reluciente se escabullía como el de una fiera, con una energía que parecía crecer más que disminuir a cada enfrentamiento.

De golpe el adversario entró de lleno en el círculo de luz de la lámpara y se detuvo allí de nuevo, inmóvil. También él estaba descalzo y desnudo, pero tenía el rostro completamente cubierto por un yelmo corintio que solamente dejaba brillar los ojos en la oscuridad de la celada. No jadeaba; el pecho estaba inmóvil, el cuerpo parecía de bronce. De golpe alzó la espada en posición horizontal y dirigió la punta contra el tórax del adversario avanzando lentamente. El celta se encogió doblando las piernas, haciendo acopio de sus fuerzas ante la inminencia de un salto, y miró fijamente la punta de la espada preparando el golpe que le daría la victoria. El mandoble cayó desde arriba sobre el acero extendido para hacerlo caer, pero la espada enemiga evitó de forma fulminante el impacto retirándose. Mientras él se desequilibró hacia delante, el adversario sin rostro le soltó una patada en la espalda haciéndole dar con sus huesos en el suelo cuan largo era. Un instante después el celta sintió que la punta de la espada le helaba la espalda en medio de las costillas.

—La muerte es fría —resonó una voz distorsionada dentro del yelmo—, ¿no es cierto?

Se alzó la punta y el guerrero rubio lo aprovechó inmediatamente para aferrar su espada y revolve como una serpiente, pero al punto se volvió a encontrar la del enemigo en la garganta. Presionaba, le cortaba la piel.

Estaba aún armado, pero tenía la seguridad de que si hacía el más mínimo movimiento la punta aguzada destrozaría al punto el frágil umbral de la vida, le cortaría la respiración y el flujo sanguíneo. Se dejó caer sobre el suelo, dejando la espada.

—Levántate —oyó que le decían, e inmediatamente después la voz tuvo un rostro. El yelmo se alzó apoyándose en la parte superior de la cabeza y revelando dos ojos oscuros y penetrantes, una boca carnosa y bien dibujada, un rostro sombreado por una barba apenas insinuada pero oscurísima.

—Sé que entiendes el griego —dijo de nuevo la voz—. ¿Cómo te llamas?

—Aksal.

—¿De qué tribu eres, ínsubros o cenomanos?

—Boi.

—Ponte en pie.

Se levantó y le aventajaba en casi toda la cabeza.

—Los boi están en la Galia. ¿Por qué te encontrabas en Italia?

—Muchos de los nuestros pasan a Liguria.

—¿Por dónde?

—Montañas.

—¿Quién te hizo prisionero?

—Etruscos. Emboscada. Luego vendido.

—¿Por qué has intentado matarme?

—Para que Aksal libre.

—Solo tienes una manera de ser libre: servirme. Yo soy Dionisio y soy el jefe de esta tribu muy poderosa que se llama Siracusa. Hay ya algunos de tus hermanos que luchan para mí. —Apuntó el dedo contra su collar y su tatuaje y dijo—: Yo sé qué significan.

El guerrero se retiró como si hubiera sido apuntado de nuevo con la punta de la espada.

Dionisio continuó:

—También yo soy el jefe de una «compañía» como esta, guerreros que han jurado ayudarse como hermanos y no irle a la zaga a nadie en el uso de las armas y en cuanto a valor. Somos los mejores y por esto te he derrotado. Pero también te he salvado la vida. Ahora decide: ¿quieres ser mi sombra o quieres volver con tu amo?

—Tu sombra —dijo el celta sin vacilar.

—Bien. Ve hasta esa puerta; te darán ropas, armas y un alojamiento. Alguien te enseñará también a hablar... Con el tiempo. Y córtate esos bigotes. Pareces un bárbaro.

Aksal se dirigió hacia la puerta con largos pasos silenciosos y desapareció.

Dionisio se cubrió con una clámide y se fue por la parte opuesta, hacia su

residencia. Se dejó caer sobre el colchón de crin, duro como el hierro, y cayó en un sueño profundo.

Le despertó a medianoche su hermano Léptines.

—¿Qué sucede? —preguntó Dionisio incorporándose para sentarse en la cama, alarmado.

—Calma. Va todo bien.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Vengo de una reunión de la Compañía. Estábamos todos en casa de Dorisco. A la salida se me ha acercado un viejo que parecía un mendigo y me ha dicho: «No quiero nada. Llévale esto a tu hermano y dile que se lee con el siete».

Y le alargó una correa de cuero.

Dionisio se levantó, fue al pasillo y la examinó a la luz de la lucerna. Había unas palabras escritas, sin embargo truncadas e ilegibles.

—Una *skytale* —dijo—. ¿Qué aspecto tenía el viejo?

—Bastante corpulento, casi calvo. Apenas un cerquillo de cabello en torno a la nuca y a las sienes. Me parece que tenía los ojos negros, pero estaba a oscuras... De noche todo es más bien oscuro.

—¿De veras no te ha dicho nada más?

—No.

—¿No tenía ningún acento? Quiero decir, ¿hablaba como nosotros? ¿O bien como un selinontino? ¿O uno de Gela? ¿Como un extranjero?

—Ha susurrado esas pocas palabras en voz baja, me ha dado esto y ha desaparecido. Lo único que podría decir es que era griego, no bárbaro.

Dionisio meditó en silencio durante unos instantes, luego dijo: —Espérame aquí, no te muevas. Vuelvo enseguida.

Volvió al aposento, abrió una caja de caudales escondida en el suelo y sacó una barrita de bronce entre una decena que había alineadas dentro. Enrolló en torno a ella la correa de cuero, luego se fue de nuevo al pasillo para leer el mensaje debajo de la lucerna.

—¿Qué dice? —preguntó Léptines.

—Nada que pueda interesarte —respondió Dionisio—. Te doy las gracias. Ahora ve a descansar. Mañana ven aquí al cuartel y ocúpate del adiestramiento del nuevo recluta, un celta que he comprado en el puerto. Nada de lanzas, solo armas cortas y arco, pero de éste debería ser ya experto. Y pregúntale a Filisto si puede encontrarle un maestro que le enseñe el griego; habla como un bruto. Tú instálate aquí y ocupa mi puesto. Tendré que ausentarme por un tiempo.

—¿Ausentarte? ¿Y adónde vas?

—No puedo decírtelo, pero estate atento. Mantén los ojos bien abiertos. Nadie debe saber que no estoy; resultaría fatal para todos.

—Pero ¿cuándo volverás? —insistió Léptines.

—Cuanto antes —respondió Dionisio y desapareció dentro de su aposento.

El alba le sorprendió mientras se dirigía a caballo hacia el interior, remontando el valle del Anapo. La vegetación estaba casi agostada por la larga sequía y la tierra de alrededor del lecho del río agrietada. Los rebaños pastaban en los rastrojos donde todavía los había o vagaban bamboleando la cabeza en una atmósfera densa y caliginosa. El valle no tardó en encajonarse entre altas márgenes y el torrente se hizo cada vez más estrecho, hasta que, hacia el atardecer, brillaron las aguas del manantial. A Dionisio le pareció revivir la breve estación que había pasado entre la vida y la muerte. Mucho más próxima a la muerte que a la vida, y sin embargo mágica, delirante.

Notó de nuevo que aquella energía doliente despertaba en él sentimientos perdidos o enterrados, sintió que una mirada salvaje le hería los hombros y la nuca. Percibió el flujo vital que emanaba del manantial, el perfume del mastranzo marchito a lo largo de las riberas, el aletear de las aves de presa que emprendían el vuelo desde sus refugios en la gran pared rocosa.

Una voz se dejó oír de improviso en el valle.

—Acércate.

—¿Quién eres? —preguntó Dionisio echando mano a la espada. —Déjala, no la necesitas. Ven de este lado.

Se volvió y vio una sombra que se deslizaba detrás de un acebuche. Fue detrás de ella. La sombra se detuvo y se confundió con otras a lo largo de la pared.

—¿Tienes un nombre? —preguntó Dionisio.

—No. Tengo un mensaje.

—¿Cuál?

—Alguien ha dejado para ti un tesoro.

—¿Quién?

—Si tú no lo sabes, no puedo decírtelo yo.

—Entonces, dime dónde está.

—En Agrigento, en el estanque, a la altura de la cuarta columna del pórtico. Necesitarás animales de carga. Más de tres, quizá cuatro.

—¿Quién te manda?

—Alguien que ya no vive.

Desapareció como tragado por la pared.

Dionisio volvió hacia la orilla del manantial en busca de un contacto con aquellas linfas vitales casi prodigiosas. Se disponía a sumergirse en aquellas frías aguas cuando vio moverse algo bajo la superficie... ¿Una ninfa de la fuente?

Emergió de improviso, con los cabellos cayéndole brillantes sobre los hombros, las gotas que corrían cual lágrimas sobre el oscuro rostro, los ojos negros bajo las

largas pestañas, los labios color de granada. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía ser aquella la criatura salvaje que había visitado sus sueños y sus delirios febriles?

Se le acercó de nuevo y siguió emergiendo del agua, con los hombros y luego con el pecho, firme y sólido como los músculos de un guerrero, el vientre plano y tenso y por último el pubis y los muslos rectos y relucientes como bronce. Ahora estaba tan cerca de él que sentía el olor de su piel. Un olor áspero pero leve, semejante al del vino amargo.

Murmuró mentalmente unos versos de Homero:

*¿Quién eres, señora? ¿Una mujer mortal
o una de las dos diosas que habitan el vasto Olimpo?*

Dejó caer la espada igual que Menelao delante del pecho desnudo de Helena, como Odiseo delante de Circe, luego se inclinó y recogió un pequeño lirio silvestre, el último de aquella larga estación abrasadora, y se lo entregó. Ella se puso tiesa por un momento, retrocediendo en el agua, luego tomó la flor y se la puso en la boca, masticándola lentamente. Dionisio dejó caer también la clámide y entró en el manantial. La cogió sin esfuerzo en aquella agua purísima, y ella se enroscó, mordiéndole y arañándole, mugiendo como una pequeña fiera, gritando en el éxtasis, un grito ronco y jadeante, que se atenuó al final en un suspiro de abandono. Se tumbaron el uno al lado de la otra sobre la arena de la orilla, dejando que la tibia brisa secase sus cuerpos.

Pasó un rato y se oyó de nuevo la voz que decía:

—Llévatela contigo.

Dionisio se sobresaltó, como si hubiera olvidado por completo la razón por la que se encontraba en aquel lugar.

—¿Qué dices? No ha salido nunca de aquí, no conseguirá moverse en el mundo exterior a este valle.

—Llévatela contigo —repitió la voz—. Te seguiré.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque ella puede estar debajo del agua tanto más que ningún otro. Quizá sea una ninfa de las aguas; la has conquistado y te protegerá, como Atenea protegía a Odiseo. Te he dicho todo cuanto debía decirte. Adiós.

Dionisio corrió hacia la pared rocosa, desde donde provenía la voz, pero no encontró nada.

Había hablado con un eco.

Hizo con la espada un agujero redondo en el centro de su capa y se la pasó por la cabeza, fijándosela con una ramita de sauce entrelazada y ella, dócil, le dejó hacer. Era como si le esperase desde hacía mucho tiempo, dispuesta a todo con tal de estar

con él. El valle estaba todavía a oscuras, pero en lo alto el sol comenzaba a dorar la cresta de la peña. Un relincho ahogado resonó a escasa distancia y Dionisio vio tres caballos atados en un tamarisco. Miró entonces a la muchacha y le dijo:

—Si quieres venir conmigo, debes montar en el caballo, así.

Saltó sobre su animal y cogió por el ronzal al primero de los otros tres. La muchacha le siguió a pie durante un poco, luego pareció detenerse y mirar con una extraña expresión el burdo vestido que llevaba.

También Dionisio se detuvo y se volvió para despedirse con una última mirada pensando que no se atrevería nunca a avanzar más allá del límite de la gran cuenca rocosa, pero se lanzó a la carrera con una agilidad sobrehumana y una maravillosa ligereza. El animal no se espantó, como si la criatura careciera de peso y de olor, y prosiguió tranquilo su camino, guiado por aquellos piecitos desnudos y endurecidos por la roca.

Ese mismo día, al caer la tarde, le cortó los cabellos con la espada a la altura del cuello y cambió de nuevo de expresión, convirtiéndose por un instante en un efebo tenebroso y luego, por un instante, uno solo, muy breve, fugitivo instante, fue Areté. Y le miró con los ojos de ella.

Volvieron a partir antes del alba y se adentraron por territorios desiertos y solitarios que la guerra había vaciado y herido de muerte, viajando en silencio durante todo el tiempo. Él de vez en cuando la observaba dominado por una misteriosa curiosidad. La presencia muda de ella acentuaba de aquel modo su soledad y, al propio tiempo, los lugares desolados que estaban atravesando parecían agrandar y magnificar hasta el Infinito la presencia de aquella criatura, hasta casi divinizarla.

Caminaron durante ocho días a través de las montañas, durmiendo pocas horas cada noche, hasta que una mañana apareció frente a ellos Agrigento, alta en la colina en un amanecer espectral.

Estaba desierta y los animales salvajes —perros sin dueño, zorros, cuervos— habían hecho de ella su morada. En las calles se veían por todas partes los signos de la destrucción, los restos miserables de quien se habían quedado y había sido asesinado.

No se atrevió a subir hasta la acrópolis, pero pasó por delante de la casa de Telías y entró. Le recibieron paredes desconchadas, muebles quemados, preciosos vasos esparcidos hechos pedazos por el suelo, techos ennegrecidos. Apoyó la cabeza en una pared mientras las lágrimas le subían a los ojos. La muchacha se le acercó y apoyó una mano sobre su nuca. Sentía instintivamente el dolor que le afligía y trataba de hacer suyo una parte de él.

Dionisio se volvió, la miró fijamente a los ojos y dijo: —Ven, vamos al estanque.

Encontró el agua tibia, casi caliente, pero no peces. Los ocupantes debían de haberlos cogido para alimentarse durante el invierno anterior. Se zambulló, pero tuvo

que hacer más de un intento por llegar al fondo. Finalmente vio dos cajas atadas con unas cuerdas de cáñamo, pero todo esfuerzo por levantarlas resultó inútil. En un momento dado rompió las cuerdas y miró en su interior: había cientos de monedas de oro y de plata. ¡El tesoro de Telías!

No tenía ya aire en los pulmones y tomó impulso con las piernas para volver a salir a la superficie, pero algo se lo impedía; las cuerdas que había roto se le habían enredado en un pie y lo retenían en el fondo.

¿Se estaba muriendo? ¿Estaba todo acabado? Salían borbotones a lo largo de su cuerpo, las imágenes de su vida se desvanecían en una verde atmósfera irreal, lamentos de moribundos penetraban bajo su piel, llamas de incendios abrasaban sus pulmones, ojos de muchachas arrasados en lágrimas lo observaban desde otros mundos...

Luego sintió un estirón y que su cuerpo emergía rápidamente, y acto seguido que una fuerza extraordinaria lo arrastraba a la orilla. La muchacha salvaje se le había subido con las rodillas sobre el pecho y le empujaba el vómito fuera del estómago, el agua —y el fuego— de los pulmones. Tosió, escupió, se contorsionó y finalmente respiró.

Miró a su alrededor y no vio a nadie. Oyó de nuevo borbotear el agua y vio a la muchacha que arrojaba a la orilla dos grandes puñados de monedas de oro y de plata y luego que desaparecía en el agua.

Fue así arriba y abajo incansable, sin tomarse ni un momento de respiro, durante toda la jornada, mientras Dionisio llenaba las alforjas que había que cargar a lomos de los caballos.

Era ya el atardecer, y el tesoro estaba totalmente fuera del agua; una riqueza enorme.

—Vamos —dijo, y se encaminó hacia donde estaban los caballos para cargar el último talego, cuando de improviso oyó un ruido y se detuvo. La excitación intensísima de una jornada increíble, el ver tanto dinero, su presencia y la de aquella criatura en la ciudad espectral le había sumido en una especie de estado onírico, pero aquel ruido le devolvió enseguida a la realidad. Sintió que un estremecimiento le recorría el espinazo. Había sido un loco actuando solo de aquel modo y en aquel lugar.

—¿Quién va? —gritó.

No obtuvo respuesta, pero descubrió unas sombras arrastrándose de una casa a otra, pegadas a las paredes.

—¡Monta a caballo, rápido! —le dijo a la muchacha y a base de gestos le hizo comprender lo que significaban aquellas palabras. Pero ella se quedó inmóvil. Parecía husmear el aire y enseñaba los dientes como una fiera, retrocediendo. Dionisio cogió los caballos y comenzó a dirigirse hacia la puerta de levante.

Pero también desde allí llegaron ruidos, llamadas, y vieron otras siluetas avanzar hacia ellos. Habían caído en una trampa.

Un par de individuos avanzaron bastones en mano. Iban cubiertos de harapos y tenían las barbas y los cabellos largos; ¿bandidos?, ¿desertores?..., ¿supervivientes? Parecían animales más que hombres. Dionisio se detuvo y desenvainó la espada. La muchacha, en cambio, recogió dos piedras y se las lanzó con mortífera precisión. Les golpeó a ambos en plena frente y se desplomaron en tierra uno tras otro sin un lamento. Pero otros gritos de incitación resonaban por todas partes y una chusma de quizá unos cincuenta individuos se lanzó hacia delante blandiendo bastones y cuchillos.

—¡Rápido, vamos, escapemos de aquí! —gritó Dionisio tomando a la muchacha de la mano y abandonando los caballos. Pero era evidente que los perseguidores querían vengar a sus compañeros y siguieron corriendo detrás de ellos blandiendo bastones y cuchillos.

Dionisio fue el primero en doblar la esquina de una casa y fue a darse de manos a boca con uno que venía en sentido contrario. Trató de abatirlo de una estocada, pero el otro gritó en griego:

—Quieto, demonios, ¿es que quieres cortarme el pescuezo?

—¿Léptines?

—¿Y quién si no? —Se volvió hacia atrás—. Abatid a esos roñosos, vamos.

Unos sesenta mercenarios y el mismo Aksal se lanzaron hacia delante matando a los primeros que encontraron, luego con los arcos acabaron con la vida de los supervivientes que se habían dado a la fuga. No escapó ni uno.

—Te di una orden muy concreta —dijo Dionisio cuando todo hubo terminado.

—Por Heracles, te acabo de salvar el pellejo. Hace falta valor para... —comenzó Léptines.

—¡Te di una orden muy concreta! —gritó Dionisio.

Léptines agachó la cabeza mordiéndose el labio.

—Pero hubiera salido de esta en cualquier caso —prosiguió—. No son más que unos desgraciados piojosos, pero tu desobediencia puede haberlo comprometido todo. ¿Lo comprendes?

—He dejado a Dorisco en Siracusa; es un excelente oficial y ha sido miembro de la Compañía. No pasará nada. He pensado siempre que era demasiado peligroso para ti andar por ahí solo y me puse tras tus pasos. La próxima vez dejaré que perezcas, ¿de acuerdo?

—La próxima vez harás lo que yo te diga, o de lo contrario me olvidaré de que eres mi hermano y te haré pasar por las armas por insubordinación. ¿Está claro?

Llegó Aksal sujetando por los cabellos dos cabezas cortadas.

—Aksal es tu sombra, ¿has visto?

Y se las puso delante mismo de las narices.

Dionisio torció el gesto.

—Sí, sí, de acuerdo. Coged esos caballos y larguémonos de aquí, rápido.

—¿Quién es ella? —preguntó Léptines señalando a la muchacha.

Dionisio se volvió de su lado, pero ella salió huyendo y desapareció en la ciudad desierta, sumida ya en la oscuridad.

—¡Espera! —gritó—. ¡Espera! —y corrió detrás de ella, pero enseguida se dio cuenta de que era inútil. No la encontraría jamás.

—Pero ¿quién es? —preguntó de nuevo Léptines.

—No lo sé —respondió a secas Dionisio.

Se pusieron en camino pasando a través de los barrios de levante hasta llegar a la puerta de Gela y desembocaron por la zona de la necrópolis de levante mientras a sus espaldas se alzaba la luna, expandiendo su pálida claridad sobre los templos de la colina. Dionisio miró a su hermano que avanzaba en silencio, acompañando sus pasos con el asta de fresno de la lanza.

Le pareció extraño que Léptines hubiera tomado por sí solo semejante iniciativa.

—Dime la verdad: quién te ha dicho que vinieras detrás de mí. ¿Filisto?

Léptines se detuvo y se volvió hacia él.

—No, Filisto no tiene nada que ver.

—¿Quién, entonces?

—Ese. Ese tipo corpulento con la cabeza rapada, el mismo que me dio el mensaje. Me lo encontré delante de la entrada del cuartel y me dijo: «Tu hermano se halla en peligro. Debes ir enseguida, por el camino de Agrigento». No me dio tiempo a decir una palabra cuando ya había desaparecido. ¿Qué podía hacer?

Dionisio no respondió. Retomó el camino en silencio y nadie vio brillar sus ojos en las tinieblas, ni oyó las palabras que subían a su garganta con la emoción de una revelación imprevista:

—Telías... amigo mío.

XVIII

Tras volver a Siracusa, Dionisio dio comienzo a unos trabajos imponentes: una residencia fortificada anexa al arsenal en el corazón de la ciudad vieja y una muralla que impedía el paso al istmo de la Ortigia, Hizo construir, además, treinta naves de guerra. Tomó estas iniciativas sin convocar a la Asamblea y así quedó claro que no quería limitación alguna a su poder. Un comportamiento semejante provocó violentas reacciones por parte de sus opositores, sobre todo de las familias que habían permanecido ligadas a los caballeros desterrados en Etna. Denunciaban abiertamente la tiranía que se había instalado en la ciudad y hacían un llamamiento al pueblo a rebelarse.

Dionisio reaccionó con despiadada dureza. Mandó a sus mercenarios a realizar minuciosos rastreos, a detener a los opositores casa por casa y a llevarlos a la fortaleza de la Ortigia. Allí, tras un proceso sumario, eran condenados al destierro. Sus bienes incautados fueron a continuación repartidos entre los mercenarios, que se sintieron así atados doblemente a su señor y benefactor, gratificados con un nuevo y prestigioso tren de vida.

Durante todo este tiempo no volvió a ver más a la muchacha de las fuentes del Anapo ni se dirigió a aquel lugar, ocupado como estaba por muchas cavilaciones y preocupaciones, pero a veces, de noche, cuando descansaba en el gran aposento desnudo de su palacio habitado solo por mercenarios, pensaba en ella y en cómo habían hecho el amor sumergidos en el manantial. En cómo se le había aparecido milagrosamente distinta y cómo le había seguido en aquella aventura dentro de las murallas de Agrigento. Pensaba en la voz que le había hablado desde las peñas, quedamente, como si quisiera que solo él la oyese.

Con la llegada de la primavera comenzaron a llegar naves al puerto y, con las naves, las noticias. Atenas había caído, extenuada por el hambre y las privaciones de un largo cerco, bloqueada por tierra y por mar; la poderosa metrópolis, puesta de rodillas, no había tenido otra opción que la rendición incondicional. Se decía que los aliados de Esparta, en particular los tebanos y los corintios, habían pedido con insistencia que fuera arrasada, pero Lisandro se opuso; destruir Atenas hubiera equivalido a privar a Grecia de uno de sus dos ojos. Las condiciones habían sido duras: desmantelamiento de las Murallas Largas, la poderosa fortificación que unía la ciudad con el puerto del Pireo, entrega de la flota de guerra a excepción de ocho naves y, las más humillante de todas, un guarnición espartana en la acrópolis.

Dionisio pensó que el comienzo de aquel imparable declinar había comenzado bajo las murallas de Siracusa, donde había quedado segada la vida de la flor y nata de la juventud de Atenas. Pensó también que había llegado el momento de poner en marcha su plan y convocó al Consejo: Héloris, Filisto, Léptines, Dorisco, Yolao y

otros amigos de la Compañía.

—La guerra en Grecia ha terminado —comenzó diciendo—. Atenas ha perdido. Miles y miles de hombres habituados desde hace años solo a combatir e incapaces de hacer otra cosa están ahora disponibles para el mejor postor. Tú, Léptines, partirás enseguida hacia Esparta y enrolarás al máximo número de ellos que puedas. Trata de ver a Lisandro y, si lo consigues, de llegar a un acuerdo con él. Me dicen que es un hombre práctico, que sabe tomar buena nota de las situaciones.

—¿Y Corinto? —preguntó Léptines—. Corinto es nuestra metrópolis y siempre se ha interesado por nuestros avatares internos, bien para ayudarnos, bien para ejercer presiones.

—Lleva alguna ofrenda al templo de Poseidón, en el istmo. Un acto formal de homenaje es más que suficiente. Nosotros somos más fuertes que Corinto; no los necesitamos. Quien manda ahora es Esparta, la verdadera potencia que ha ganado la guerra. Y en Esparta el hombre más poderoso, más poderoso que el rey, es Lisandro. Mientras tanto, nosotros nos moveremos aquí. Tú, Dorisco, partirás con el ejército y te encargarás de someter a los sículos. Nuestro primer objetivo es Herbesos. Caída esta ciudad, las otras le seguirán. Te llevarás contigo a las tropas de la ciudad. Yo te seguiré dentro de poco con los mercenarios.

—¿Y los cartagineses? —preguntó Filisto—. Todas estas actividades les inquietarán.

—No se moverán —respondió Dionisio—. He sabido que la peste no ha desaparecido aún, la ciudad está debilitada e Himilcón no goza de tanta consideración. No se moverán. Al menos de forma inmediata.

Dorisco partió con el ejército tres días después y marchó hacia la ciudad sícula de Herbosos, en el interior. Envío una delegación, mientras estaba aún de viaje, para declarar que los siracusanos habían estado siempre sometidos a Siracusa y que debían volver a territorio siracusano. Los habitantes de la ciudad respondieron que no aceptaban una simple declaración y las cosas siguieron sin grandes avances durante varios días. Dorisco, por otra parte, contemporizaba esperando la llegada de Dionisio con sus mercenarios para lanzar el ataque decisivo.

Una noche, mientras pasaba revista a los puestos de guardia a lo largo de perímetro del campamento, fue rodeado con su escolta por un grupo de hombres armados escondidos detrás de un seto, y asesinado. Inmediatamente después fueron asesinados los miembros del Estado Mayor fieles a Dionisio y los oficiales restantes hicieron reunir al ejército en asamblea y proclamar por los heraldos que la tiranía se había terminado y se reclamaba a los desterrados. Ahora era necesario limpiar la ciudad de bárbaros al servicio de Dionisio y capturar al tirano para juzgarle y condenarle a la pena que se merecía.

El ejército, enfrentado al hecho consumado, aprobó el orden del día y se puso en

marcha hacia Siracusa, viéndose muy pronto reforzado por numerosos contingentes de caballeros que, evidentemente, debían de haber sido alertados por anticipado sobre lo que iba a suceder.

Filisto fue el primero en ser informado del golpe de mando y se dio cuenta enseguida de que ciertamente no se trataba de una acción espontánea o improvisada: la llegada de los caballeros de Etna, el pronunciamiento repentino de los oficiales, el ataque directo a la Ortigia, todo formaba parte de un plan perfectamente urdido y quizá lo peor estaba por llegar. Mandó luego un destacamento de caballería veloz para dar aviso a Dionisio y preparar el complejo plan de defensa a ultranza de la Ortigia. Entretanto activó los contactos de los que disponía y al cabo de tres días el cuadro de la situación se vio completado por otras noticias.

Todas malas.

Los caballeros, desde su refugio de Etna, habían establecido contacto con Rhegion y Mesina, que habían brindado sus flotas para establecer el bloqueo a los dos puertos de la ciudad. Pero no se habían limitado solo a este: había llegado una delegación hasta Corinto, metrópolis de Siracusa, y había convencido al gobierno para que enviase a un caudillo con objeto de restablecer la legalidad en su ciudad filial. No era gran cosa en sí en el terreno militar, pero en el espiritual suponía un golpe mortal. Aunque las metrópolis no limitasen en absoluto la independencia y las opciones políticas de las colonias, sin embargo una intervención directa de un enviado suyo para dirimir cuestiones internas adquiría el valor de un aval incondicional o de una condena inapelable. Corinto envió a un general llamado Nikóteles, un duro, veterano de la gran guerra, de declaradas simpatías oligárquicas. Solo tenía un punto flaco, por lo que se decía: le gustaba el vino genuino, una costumbre peligrosa para un griego, habituado a diluirlo con tres o cinco partes de agua, y especialmente para un soldado.

Dionisio regresó con los mercenarios a marchas forzadas y se encerró en la fortaleza; cerró el istmo y de noche mandó echar una cadena a través de la boca del puerto de Lakios. Aksal le seguía a todas partes y dormía en el suelo tumbado a lo largo del umbral del aposento de su amo. El final de Dorisco, amigo desde la infancia, había debilitado la moral de Dionisio y había provocado en él un sombrío pesimismo.

Muy pronto comenzaron los ataques a la muralla del istmo y continuaron sucediéndose durante días y días, sin descanso, poniendo a dura prueba las defensas y la capacidad de resistencia de los mercenarios.

Dionisio celebró consejo con sus más leales: Filisto, Léptines, Yolao, Héloris y otros dos o tres de la Compañía. El clima era tenso.

—La situación está a la vista de todos —comenzó diciendo Filisto—. No creo que podamos lograrlo.

De hecho no se vislumbraba ninguna salida. Las únicas propuestas que se proponían hacían referencia a cuándo o dónde escapar o en dónde encontrar refugio.

Héloris, viendo que Dionisio estaba sentado inmóvil en su taburete sin decir nada, tuvo la impresión de que estaba resignado a lo inevitable y, queriendo desdramatizar con una frase ingeniosa, salió en cambio con una frase desafortunada que estropeó en adelante sus relaciones.

—Recordad —dijo— que un tirano solo deja su puesto con los pies por delante.

Filisto bajó la vista. Léptines hizo una mueca. Ni la palabra «tirano» ni la imagen de él, cadáver, arrastrado fuera del palacio como una bestia sacrificada debían de haber gustado a Dionisio. Le vieron palidecer de rabia y temieron, por su mirada, que fuera a echar mano a la espada, pero no sucedió nada. Habló, como si nada hubiera pasado, con voz firme y segura.

—Tú, Léptines, partirás de inmediato, antes de que lleguen los de Rhegion y los mesineses para establecer el bloqueo. Irás a Esparta, a ver a Lisandro, y establecerás un acuerdo con él. Los corintios son sus aliados, pero siempre le han ocasionado quebraderos de cabeza, además son demasiado ricos, demasiado poderosos en comparación con los espartanos y esto provoca celos y desconfianzas que se vuelven a favor nuestro. La guerra ha terminado y ellos cuentan con miles de hombres que desde hace años solo saben hacer una cosa: combatir. Constituyen un problema y representan un elemento de desestabilización. Nosotros estamos en condiciones de resolvérselo, al menos en parte; comprarás tantos como te sea posible y regresarás cuanto antes. ¿Has comprendido bien?

—Creo que sí —respondió Léptines.

—No quiero incertidumbres. Tengo que estar absolutamente seguro de que harás lo que te he dicho. Entonces, ¿qué?

—Pierde cuidado. Hazte cuenta de que tienes a esos hombres.

—No te daré ninguna carta, sería demasiado peligroso. Hablarás personalmente en nombre mío. Eres mi hermano; es como si lo hiciese yo.

—De acuerdo —confirmó de nuevo Léptines.

—Muy bien —concluyó Dionisio—. Filisto...

—Habla.

—A ti te toca una misión no menos delicada. Partirás esta misma noche con una nave mercante e irás al oeste. Desembarcarás en un punto al socaire de la costa y proseguirás a lomo de mulo, para no llamar la atención, hasta la frontera con territorio cartaginés... —Filisto se acomodó sobre la silla con un gesto receloso, pero Dionisio no dio muestras de hacer caso y continuó—: Establecerás contacto con los mercenarios campaneos al servicio de Himilcón que están de guarnición en la provincia cartaginesa y les ofrecerás la posibilidad de un enganche...

—¿Qué? Me estás hablando de las bestias que aniquilaron a los selinontinos y a

los himerese, bestias sanguinarias que...

—Son máquinas de guerra, no hombres. Habrían hecho lo mismo a los cartagineses, de haber trabajado para nosotros. Hemos discutido ya de esto y te dije qué era lo que pensaba. Ahora presta mucha atención: esos se están aburriendo mortalmente en las guarniciones de la provincia y no ven llegar la hora de ponerse a pelear. Nosotros les daremos esa oportunidad. Ofréceles lo que quieran, pero haz que se pasen de nuestro lado. No bien hayas terminado, házmelo saber y yo te mandaré a un oficial para que asuma el mando. Ahora prepárate para partir. Tened confianza; saldremos de esta trampa y daremos un vuelco a la situación antes de que haya terminado el invierno.

—¿Y si estas misiones fracasaran? —preguntó Héloris.

—Pues entonces lucharemos hasta el final. Lucharé con tal ardor y potencia que cuando caiga nadie tendrá motivos para alegrarse, tantos serán los muertos que habrá que llorar, quemar y enterrar en esta ciudad. Ninguno de vosotros está obligado a seguirme. Quien quiera irse puede hacerlo, puedo arreglármelas yo solo, especialmente si las cosas van a peor.

Filisto asintió gravemente con la cabeza. Pensaba para sus adentros que era inútil y que al final morirían todos, pero dijo:

—Partiré lo antes posible. El tiempo necesario para reunir el dinero y preparar una nave.

Léptines zarpó al cabo de tres días y Dionisio le acompañó al puerto.

—¿Has vuelto a ver a ese hombre? —le preguntó mientras subía por la pasarela para embarcarse.

—¿A qué hombre?

—Al que te dije que me siguieras a Agrigento.

—No. No le visto más.

—¿Quién podía ser, según tú?

—No tengo ni idea. Pensé que estaba de acuerdo contigo y que le conocías. En ese momento no me preocupé por saber más de él. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque es un misterio que no consigo explicarme y yo nunca he creído que existieran misterios; solo problemas, problemas que resolver... Pero ahora vamos. Haz lo que te he pedido y hazlo bien. Te deseo un buen viaje.

Léptines puso un pie sobre la pasarela, luego se volvió hacia atrás.

—Escucha...

—¿Qué?

—¿De veras crees que podremos conseguirlo? Quiero decir, ¿no sería mejor si...

—Eh, ¿qué andas pensando? ¿Qué demonios estás diciendo?

—Es que me parece todo inútil...

Dionisio le cogió por los hombros.

—Escucha, por Heracles, ¿recuerdas cuando éramos unos chavales y los de la pandilla de la Ortigia nos encerraron dentro del almacén, abajo en el puerto, y se disponían a darnos una paliza de muerte?

—¡Claro que sí! —respondió Léptines.

¿Y no fuiste tú, esa vez, quien dijo que no debíamos claudicar por ninguna razón?

—Es cierto...

—¿Y cómo acabó la cosa?

—Pues que tú me hiciste subirme sobre tus hombros y salir por el tejado. Yo fui a buscar refuerzos y...

—¿Y qué estamos haciendo ahora?

Léptines meneó la cabeza.

—Claro... Pero mucho me temo que ahora la situación sea más bien distinta.

—Es exactamente la misma. Han cambiado las proporciones y las posiciones. Ahora somos nosotros los amos de la Ortigia... y venceremos como vencimos entonces. Demostraré que soy el hombre destinado a mandar no solo a Siracusa, sino a todos los griegos de Sicilia y de Italia contra su enemigo jurado. Pero necesito saber que también tú crees en ello. Cada día y cada noche que pase en esta fortaleza, inspeccionado las barbacanas, tendré que estar seguro de que tú llegarás con refuerzos. Que llegarás de un momento a otro, ¿comprendes? Entonces, ¿qué me respondes?

—¡Ah, que le den por culo al mundo, demonios! —exclamó Léptines con la misma expresión jergal que habían empleado de muchachos cuando con su pandilla se liaban a pedradas con sus adversarios de los barrios altos.

—Que le den por culo al mundo —respondió Dionisio—. Y ahora apártate de en medio.

Soltó él mismo el cabo de amarre; el trirreme se deslizó hacia el centro de la rada, luego giró lentamente sobre sí mismo, impulsado por los remeros, y puso proa hacia mar abierta.

Filisto partió al día siguiente con una pequeña nave mercante, llevando en la bodega suficientes monedas de plata para pagar el enganche de cinco mil hombres.

Apenas había pasado un tiempo, cuando aparecieron conjuntamente las flotas mesinesa y rhegiana alineando sus unidades de combate para bloquear el Puerto Pequeño y el Puerto Grande.

El ejército entró al día siguiente por la puerta de Catania, entre la alegría exultante de la multitud, y fue a defender el istmo entre la ciudad y la Ortigia.

Dionisio estaba solo. Héloris no gozaba ya de su favor y los jóvenes oficiales de la Compañía no tenían suficiente experiencia ni capacidad para hablar con él de igual a igual. Recorría las salas oscuras y los corredores de la fortaleza a todas horas y a menudo bajaba a los almacenes del puerto para calcular las provisiones que

menguaban de forma temible, día tras día, mientras que los atacantes no aflojaban en su asedio ni por un instante y seguían lanzando ataque tras ataque de sol a sol.

Los mercenarios comenzaron a desertar, primero uno por uno y luego en pequeños grupos. Dionisio logró sorprender, con la ayuda de Aksal, a dos de ellos en plena acción. Mandó tocar a reunión, iluminó el patio interior con decenas de antorchas, y los hizo crucificar delante de las fuerzas formadas. Pero se daba cuenta ya de que no podría retenerles por largo tiempo a base de terror, que bastaría apenas nada para provocar la disolución de su ejército. Y entonces le harían pedazos, a él, el tirano, sería asesinado y arrastrado afuera con los pies por delante tal como había dicho Héloris, descuartizado como una bestia, expuesto al escarnio, dejado insepulto, a merced de los perros y de los cuervos.

Una noche que iba a lo largo de la muralla del istmo, envuelto en una pesada capa de lana, le pareció ver a un hombre corpulento, de calva cabeza, que caminaba apresuradamente en dirección al puerto y se estremeció.

—¡Eh, tú! —le gritó—. ¡Detente!

Pero el hombre continuó caminando como si nada hubiera oído y desapareció en la oscuridad. Se desvaneció como si nunca hubiera existido. Dionisio pensó que quizá veía lo que no existía, que la fatiga, la tensión y el insomnio le estaban Jugando malas pasadas. Pensó en Areté, en Telías, en Dorisco y en las personas a las que había querido. Todos muertos. Y ahora quizá le tocara también a él. Volvió a pensar también en la muchacha salvaje que tal vez había vuelto a su refugio, en las fuentes del Anapo, y por supuesto que ya ni siquiera se acordaría de él. Quizá se había perdido por el camino de vuelta, o había sido capturada y vendida como esclava...

No eran más que divagaciones, distracciones de una realidad cada vez más adversa y difícil a la que ahora convenía mirar de frente. Los jinetes del otro lado de la muralla seguían defendiendo el istmo, convencidos de que ya solo era una cuestión de tiempo... un tiempo que pasaba sin que nada nuevo sucediera. Tiempo que le faltaba, día a día, hora a hora...

Una mañana, al rayar el alba, recibió un mensaje de Filisto, adherido al asta de una flecha. Lo reconoció enseguida por la escritura, por los rasgos de las gammas y de las sigmas. Comenzaba así: «Debes negociar la rendición con los caballeros... ». Hizo un amago de romperlo, pero en cambio siguió leyendo, cada vez más interesado en aquel loco plan... absolutamente loco. Y sin embargo... podía también funcionar. ¿Qué tenía que perder, en el fondo? Convocó a un heraldo y lo mandó con una propuesta de negociación a los caballeros.

—Diles que estoy dispuesto a negociar la rendición.

—¿La rendición, *hegemon*? ¿He comprendido bien?

—Has comprendido perfectamente: debes negociar la rendición. Dirás que estoy dispuesto a abandonar la ciudad, que solo pido cinco naves y quinientos hombres de

escolta. Ninguna inspección a bordo.

—Haré lo que me dices, *hegemon* —respondió el heraldo.

Pidió que le abrieran las puertas y salió con la bandera de la paz dirigiéndose al puesto de guardia del istmo. Un oficial de piquete salió a su encuentro y poco después le llevó a presencia de sus jefes.

Comenzó así la negociación que se prolongó por espacio de varios días, pero mientras tanto el cansancio se dejaba sentir también en el campamento de los sitiadores. La estación era particularmente inclemente; llovía a menudo y una noche cayó una capa de nieve. Los esfuerzos, las bajas y las incomodidades de aquel largo cerco comenzaron a crear graves tensiones y discordias entre los miembros del alto mando. En particular, la altivez aristocrática de los caballeros se volvía cada día más insoportable para el resto de los oficiales —que procedían de la clase media de los pequeños terratenientes, de los mercaderes y de los empresarios portuarios— hasta el punto de que un día se fueron a ver al comandante corintio, Nikóteles, y le pidieron la baja del servicio, asegurando que la caballería era más útil en campo abierto y que les llamase en el momento oportuno.

Nikóteles, forzado desde hacía tiempo a la inmovilidad, había recaído en la bebida y refirió a los caballeros, sin el mínimo tacto, el parecer del resto de oficiales siracusanos. Los otros, ofendidos, se fueron hechos una furia por la afrenta sufrida y tomaron el camino de Etna. Los oficiales que se habían quedado, pese a mantener una actitud intransigente en las negociaciones, se hicieron a la idea de que Dionisio había decidido abandonar la lucha y comenzaron a aflojar la vigilancia, tanto más cuanto que el caudillo llegado de la metrópolis no daba ciertamente ejemplo de disciplina y de templanza.

Con la última luna de invierno, muchos hoplitas pidieron poder marcharse para preparar los campos para la siembra y vieron satisfecho su deseo. El istmo era tan estrecho que no había necesidad de gran número de tropas para defenderse.

Era lo que Dionisio estaba esperando. A la mañana siguiente mandó a uno de los suyos, disfrazado de pescador, fuera del puerto con una barquichuela. Los marineros rhegianos y mesineses le dejaron pasar, tras haber registrado la pequeña embarcación, y aquel navegó en torno al promontorio de Plemmirion hasta encontrar un lugar de ataque en la costa sur. Se acercó a una granja y habló con el dueño, un criador de ganado, que montó a caballo y desapareció en dirección norte.

Antes del atardecer Filisto fue avisado de que el istmo se hallaba escasamente defendido y que la puerta de poniente de la ciudad estaba abierta cada día hasta el anochecer. Nikóteles sufría los pesados efectos del vino justo a la puesta del sol.

Filisto convocó al comandante de los mercenarios campaneos, un ser sanguinario medio etrusco medio napolitano con el ojo izquierdo tapado con una tira de cuero, y se puso de inmediato en acción. A consejo de Filisto, dejó todos los carros de

transporte y los bártulos en una pequeña ciudad del interior, y avanzó con gran rapidez casi exclusivamente con soldados de caballería.

Irrumpió por la puerta oeste de forma completamente inesperada y atravesó la ciudad al galope acometiendo a la línea que tenía puesto cerco al istmo con tal violencia que arrojó al mar a la mayor parte de los combatientes. Nikóteles fue encontrado en su alojamiento con el cuello cortado y nunca se supo quién había sido el responsable de aquel crimen.

Filisto fue a ver a Dionisio personalmente al patio de armas de la fortaleza.

—Ha ido todo tal como previste —dijo abrazándole—. ¿No es increíble?

—¿Increíble? —respondió Dionisio—. Yo nunca he tenido ninguna duda.

—Yo sí —dijo Filisto.

—Lo sé. Podía leerse en tu cara... ¿Alguna noticia de Léptines? —Debería volver de un día a otro.

—No será fácil forzar el bloqueo naval. Filisto sonrió.

—No lo creo. Por lo que sé, llega con Lisandro en persona.

—¿Qué?

—Si mi información es exacta, así es. Ese hijo de perra lo ha conseguido. Lisandro viene para negociar contigo un acuerdo. Y llega también un millar de mercenarios, todos peloponesios, los mejores. No creo, por tanto, que los de Rhegion y de Mesina quieran desafiar a la potencia de Esparta. Tenemos de nuevo la situación controlada, amigo mío. Hemos vencido.

—He vencido —repitió Dionisio, como si no pudiera creer aún en aquellas palabras.

Presa de un entusiasmo irresistible, arrojó al suelo la capa y se lanzó escalera arriba hasta llegar a la torre más alta de la fortaleza.

Desde allí hizo oír las mismas palabras a voz en cuello, con un grito agudo como el de un halcón y tonante como el aullido de Aquiles desde la Puerta Escea.

Guardó, finalmente, silencio, jadeando. Miró al cielo que se oscurecía ante la proximidad de la noche y a la ciudad que enmudecía, estupefacta, a sus pies.

XIX

La pequeña escuadra de Lisandro y las tres naves de Léptines llegaron al cabo de pocos días y entraron en la rada sin ningún problema, porque las flotas de Mesina y de Rhegion habían levado ya anclas. Nadie tenía ganas de enfrentarse a los espartanos, por más que fueran pocos, y aunque hubieran sido uno solo, sobre todo si se trataba del vencedor de la gran guerra.

Dionisio fue a recibirles al muelle. El primero en desembarcar fue Léptines y fue a su encuentro para abrazarle.

—Por fin has llegado —exclamó Dionisio—. Si hubiera tenido que esperarte, a estas horas estaría muerto y enterrado.

—He actuado con la mayor celeridad posible, pero no ha sido fácil. Y además sabía que saldrías con bien, en cualquier caso.

—En cambio, ha faltado poco... ¿Él cómo está?

—¿Lisandro? No me lo preguntes; es imposible saber nunca lo que piensa. Es... ¿cómo decir? Elusivo. Es un gran comandante, pero como carácter es todo lo contrario de un soldado.

—Un hijo de puta.

—Sí, eso es.

—Entonces, nos entenderemos.

—¡Cuidado!, ahí le tienes desembarcando.

Lisandro descendía en aquel momento por la pasarela de su trirreme. Sesentón, pelo entrecano, ojos gris verdosos, más grises que verdes, con entradas en el pelo pero con cierta pelusa en el cuello, a la manera espartana. Iba desarmado y vestía traje de civil, pero llevaba en el dedo un anillo demasiado llamativo para un espartano; debía de ser un recuerdo de sus estancias en Asia y señal de que era lo bastante fuerte, en su patria, como para desafiar las iras de los éforos, rígidos guardianes de las férreas costumbres de Esparta.

—*Hegemon*... —le saludó Dionisio—. Bienvenido a Siracusa.

—*Hegemon* —le correspondió Lisandro—. Me alegra verte.

Dionisio se sintió complacido por aquel título que él le reconocía; era una especie de legitimación, señal de que su poder en la ciudad era aceptado por Esparta. A continuación le indicó el camino hacia la fortaleza, donde había hecho preparar la cena. Aksal le escoltaba armado hasta los dientes, ahora ya semejante en todo a un guerrero; Lisandro, en cambio, echó a andar sin un solo hombre de escolta. Evidentemente se sentía hasta tal punto fuerte como para no tener necesidad de ella.

Dionisio le hizo acompañar a su aposento para que pudiera lavarse y cambiarse, si lo deseaba, pero le vio bajar con la misma ropa que llevaba en la nave. Le hizo tomar asiento a la cabecera de la mesa y él lo hizo enfrente, en la parte opuesta. Léptines se

acomodó en uno de los lados, equidistante de uno y de otro. No había ni mesas ni lechos para comer. Hacía las veces de mesa una tabla de encina cepillada, a una altura de medio palmo; las sillas eran poco más que taburetes.

—Esto parece Esparta —dijo al punto Lisandro; no era fácil saber si su tono era de complacencia o de mal disimulado desencanto.

—Somos gente sencilla —respondió Dionisio— y llevamos una vida austera. Sin embargo, vuestro caldo negro es demasiado para nosotros. Te hemos preparado pescado. —Y señaló una fuente que era servida en aquel preciso momento junto con el pan y una jofaina de agua caliente para mojarse los dedos.

—Así debe ser para los verdaderos hombres de armas —repuso Lisandro, y de nuevo se seguía sin comprender si estaba diciendo un cumplido o un sarcasmo.

Hijo de puta, pensó Dionisio. Luego, juzgando que podían darse por terminadas las formalidades fue directamente al grano:

—Me sería de gran ayudar conocer el motivo de tu venida aquí, a Siracusa.

Lisandro le miró fijamente a los ojos, serio de improviso, casi frío.

—Esparta ha ganado esta guerra, pero no tiene motivos para alegrarse de ello. Hemos perdido a muchos hombres y sufrido muchos daños, y lo mismo les ha sucedido a nuestros aliados. Ahora hemos establecido nuestras guarniciones en todas las ciudades de la vieja liga ateniense, mandada por nuestros oficiales con poderes también políticos, pero somos conscientes de que no será fácil mantener este orden. Los persas nos han ayudado solo porque Atenas ha sido siempre un peligro para ellos; de un momento a otro podrían cambiar de política. Tenemos, por consiguiente, necesidad de amigos y aliados por todas partes. Esparta ha sido siempre amiga de Siracusa y, es más, quizá le debe a Siracusa su victoria final. Fue ante estas murallas donde la potencia ateniense se vio debilitada de modo irreversible... Por otra parte, vosotros lo conseguisteis sin nuestra ayuda.

—Aquí, sin embargo... —respondió Dionisio en un tono deliberadamente bajo —... no se trata de Siracusa, soy yo quien... la represento.

Lisandro esbozó una mueca que hubiera podido parecer una sonrisa.

—Seré claro contigo, *hegemon*, tratar con un hombre solo es más fácil que tratar con una Asamblea. ¿Me explico?

—Muy bien. Y, obviamente, estoy de acuerdo. Mi hermano ha dicho que se nos permitirá enrolar a mercenarios en el Peloponeso y que el primer contingente ha llegado ya.

—Así es, pero la iniciativa es suya. Nosotros no tenemos nada que ver. Estamos completamente al margen.

—Comprendo perfectamente —respondió Dionisio—. Y no pretendo más.

—Te hemos ayudado a mantener el poder porque en estos momentos la cosa afecta a nuestros intereses. Espero que quede claro...

—Clarísimo.

—Si las cosas cambiaran...

—Debería apañármelas solo.

—Exactamente.

—¿Y qué puedo hacer para que las cosas no cambien?

—Ocúpate de Sicilia.

—Así lo haré.

Lisandro dejó escapar un suspiro como si de improviso sintiera el cansancio del viaje.

—Quizá quieras retirarte —dijo Dionisio.

—Sí, dentro de poco —respondió el espartano.

Su mirada se posó en Aksal, que se erguía contra la pared, inmóvil a espaldas de su amo. Estaba armado a la griega con coraza y grebas, pero había conservado la barba en collar y los bigotes, que había sido imposible lograr que se cortara.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—Mi guardia personal.

—Pero ¿de qué país es? Se diría un tracio, pero es demasiado grande.

—Es un celta —dijo—. Lo compré en el mercado.

—¿Así que un celta? Pero ¿son todos así?

—Él dice que sus hermanos son más grandes aún.

—Ah, he oído decir que viven en las riberas del Océano septentrional y que, cuando sube la marea e inunda sus pueblos de la costa, entran en el agua y oponen los escudos a los golpes de mar como si trataran de rechazarlos... Deben de presumir mucho de su fuerza. Si un día toman conciencia de la belleza y de la riqueza de nuestras tierras, se convertirán en un gran problema. Difícil de controlar... —Le miró de reojo de nuevo—. ¡Por Zeus, parece un titán! ¿Crees que tiene algún punto flaco?

—Sí, el sol. No soporta el sol y se le quema la piel. Mis médicos, sin embargo, han descubierto una mezcla de aceite de oliva y ruezno de nuez que evita las quemaduras.

—Interesante —comentó en voz baja Lisandro—, interesante... Estaba bueno tu pescado. Ahora, si me permites, me iré a descansar. Las fatigas de la guerra me han vuelto un hombre débil. No soy ya el que era.

Un siervo vino a retirar el plato vacío, que ahora revelaba el dibujo de un pez en el fondo, y otro acompañó al huésped a su aposento. Dionisio hizo una seña a Aksal y también él se fue.

Se quedó solamente Léptines, que hasta aquel momento no había dicho nada.

—Me parece que ha ido bien, ¿no? Ha sido bastante claro. Ha dicho que...

—No ha dicho nada —le interrumpió Dionisio—. Ha venido solo para ver qué clase de hombre soy.

—Y según tú, ¿ahora lo sabe?

—En mi opinión, sí.

—Pero está interesado en una alianza con nosotros.

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Solo le interesa una cosa: debilitar a Corinto, que es un aliado demasiado poderoso y pendenciero. Corinto ha salido destrozado de esta aventura en Sicilia y es precisamente lo que a ellos les viene bien. A esto se limita todo. Si además les quitamos de en medio a unos pocos descarriados para enrolarlos en nuestro ejército, mejor que mejor. En el fondo, los espartanos son gente a la que no le gustan los imprevistos y tampoco las aventuras y sobre todo, como les sucede a los verdaderos soldados, no les gusta la guerra. Lisandro ha venido únicamente para ver si todo está tranquilo y si yo no tengo ideas extrañas en la cabeza. Ya verás cómo se marcha pronto.

Partió de vuelta tres días después y no volvió a poner más los pies en Sicilia.

Dionisio se dedicó a la preparación de su verdadero proyecto: aniquilar a los cartagineses en Sicilia y vengar las matanzas de Selinonte, Himera, Agrigento y Gela. Para estar en condiciones de poner en práctica una empresa semejante, llevó a cabo durante los tres años siguientes una serie de campañas tanto con milicias ciudadanas como mercenarias, en la adecuada proporción.

Tomó Etna, cubil de caballeros, sus más acérrimos opositores, y la arrasó. De allí avanzó hacia el interior para someter a los sículos, ocupó Herbita, luego subió hacia Henna, en lo alto de las montañas, en medio de los bosques, en el centro de la isla.

Estaba allí el santuario de Deméter y Perséfone, la muchacha que fuera esposa de Hades, el más venerado de toda Sicilia. La virgen había sido raptada precisamente en aquellos prados mientras jugaba con sus compañeras y arrastrada al tétrico reino de las sombras, en la triste morada de los muertos.

Había un lugar que evitaban todos, también los pastores, donde se abría un antro que comunicaba con el más allá. Era la cueva donde había desaparecido el carro de Hades con Perséfone, arrastrado por negros sementales que despedían llamas, tragado por el abismo. Por allí había descendido Orfeo a buscar a Eurídice, la esposa adorada. Con su canto había conmovido a la señora del reino de las tinieblas, la bella pero estéril Perséfone. Y habían hecho un pacto: Eurídice regresaría al reino de los vivos, siguiendo a Orfeo a un paso, pero él, el sublime poeta, no debía volver en ningún momento la vista atrás hasta llegar a la superficie de la tierra, a la luz del sol. Si lo hacía, ella desaparecería, para siempre.

Orfeo empezó, así pues, a subir de nuevo y se imaginaba detrás de él el paso demasiado leve de su amada, trataba de percibir la respiración fría de ella a sus espaldas y pensaba en cuando la calentase el sol, y en cuando aquellos labios

exangües tomasen el color de la granada, soñaba con la húmeda belleza de aquella boca que se abriría como una flor a sus besos. Pero no conseguía creer, la sospecha de un engaño no hacía sino crecer hasta el punto de que, cuando comenzaba ya a vislumbrar una débil palidez, volvió la vista atrás.

Y la vio, magnífica y acongojada, por un instante, y luego no oyó más que su grito de terror mientras era tragada por el Erebo.

Dionisio quiso llegar hasta aquel lugar, pese a que todos trataron de disuadirle, por haberse iniciado en los misterios, bebiendo el líquido rojo cuyo origen solo conocían los sacerdotes. Léptines le acompañó, como Teseo había acompañado a Pirítoo, pero, tras llegar a pocos pasos de la gruta, él, que no había tenido miedo a nada, que había afrontado cada matanza con el corazón inconsciente, palideció y se cubrió de un sudor helado.

—Detente —consiguió solo decir—. No vayas. No hay nada allí arriba, nada que ver.

Pero Dionisio no le hizo caso y avanzó, totalmente solo, hasta la boca de la cueva. Era la hora del anochecer y las sombras comenzaban a alargarse en la meseta. Finas lenguas de niebla reptaban fuera de los bosques cual finos dedos que velaban la verde luz de los prados.

Comenzó a descender totalmente solo hacia el punto en que se decía aparecía una vez al año, la noche del equinoccio de primavera, el rostro céreo de Perséfone que subía a visitar a la Madre.

Él, que no creía en nada, creyó que Areté podía verle desde su triste morada. Pensó que podía oírle cuando se puso a invocar su nombre con gritos cada vez más fuertes, tan desesperados que la cueva entera resonaba a causa de ellos.

Se dejó caer finalmente exhausto, casi sin fuerzas, y notó una leve zozobra, una vaga sensación de frío que se apoderaba lentamente de su cuerpo a partir de las extremidades. ¿Era aquel el beso de Areté? ¿Era su modo de acercarse, de hacerse sentir? Él no poseía el don de Orfeo y no conseguiría nunca enternecer a Perséfone y a Hades cubierto con un velo negro, pero pensó a pesar de todo en una canción, en el canto melodioso de aquella antigua serenata, en el himno del cantor de Agrigento que tanto le gustaba a ella y que había llenado su corazón de dulzura la noche de bodas. Oh, ¿cómo no había pensado en ello? ¿Por qué no había hecho venir a un buen cantor, hábil en tocar la lira, para que el canto le llegase a través de aquella estrecha garganta?

Se sentía dominado por un frío sueño, olvidaba su respiración como si no fuera ya importante, he aquí que su mente se perdía en un sueño: Areté tomaba las facciones de la muchacha salvaje que lo había amado en las fuentes del Anapo, tenía sus ojos y su piel, su mismo sabor de labios.

Sintió que el corazón le daba un vuelco, ¡y la vio!

Tenía a la muchacha salvaje enfrente de él, cubierta con un vestido magnífico, un peplo maravillosamente ligero y transparente como el que las muchachas de la Ortigia regalaban cada año a la diosa en su templo de la acrópolis. Llevaba los cabellos recogidos detrás de la nuca, ceñidos con una cinta roja color sangre. Los labios eran rojos y húmedos, los ojos profundos como la noche. ¡Qué maravillosa transformación! ¿Cómo hubiera sido posible de no haber sido ella una criatura del ultramundo? Se sintió perdido entre sus brazos, frío como no lo había estado nunca y al mismo tiempo ardiente como el fuego. Y la oyó hablar, por primera vez en mucho tiempo con su voz y llamarle finalmente por su nombre.

—Tómame contigo, si no puedes volver —le dijo y sintió resonar dentro de él aquellas palabras como si las hubiera pensado y no pronunciado, como si las hubiera dicho el hombre que le habría gustado ser y que no era ya. Luego el rostro y el cuerpo de ella se desvanecieron en la sombra. Su peplo osciló como niebla en el aire de la tarde.

Se despertó en plena noche en un lugar silencioso cerca de un fuego crepitante. Abrió los ojos y vio el rostro de Léptines.

—La he visto. Estoy seguro de que es ella. Siempre lo he sabido. Esta vez ha querido proporcionarme la certeza de ello.

Léptines no respondió. Le levantó para que se sentara y le masajéó largamente los hombros, el cuello y los brazos hasta que recuperó el color y el calor. Luego dijo:

—Vamos. Las estrellas que te protegen están a punto de desaparecer.

Una vez lograda la sumisión de los sículos, como ya muchos años antes había hecho Gelón, vencedor de los cartagineses en Himera, Dionisio se volvió hacia las colonias calcidenses de Naxos, Catania y Leontinos. Estaba firmemente convencido de que los griegos sicilianos debían formar una sola coalición contra su enemigo natural, olvidando las discordias internas. Pero sabiendo que esto era imposible había decidido obtener aquel resultado por la fuerza, tal como había hecho ya en su ciudad. Convocó a Filisto y le dijo:

—No quiero matanzas cuando nos disponemos a una gran empresa panhelénica. Estas ciudades deben caer por traición.

Filisto, acostumbrado ya a todo, le miró estupefacto.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No estás de acuerdo?

—La traición es odiosa tanto para el que la comete como para el que incita a ella.

—No dejarás nunca de sorprenderme, amigo mío; continúa cultivando en tu ánimo inútiles conceptos éticos derivados de ese viejo sofista de nariz gruesa y ojos porcinos, que no hace sino introducir extrañas ideas en la cabeza de los jóvenes atenienses.

—Sócrates no es un sofista.

—Sí que lo es. ¿No es él quien dice: «El verdadero sabio es aquel que sabe que no sabe nada»? ¿Y no es este el más engañoso y al mismo tiempo el más hábil de los sofismas? El viejo hijo de puta seguro que está convencido no solo de ser un sabio sino también de no tener un pelo de tonto.

—Dime qué es lo que quieres —cortó por lo sano Filisto.

—Todos los hombres tienen un precio. Descubre quiénes son los más venales en Catania y en Naxos, págalos lo que pidan y haz que te entreguen las ciudades. Luego nos darán las gracias. No hace falta que te diga que algunos, para cometer traición, necesitan de justificaciones que les hagan sentirse menos abyectos de lo que son. Proporcionales las más adecuadas. La causa panhelénica, por ejemplo, me parece una excelente justificación. En cuanto al dinero, hazlo pasar por una indemnización, una ofrenda para volver propicios a los dioses, una herencia derivada de un antiguo pacto de hospitalidad, lo que te parezca, en resumen. Ya me dirás, al final, cuánto te ha costado. Nada de sangre, Filisto, a ser posible.

Al cabo de un mes, Arquesilao le entregó sin ningún derramamiento de sangre Catania y Procles hizo lo propio con Naxos, la más antigua colonia de los griegos en Sicilia, tan antigua que la estatua del «Fundador», en el puerto, estaba tan corroída por el viento y por el salitre que resultaba irreconocible.

Leontinos, al quedar sola, se rindió sin presentar resistencia y Dionisio decidió trasladar a todos sus habitantes a Siracusa.

Al año siguiente, Rhegion y Mesina, también colonias calcidenses, pensando que pronto les llegaría su turno, armaron una flota y un ejército que marchó hacia el sur para entablar batalla con el de Dionisio. Léptines propuso enfrentarse a ellos en campo abierto y exterminarlos para zanjar el problema de raíz, pero Dionisio le detuvo justo a tiempo y convocó, en cambio, nuevamente a Filisto.

—¿Crees que puede funcionar también con un ejército?

Filisto se encogió de hombros.

—Déjate de historias. ¿Puede funcionar sí o no?

—Creo que sí.

—Pues, entonces, adelante. Dentro de un año esos guerreros podrían marchar a nuestro lado contra la provincia cartaginesa. No quiero que mueran y no quiero que mueran los nuestros. Y ahora dime una cosa: si funcionase, ¿qué acción es más ética, la mía, que se basa en la corrupción, o la que propone tu filósofo, que se basa en el rigor moral?

—No creo que se pueda razonar así —objetó Filisto—. Simplemente la cuestión está planteada incorrectamente. Partiendo de supuestos equivocados no cabe duda que...

Dionisio meneó la cabeza.

—¡Ah, los filósofos! Los evito como a las mierdas de perro en la calle.

Filisto suspiró.

—¿Piensas en alguno en concreto o tengo que adivinarlo yo?

Dionisio le alargó una hojita con algunos nombres escritos a carboncillo y, cuando Filisto la hubo leído, pasó por encima el pulgar y la arrugó hasta ennegrecer la hoja para hacerla ilegible. Luego, mientras su consejero se iba, añadió:

—Ahora es el momento de la siembra. Lo tienes todo a tu favor.

Filisto se fue hacia su casa para convocar a los agentes que trabajaban a su servicio. Al cabo de tres días, a pocas horas de distancia uno de otro, tanto en el ejército rhegiano como en el mesinés dos altos oficiales miembros del Estado Mayor pidieron que se convocara la Asamblea del ejército y hablaron con tal vehemencia a favor del cese de las hostilidades, denunciando el aventurerismo de los dos comandantes en jefe, que en el momento de la votación la moción que proponía la retirada inmediata del ejército obtuvo una aplastante mayoría.

Dionisio estaba exultante. Ahora era ya jefe indiscutido de su ciudad y pronto lo sería también de su nación. Regresó a Siracusa entre dos filas de gente que le aclamaba y poco después convocó nuevamente a Léptines, a Filisto y a un par de amigos de la Compañía. El viejo Héloris era ya marginado por los jóvenes oficiales y no tomaba parte desde hacía tiempo en los consejos en la fortaleza de la Ortigia.

—Ha llegado el momento de que tome mujer —comenzó diciendo.

Filisto y los otros se miraron a los ojos, cogidos completamente por sorpresa. Tenían la misma expresión asombrada y, por tanto, nadie estaba al corriente de aquella noticia.

—¿Quién es ella? —preguntó Filisto.

—Querrás decir «ellas».

—¿«Ellas»? ¿Y por qué «ellas»?

—Porque tomaré dos mujeres.

Léptines se rió sarcásticamente y también los otros amigos.

Filisto se puso en pie bruscamente.

—¿A qué vienen estas risas? A mí me parece una bufonada. ¿Qué sentido tiene? Si tanta calentura tienes, no será sin duda por falta de ocasiones de desfogarte.

—No comprendes. Mi doble matrimonio tendrá una significación simbólica...

—Escúchame bien —le interrumpió Filisto—. Hasta ahora el pueblo, de un modo u otro, te ha seguido. En el fondo, te aprecian por tus dotes de inteligencia y de determinación, por tu pasado de heroico combatiente, pero si empiezas a hacer cosas de este tipo se echarán a reír, te convertirás en un personaje de comedia.

Léptines y los otros rieron burlonamente.

Dionisio descargó un puñetazo sobre la mesa gritando:

—¡Ya basta!

Todos enmudecieron.

—Si queréis saber por qué tengo intención de casarme con dos mujeres el mismo día os lo diré. De lo contrario lo haré igualmente, pero al primero que esboce aunque sea solo una media sonrisa idiota no le dará tiempo ni de arrepentirse. ¿Ha quedado claro?

Filisto se enmendó de lo dicho.

—No era mi intención ofenderte, pero mantengo mi opinión: es un error. Sin embargo, estoy lleno de curiosidad por oír por qué razón quieres hacer algo así.

Dionisio se calmó.

—Me casaré con dos muchachas, una siciliana y otra italiana, para simbolizar mi condición de jefe y caudillo de ambos territorios. La muchacha siciliana tendrá que ser obviamente de Siracusa. Para la italiana pensaba en una muchacha de Rhegion, para tenderles la mano de la amistad. No faltarán en Rhegion bellísimas vírgenes de muy buena familia. Tú, Léptines, irás a pedir por esposa a la siracusana, mientras que tú, Filisto, irás a pedir por esposa a la italiana a Rhegion.

Léptines alzó un dedo:

—¿Se permiten preguntas?

—Siempre y cuando que no sean idiotas.

—Eso depende de cómo se mire.

—Entonces, habla y no toques más los cojones.

—Imaginemos que las prometidas hagan buenas migas y que una acepte compartirte con la otra. ¿Cómo piensas llevar la cosa en privado? Quiero decir, ¿harás construir una cama de tres plazas o qué? ¿Y a cuál piensas joder en primer lugar, a la italiana o...?

Dionisio le propinó un puñetazo en pleno rostro mandándole al suelo. Luego Léptines se levantó y salió dando un portazo.

—Me parece que te la has buscado —le había dicho Filisto cuando le ayudó a alzarse.

XX

Los rhegianos discutieron durante la Asamblea la propuesta de Dionisio de tomar por esposa a una de sus hijas, mientras Filisto, que había sido el portador de la petición oficial, esperaba pacientemente.

Había pareceres encontrados: unos sostenían la importancia de contar con un aliado poderoso como el tirano de Siracusa, otros pensaban en cambio que era demasiado peligroso precisamente porque era un tirano y un aventurero y, sí caía, se verían arrastrados a la ruina todos los que formaran parte de su familia. Además, la suerte de Naxos y de Catania había sido bastante triste y, por otra parte, se trataba de calcidenses como ellos, llegados un día lejano de la metrópolis de Calcídica, en Eubea.

No faltaban tampoco los que estaban furibundos por la propuesta, que juzgaban descarada e impúdica, y proponían mandarle a una prostituta como prometida para hacerle comprender la consideración que les merecía. Al final prevaleció la idea más moderada: oponer un rechazo que no pareciese, sin embargo, un insulto.

Filisto, de camino de vuelta, se sentía mal ante la idea de tener que dar a Dionisio una respuesta semejante, que sin duda no le satisfaría. Al ser recibido, notó con alivio que estaba presente también Léptines, señal de que los dos hermanos habían hecho las paces y la tormenta había pasado.

Dionisio no pareció reaccionar con especial desencanto. Se limitó a decir:

—Se arrepentirán de esto.

—Lo siento —añadió Filisto.

—No es culpa tuya. Estoy seguro de que lo has hecho lo mejor posible... ¿Les has dicho que tengo intención de casarme también con otra muchacha?

—No tenía elección.

—En efecto, no la tenías.

—¿Estás seguro de que no puedes contentarte con una sola mujer? Hay tantas muchachas que pueden satisfacerte en la cama... eres el hombre más poderoso al occidente del golfo jónico.

—No se trata de esto. He tomado una decisión y no me echaré atrás, ya lo sabes. Quiero dos mujeres: una italiana y una siracusana. Volverás a partir lo más pronto posible.

—¿Para ir adónde?

—A Lócride. ¿Qué me dices de Lócride?

—Ya, la ciudad de las mujeres...

—Han sido siempre nuestros amigos. Ya verás cómo aceptan.

—Eso espero. Pero ¿y si me dieran a elegir? ¿Qué tipo preferirías?

—¿Rubia, morena? —inquirió Léptines.

Dionisio bajó la cabeza y dijo para sus adentros: Areté.... luego alzó los ojos a la cara de Filisto con una extraña expresión.

—Morena... sí, la prefiero morena...

—¿Nada más? Estoy seguro de que los locrios me presentarán las muchachas más llamativas.

—Caderas altas, bonitas tetas... —añadió Dionisio—. ¿Es que he de decírtelo todo yo? Pero... no tiene mucha importancia, basta con que sea de muy buena familia y con una dote adecuada.

—Naturalmente —asintió Filisto.

—Partirás dentro de veinte días exactos.

—¿Veinte días? ¿Por qué? ¿Qué pasará dentro de veinte días?

—Pasará que estará lista una cosa... Ven, quiero que la veas tú mismo —y salieron.

—¿Un regalo? ¿Un presente especial? —preguntaba Filisto siguiéndole escalera abajo junto con Léptines y el inevitable Aksal. —Espera y verás.

Dionisio se dirigió con paso decidido hacia la entrada del arsenal, mientras Filisto trataba de comprender por la expresión de Léptines qué era lo que querían enseñarle en aquel lugar lleno de humo y de ruido. Llegaron ante un dique cercado por una empalizada y vigilado por unos hombres armados. Dos de ellos abrieron un portón y le hicieron entrar. Filisto se quedó inmóvil, boquiabierto del asombro.

—Una pentera —dijo Dionisio sonriendo y señalando la formidable unidad de combate que descansaba sobre los puntales en el centro del astillero y casi dispuesta para su botadura.

—¿Una pentera? Pero ¿qué significa? —preguntó Filisto.

—Significa una nave de cinco módulos, es decir, con cien remeros más que un trirreme y con un rostro de tres remates de hierro macizo de veinte talentos, el doble de pesado que los que están en uso actualmente. Bonita, ¿no? La he proyectado.

—Es la nave de guerra más grande nunca construida en el mundo —comentó Léptines—. Se llama *Boubaris*.

—Y será la que te lleve a Lócride para que traigas a mi prometida —añadió Dionisio caminando por los costados de la poderosa unidad— Imagínate el asombro de la gente cuando la vea entrar en el puerto, con el mascarón de proa adornado de oro y de plata, con los pendones al viento. Imagina las voces que correrán, los comentarios de los marineros que se difundirán por otros muchos puertos, exagerando las habladurías, el asombro y la maravilla. E imagina cuando vuelvas; lo he dispuesto ya todo. Apenas sea avistada la *Boubaris*, de la casa de mi prometida siracusana partirá un carro con cuatro caballos blancos. Y justo en el momento en que la muchacha descienda de la nave, aquí en el arsenal, por la parte opuesta del palacio llegará la otra en una resplandeciente cuadriga...

Filisto dejó escapar un largo suspiro.

—Bonita ceremonia, ni que decir tiene.

—Pero esto no es todo —añadió Dionisio, y llevó a su invitado a una plataforma desde la cual podían dominar buena parte del arsenal.

—Mira, hay otras veintinueve unidades como esta en construcción.

—Dioses... —exclamó Filisto ya sin habla y paseó la mirada por la extensión de gigantescos cascos en torno a los cuales se atareaban cientos de carpinteros de ribera, calafateadores, carpinteros, cordeleros, armeros, artesanos.

—Y no acaba aquí la cosa —continuó Dionisio—. Hay otras maravillas que ver. Sígueme.

Bajó de la plataforma y se dirigió hacia un lateral del palacio, donde se abría una puerta secundaria que daba a uno de los dos patios interiores.

Filisto le seguía tratando de mantener el paso y de camino charlaba con Léptines.

—*Boubaris*... es un nombre curioso... ¿De dónde lo has sacado?

—Se me ocurrió a mí —respondió Léptines—. Sabes, de chavales teníamos un pato de corral tan gordo y pesado que le llamábamos *Boubaris*, pesado-como-un-buey.

—Un pato... —dijo Filisto meneando la cabeza—. Un pato... ¡vaya!

Entraron en el patio y Filisto se quedó más desconcertado y maravillado aún: había tres máquinas gigantescas montadas en medio del patio, en torno a cada una de las cuales se atareaban una decena de artilleros. Algunos maniobraban los brazos de una argana atada a la cuerda de un arco enorme, que se tensaba. Luego, a una orden precisa del 'efe de equipo, entró el seguro, la cuerda restalló e hizo salir disparado un pesado dardo de hierro macizo que fue a clavarse con un sordo ruido en una tabla de doce pulgares de grueso, traspasándola de parte a parte.

—La hemos llamado «balista». Si apunta contra una fila de infantes, puede causar estragos, y si lo hace contra el costado de una nave puede hundirla, incluso por debajo de la línea de flotación, y desde una distancia de cien pies. Y mira esa.

Señaló una máquina en la que un largo brazo de madera flexible terminaba en un cucharón, que contenía una piedra de quizá más cien libras. Un sistema de arganas la tensaba hasta el extremo de casi romperse y luego la liberaba de golpe. La piedra salió disparada contra un muro de grandes sillares de piedra de lava y lo pulverizó.

—A esta, en cambio, la hemos llamado «catapulta».

—¿También estas las has proyectado tú? —preguntó Filisto estupefacto.

—Sí —respondió Dionisio—, trabajando día y noche, primero en el diseño, luego en los modelos a escala construidos por los arquitectos y por último con los ejemplares acabados que ves ahora. Funcionan a la perfección. Estamos construyendo cincuenta piezas. ¡Los arietes de Himilcón parecerán juguetes a su lado!

—Estás preparando la guerra —dijo Filisto.

—Sí, finalmente expulsaré a los cartagineses de Sicilia entera. Reuniré bajo mis banderas a los supervivientes de Selinonte, Agrigento, Himera y Gela, reuniré mercenarios de todos los países y marcharé hasta Motia y Palermo.

—Es increíble... —murmuró Filisto mirando de nuevo las máquinas que doblaban las ballestas con chirridos siniestros.

—Y todavía no has visto nada —intervino Léptines—. Si no estás demasiado cansado, date una vuelta por la ciudad y no darás crédito a lo que verán tus ojos. Estamos prolongando las murallas en siete estadios, incluidas las Epípolas, que han sido siempre nuestro talón de Aquiles, y estamos construyendo un castillo en lo alto, una fortaleza inexpugnable llamada Euríalo. Una línea de bastiones que hará palidecer a las Murallas Largas de Atenas; será el conjunto de fortificaciones más imponente nunca visto.

—Vamos, entonces —respondió Filisto—, no logro aún imaginarme qué estás haciendo verdaderamente en esta ciudad.

—Te acompañara Léptines —dijo Dionisio—. Yo tengo que ocuparme de probar mis máquinas. Quiero que funcionen a la perfección cuando llegue el momento de alinearlas en el frente de batalla.

Atravesaron el istmo de la Ortigia y se adentraron por la Acradina siguiendo el recinto amurallado que estaba creciendo a ojos vista. Filisto no daba crédito a lo que veían sus ojos. En los dos meses que había estado ausente, la línea de las murallas se había más que triplicado y la ciudad era toda ella una gigantesca obra en construcción. Miles y miles de picapedreros, mozos de cuerda, albañiles, maestros de obra trabajaban al mismo tiempo en todo el recinto amurallado.

—Dionisio ha ingeniado un sistema que obra milagros —explicó Léptines—. Ha dividido el perímetro entero en sectores de un largo de unos cien pies y ha confiado cada sector a un equipo autónomo mandado por un jefe de obra, que tiene la responsabilidad de la ejecución y del progreso de los trabajos. A cada equipo se le paga en función de la extensión del sector de muro que consigue construir, y la compensación va en aumento cuanto más corto es el tiempo empleado en completarlo. Todos trabajan al máximo rendimiento. A los esclavos se les ha prometido incluso la libertad, lo cual les mueve a realizar esfuerzos que de lo contrario serían inimaginables. Trabajan por turnos, día y noche, sin parar nunca, bajo la supervisión de inspectores que deben rendir cuentas directamente a Dionisio, pagando incluso con la vida si la calidad del trabajo no es satisfactoria.

Caminaron durante casi una hora para llegar a las Epípolas y la fortaleza Euríalo, circundada por un foso. Desde ahí podían dominar de un solo vistazo la ciudad con sus barrios nuevos, la larga muralla serpenteante, los dos puertos y la Ortigia.

—Dentro de tres meses todo el recinto y la fortaleza estarán acabados. Siracusa se volverá inexpugnable.

—No creas —respondió Filisto—, pero todo esto no puede pasar inadvertido. En Cartago se enterarán y se prepararán de forma adecuada.

—Yo no lo afirmaré. Hemos hecho rodear de mercenarios el barrio cartaginés. Nadie puede entrar o salir sin permiso. A la menor sospecha hacemos arrestar a la gente y la encarcelamos. Si es necesario, recurrimos a la tortura.

—Estas son las primeras consecuencias nefastas de la guerra —se lamentó Filisto—. Esta gente ha vivido siempre con nosotros comerciando y haciendo negocios con mutuo provecho. Y ahora, de pronto, se convierten en unos enemigos odiosos y peligrosos a los que hay que encerrar, perseguir...

—Fueron ellos quienes empezaron, ¿no? —objetó Léptines.

—Nadie sabe quién fue el primero en empezar, créeme. Y esta guerra se convertirá en un enfrentamiento entre dos razas distintas, la nuestra y la suya, y no se aplacará hasta que una de las dos haya sido aniquilada.

—Eres extraño —dijo Léptines—. ¿De parte de quién estás?

—¿Necesitas preguntármelo? El hecho es que los preparativos que he visto me preocupan. Dionisio está echando unos recursos inmensos en el horno de la guerra, convencido de vencer, pero al otro lado del mar hay un enemigo astuto y esquivo, una gran potencia naval que puede cortar nuestras rutas de aprovisionamiento y comerciales...

—Pero Dionisio quiere también casarse... desea tener herederos. Lo que significa vida, futuro, ¿no crees?

—Ya, lo de las dos mujeres. ¿Puedo saber al menos quién es la elegida aquí en Siracusa?

—Aristómaca —respondió Léptines, poniéndose de improviso serio.

—¿La hija de Hiparinos? No puedo creerlo.

—Ha sido desde siempre un miembro de la Compañía y no de los menos importantes.

—Sí, pero ha sido siempre adversario de Héloris, el padre adoptivo de Dionisio.

—Héloris tendrá que resignarse. Sus hijas, entre otras cosas, son a cuál más fea. Aristómaca es estupenda. Sabes, la conozco desde que éramos unos chavales, jugábamos juntos en el patio de casa. Cuando fui a pedirla por esposa pude contemplarla; es hermosa como Afrodita, tiene un pecho alto y firme, sus manos han nacido para acariciar el cuerpo de un hombre y...

—Ya basta —le interrumpió Filisto—. No quiero siquiera pensar que he oído lo que he oído. Mejor dicho, no lo he oído. Tu hermano te cortaría el cuello si lo supiera.

—Sí... —hubo de admitir Léptines—. Probablemente me cortaría el cuello.

Con la vuelta de la primavera, la *Boubaris* descendió majestuosa al mar hendiendo las aguas con el mascarón como un arado la tierra y levantando dos ondas

simétricas a su paso. Dionisio estaba impaciente por probarla y había hecho llevar a alta mar una nave cartaginesa, capturada en una patrulla en la zona de Selinonte, para que sirviera de blanco. Subieron a bordo tanto Filisto como Léptines y también fue invitado su futuro suegro Hiparinos.

A una señal del navarca, el cómitre comenzó a marcar el ritmo de la boga cada vez más rápido y más intenso. La *Boubaris*, con las velas arriadas, se lanzó a las olas con una potencia impresionante, ayudada también por un ligero viento a favor.

A una orden del navarca los remos lograron una sincronía absoluta; el mascarón puntiagudo penetró en el costado del blanco con enorme fragor y partió en dos la nave cartaginesa. Dionisio y sus amigos estaban firmemente asegurados a la barandilla, pero el momento del impacto fue terrible. Las cuerdas de seguridad desgarraron a todos las ropas y la piel y Filisto a punto estuvo de romperse el espinazo.

Los dos pedazos se hundieron en unos pocos instantes. La *Boubaris* siguió avanzando, luego viró, guiada por los timones de popa, mientras los remos se hundían de nuevo en el mar.

Un grito de exultación se alzó de la tripulación y Dionisio corrió a popa para ver los pocos restos de la nave, que aún flotaban entre las espumeantes olas.

—Niké! Niké! —gritó—. ¡Hemos vencido! La pentera es la nave más temible que surca los mares en nuestros días.

Todos se congratularon, pero Filisto pensaba que los cartagineses no se quedarían sin duda parados como el blanco en espera de ser descuartizados por los siete talentos de hierro de aquel mascarón monstruoso. Pero prefirió no hacer de aguafiestas y se unió también a las ovaciones. Tanto más cuanto que era precisamente la *Boubaris* la que le había de llevar de ahí a pocos días a Lócride para traer a la prometida italiana de Dionisio.

—¿Por qué llamaste a Lócride «la ciudad de las mujeres»? —le preguntó Léptines mientras volvían—. ¿Recuerdas? Después de que regresaste de Rhegion.

—Claro que lo recuerdo. Y si no fueras tan ignorante, no tendría necesidad de explicártelo. Según las antiguas crónicas, mientras los locrios de la metrópolis estaban en guerra, las mujeres, cansadas de estar solas en casa, se fueron a la cama con los esclavos y concibieron hijos, fundando así Lócride. Todas las familias locrias, por tanto, tienen por fundadora a una mujer, y la herencia y los nombres se transmiten por línea femenina. Por eso Lócride es conocida como la ciudad de las mujeres...

Léptines arrugó la nariz.

—Con esta historia de la fundación no me parece de buen augurio casarse con una locria, pero si él está contento...

—Cierto, contento él... —aprobó Filisto.

La *Boubaris* regresó a la dársena e inmediatamente los arquitectos navales que la

habían construido la inspeccionaron hasta el último clavo para ver si la estructura que sustentaba el mascarón tenía alguna resquebrajadura, si el cable de tensión bajo el puente de cubierta se había aflojado aunque solo fuera un poco. Todo estaba en perfecto estado y la quilla, que había sido también alargada en casi veinte Pies, había aguantado perfectamente el impacto. La primera pentera que se hubiera construido nunca se disponía a convertirse en la reina de las batallas.

Volvió a hacerse a la mar pocos días después, para conducir a Filisto a Lócride, donde la prometida de Dionisio había sido ya elegida por decisión de la familia más influyente de la ciudad que había ofrecido a su hija más bella y noble: Doris.

No era en realidad morena, tal como había deseado Dionisio. Era, por el contrario, rubia, de ojos azules, finos y resplandecientes cabellos como hilos de oro, pecho turgente, tan firme que hubiera sostenido el peplo con suprema elegancia; un peplo jónico, ligero como el aire y tan suave que dejaba transparentar el cuerpo.

Sabía muy bien que tenía que compartir al marido con otra, y sin embargo estaba feliz de ir a Siracusa; hubierase dicho una niña yendo a una fiesta. Filisto pensó que quizá su familia debía de ser muy rígida y severa, hasta el punto de que pasar de la potestad del padre a la del marido podía parecerle un alivio, pero luego recordó que en Lócride los cabeza de familia eran mujeres y tuvo que cambiar de opinión. Quizá era precisamente la tradición femenina la que ignoraba aquella forma de posesión exclusiva típica de los varones obsesionados con la idea del dominio. Tal vez estaba contenta porque tendría hijos, o porque yacería con un hombre de quien se decían maravillas y no se planteaba más problemas. Después de todo, la fama de Dionisio hacía pensar que de verdad valía por dos hombres.

Filisto tomó parte durante tres días en festejos y ceremonias de todo género, y entregó, durante una de ellas, el regalo del esposo: un antiquísimo collar de oro y gotas de ámbar grabadas por un gran artista. Luego embarcó a la muchacha junto con la madre y su enorme dote en dinero en metálico, ropas, muebles, joyas, animales domésticos, telas, perfumes, cuadros, estatuas, vajilla antigua y moderna, imágenes sagradas para el culto doméstico.

Entre estas, a Filisto le llamó la atención una estatuilla de Atenea, bastante tosca y primitiva, carente de toda belleza, pero de lo más fascinante, que extrañamente reproducía a la diosa con los ojos cerrados.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Es una reproducción del Paladio, la imagen sagrada de Atenea que volvía invencible a la ciudad de Troya y que fue robada por Odiseo y Diómedes. A los pies del Paladio, la noche de la caída de la ciudad, Áyax Oileo, nuestro héroe nacional, forzó a la princesa Casandra. La diosa cerró los ojos para no ver la matanza. Desde entonces cada año, en expiación por aquella antigua violación, nuestra ciudad manda a Troya a dos de las vírgenes de las mejores familias para servir en el templo de

Atenea Ilíaca.

—¿Has estado también tú, señora mía? —preguntó Filisto.

—No, pero me gustaría mucho ir. Ver la armadura de Aquiles, su tumba y la de Patroclo...

—Eres muy instruida...

—Ya lo sé, para vosotros los dorios una mujer instruida es una especie de escándalo, pero aquí es lo normal. Somos nosotras las mujeres las que dictamos las normas de convivencia y nuestra sociedad es más justa y equilibrada.

—¿Y no tienes miedo de acabar en la cama del más terrible de esos dorios, al que todos llaman el Tirano?

—No —respondió la muchacha con sus ojos azules reidores—. Es más, estoy llena de curiosidad por ver si está a la altura de sus pretensiones.

Hablaron largo y tendido varias veces durante el viaje, de modo que entablaron amistad y Filisto consideró adecuado poner al corriente a la muchacha sobre el tipo de vida que llevaría en Siracusa.

—Ya sabes lo que te espera —le dijo—. Dionisio ha mandado construir dos tálamos adyacentes a su aposento personal y dormirá alternativamente con cada una de vosotras. Pero comeréis y cenaréis los tres juntos, a menos que una se sienta incómoda y quiera quedarse en su alojamiento. Pero os desaconsejaría que lo hicierais más de una o dos veces por año.

—Comprendo —dijo Doris y se apoyó en la barandilla de la nave dejándose acariciar por el céfiro hasta que Filisto la hizo volver a la realidad diciendo:

—Mira: ¡Siracusa!

Aristómaca llegó en un coche tirado por cuatro caballos blancos y conducido por un auriga revestido con una túnica hecha de hilos de púrpura. Sus cabellos eran negros como ala de cuervo con reflejos violáceos y llevaba un peplo de color rojo vivo ceñido con un cinturón de oro.

Doris llegó del puerto en una silla de manos sostenida por ocho esclavos, entre quienes figuraba un etíope que provocó la curiosidad de los presentes. Pero los aplausos de la gente eran para la siracusana y todos deseaban interiormente que fuera ella la que le diera el heredero a Dionisio, a quien ya el pueblo aceptaba como el monarca fundador de una dinastía.

Cruzaron al mismo tiempo la una la puerta de levante y la otra la de poniente de la fortaleza de la Ortigia, de acuerdo a un protocolo ensayado muchas veces por los maestros de ceremonia con la ayuda de figurantes.

La fecha había sido previamente elegida de manera que ninguna de las dos muchachas tuviera aquel día su período.

El esposo lucía un quitón blanco muy sencillo, largo hasta los pies, y llevaba un brazalete de hierro adornado con una sola piedra roja. Decíase que había sido forjado

con el hierro del puñal con el que había dado muerte a los asesinos de su primera mujer, Areté.

A continuación se celebró una doble ceremonia nupcial e inmediatamente después se sirvió un banquete con diez mil cubiertos, al que fueron invitados tanto extranjeros —los oficiales y los suboficiales de los mercenarios—, como ciudadanos de toda condición y rango. Todos notaron la ausencia del padre adoptivo del prometido, el viejo Héloris, que se había sentido a tal punto ofendido por la exclusión de sus dos hijas de la elección de Dionisio que se había marchado al exilio a Rhegion. Allí, a continuación, se puso a la cabeza de los caballeros siracusanos desterrados o que escaparon después de la toma de Etna, que organizaban en aquella ciudad una especie de resistencia armada contra el tirano.

Una vez terminado el banquete oficial, las dos esposas fueron conducidas cada una a su propio aposento, despojadas de sus ropas y peinadas por las doncellas. Un grupo de músicos entonó un himeneo siracusano e inmediatamente después uno locrio.

Dionisio entró primero en la habitación de Doris y la contempló largamente a la luz de la lucerna, porque se había tumbado completamente desnuda sobre las sábanas, exponiendo sus formas gloriosas a la mirada del marido. Había sido instruida por su madre, quien le había enseñado cómo mover las caderas para dar placer al esposo y hacerle descargar en su seno todo su semen, de modo que no quedara nada para la siracusana.

Pero Doris añadió a las enseñanzas de la madre lo que su ingenua y descarada lujuria de muchacha le sugería, y prolongó muchísimo la cópula, halagando al esposo con palabras persuasivas y adulándole de todos los modos posibles para satisfacer su vanidad.

Cuando llegó el turno de la siracusana, Dionisio sabía que la encontraría mal dispuesta por la larga espera y quizá despechada ante la idea de que no hubiera semen para ella. Por eso él se prodigó en rodearla en cambio de tiernas caricias y en satisfacer lo más posible sus sentidos. La besó en los labios, luego en el pecho, en el vientre y por todo el cuerpo y, finalmente, la penetró, pero sin lograr despertar en su cuerpo el transporte que se hubiera esperado. Doris, que escuchaba desde su aposento, se quedó asombrada y en cierto sentido satisfecha de aquel extraño silencio. ¿Acaso era Aristómaca tímida como todas las muchachas dóricas?

Dionisio prometió a la siracusana que a la noche siguiente yacería con ella primero, y la tenía aún en los brazos cuando la puerta se abrió suavemente y apareció Doris, lucerna en mano. Sonrió a ambos y dijo:

—¿Puedo estar con vosotros? Me da miedo dormir sola.

Aristómaca se disponía a reaccionar, pero al ver la mirada divertida de Dionisio cambió de expresión. Doris se acomodó en el lecho y comenzó a acariciar primero a

Dionisio, volviendo a despertar su virilidad exhausta por la larga noche de amor, y luego a la misma Aristómaca. La siracusana se puso tensa, pero no la rechazó para no irritar a su esposo, que parecía en cambio muy divertido por aquel juego.

Fue Doris, la locria, la primera en quedar embarazada.

XXI

Dionisio decidió esperar al final de la cosecha de cereales antes de dar comienzo a la guerra, con objeto de que no hubiera deserciones entre los aliados debidas a las exigencias de la agricultura, y mientras tanto envió a Cartago una embajada con un ultimátum: debían ser devueltos sin pago de rescate los prisioneros y el gobierno de la ciudad debía reconocer la independencia de las ciudades griegas destruidas en las guerras anteriores. Dionisio sabía por sus informadores que la capital púnica se había visto muy debilitada por la peste, pero infravaloró el orgullo del enemigo.

En Cártago, el gobierno se reunió para deliberar y casi inmediatamente decidió rechazar la arrogante imposición del tirano siracusano. Himilcón fue nombrado nuevamente comandante en jefe y encargado de dirigir la guerra con cualquier medio. Se sabía de los grandes preparativos de Dionisio y el temor que se había extendido era que, tras haber conquistado Sicilia, decidiera desembarcar en África. Había que aniquilarle antes de que se volviera demasiado peligroso.

Entretanto, habían llegado a Siracusa los aliados italianos, mientras los rhegianos y mesineses mantenían un actitud entre la indiferencia y la hostilidad. Es más, se temía que Rhegion se aliara con los cartagineses con tal de humillar a la aborrecida potencia de Siracusa. Todo estaba listo: doscientas naves de combate, entre ellas treinta penteras recién salidas del astillero, fueron puestas a las órdenes de Léptines. Erguido en la proa de la *Boubaris* pasó revista a la inmensa armada que levaba anclas para dirigirse rumbo a Drepano, en la Sicilia occidental. Seguían quinientas naves de transporte con víveres, agua y las piezas desmontadas de las nuevas máquinas de guerra.

El ejército de tierra estaba compuesto por cuarenta mil infantes y tres mil jinetes, la armada de casi otros tantos. Entre ellos estaba gran parte de los supervivientes de Selinonte, Agrigento, Himera y los fugitivos de Gela y de Camarina.

Ninguno de ellos había olvidado.

Dionisio les arengó después de haberlos reunido y formado delante de la puerta de poniente.

—¡Hombres! —gritó—. ¡Sicilianos e italianos de las ciudades helénicas de Occidente! Por fin ha llegado el momento de vuestra venganza. ¡Ha pasado mucho tiempo, casi diez años, desde el día en que visteis como arrasaban vuestras ciudades, aniquilaban a vuestros hijos, forzaban y mataban a vuestras esposas! —La voz pareció quebrársele mientras gritaba aquella última frase—. Yo prometí entonces a muchos de vosotros que les devolvería a casa, que reconstruiría sus ciudades, que vengaría a sus muertos.

—Hubiera querido hacerlo mucho antes, creedme, sé perfectamente lo que habéis sentido porque yo mismo lo he sentido en mi propia carne. Yo fui el primero en

socorrer a los selinontinos, estaba en Himera y en Agrigento y sufrí la amarga derrota de Gela, no por mi culpa, sino por la adversa fortuna y por la traición.

—Aquellos de vosotros que aquel entonces tenían veinte años tienen ahora treinta, los que tenían treinta tienen ahora cuarenta, pero estoy seguro de que vuestro odio y vuestra sed de venganza no han hecho sino aumentar en este tiempo, más que disminuir. Sé que combatiréis sin ahorrar fuerzas, que nada podrá detener vuestro ímpetu cuando embracéis el escudo y empuñéis la lanza.

—No es esta una guerra como tantas otras, encuentros sangrientos entre hermanos por mezquinas rivalidades, por pequeños intereses comerciales. Esta es la guerra de los griegos contra los bárbaros, como en Maratón, como en las Termópilas y en Salamina. ¡Como en Himera, y en Cumas, hace ochenta años! Toda Sicilia será griega, como es justo que sea. Fueron nuestros antepasados, que llegaron pobres y hambrientos de ultramar, quienes la transformaron, creando maravillosas ciudades, abriendo puertos y mercados, plantando olivos y sembrando trigo, levantando gloriosos templos a los dioses. Estos templos han sido saqueados y destruidos, las tumbas de nuestros antepasados profanadas, nuestras familias trastornadas y ultrajadas, nuestros hijos reducidos a la esclavitud.

— ¡Ahora basta! Ha llegado el día que os prometí. Desahogad vuestra rabia, hombres, acordaos de lo que padecisteis, recordad los gritos de vuestras mujeres violadas, el desgarró de vuestros hijos, que vieron segada su vida por las calles y en las casas, degollados en las cunas... ¡Vengad vuestro honor!

—No nos detendremos hasta que el último de nuestros enemigos haya sido arrojado al mar, hasta que la odiosa estirpe que ha destruido nuestras ciudades haya sido aniquilada.

— ¡Yo estaré con vosotros, marcharé con vosotros, comeré el mismo rancho, haré frente a las mismas privaciones y os juro, por los dioses de los infiernos y por mis recuerdos más sagrados, que no tendré paz hasta que no haya llevado a cabo esta empresa, aunque me cueste la vida!

Un estruendo acogió las palabras de Dionisio, el fragor de las lanzas golpeadas contra los escudos de bronce, rítmica, obsesivamente.

Pero él hizo una indicación de que deseaba seguir hablando y el fragor se atenuó hasta el silencio.

—Al servicio de los bárbaros —tronó— hay un puñado de traidores griegos, mercenarios que han decidido combatir contra su sangre a cambio de dinero. Yo les digo: «Abandonad a vuestros amos, uníos a nosotros como hombres libres y redimid vuestra vergüenza. ¡Si no lo hacéis pronto, vuestro castigo será tremendo, mucho más duro que el que les espera a los bárbaros! ¡Atentos, estamos llegando!».

Al sonido de sus palabras, que evidentemente debían de haber sido acordadas como señal, resonaron unos agudos toques de trompeta y el redoblar de los tambores

dio la señal de partida, marcando el paso de la marcha.

El gran ejército desfiló entre dos hileras de ciudadanos y de habitantes del interior, llegados de todas partes para asistir al soberbio espectáculo. Dionisio en persona, montado en un caballo negro idéntico al que tenía la primera vez que había luchado contra los cartagineses, caminaba a la cabeza, cubierto gallardamente con una espléndida armadura, acompañado por el gigantesco Aksal y por su suegro Hiparinos, que cabalgaba un caballo bayo de relucientes crines.

Detrás venían los tres mil jinetes en columna de a cinco, y también detrás avanzaba la infantería pesada de línea dividida por ciudades, en medio de un estallido de aplausos, de incitaciones, de cantos.

Como telón de fondo, por las espumeantes olas, desfilaba la escuadra naval, precedida por las gigantes cascos que hendían las aguas con los grandes mascarones de tres remates, afilados como puntas de lanza.

Himilcón se dio cuenta enseguida de que esta vez el desafío era a vida o muerte y lo primero que intentó fue obligar a la flota de Léptines a volver atrás para defender Siracusa. Lanzó un ataque nocturno con una decena de naves ligeras contra el puerto Lakios y la dársena. Llegaron de forma inesperada, incendiaron los astilleros y los cascos de naves en construcción e intentaron un asalto a la fortaleza de la Ortigia, pero los mercenarios peloponesios que habían quedado de guardia en la plaza fuerte reaccionaron con gran coraje y determinación y los obligaron a replegarse. Inmediatamente después los siracusanos enviaron un navío veloz para advertir a Léptines de que el asalto había sido repelido y que no tenían ninguna necesidad de ayuda.

Mientras tanto, Dionisio había llegado al lugar desde donde quería lanzar el ataque a Motia, la plaza fuerte cartaginesa que se alzaba en una isla en el centro de la laguna de Lolibeo, unida a tierra firme por medio de un espigón.

Entre la laguna y mar abierta había otra isla alargada y baja de curiosa forma, de la que derivaba su nombre jarrete de Cabra, que dos estrechos brazos de mar separaban de tierra firme. El muelle había sido construido en sentido sur-norte al objeto de no obstaculizar la navegación, y los habitantes de Motia, apenas supieron que habían llegado las fuerzas enemigas, comenzaron a demolerlo para no dejar una vía fácil de entrada a las murallas.

Entrar en la laguna era relativamente fácil desde el sur, donde la profundidad del mar era suficiente para permitir el paso de las grandes naves de guerra, pero de hecho imposible por el norte, donde las aguas eran demasiado someras, con bajíos y ciénagas que solo los marineros fenicios y cartagineses del lugar conocían a la perfección. Léptines se detuvo en Drepano —el puerto de Érice, una ciudad de los élimos, que estaban habituados a acoger a todos aquellos a los que no estaban en condiciones de rechazar—, luego dividió la flota en dos: las naves de transporte fueron

ancladas al sur, del lado del promontorio de Lilibeo; la flota de guerra entró, en cambio, en la laguna y atracó en las cercanías del promontorio septentrional, no muy distante del punto de inicio del muelle que unía Motia con Sicilia y que los motianos habían demolido parcialmente.

Dionisio dejó a la marina la tarea de restaurar el muelle y de comenzar el montaje de las máquinas de guerra y él mismo, a la cabeza de las tropas de tierra, invadió el territorio de Palermo y de Solunto, devastando los campos y saqueando las haciendas. Trató también de tomar al asalto las ciudades élimas de Segesta y de Entelia, aliadas de los cartagineses, pero sin lograrlo. A continuación decidió regresar ante Motia para volver a asumir personalmente el mando de las operaciones.

Entretanto, Himilcón, que ponía rumbo hacia alta mar, era constantemente informado de la evolución de las operaciones por los marineros motianos. Supo así que Léptines había varado sus naves para emplear a sus tripulaciones en la reconstrucción del muelle y lanzó a su flota al ataque.

Encontró primero a las naves de carga, en la zona de Lilibeo, y hundió a un buen número de ellas, pero al hacerlo echó a perder el efecto sorpresa. Léptines y Dionisio fueron informados de que se aproximaba la flota enemiga y mandaron dar la alarma y llamar a reunión a los marineros. Las naves fueron arrastradas al agua con grandes prisas y las tripulaciones lograron ocupar sus puestos a bordo antes de que Himilcón pudiera caer sobre ellos.

Léptines mandó por delante a un par de embarcaciones ligeras de reconocimiento y las noticias con que volvieron no alegraron a nadie.

—Están dispuestos en abanico con la proa mirando al norte y cierran la entrada de la laguna. Hemos caído en una trampa —contaron los exploradores.

—Todavía no —repuso Léptines—. ¿Dónde está mi hermano?

—El comandante está en el cuartel general.

—Entonces, llevadme allí.

Léptines se dejó caer dentro de la chalupa a remolque del *Boubaris* y alcanzó el cuartel general en la entrada del estrecho septentrional para dar cuenta de la situación.

Dionisio puso cara sombría.

—Yo habría mantenido un contingente de la flota fuera de esta maldita laguna. ¿Ahora qué hacemos?

—Lancemos las penteras y partámoslos en dos.

—En absoluto. Es justo lo que ellos quieren. Se han situado en ese estrecho paso para que nosotros no podamos desplegar nuestra superioridad numérica. Y no quiero exponer a nuevas unidades en una situación tan desventajosa. Las penteras necesitan espacio para maniobrar.

—¿Y a mí me lo dices? Yo soy el comandante de la flota —soltó

Léptines.

—Y yo soy el comandante en jefe. ¿Acaso lo has olvidado? —gritó más fuerte Dionisio—. ¿Es posible que tengas siempre que embestir con la cabeza gacha como un toro? Un movimiento equivocado y estamos jodidos. ¿Has olvidado cómo fueron las cosas en Gela? Estaba todo dispuesto de antemano, todo previsto, y al final perdimos. Tenemos la más grande flota y el más grande ejército que la nación griega haya reunido jamás: no podemos fracasar, ¿has comprendido? Precisamente ahora que el muelle está casi listo...

—Ahora oigamos como piensas arreglártelas, heguemon —replicó Léptines, pronunciando aquel apelativo con un tono irónico—, en vista que no se sale por el norte y si alguna nave encalla bloqueará a las demás.

Dionisio permaneció en silencio durante unos momentos, luego dijo:

—Pasemos por tierra.

—¿Qué?

—Sí. Construyamos una grada, la lubricaremos con grasa y arrastraremos las naves, una por una, hasta hacerlas descender al mar por la parte opuesta del promontorio.

Léptines meneó la cabeza.

—¿Y esta te parece una buena idea? No podremos poner en el mar más que una nave por vez. Si los cartagineses lo advierten, las hundirán una por una, a medida que vayan entrando en alta mar.

—No —respondió Dionisio—. Porque encontrarán una sorpresa esperándoles.

—¿Una sorpresa?

—Haz levantar una compuerta de mimbres y follaje en la orilla que da a mar abierta, de trescientos pies de largo y veinte de alto y verás.

Los trabajos dieron comienzo enseguida; mientras un grupo de marineros levantaba la compuerta, cientos de carpinteros ponían manos a la obra para construir la grada, una guía hecha de dos vigas paralelas de madera de pino que, partiendo de la orilla de la laguna, atravesaba el promontorio hasta descender a mar abierta del otro lado. Otros hacían disolver en grandes calderas grasa de cerdo y sebo de buey, con los que se untaban las guías para favorecer el deslizamiento. Las naves fueron primero alineadas en la grada y luego arrastradas con cabos, cada una por su propia tripulación, ciento cincuenta hombres de cada lado.

La construcción de la grada no era visible desde Motia, pero, cuando las naves empezaron a ser arrastradas a través del promontorio, los centinelas se dieron cuenta de lo que estaba pasando y comunicaron a Himilcón que el ratón estaba huyendo de la ratonera. El almirante púnico dio orden de izar velas, de meter los remos al mar y avanzar hacia septentrión, con la isla jarrete de Cabra a la derecha. De este modo permanecerían ocultos a la vista hasta el último momento y cuando los siracusanos se dieran cuenta de su llegada sería demasiado tarde.

Desde la nave capitana Himilcón indicaba a sus unidades que avanzaran simultáneamente y no se dispersaran, porque quería un impacto masivo y sincronizado contra las naves enemigas. Cuando aparecieron a la vista, Himilcón pudo contarlas: eran unas sesenta y por tanto la relación de fuerzas le era muy favorable. Una vez aniquiladas aquellas, desembarcaría, destruiría la grada e inmovilizaría a las restantes en la laguna, hasta hacerlas pudrirse u obligarlas a combatir.

Una vez doblado el cabo norte de la isla, viró resueltamente a derecha hacia la costa y cuando estuvo a la distancia adecuada ordenó a los cómitres el ritmo de boga para embestir con el espolón. En aquel momento las naves enemigas que tenían la proa mirando al oeste viraron a derecha como si quisieran tomar hacia el norte y también Himilcón ordenó la misma maniobra. Al hacer esto ofreció el flanco a la costa, en la que aparecía ahora, muy visible, una extraña estructura: una especie de compuerta hecha de cañas, esteras y hasta velamen de naves. Y sucedió lo imprevisible: la compuerta fue cayendo, segmento a segmento, revelando una línea de monstruos mecánicos nunca antes vistos, ingenios ya en posición de disparo con decenas de armeros en sus puestos de combate. Sonó una trompeta y, una tras otra, las enormes máquinas entraron en acción. La flota de Himilcón fue sometida a una lluvia de piedras lanzadas por las catapultas; las batistas, en cambio, reguladas para el tiro bajo, dispararon una nube de dardos de hierro macizo que hundieron las quillas bajo la línea de flotación y barrieron las cubiertas, sembrando muerte y terror.

Las máquinas habían sido reguladas para un lanzamiento alternado: tras las batistas disparaban las catapultas, mientras las primeras volvían a cargar.

Al mismo tiempo, la flota que había atravesado el promontorio realizó un amplio viraje para colocarse en posición de ataque con el espolón, pero mientras tanto Léptines había salido por el brazo sur de la laguna, arrollando a las pocas fuerzas que había para defenderlo con las treinta penteras seguidas de las otras naves, a fin de encerrar en una trampa a la flota de Himilcón.

Sin embargo, el almirante cartaginés, advertido por las señalizaciones de los motianos, viró de rumbo, evitó el mortífero disparo de la artillería y alcanzó alta mar, evitando así en una exhalación verse bloqueado entre el contingente de Dionisio y el de Léptines.

Al hacer esto, abandonó a Motia a su propia suerte; ese fue el agradecimiento para quienes le habían salvado del desastre total.

Gritos de alegría estallaron desde las toldillas de las naves griegas y desde la costa, donde los armeros habían hecho una demostración excepcional de sus formidables máquinas de guerra.

Desde las torres de Motia, los defensores de la ciudad observaron angustiados cómo la flota cartaginesa se perdía en el horizonte mientras, por la parte opuesta, las

gigantescas máquinas que la habían puesto en fuga eran arrastradas hasta el inicio del muelle, que ahora unía nuevamente tierra firme con su isla. Sabían ya que morirían todos. Solo era cuestión de tiempo.

Dionisio dio la orden de atacar una mañana de finales de verano, despejada y tersa después de una noche de viento, y las máquinas de guerra avanzaron a lo largo del muelle chirriando y rechinando.

Las ballistas y las catapultas fueron las primeras en entrar en acción, ya desde el tramo final del muelle, tomando por blanco los bastiones de la ciudad y causando estragos entre los defensores; luego fueron a emplazarse en la parte norte de la isla, donde había más espacio, y dejaron el puesto a los arietes y a las torres de asalto.

Los habitantes de Motia sabían perfectamente qué era lo que les esperaba. Muchos de ellos habían tomado parte en las matanzas de Selinonte y de Himera y se prepararon para una defensa a ultranza. También ellos habían preparado eficaces contramedidas. Desde algunas torres de madera hicieron deslizarse de repente hacia el exterior unos largos maderos en balancín, de los que había colgados unos cajones desde los que los soldados lanzaban hacia las máquinas de los atacantes tinajas llenas de aceite y de nafta encendidos. Desde la otra formación se tomaron medidas para revestir las máquinas con pieles recién despellejadas y para apagar los conatos de incendio con cubos de agua de mar que pasaban de hombre a hombre con gran rapidez.

Durante cinco días consecutivos las murallas fueron el blanco de las máquinas de guerra, hasta que finalmente uno de los arietes consiguió abrir una brecha en el sector nororiental del recinto. Se adelantaron las torres de asalto que lanzaron pasarelas, y los griegos se precipitaron a través de la abertura penetrando en la ciudad, pero los motianos, favorecidos por las calles estrechas, presentaron una resistencia encarnizada batiéndose con rabiosa determinación casa por casa, callejón por callejón, levantando barricadas y arrojando todo tipo de proyectiles desde lo alto de los edificios que se alzaban como verdaderas torres hasta una altura de tres o cuatro pisos.

Los choques cada vez más feroces y sangrientos se prolongaron durante días y días. Los ataques comenzaban al amanecer, duraban sin cesar la jornada entera y solo se interrumpían al descender las tinieblas, pero a pesar de ello los progresos de los atacantes eran modestos. Dentro de aquel dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas entre casas altísimas, les era casi imposible a los atacantes desplegar su superioridad numérica y la potencia de su armamento.

Al final Dionisio tuvo una idea. Reunió en su tienda a los jefes de los fugitivos selinontinos, himereses, geloas y agrigentinos, a su hermano Léptines y al jefe de los incursores, su viejo amigo Biton.

—Hombres —comenzó diciendo—, los motianos se han acostumbrado a nuestros

ataques diarios y cada vez tienen tiempo de preparar nuevas formas de resistencia. Sus barricadas, levantadas en los estrechos callejones entre las altas paredes de las casas, son prácticamente insuperables. Sin embargo, los motianos, saben ahora que nuestros ataques se producen siempre de día y desde la torres de asalto a través de la misma brecha porque no hay espacio para emplazar torres en otros puntos de las murallas. Por tanto, hemos de sorprenderles... —Pidió que le dieran la lanza de uno de sus guardias y comenzó a trazar con la punta un esquema en la arena—. Atacaremos de noche, con escalas, en un punto completamente distinto. Aquí. Seréis vosotros quienes llevaréis a cabo la empresa. Una vez en las murallas deberíais dar cuenta fácilmente de los pocos centinelas que normalmente se encuentran en esa zona, tras lo cual os procuraréis otras escalas y las emplearéis a modo de pasarelas para llegar a los terrados de las casas más próximas a las murallas. Entraréis por los tragaluces y sorprenderéis a los habitantes durmiendo. Otros guerreros vendrán detrás de vosotros y tomarán el control de un sector cada vez más amplio de las murallas. Una flecha incendiaria será la señal de que vuestra empresa ha tenido éxito y en ese momento lanzaremos un asalto con el grueso de nuestras fuerzas, por el lado de la brecha. Los motianos no sabrán de qué parte defenderse, cundirá el pánico Y la ciudad caerá en nuestras manos. ¿Os veis con valor para lograrlo?

—No pedimos nada mejor —respondieron los comandantes.

—Muy bien. Léptines os hará trasladar con pequeñas embarcaciones de fondo chato, pintadas de negro. Las armas pesadas no os servirán; equipos de peltatas para todos, coseletes y escudos de cuero. El ataque tendrá lugar esta misma noche, porque hay luna nueva y porque podemos reducir al máximo el peligro de que la noticia se filtre. Ha llegado el momento de que os toméis cumplida venganza. Que los dioses os asistan.

—¿Lo conseguirán? —preguntó Léptines cuando hubieron salido.

—Estoy seguro —respondió Dionisio—. Y ahora vamos. Yo me quedare en espera de vuestra señal.

Léptines los desembarcó en un punto en que las murallas eran casi lamidas por el mar y estaban muy distantes de la brecha y, por tanto, bastante poco vigiladas. El primer grupo de incursores apoyó la escala y subió con gran sigilo. Pasó poco rato y dos de ellos se asomaron haciendo señal de que apoyaran las otras. El camino estaba expedito. Al cabo de poco unos cincuenta guerreros estaban sobre las murallas. Divididos en dos grupos, limpiaron la barbacana de los pocos centinelas en un tramo de un centenar de pies. Algunos de ellos se pusieron las armaduras de los motianos muertos y ocuparon sus puestos. Eran selinontinos que hablaban también su lengua.

Los otros siguieron haciendo subir a sus compañeros por las escalas de estacas hasta que se reunieron sobre las murallas cerca de doscientos hombres. Unos cincuenta de ellos se quedaron defendiendo el punto de subida, por el que seguían

llegando sin descanso los guerreros desembarcados por las balsas de Léptines. Los otros descolgaron horizontalmente algunas escalas sobre las azoteas de las casas más adosadas a las murallas y comenzaron a pasar sobre ellas usándolas a guisa de puente. Luego abrieron las lucernas de las habitaciones y descendieron al interior.

Sorprendidos mientras dormían, los habitantes fueron exterminados. Una veintena de hombres defendieron las azoteas, luego las escalas fueron apoyadas en otras casas y los asaltantes procedieron a su misión mortífera. Cuando se dio la alarma y los motianos se agolparon armados en las calles, empuñando antorchas y gritando con grandes voces para despertar a sus compañeros, algunas casas eran ya presa de las llamas y muchas otras estaban ocupadas por los enemigos, que mantenían vigilado el acceso por las murallas y seguían haciendo subir a otros compañeros.

Biton lanzó la señal convenida y Dionisio, ya listo en el muelle, hizo avanzar las torres de asalto y mandó adentro, por la brecha, a miles de guerreros que arrollaron a los pocos cientos de defensores que habían quedado de guardia.

En poco rato, las voces contradictorias de ataques múltiples en varias partes del recinto amurallado hicieron cundir el pánico dentro de la ciudad y los motianos se desparramaron en todas direcciones, muchos para defender las barricadas que cerraban la entrada a los callejones en los que vivían sus familias. Cuando el baluarte común aparecía perdido, cada uno se replegaba en el baluarte más particular, hasta que muchos se encontraron, como ya les sucediera a los selinontinos muchos años antes al defender las puertas de sus propias casas. Eran precisamente los selinontinos los más desenfrenados junto con los himereseos. Los gritos desgarradores que herían sus oídos les traían otros a la mente, los de sus esposas e hijos moribundos, los de sus compañeros muertos o torturados. Echando espumarajos de rabia, fuera de sí por la excitación sanguinaria de la refriega, alterados por el fulgor de las llamas, se entregaron a una espantosa carnicería y al saqueo de aquella floreciente ciudad, centro de rico comercio entre África y Sicilia.

Dionisio, que había esperado hacer muchos prisioneros para venderlos como esclavos y recuperar así parte de los gastos de guerra, se dio cuenta de que había instigado en exceso a sus guerreros y trató de ponerle remedio. Mandó por todas partes heraldos que gritaban en fenicio a la población que se refugiara en los templos que también los griegos respetaban, los de Heracles-Melqart, el de Hera-Tanit y el de Apolo-Peshef. De este modo muchos se salvaron y también otros cuando los oficiales comenzaron a perdonar la vida a los prisioneros.

A la puesta del sol, la ciudad estaba bajo completo control y los prisioneros eran hacinados en las plazas, atados y encadenados, para ser llevados al campamento griego en tierra firme. Había entre ellos un buen número de guerreros griegos que habían luchado del lado de los motianos. Eran en gran parte residentes que vivían desde hacía tiempo pacíficamente con los habitantes de la ciudad, desarrollando sus

actividades, en las que descollaban, de artesanos, arquitectos, escultores, bronceístas, decoradores, tejedores. A uno de ellos, un escultor italiano de Medma, un rico comerciante le había encargado algún tiempo antes una magnífica estatua de mármol que representaba a un auriga con el típico traje púnico. Este, viendo que los griegos se ensañaban con todas las imágenes y las estatuas que representaban a cartagineses o fenicios, la había arrastrado, al recrudecerse la batalla, detrás del muro del recinto de su taller y la había enterrado a toda prisa debajo de un montón de desperdicios, no pudiendo soportar la idea de que su maravillosa obra fuera hecha pedazos por la furia guerrera.

Poco después fue apresado y llevado con los otros al campamento.

Entre estos griegos de Motia se habían distinguido su comandante, un tal Deimenes, que fue llevado a presencia de Dionisio.

El caudillo siracusano mandó salir a los presentes y acto seguido le hizo sentar. Sangraba por sus muchas heridas, tenía el rostro ennegrecido por el humo, la piel quemada por las llamas, los pies llagados.

—¿Qué debo hacer de ti y de los tuyos —comenzó diciendo Dionisio—, griegos que habéis preferido combatir al lado de los bárbaros contra vuestra misma sangre?

Y citó una frase de Heródoto de las *Historias*: «*Medízeín... hellenes eontes*».

—Hemos luchado por nuestra ciudad —respondió Delmenes con un hilo de voz.

—¿Por vuestra ciudad? —aulló Dionisio.

—Sí, porque hemos vivido largo tiempo en paz y en prosperidad. Aquí nacieron nuestros hijos. Aquí teníamos el trabajo, la casa y los amigos. De esta gente provienen nuestras mujeres y sus familias a las que estábamos ligados por sentimientos profundos. La patria es el lugar en el que vivimos, en el que tenemos los afectos. No hemos traicionado a nadie, heguemon, no hemos hecho otra cosa que defender a nuestras familias y nuestras casas. ¿Tú qué habrías hecho?

—¿Y qué me dices de los habitantes de Selinonte y de los de Himera? —replicó Dionisio—. ¿No vivían acaso también ellos en paz cuando fueron atacados por tus bárbaros y hechos pedazos? Era gente que hablaba tu misma lengua, que creía en tus mismos dioses...

El continuo gotear de la sangre de las heridas había creado una amplia mancha roja a los pies de Deimenes que respondió cada vez más débilmente:

—Hace ochenta años Selinonte luchó al lado de los cartagineses contra Agrigento y Siracusa... Se apela a los dioses, a la lengua y a las costumbres comunes solo cuando conviene y tú lo sabes muy bien... Cuando predomina otro interés nadie se acuerda ya de ellos... Perdónanos la vida, heguemon, muestra clemencia, y serás recordado como un hombre magnánimo.

Dionisio permaneció en silencio durante un rato mientras la mancha de sangre en el suelo continuaba ensanchándose, se transformaba en un riachuelo que corría, por la

inclinación del terreno, hacia sus pies.

—No puedo —dijo al fin—. Tengo que dar un escarmiento. Y debe ser un escarmiento terrible.

Deimenes fue crucificado en el muelle y con él todos los griegos que habían luchado en defensa de Motia. Los otros fueron vendidos como esclavos.

XXII

Dionisio regresó a Siracusa antes de que llegara el mal tiempo. Biton quedó de guarnición en Motia con una parte de los mercenarios y Léptines permaneció con ciento veinte naves de la flota, con el cometido de interceptar y hundir a cualquier nave cartaginesa que intentase un desembarco. El programa de Dionisio era volver al año siguiente con una nueva expedición y atacar a las otras ciudades púnicas de la isla —Palermo, quizá, y Solunto— y por esto no quería que llegase ayuda alguna de África.

Filisto salió a recibirle a la entrada de la ciudad con un pequeño cortejo de notables, pero el verdadero recibimiento se lo tributó la población mientras pasaba por las calles y por el ágora, directo a la Ortigia. Le aclamaban como a un héroe y él se sintió finalmente satisfecho, colmado por lo que había deseado y perseguido durante tantos años.

—Las cosas han ido como querías —le dijo Filisto al entrar aquella noche en su alojamiento privado.

—Por ahora sí. Solo espero que Léptines no cree problemas. Es demasiado fogoso, vehemente, no reflexiona lo suficiente. Y en la guerra el mínimo error puede costar muy caro.

—Es cierto, pero Léptines es así y fuiste tú quien le confió el mando supremo de la flota.

—¿A quién si no? Es mi hermano.

—En efecto. Este es el problema para quien gobierna solo. No puede confiar en casi nadie, por eso debe esperar que sus parientes más estrechos, fatalmente destinados a convertirse también en sus más estrechos colaboradores, estén a la altura de sus cometidos.

—También están los amigos de la Compañía, como Biton, que ocupa Motia...

—Como Yolao... y como Dorisco —agrego Filisto—, antes de que lo matasen.

—Y también tú, si no me equivoco —añadió Dionisio—. Si querías echarme un discurso sobre la soledad del tirano puedes darte por satisfecho. Sí, algunos de mis mejores amigos están muertos, de todos modos no estoy solo: tengo otros muchos y tú mismo has podido ver cómo me ha recibido el pueblo.

—El pueblo... te hará pedazos y te echará a los perros tan pronto como la fortuna te dé la espalda y te falte el dinero para pagar a los mercenarios. Lo sabes muy bien.

—Pero esta es la gran innovación, ¿es que no lo comprendes?

Los mercenarios saben que sus generosas pagas y sus prerrogativas dependen de mí y yo sé que mi seguridad depende de ellos. Es una relación basada en la conveniencia y el interés mutuos. La más sólida.

—¿Por esto me has nombrado el último en la relación de tus amigos? —preguntó

Filisto en tono burlón.

—Porque estás aquí, presente —respondió Dionisio—. ¿No te parece obvio?

—Claro, claro... Pero te veo cambiar cada día y no precisamente para mejor. Has hecho matar a los residentes griegos de Motia.

—¡No me han dado otra elección! —gritó—. Les hice saber que podían pasarse a nuestro lado. ¡Ellos se lo han buscado!

—Lo has querido tú —replicó Filisto, impasible.

—¡Maldita sea! —espetó Dionisio—. Otra vez con las influencias de ese sofista ateniense...

—Sócrates ha muerto —respondió Filisto a secas—. Y no era un sofista.

—¿Muerto?

—Sí. Y hace bastante tiempo. ¿No lo sabías? Le condenaron a tomar cicuta.

—Ah —respondió Dionisio—. ¿Y bajo qué acusación?

—De pervertir a la juventud y de introducir nuevas divinidades. Sucedió después de que Trasíbulo perdiera el poder en Atenas.

—Una acusación extraña. Es evidente que detrás había alguna otra cosa. De todos modos, tu filósofo fue condenado por un gobierno democrático. Como ves, también una democracia puede ser tan intolerante y liberticida como el gobierno de un hombre solo. Mejor dicho, más. Yo no mato a los filósofos, por más que no los soporte.

Filisto no dijo nada y Dionisio cambió de conversación.

—¿No ha sucedido nada en mi ausencia? ¿Novedades?

—Todo en orden. Los trabajos han sido ultimados, también en la fortaleza Euríalo, la gente está bastante tranquila, a los exiliados de Rhegion no se los toman por el momento muy en serio.

—¿Nada más?

—Sí, una visita.

—¿De quién?

—Un ateniense, se llama Jenofonte. Tiene más o menos tu edad. Era un discípulo de Sócrates...

—Entonces, mándalo a hacer gárgaras.

—Es alguien que llevó a cabo una empresa increíble... Mandó la retirada de los Diez Mil.

—¿Él? ¿Ese que llegó hasta Babilonia y que luego... ?

—El mismo.

Dionisio suspiro.

—Quería pasar esta noche con mis mujeres. Imagino que tendrán ganas de verme y yo deseo verlas a ellas.

—Puedes hacerlo tranquilamente. Las muchachas se divertirán muchísimo escuchando semejantes aventuras increíbles. No tienen muchas distracciones...

—¡Me tienen a mí, por Zeus!

—Tú no eres una distracción.

—Cierto. Pero, entonces, debes estar presente también tú.

Filisto asintió.

—Claro que lo estaré. No quiero perderme ese relato. Es la más grande aventura de todos los tiempos, que yo sepa.

—Un ateniense que vive en Esparta y es amigo personal del rey Agesilao. Los espartanos han derrotado y humillado a tu ciudad. ¿Qué debo pensar de ti? —preguntó Dionisio.

Jenofonte le miró fijamente con sus ojos claros e inexpresivos. Era un hombre apuesto, de físico atlético, anchos hombros, barba bien cuidada, melena espesa y muy oscura, ni demasiado larga ni demasiado corta, elegante pero no acicalado. En una palabra, un conservador.

—Han sido los demagogos aventureros quienes han llevado a la ruina a mi ciudad. Los conservadores siempre han buscado un entendimiento con Esparta, y de haber sido por ellos esta guerra no se habría producido nunca. Admiro a los espartanos y comparto sus valores de frugalidad, honor y moderación.

Dionisio asintió por cortesía, luego miró a Aristómaca y a Doris y comprendió que se aburrían oyendo hablar de política. Así pues, fue al grano.

—Parece que viviste una aventura increíble. Nos gustaría escucharla, aunque muchos te lo habrán pedido ya.

Jenofonte se mandó al colete un sorbo de vino y comenzó:

—Cuando los demócratas al mando de Trasíbulo reconquistaron Atenas con un golpe de mano militar, yo me encontré combatiendo en el bando equivocado. A los veintisiete años no tenía ya un futuro político en mi ciudad, por lo que acepté la invitación de un amigo mío que se había enrolado como oficial mercenario a las órdenes de Ciro, el hermano menor del emperador de los persas. Ciro quería derribarlo y convertirse en emperador en su lugar y pidió ayuda a los espartanos.

—La tentación para ellos era grande. Esparta ganó la guerra contra Atenas gracias en parte al dinero que le proporcionaba Ciro de continuo. Si luego se convertía en rey en vez de su hermano, le debería el trono a quien le hubiera ayudado. Por otra parte, el gobierno espartano era aliado oficial del Gran Rey y no podía permitir que se descubriera que ayudaba a su hermano menor en un intento de usurpación. Así se encontró la manera de lanzar la piedra y de esconder la mano, como se suele decir.

Dionisio le interrumpió.

—Déjame adivinarlo: los espartanos le hacen saber a Ciro dónde había un ejército mercenario disponible y mientras él lo enrolaba le dieron la espalda.

—Más o menos, pero no se limitaron a esto. El comandante de este ejército mercenario, un hombre duro llamado Clearco, era buscado oficialmente por

homicidio en Esparta, pero en realidad era un agente espartano.

—Genial —comentó Dionisio—. Y luego dicen que los espartanos son burdos.

—Pero cuando nosotros estábamos ya casi en Siria, mandaron por vía marítima a un oficial regular, un comandante de batallón llamado Querísofo.

—He oído hablar de él a uno de mis mercenarios. Parece que era un oficial excelente.

—Y un querido amigo... El mejor que yo haya tenido nunca.

Aristómaca y Doris intercambiaron comentarios en voz baja, probablemente sobre el aspecto del invitado, que reanudó su narración.

—El objetivo de nuestra expedición era secretísimo, pero cuando llegamos al desierto de Siria los soldados se plantaron; dijeron que no darían un paso más si no se les decía adónde se iba y a hacer qué. Ciro tuvo que descubrir su plan; dijo la verdad y prometió a todos la riqueza para el resto de su vida. Fue fácil convencerlos y así nos adentramos en aquel inmenso país. A menudo íbamos de caza: avestruces, gacelas y antílopes, ayutardas. Había animales de todo tipo...

—¿También leones? —preguntó Doris.

—Los hay, pero nosotros no encontramos ninguno. Las partidas de caza continuas casi los han exterminado. Vimos cosas extraordinarias: el manantial de bitumen de Karmanda, que desemboca en el Eufrates, palmeras altísimas con grandes y sabrosos dátiles y otros muchos árboles frutales.

—¿Estuviste en Babilonia? —preguntó Dionisio.

—No —respondió Jenofonte—, pero llegamos cerca... Una mañana, en las proximidades de una aldea llamada Kunaxa, apareció ante nosotros de improviso el ejército del Gran Rey. Eran cientos de miles, infantes y jinetes de muchas naciones: persas, etíopes, carducos, asirios, medas, mesinecos, armenios. Levantaron una gran polvareda, una nube blanca, a lo largo de cuatro o cinco estadios a través de la llanura. Luego cuando comenzaron a acercarse, aparecieron las filas, centellearon las armas y los escudos, se dejaron oír gritos salvajes en todas las lenguas, redoblaron los tambores. Avanzaron los carros de guerra de ruedas falcadas, construidos para segar la vida de los hombres como si fueran espigas de trigo... Era un espectáculo espantoso...

—¿Y vosotros qué hicisteis? —preguntó Dionisio poniendo personalmente de beber a su invitado.

—Ciro quería que atacásemos al centro para dar muerte al rey. —Es decir, a su hermano —comentó Dionisio.

—Exactamente. Para ellos es algo normal, se trata de cuestiones dinásticas. Pero Clearco se negó y atacó todo recto delante de él. Conseguimos romper el frente y volvimos por la tarde al campo de batalla pensando que habíamos vencido, pero encontramos el cuerpo de Ciro decapitado y empalado...

Doris y Aristómaca parecieron impresionadas por aquella imagen.

—Quizá sea mejor que estas dos señoras se retiren —dijo Filisto, que no había dicho nada hasta aquel momento—. Creo que a partir de ahora el relato será muy impresionante y una de ellas está embarazada.

Aristómaca, que no lo estaba, agachó la cabeza, luego dijo orgullosamente:

—Yo puedo quedarme.

Dionisio hizo un gesto de que estaba de acuerdo y Doris fue conducida por las doncellas a su aposento.

Jenofonte reanudó su relato, narrando la interminable retirada de la que había sido protagonista, en pleno invierno, a través de Armenia y el Cáucaso.

Desfilaron ante los ojos de los mudos oyentes paisajes grandiosos y terribles, ciudades muertas, ríos de aguas turbulentas, picos excelsos cubiertos de nieve que horadaban el cielo, y también los combates a vida o muerte con salvajes feroces, escenas de tortura, saqueos ejecuciones sumarias, fugas precipitadas...

Jenofonte era un narrador formidable, y mientras hablaba sus ojos cambiaban de expresión y casi de color. Era como si reviviese las cosas que estaba contando. Describió el interminable vagabundeo sin meta por un inmenso desierto de nieve, los hombres que morían congelados, muchos que se habían quedado ciegos a causa del sol de las alturas, los muertos insepultos, los heridos y los enfermos abandonados.

Y finalmente llegó al epílogo de aquella marcha desesperada.

—Estaba yo en la retaguardia con mi destacamento de jinetes cuando oí un ruido, gritos procedentes de la cabeza de la columna. Pensé que nos habrían atacado y salté sobre el caballo espoleándolo a toda velocidad seguido de mis hombres, y a medida que avanzábamos veía a mis compañeros gritar, llorar, arrojar al aire las armas como locos de alegría. Y el grito se hacía cada vez más fuerte y próximo y resonaba entre aquellos picos nevados: «¡El mar! ¡El mar!». —Jenofonte suspiró—. Estábamos salvados. O al menos eso creíamos...

Le escucharon hasta una hora tardía, cuando todos se retiraron cansados de la larga velada. Dionisio hizo acompañar al invitado a su aposento y luego fue a donde estaba Aristómaca. Aquella noche era su turno.

Al día siguiente almorzó con Jenofonte y acompañado de Filisto.

—Me habían dicho que comíais tres veces al día —dijo el huésped—, pero pensaba que eran simples habladurías.

—Y que no dormíamos nunca solos —añadió Dionisio sonriendo—. Esta es la costumbre aquí en Occidente. Sé que en Esparta se contentan con su sopa de caldo negro para cenar y nada más. Me pregunto cómo pueden tener fuerzas para marchar y combatir.

—Su organismo está acostumbrado desde hace siglos a exprimir toda la energía de una comida pobre y sencilla. De este modo su mantenimiento es bastante poco

costoso. Además, nadie conoce la receta del caldo negro. No se sabe qué contiene.

—Y me dicen que duermen con la mujer un par de veces al mes en total. Pero ¿es cierto?

—Muy cierto —confirmó Jenofonte.

—¡Ah! Esto no es vida. Yo tengo dos mujeres, como has podido ver, las dos me hacen compañía y ninguna se queja.

—Sería más correcto decir que ninguna se atreve a quejarse —observó irónicamente Filisto.

Jenofonte hizo un mohín que habría podido ser una sonrisa.

—Ya sé que vosotros los de la metrópolis nos consideráis medio bárbaros a nosotros los de las colonias. Pero os equivocáis. El futuro del helenismo está aquí. Es aquí donde están los recursos, los hombres, las ideas innovadoras. Deberías ver nuestras naves, nuestras máquinas de guerra. Hoy Filisto te enseñará las fortificaciones... Cuando vuelvas a Esparta, cuenta lo que has visto entre nosotros.

—Lo haré sin duda —respondió Jenofonte—. Es cierto que vuestras costumbres pueden sorprender a alguien, pero no a mí. Yo he visto tantas como no os podéis imaginar. Los mesinecos, por ejemplo, hacen en público lo que nosotros hacemos en privado: fornican, van de vientre... Y hacen en privado lo que nosotros hacemos en público: hablan a solas.

—Interesante —comentó Filisto.

—¿Y qué me dices del nuevo rey Agesilao? —le interrumpió Dionisio, llevando la conversación a asuntos que eran de su interés.

—Es un hombre valiente y honesto, a quien le importa el destino de los griegos allí dondequiera que se encuentren.

—Y, por consiguiente, no puede sino apreciar mis esfuerzos contra los bárbaros del oeste.

—Sin duda. Sobre esto no tengo ninguna duda.

—De necesitar otros mercenarios...

—Hay tantos en el Peloponeso, hombres que no saben hacer otra cosa que combatir. Los conozco bien. Son, en cualquier caso, los mejores; arrojados hasta la temeridad. No se sienten atados a ningún lugar en particular, están dispuestos a seguir a cualquiera que les prometa dinero, aventura, riesgo. Cuando un hombre vive emociones tan fuertes e intensas, ya no puede adaptarse a una existencia normal.

Intervino Filisto.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes? ¿Puedes volver a adaptarte a una vida normal?

—Oh, sí, por supuesto —respondió Jenofonte, tras haber meditado en silencio unos instantes—. Yo no fui quien buscó esa aventura. Fue ella la que me buscó a mí. Contribuí a ella. Pero ahora quisiera dedicarme a mis estudios, a mi familia, a la caza y a la agricultura. Ciertamente que mi sueño es volver a la patria, como un hombre

honrado, pero en los actuales momentos ciertamente no puedo. Han matado a mi maestro... quizá me matarían también a mí.

—¿Escribirás el diario de tu expedición? —preguntó Filisto.

—Tomé apuntes durante el viaje. Quién sabe, quizá un día, cuando disponga de tiempo...

—Te hace esta pregunta porque él esta escribiendo una historia —intervino Dionisio ¿No es cierto, Filisto? Una historia de Sicilia, en la que habla también de mí. Aún no sé de qué modo.

—Lo sabrás a su debido tiempo —dijo Filisto.

El huésped ateniense se quedó unos días más, durante los cuales visitó las maravillas de la ciudad. No le enseñaron las latomías, las cuevas en las que habían muerto tantos de sus compatriotas. Por más que viviera en Esparta y fuera un exiliado, seguía siendo a pesar de todo un ateniense.

El resto del invierno transcurrió tranquilo, marcado por los despachos casi aburridos de Léptines que informaban a Dionisio de las operaciones estancadas en la Sicilia occidental. Cartagineses no se veían y era improbable que se presentaran antes del verano, por lo que decían los espías.

Los informadores de Dionisio le hacían saber, además, que Léptines pasaba el tiempo divirtiéndose con muchachas bellísimas, comidas y vinos exquisitos, fiestas y orgías. Pero este era el carácter de Léptines, a fin de cuentas.

Avanzada la primavera, Doris dio a luz.

Un varón.

Las nodrizas y amas de leche se lo enseñaron inmediatamente. Era un niño sano, sin ningún defecto.

Se enviaron despachos a Esparta, Corinto, Lócride, patria de la recién parida. El mundo debía de saber que Dionisio tenía un heredero que llevaba su nombre.

Mucho se discutió en Siracusa sobre la primacía de la mujer italiana, que ahora era madre del heredero y, por tanto, asumía, por las circunstancias, el rango de primera esposa. Sobre todo se hablaba mal de la madre de ella, la suegra italiana de Dionisio. Era aquella arpía la que se las había ingeniado para que Aristómaca pasara a un segundo plano. Y quizá le había administrado también, sin él saberlo, fármacos para impedir que quedara embarazada. Por lo menos no enseguida, no antes que su hija.

Aristómaca, de todos modos, se quedó en estado a su vez y dio a luz también a un varón, al que puso el nombre de su padre, Hiparinos.

Léptines, desde el cuartel general de la flota, le escribió una carta de felicitación.

Léptines a Dionisio, chaire!

¡Eres padre!

Y yo soy tío. ¡Tío Léptines!

¿Cómo me llamarán estos críos apenas sepan hablar? «¡Tío Léptines, tráeme un regalo, tío Léptines, cómprame esto, cómprame lo otro! Llévame a ver las carreras, llévame en barca a pescar. Déjame matar a un cartaginés».

No veo llegar la hora. Y tú ¿cómo te sientes?

¡Tienes herederos, tienes descendencia, por Heracles! Algo de ti sobrevivirá en cualquier caso, si no la fama.

¿Cómo educarás a tu primogénito, al niño al que has puesto tu nombre? ¿Harás de él un guerrero como nosotros? ¿Un exterminador de enemigos? Creo que no. No será posible. No te hagas ilusiones, no puede ser lo mismo.

Nosotros crecimos en la calle, hermano mío, descalzos y medio desnudos. Él no puede.

Nos liábamos a pedradas y a trompazos con los de la Ortigia. Volvíamos a casa por la tarde llenos de morados y contusiones y recibíamos otros de papá y de mamá. ¿Recuerdas? La calle es una gran maestra, no cabe duda, pero él es Dionisio II, ¡por Zeus!

Será criado por una multitud de nodrizas y ayas, preceptores, entrenadores, adiestradores, maestros de esgrima, maestros de equitación, maestros de griego, maestros de filosofía.

Ya se encargarán ellos de estimularle, de castigarle, de decirle qué debe o no debe hacer. Tú no tendrás tiempo; estarás demasiado ocupado en que no te la endiñen nuestros conciudadanos en la patria y en joder a esos cara de culo de cartagineses en el extranjero.

Estarás ocupado en hacer que te levanten estatuas un poco por todas partes, en negociar bajo cuerda con aliados y enemigos, en recaudar tributos, en enrolar mercenarios.

Pero si alguna vez tuvieras un poco de tiempo, coge a tu hijo sobre tus rodillas. Aunque no sea hijo de Areté. Cógelo sobre tus rodillas y cuéntale la historia de un muchacho que creía en la lealtad, en el honor, en el valor y en la gloria, un muchacho que quería recorrer un camino impracticable y fatigoso hacia un destino de grandeza y que luego perdió su alma en las intrigas del poder, en los resentimientos y en el odio. Se olvidó de sí mismo y de los demás, llegó a tal punto de presunción que se casó con dos mujeres, que sin embargo consiguieron ser para él, ambas, unas esposas afectuosas y fieles.

Doris es la madre del heredero. Aristómaca, no. Y es sobre todo ella la que sabe que ninguna mujer podrá borrar nunca de tu corazón el recuerdo de Areté. Dale también un poco de afecto a ella.

Estoy prácticamente borracho y si no lo estuviera no te escribiría lo que voy a decirte: ¿recuerdas la aparición en la cueva de Henna? ¿La muchacha con el

peplo que era la misma que viste en las fuentes del Anapo?

Ella no es Areté. Es la muchacha que personifica a Perséfone cada año en la fiesta de primavera y que los sacerdotes mantienen escondida durante el resto de meses en la necrópolis rupestre del nacimiento del río. Cuando envejezca la sustituirán por una más joven.

Areté está muerta.

La vengaste.

Basta.

Dedica el resto de fuerza mental o de alma, como quieras llamarlo, a aquellos que te han quedado.

Muchos de nuestros amigos han muerto combatiendo en tus guerras. Otros morirán... Piensa también en ellos y tú mismo serás distinto. Te sentirás mejor rodeado por el recuerdo de quien te ha amado que por las jetas de tus lanceros campanios.

Si esta carta llegara alguna vez a tu mesa, me harías cortar las pelotas por tus esbirros. Por eso quizá no te la remita. En cambio, si la recibieras, quiero decirte que una vez sobrio pienso exactamente lo mismo que borracho.

Espero que estés bien de salud.

XXIII

La cita era en Motia en casa de Biton, que estaba al mando de la plaza fuerte. Dionisio llegó al muelle a caballo, con el agua que lamía los corvejones de su animal; Léptines se hizo llevar a tierra con la chalupa de la *Boubaris*. La nave capitana era más impresionante aún que como la había visto la última vez. La proa había sido tallada en forma de testa de toro revestida de plata, la vela estaba orlada de púrpura y ostentaba en el centro una cabeza de gorgona con las patas ensangrentadas y la lengua afuera en una expresión feroz. Las chumaceras de cada remo estaban revestidas de bronce reluciente como un espejo, el extremo superior del palo mayor de lámina de oro. A lo largo de las bordas había alineadas, brillantes de grasa, seis batistas armadas con dardos mortíferos.

—¿No es magnífica? —preguntó Léptines saltando a tierra enfrente de su hermano y señalando a sus espaldas el imponente navío.

—No cabe duda. Pero ¿no es un poco demasiado vistosa?

—Ah, quiero que esos mierdosos se vayan por la pata abajo apenas la vean. Han de comprender que no tienen escapatoria frente a las mandíbulas de acero de mi *Boubaris*.

Biton llegó con una docena de mercenarios y dio la bienvenida a ambos.

—¿Alguna novedad? —preguntó Dionisio mientras se encaminaban hacia la residencia del gobernador.

—Todo está tranquilo por el momento —respondió Biton—, pero no conviene fiarse. Sé que en Cartago se están haciendo grandes preparativos. Se habla de cientos de naves de guerra, trescientas o cuatrocientas, pero hay quien dice que quinientas. El arsenal del almirantazgo está lleno de ellas. Y me consta que las naves de carga son un número aún mayor.

Léptines pareció perder por un instante su buen humor.

—Necesito otras penteras —dijo—, por lo menos otras tantas. ¿Cuántas tenemos en construcción?

—Diez —respondió secamente Dionisio.

—¿Diez? ¿Y qué hago con diez?

—Tendrás que bastarte con ellas. No puedo proporcionarte más, por el momento. ¿Dónde está el resto de la flota?

—En Lilibeo —respondió Léptines—. Es un buen lugar para tender emboscadas. Apenas asomen por allí los mando a pique.

—Esperemos que sea así —comentó Dionisio—, pero ándate con cuidado. Himilcón es astuto. Solamente ataca cuando está seguro de vencer. ¿Has comprendido? No te dejes llamar a engaño.

—¿Cómo están mis cuñadas? —preguntó Léptines.

—Bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque la última vez que vi a Aristómaca me pareció un poco triste.

—Cosas de mujeres... No hay que preocuparse.

—¿Y el pequeño Dionisio? ¿Y el otro varoncito?

—Están bien, crecen de prisa. —Cambió de asunto—. Y tú, Biton, ¿cómo piensas defender este puesto en caso de ataque?

—Tengo un sistema de señalizaciones desde Lilibeo que me avisa si hay peligro a la vista. La brecha ha sido reparada y en los almacenes hay provisiones suficientes para tres meses de cerco.

—Bien. Este será el desafío más grande de nuestra vida. No debemos y no podemos perder la oportunidad. ¿Me habéis comprendido bien?

—Te he comprendido —respondió Léptines—, pero si me hubieras enviado las penteras que te pedí...

—Es inútil hacer recriminaciones. Mantened los ojos bien abiertos. Yo tengo que convencer a los indígenas sicanos de que nosotros somos los más fuertes y que les conviene estar de nuestro lado. Luego partiré hacia el interior.

Cenaron juntos; luego, a la caída de la tarde, Dionisio se fue hacia tierras del interior y Léptines volvió a subir a bordo de la *Boubaris*.

Himilcón partió muy tarde, cuando el verano había llegado casi a su final. Zarpó de noche, con las luces apagadas para que no le vieran, y navegó rumbo a alta mar, invisible desde la costa.

Le dejó como cebo a Léptines la cabeza de su convoy de naves de carga, y picó. Al verlas, lentas y pesadas, perfilarse al alba delante del cabo Lilibeo, saltó sobre la *Boubaris* como un jinete sobre su corcel y se lanzó hacia delante a gran velocidad, llevándose consigo las naves que a aquella hora de la mañana podían reunir una tripulación. Hundió unos cincuenta navíos enemigos, con cuatro espilonazos de su nave capitana; capturó a otros veinte, pero el resto del inmenso convoy consiguió llegar indemne a Palermo, donde se unió a las unidades de combate llegadas después de un largo desvío por alta mar.

Cuando lo supo, a Dionisio se lo llevaron todos los demonios.

—¡Le avisé, maldita sea! ¡Le puse en guardia!

El correo que le había traído la noticia era un selinontino y permanecía en silencio, sin saber qué responder.

—*Hegemon*... —trató de rebatir, pero Dionisio le mandó cerrar el pico.

—¡A callar!... ¿Y ahora dónde está?

—¿El navarca supremo? En Lilibeo.

—Demasiado expuesto. Le llevarás una carta mía, ahora mismo.

Dionisio dictó el mensaje que fue enviado inmediatamente después a destino. Mientras tanto, él se desplazó hacia el interior, en dirección al territorio de los

sicanos.

Himilcón, que había reclutado entretanto a otros mercenarios, atacó por tierra y por mar. Tomó Drepano y Érice, donde instaló, en el punto más alto de la montaña, un señalizador luminoso que transmitía de noche mensajes hacia Cartago, que eran remitidos por medio de un par de repetidores situados en unas plataformas flotantes que convergían, a su vez, en la isla de Cossira.

Léptines quería hacer una salida para entablar combate con la flota enemiga, pero le llegó antes, por fortuna, el mensaje cifrado de su hermano.

Dionisio, *hegemon* panhelénico de Sicilia y Léptines, navarca supremo, ¡salve!

Me congratulo contigo y con tus hombres por el hundimiento de cincuenta navíos enemigos.

Tengo informaciones de primera mano de Palermo. La flota de Himilcón es de una aplastante superioridad respecto a la nuestra, de al menos tres a uno. No tengo ninguna esperanza de éxito y pondrías en peligro inútilmente nuestra flota.

Retírate. Repito: retírate.

Dirígete a Selinonte si quieres y deja a hombres de reconocimiento para que te tengan informado de los movimientos del cartaginés.

Esto es una orden. Y no tienes otra posibilidad que obedecer.

Espero que estés bien.

—¿Que esté bien? —vociferó Léptines después de que hubo leído—. ¿Que esté bien? ¡Y qué puedo hacer para estar bien, por Zeus! ¿Hemos de largarnos como unos cobardes y ceder el terreno a ese hijo de perra? ¿Y Biton? ¿Le vamos dejar allí en medio de esa laguna solo como a un idiota? ¿Qué demonios le cuento yo a Biton, eh? ¿Qué debo obedecer las órdenes?

El mensajero se atrevió a tomar la palabra.

—El comandante me ha dicho que es esencial que cumplas estas órdenes, navarca, y...

—¡A callar! —gritó Léptines con tal vehemencia que el hombre no se atrevió ya a abrir la boca—. ¡Y ahora largo de aquí! —gritó aún más fuerte—. ¡Fuera todos de mi vista!

No comió ni tomó un sorbo de vino durante el resto del día. Luego, entrada la noche, llamó a un ordenanza.

—Prepárame mi chalupa. Salimos.

—¿Salimos? ¿A estas horas?

—Vamos, muévete, que se me acaba la paciencia.

El hombre obedeció y poco después Léptines, con la cabeza cubierta, subió a la chalupa y ordenó al timonel poner proa al norte.

Desembarcó en Motia a medianoche e hizo sacar a Biton de la cama.

El amigo se presentó a recibirlo tapado con la misma sábana en la que dormía y le

hizo entrar.

—¡Estás loco yendo por ahí a estas horas con esa cáscara de nuez! ¿Y si llegas a toparte con una nave de reconocimiento cartaginesa? ¡Menuda redada coger a un pez gordo como tú!

—El hecho es que tengo que hablarte personalmente de un asunto. Detesto a todo el que manda mensajes y no tiene el coraje de dar la cara mientras va diciendo ciertas cosas...

—Pero... ¿de quién demonios estás hablando? —Cogió una jarra de una mesa y dos copas de cerámica—. ¿Un poco de vino?

Léptines meneó la cabeza. —Ah, no me apetece nada.

—Entonces, ¿de quién se trata? ¿Quiénes son las que se esconden detrás de los mensajes?

—Él.

—¿Dionisio?

Léptines asintió.

—¿Y qué dice?

—Me ordena que me retire, que abandone Lilibeo. Dice que estoy demasiado expuesto. Quiere que me repliegue a Selinonte, pero si lo hago...

—Me dejas completamente solo. ¿Por eso vienes hasta aquí en plena noche?

Léptines asintió de nuevo.

—¿No te ha comunicado nada a ti? —preguntó a renglón seguido.

Biton meneó la cabeza.

—¿Lo ves? Ni siquiera se ha dignado avisarte. ¡Es demasiado! ¡Digo que esto es demasiado!

Biton trató de calmarle.

—Puede que el mensaje me llegue mañana, o pasado. En tiempos de guerra las comunicaciones son muy precarias, ya sabes.

—Es posible, pero no cambia nada de lo esencial.

—Pero ¿cuál es el motivo?

—Dice que nos superan de tres a uno.

—Es una buena razón.

—¿Y por esto he de dejar a un amigo con el culo al aire?

—No tienes elección, Léptines. Antes que amigos, somos oficiales del ejército siracusano, y Dionisio es nuestro comandante supremo.

—En la Compañía hemos sido acostumbrados a cubrirnos las espaldas unos a otros, a apoyarnos como sea. Cuando éramos chavales y uno de nosotros era agredido por las bandas rivales, corríamos en su ayuda aun a costa de que nos partieran la cara. Ha sido siempre la norma entre nosotros y no la olvido.

Biton tomó un trago de vino, dejó la copa sobre la mesa y apoyó la espalda contra

el respaldo de la silla.

—Eran otros tiempos, amigo —suspiró—. Otros tiempos... Hemos recorrido mucho camino. Hemos disfrutado de muchos privilegios al lado de Dionisio: mujeres hermosas, bonitas casas, ropas elegantes, comidas exquisitas, poder, respeto... Ahora él nos pide que cumplamos con nuestro papel para el éxito de la guerra y nosotros hemos de obedecer. Él tiene razón. Si te quedaras aquí, lo único que lograrías sería que te exterminasen. En cambio, debes salvar la flota, conservarla para otra ocasión más favorable. Es justo que sea así. ¡Somos soldados, por Heracles!

—Pero ¿por qué no te hace evacuar también a ti ese bastardo?

—Porque la conquista de este islote costó tanto dinero y tanta sangre que abandonarlo sin presentar batalla sería como admitir una ineptitud total. Dionisio no puede permitírselo. Motia caerá, pero tras una resistencia heroica. No vamos a ser menos que sus habitantes, nosotros que los derrotamos. ¿No crees?

Léptines no conseguía decir una palabra, y se mordía los labios.

—Y ahora vete, que está ya clareando, y hazte a la mar cuanto antes. Cuanto antes mejor.

Léptines se demoraba, y era incapaz de decidirse a marchar.

—Quita de ahí, almirante —le animó Biton— y déjame dormir un par de horas más, que esta mañana tengo cosas que hacer.

Léptines se puso en pie.

—Buena suerte —dijo. Y se fue.

Himilcón se presentó delante de Motia siete días después con ciento cincuenta naves de guerra y treinta mil hombres. Biton solo tenía doce naves y dos mil hombres. Fue arrollado en cuatro días tras una denodada resistencia. Su cuerpo fue empalado en el muelle.

Dionisio, que se exponía a quedar aislado, no tuvo otra elección que replegarse. En catorce días de marchas forzadas llegó a Siracusa y encontró allí a la flota anclada en el Puerto Grande. Léptines, que había llegado hacía ya tiempo, permaneció a bordo de la *Boubaris* y no se dejó ver durante varios días.

Al fin una orden terminante de Dionisio le convocó al palacio de la Ortigia.

—Me dicen que en mi ausencia has hecho una visita a Aristómaca. ¿Es cierto?

—Si es por esto, también he visitado a tu hijo.

—¿Es cierto?

—Sí —admitió Léptines—. ¿No te fías de mí?

—No me fío de nadie.

—No, ¿eh? Y Biton, entonces, ¿qué? ¿Tampoco te fiabas de él? Pero se quedó en esa ratonera infecta haciendo la guardia para ti y para palmarla. Le han empalado, ¿lo sabías? Le han dejado pudriéndose allí hasta que los cuervos y las gaviotas han dejado sus huesos mondos y lirondos. ¿Tampoco te fiabas de él? ¡Responde, por

Heracles! ¡Responde, maldita sea!

—No te atrevas nunca más a acercarte a mis mujeres en mi ausencia.

—¿Es todo cuanto tenías que decirme?

Dionisio hizo caso omiso de la pregunta y prosiguió:

—Himilcón ha zarpado de Palermo en dirección este, hacia Mesina. En mi opinión, quiere cruzar el estrecho y atacarnos por el norte. Sal con la flota y navega hasta la altura de Catania. Mantente en alta mar y no aceptes ninguna provocación. Atacarás solo a una orden mía.

Léptines se levantó y se dirigió hacia la salida.

—He mandado que te construyan otras diez penteras.

Léptines se detuvo un instante sin darse la vuelta, luego abrió la puerta y se fue.

Dionisio se tapó la cara con las manos y se quedó solo, en silencio, en el centro de la gran sala.

Léptines encontró a Filisto en el puerto, mientras despedía a una delegación de huéspedes extranjeros que zarpaban de regreso a su patria. Apenas si le saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Adónde vas tan deprisa? —le apostrofó Filisto.

—Déjame tranquilo —respondió Léptines.

—Si la tienes tomada conmigo, no tienes más que decirlo.

—No tengo nada contra ti. Con quien la tengo tomada es con ese bastardo de mi hermano. Has creado un monstruo.

—Si acaso, dirás que «hemos» creado. Dionisio consiguió el poder gracias a la ayuda de todos nosotros. Pero no creo que tengas ganas de discutir acerca de los efectos corruptores del poder.

—No, porque tengo hambre. Ni siquiera me ha invitado a cenar. —Te invito yo.

Léptines se entretuvo un momento.

—¿Has sido tú quien le ha dicho que hice una visita a Aristómaca?

—Sí —respondió Filisto.

—¿Y me lo dices así?

—Me has preguntado y yo te he respondido.

—¿Y por qué se lo has dicho?

—Porque si lo hubiera sabido por otros habría sido peor.

—Se lo habría dicho yo mismo.

—Lo dudo. Se puede leer en tu cara lo incómodo que te sientes cada vez que te refieres a Aristómaca.

—No quiero hablar más de este asunto.

—Pero ¿quieres venir a cenar?

—Siempre y cuando no me hagas preguntas de este tipo.

—Está bien.

Fueron a casa de Filisto y los siervos trajeron agua para lavarse las manos y vino fresco. La cena fue servida en la terraza porque hacía aún bastante buen tiempo, por más que el otoño estuviera avanzado.

—Cada día está peor —dijo Léptines en un momento determinado.

—A mí no me lo parece —respondió Filisto.

—¿Que no te lo parece? Pero ¿qué dices? Dejó a Biton solo en Motia sin una razón. Nuestras vidas no cuentan ya para nada, lo único que cuenta para él es conservar el poder. Y en cuanto a Aristómaca...

—Has dicho que no querías hablar más de ello.

—Pues he cambiado de idea. En cuanto a Aristómaca... Me parece que el hecho de casarse con dos mujeres a la vez fue un acto de suprema arrogancia, que provoca en cada una de ellas humillación, frustración y...

—No te sabía tan tierno y sensible, y en cualquier caso lamento desilusionarte, pero yo no lo creo —replicó Filisto—. Dionisio es un hombre muy atractivo, es fuerte como un toro y uno de los individuos más potentes del mundo. Las mujeres son sensibles a estas cosas, créeme. Y si quieres un consejo...

—No lo quiero.

—Te lo daré igualmente. Escúchame bien. Las mujeres se aburren en la reclusión del gineceo y es normal que así sea. Imagina que tienes que estarte encerrado entre cuatros paredes durante la mayor parte de tu vida... Y por ello buscan instintivamente la forma de divertirse y si mantienen una conversación tienden a exagerar sus impresiones, los sentimientos, los problemas hasta agigantarlos. En realidad, se trata casi siempre de cosas nimias. Esas dos muchachas tienen todo cuanto una mujer podría desear: una casa magnífica, un marido semejante a un dios, que tiene fuerza y vigor más que suficientes para ambas; tienen joyas, hijos, comida, doncellas, lecturas, música. Cuando aparecen en público son el centro de atención de miles y miles de personas, admiradas como divinidades... No hay nada que halague más a una mujer que la admiración de los demás.

—Aristómaca no es feliz —replicó Léptines, y se volvió del otro lado, fingiendo mirar a un par de trirremes que estaban atracando en la dársena.

Filisto permaneció en silencio concentrándose en apariencia en la lubina asada que le habían servido. Y tampoco Léptines abrió la boca durante unos minutos.

—Dime una cosa —prosiguió finalmente Filisto—. ¿Tuviste una historia con Aristómaca antes de que Dionisio la pidiera por esposa?

—¿Y crees que te lo diría a ti, de ser cierto?

—¿Por qué no? ¿Te he hecho alguna vez algo malo?

—Jugábamos juntos, cuando éramos niños, en el patio de vecindad de nuestras casas. En aquel momento Dionisio estaba en la montaña en casa de nuestro tío Demareto para curarse de una tos pertinaz.

—¿Es todo?

—Es todo.

—¿Cuántos años teníais?

—Yo once y ella nueve.

—Y os prometisteis amor eterno.

—Algo por el estilo.

Filisto suspiró.

—Por Zeus, eres el segundo hombre más poderoso de Sicilia, mandas una flota de ciento veinte naves de guerra y veinticinco mil hombres. Has matado en tu vida a cientos de personas y has herido a otras muchas, te has jodido a cientos de mujeres de todo tipo y color y...

—Déjalo —le interrumpió Léptines—. Es mejor así... Tengo que irme. Gracias por la cena.

—Ha sido un placer —respondió Filisto—. ¿Te veré en alguna parte?

—No por un tiempo. Salgo con la flota.

—Bien. Es una actividad menos peligrosa que cultivar ciertos pensamientos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Léptines.

—Lo sabes muy bien. Buena suerte.

Léptines hizo apenas un gesto con la cabeza, luego bajó al puerto y se hizo llevar a bordo de la *Boubaris*.

Himilcón se presentó ante Himera y los habitantes se rindieron espontáneamente. No llegaban a una quinta parte de los que habían sido y ni siquiera pensaron en presentar resistencia contra un enemigo tan feroz e implacable.

El ejército cartaginés prosiguió, así pues, en dirección a Mesina acampando a unos veinte estadios aproximadamente de la ciudad. Los mesineses hicieron evacuar a los hijos y a las mujeres, mandándolos a la montaña a casa de parientes y de amigos o a sus propiedades de la periferia, tras lo cual agruparon sus fuerzas en un punto, entre el mar y las montañas, en el que el camino era estrecho, decididos a impedir el paso al enemigo. Pero Himilcón fue más allá con la flota y desembarcó otro ejército justo en el puerto. La ciudad, casi indefensa, cayó sin necesidad de lucha y fue entregada al saqueo y a la destrucción. Entre los hombres válidos se salvaron en total unos cincuenta, que cruzaron a nado el estrecho, y llegaron a Rhegion. La hazaña pareció tanto más excepcional cuanto que desde entonces se convirtió en una prueba de competición que se disputaba cada vez que era el aniversario de la primera travesía y era propiciada por una ceremonia en honor a Poseidón, el dios del mar.

Himilcón se puso a la cabeza del ejército de tierra y avanzó hacia el sur, hacia Catania, después de haber dejado el mando de su inmensa flota al almirante Magón.

Ni siquiera una fuerte erupción del Etna consiguió detenerlo. Una gran colada de lava había llegado hasta el mar, levantando una columna de vapores tan

impresionante como el penacho de humo que ascendía del volcán. Pero Himilcón dio muestras de no temer nada e hizo pasar al ejército por detrás de la montaña encendida, alcanzando de nuevo el camino de la costa en las proximidades de Catania. Y allí se unió a la flota.

Dionisio decidió ir a su encuentro y reunió las fuerzas que tenía disponibles, mandando llamar asimismo a la flota de Léptines. Pero antes pasó a despedirse de sus mujeres. De las dos al mismo tiempo, como de ordinario, para no provocar sus celos. Pero sabía que Aristómaca, la siracusana, estaba en estado y le dirigió unos afectuosos ruegos.

—Cuídate, estoy muy ansioso por ver a nuestro nuevo hijo cuando nazca.

—¿De veras? —repuso ella sonriendo—. ¿De veras tienes ganas de verlo? He sentido cómo se mueve.

—¿Para cuándo está previsto que nazca?

—Para dentro de seis meses lo más tarde.

—Pues, entonces, nacerá en tiempo de paz. Y que los dioses me oigan.

Doris, la otra esposa, le trajo al pequeño Dionisio para que le diera un beso y le susurró al oído:

—Estoy segura de que también el hijo de Aristómaca se parecerá a ti como él.

Dionisio la miró con una expresión extraña y Doris bajó la mirada.

Las besó a ambas en la boca, luego trató de besar al niño, pero el pequeño se echó a llorar.

—¿Por qué lloras cada vez que me acerco a ti? —le preguntó Dionisio, irritado.

—Porque te ve poco —respondió Doris—. Porque llevas barba y armadura.

Dionisio asintió en silencio y salió escoltado por sus mercenarios.

Convocó la primera reunión del Estado Mayor en su tienda a escasa distancia de las líneas enemigas. Tomaron parte en ella su suegro Hiparinos, Yolao —que mandaba una división de tropas de asalto—, Filisto, los comandantes de los aliados italianos y Léptines, que había vuelto de Catania.

—He decidido atacar —comenzó diciendo—. Tenemos que infligirles tal daño que se vean obligados a regresar a Cartago para pasar allí el invierno. El punto crucial es la flota. Sin las naves que le reabastecen, un ejército tan enorme no puede sobrevivir. —Se dirigió a Léptines—. Tú atacarás desde alta mar, en formación compacta, y tratarás de hundir el mayor número posible de navíos. No te dejes llevar por el frenesí. Medita atentamente cada uno de tus movimientos y ataca sobre seguro. Y sobre todo, no malgastes las fuerzas, por ninguna razón. Nosotros nos alinearemos en la playa para dar a Magón la impresión de que está atrapado entre nuestras fuerzas de tierra y de mar. Pero en esta fase serás tú quien se enfrente al enemigo. Y serás inferior en número, no lo olvides.

Léptines se picó por aquellas órdenes y aquellas recomendaciones. Él era el

comandante en jefe de la flota y sabía lo que se hacía.

Dionisio insistió.

—Mantén compactas tus naves; ellos cuentan con una gran superioridad numérica.

—Comprendido —respondió Léptines no sin cierto fastidio. —Comprendido.

—Mejor así —replicó a secas Dionisio—. Buena suerte.

Al día siguiente Léptines, a la cabeza de una escuadra de treinta penteras, cruzaba al sur de Catania. El resto de la flota siracusana, ciento diez trirremes, le seguía en una larga fila en líneas de a cinco. De repente vio la vanguardia de la flota de Magón avanzar cerca de la costa en dirección contraria a la suya. Eran unas cincuenta unidades en total. A lo lejos se veían centellear las lanzas de los guerreros de Dionisio formados en la línea de la playa, en un frente de casi un estadio.

Llamó al segundo en la escala de mando y le ordenó que indicara al resto de la flota que se pusiera en línea de combate con las naves desplegadas en doble línea. Los comandantes de cada una de las unidades individuales, tras ver la señal de la nave capitana, comenzaron a maniobrar para colocarse en línea con la proa mirando a tierra.

Mientras tanto, Léptines viendo que las unidades cartaginesas estaban bastante distanciadas una de otra y aparentemente en dificultades por el reflujo de las olas de la costa, pensó que aquella era la ocasión irrepetible para hundirlas y dejar en minoría al enemigo. Dio orden a las penteras de que le siguieran.

El segundo oficial reaccionó, desconcertado.

—Comandante...

—Ya has oído mi orden —recalcó Léptines—. Ataquemos. Que los demás vengan detrás de nosotros.

—Comandante, los otros no están aún alineados y las órdenes son permanecer compactos. Yo...

—¡Estamos en el mar y quien da las órdenes aquí soy yo! —gritó Léptines—. ¡Ritmo de ataque con el espolón!

El oficial obedeció e hizo un gesto al cómitre que comenzó a acelerar el ritmo de la boga dando fuertes redobles de tambor. La *Boubaris* se lanzó hacia delante hendiendo las olas con el rostro de tres remates, seguida de las otras unidades.

Poco después un vigía fue al encuentro de Dionisio, formado en el extremo del ala izquierda.

—*Hegemon* —gritó—. Léptines está atacando a los cartagineses con las penteras.

—No, te equivocas. No puede ser —respondió Dionisio palideciendo de la cólera.

—Ven a verlo tú mismo, *hegemon*. Desde aquí la situación no es clara.

Dionisio espoleó a su caballo y fue detrás de él espoleando hacia la cima de la

colina. Apenas la hubo alcanzado, no le cupo ya ninguna duda.
—Bastardo... —masculló entre dientes.

XXIV

Las penteras de Léptines cayeron con la máxima rapidez sobre las naves cartaginesas haciéndolas pedazos. La *Boubaris*, en cabeza, partió en dos a un navío antes de que consiguiera poner proa al mar, luego describió un amplio círculo y volvió atrás tronchando todos los remos del costado izquierdo de otra nave, que permaneció así inmovilizada esperando la carga siguiente, que la golpeó violentamente en la proa cortándole limpiamente los armazones que sostenían su rostro. Se hundió en pocos instantes arrastrando con ella a toda la tripulación.

Desde la orilla se alzó el griterío de las tropas siracusanas que asistían a aquel formidable enfrentamiento como si de un espectáculo teatral se tratara. Pero Dionisio estaba furibundo. A su izquierda, podía ver ahora a la flota de Magón que avanzaba viento en popa, dirigiéndose resueltamente a encajarse entre la escuadra de Léptines y el grueso de la flota siracusana aún rezagada. Llamó a Yolao.

-¡Indícale que se retire, maldita sea! ¡Haz que le indiquen que se retire!

Otro gran vocerío de abajo y los gritos frenéticos de las tropas saludaron al tercer y poderoso espolonazo de la *Boubaris*. Léptines cargaba como un toro, a su acostumbrada manera, sin pensar en nada más.

Un espejo de bronce refulgió varias veces dando la orden de Dionisio mediante señales, pero Léptines debía de estar cegado por la furia de la batalla, por el relampaguear de tantas armas y por los reflejos del sol en las olas. O bien, simplemente, no quería obedecer y fingía no haber visto nada.

-¡Trompetas! -aulló Dionisio-. ¡Emplead las trompetas, tocad alarma, así comprenderá!

Sonaron las trompetas y su sonido pareció desde tierra desgarrador, pero debió de ser nada en medio del fragor del choque naval.

-Retírate -gritaba fuera de sí Dionisio desde lo alto de la colina-. ¡Retírate, bastardo! ¡Vamos! ¡Vamos!

Pero era ya demasiado tarde. La armada de Magón se estaba desplegando en toda su inmensa potencia entre la vanguardia siracusana al ataque y el resto de la flota ocupada todavía en la maniobra de alinearse.

El almirante cartaginés contaba con tantas naves que pudo dividir su contingente en dos flotas, una de las cuales atacó a las naves siracusanas que estaban aún en alta mar y la otra se desplegó con una maniobra en tenaza hacia el grupo de cabeza ocupado en hundir las últimas naves cartaginesas de la vanguardia.

En aquel momento también Léptines se dio cuenta de que había caído en una trampa. El cerco de navíos enemigos se cerraba y sus penteras se veían aplastadas en la mordaza. Ya no había espacio para maniobrar y la batalla naval se trocó en batalla terrestre, con los soldados que saltaban de una nave a otra entablando furibundos

enfrentamientos con las tripulaciones adversarias y con los infantes embarcados. Léptines se batía como un león con la espada y el hacha arrojando al mar a quienquiera que intentase abordar en la nave capitana.

-¡Fuera de mi nave, asquerosos bastardos! -aullaba-. ¡Fuera de mi nave!

El combate prosiguió con ardor desesperado y, aunque la pequeña escuadra siracusana estuviera ahora ya cercada, Léptines consiguió abrirse paso. Sus hombres, tras tomar el control de un navío enemigo que estaba de través, lo hundieron desde dentro destrozando la quilla a golpes de segur, de modo que la *Boubaris* pudo tomar por la brecha y ganar en poco tiempo velocidad. Las otras naves supervivientes la siguieron detrás consiguiendo incluso hundir aún a tres embarcaciones enemigas. Pero la suerte de la batalla estaba echada. El resto de la flota siracusana se batía en un evidente estado de inferioridad y las tripulaciones estaban desmoralizadas por la ausencia de su comandante y por la falta de la nave capitana que las guiase.

Léptines, por su parte, escapó de milagro a la captura poniendo rumbo hacia alta mar y describiendo un amplio círculo fuera de la vista de los enemigos. Los cartagineses lograron una victoria aplastante, pero, no contentos con el éxito logrado, lanzaron una miríada de embarcaciones ligeras con hombres armados con arpones que ensartaron a todos los náufragos que trataban de alcanzar a nado la costa.

Dionisio asistió impotente al desastre. Vio a su flota hecha pedazos, a sus hombres aniquilados mientras se debatían entre las olas rojas de sangre. A la puesta del sol la costa estaba llena de cadáveres y de restos de naufragio.

Las bajas fueron enormes: cien naves y veinte mil hombres.

Léptines llegó a medianoche y fue conducido a la tienda de su hermano, donde se estaba celebrando una borrascosa reunión del Estado Mayor.

Ganas le dieron a Dionisio de estrangularlo, pero cuando le vio cubierto de sangre, herido en el hombro derecho y en el muslo izquierdo, el rostro tumefacto, un ojo hinchado y casi cerrado, la piel ennegrecida por el humo y el fuego, los labios rotos, jadeante, trastornado y casi irreconocible, no consiguió ni moverse ni decir una palabra.

También los otros oficiales callaron y durante unos momentos reinó un silencio sepulcral dentro de la tienda del alto mando. Filisto se acercó a Léptines con una jarra y le puso de beber. Solo en aquel momento se dieron cuenta de que nadie había ofrecido siquiera un vaso de agua al comandante supremo de la flota, que se había batido como un héroe durante toda la jornada y que había vuelto en plena noche para ocupar de nuevo su puesto al lado de los otros combatientes.

Léptines bebió a grandes tragos, luego se desplomó al suelo. Dionisio hizo entonces una indicación a Aksal, que lo levantó del suelo y se lo llevó a su tienda.

Dionisio fue a hacerle una visita antes del amanecer. Estaba abrasado por la fiebre y su rostro estaba más hinchado aún, pero consiguió susurrar:

-Lo siento... Quería... quería...

-Lo sé -respondió Dionisio-. Siempre has sido así, no cambiarás nunca. El estúpido soy yo, que sigo confiando en ti. Debería matarte, debería pasarte por las armas por insubordinación...

-Hazlo -respondió a duras penas Léptines-. No me importa morir.

-Ya he perdido a Dorisco y a Biton -dijo Dionisio-, no puedo perderte también a ti. Ahora duerme. Trata de curarte...

-¿Qué habéis decidido? -dijo agónicamente Léptines.

-Los aliados quisieran atacar al ejército de Himilcón.

-Tienen razón.

-Están en un error. Si somos derrotados, Siracusa está perdida. Nos replegaremos dentro de nuestras murallas.

Léptines no dijo nada, pero Dionisio le oyó llorar mientras salía.

Indignados por la decisión de su jefe de no combatir, los aliados italianos decidieron regresar a sus ciudades. Por otra parte, era impensable ciertamente que tantos miles de guerreros encontrasen alojamiento dentro de las murallas de Siracusa durante muchos meses.

Aquella noche Filisto no pegó ojo y se retiró a escribir en su tienda hasta el amanecer.

Dionisio entró en una ciudad sumida en el luto; de muchas casas se alzaba el lamento de las mujeres que lloraban a sus hijos caídos, de muchas ventanas colgaban crespones negros y ramas de ciprés. En las paredes se leían escritos injuriosos que maldecían al tirano. En pocas horas el recuerdo de la fulgurante victoria del año anterior se había desvanecido. Ahora no quedaba más que la amargura de la derrota, el miedo por el incierto porvenir, el dolor amargo por las pérdidas sufridas.

Filisto, tras volver a la ciudad, se retiró a su casa próxima al puerto desde la que muy pronto iba a poder ver a la flota de Magón avanzar imparable para bloquear los puertos y la dársena. Se sentó a la mesa y se puso de nuevo a escribir.

Era el peor desastre ocurrido nunca en la historia de Siracusa. La ciudad había perdido la mayor parte de la flota, y muchos ciudadanos habían perecido de modo horrible entre las olas, ensartados como peces, uno por uno. A su vuelta corrió el rumor de que Dionisio había expuesto a propósito a las tropas de la ciudad a un riesgo tal en el mar contra una fuerza hegemónica, mientras que no había arriesgado la vida de ninguno de sus mercenarios. Los primeros, en efecto, eran en cualquier caso hombres libres que habrían podido antes o después reclamar la restauración de la democracia. Los segundos, en cambio, constituían el pilar en el que se basaba su poder.

Dionisio reaccionó con despiadada dureza haciendo arrestar a todos los que eran sospechosos de haber difundido tales habladurías, incluso a partir de una simple

delación. Pese a los reveses militares y los enormes sacrificios que imponía a sus conciudadanos, él seguía estando firmemente convencido de ser la cabeza insustituible en la lucha contra el enemigo mortal cartaginés y que, de un momento tan crucial para la supervivencia de la patria, las discordias intestinas debían ser atajadas sin vacilación. En el curso de aquellas brutales depuraciones fueron también eliminados no pocos miembros de la Compañía. La poderosa asociación que había sostenido a Dionisio en su ascensión al poder no dejó de hacerle llegar su advertencia: ocho de sus mercenarios fueron encontrados asesinados en diferentes lugares de la ciudad y otros dos dentro del cuartel de la Ortigia. Los ochos asaetados en pleno corazón por una flecha con la imagen de un delfín grabada en el asta. Como queriendo dar a entender que la Compañía podía llegar a todas partes. Aparte de esto, el número de mercenarios asesinados era exactamente equivalente al de miembros de la Compañía que habían sido eliminados.

Fue Yolao quien se lo hizo notar a Dionisio.

-Cuidado -le dijo-, han querido darte a entender que a ellos no se les puede tocar o te lo harán pagar. Te han demostrado que pueden golpear como y cuando quieran.

Dionisio se limitó a responder:

-Ya les ajustaré las cuentas en otra ocasión.

Estaba de demasiado mal humor y no tenía ganas de discutir, pero por lo demás comprendía que a Yolao no le faltaba razón, aunque no quería admitirlo. La única señal de esperanza le llegó en aquel período del nacimiento del segundo hijo de Aristómaca. Era un varón y le pusieron por nombre Niseo.

Al día siguiente, a la caída de la tarde, Filisto dejó la mesa de trabajo y se encaminó hacia la Ortigia para hacer una visita a Léptines, que guardaba aún cama, enfermo y con fiebre.

Atravesó los corredores de la fortaleza, apenas iluminada por alguna lucerna, hasta alcanzar un pequeño aposento apartado en el ala sur. Se aproximó a la puerta del cuarto de Léptines y vio que estaba entornada. Al acercarse con cautela, oyó en el interior una voz de mujer que hablaba quedamente.

-¿Por qué te lanzas siempre al peligro de ese modo? -preguntaba.

-Porque es mi deber y porque he de demostrarle que no le necesito para...

-Pero habrías podido perder la vida -le interrumpió angustiada la voz femenina.

-Habría sido mejor. Mis hombres han terminado en el fondo del mar, en boca de los peces.

-No, por favor, no hables así... -dijo de nuevo la voz femenina.

Filisto se alejó y entró en otra estancia vacía, destinada a almacén, y manteniendo la puerta entrecerrada vio salir al cabo de poco a Aristómaca. La reconoció por más que llevaba la cabeza cubierta. Esperó un rato y luego entró en el aposento de Léptines.

-¿Cómo estás hoy? -le preguntó.

-Mejor -mintió.

-Me alegro. Te necesitamos.

Léptines torció el gesto en un mohín.

-¿A un almirante sin flota? No creo que resulte de mucha utilidad.

-Deja de compadecerte. Lo sucedido es solo culpa tuya. Puede ser desagradable obedecer las órdenes de tu hermano, pero a menudo puede ser también lo más acertado de hacer. De todos modos, por si te interesa, tu *Boubaris* está casi intacta. La están dejando como nueva en el dique de la dársena.

-¿Cuántas naves nos quedan? -preguntó Léptines.

-Unas treinta, dieciséis de las cuales penteras, incluida la tuya.

-Que es como decir nada.

-Lamentablemente sí... ¿Ha pasado hoy el cirujano?

-Sí, y me ha torturado un poco. Creo que me odia.

-Es un buen médico y quizá consiga ponerte en condiciones de arreglar pronto otros problemas.

-No tengo ganas de bromear.

-Tampoco yo, pero no debes abandonarte a la desesperación. Aún tenemos posibilidades. Nadie ha conseguido expugnar nunca Siracusa.

Se detuvo en el umbral, mientras salía, porque hubiera querido añadir aún algo, pero no se atrevió. Llegados a aquel punto, pensaba que sería inútil. Se limitó a decirle:

-Trata de ser prudente, si eres capaz. -Y se fue.

La armada de Magón apareció al día siguiente al alba y la ciudad entera se precipitó a las murallas para mirar. Era enorme: cientos y cientos de navíos avanzaban casi en parada haciendo bullir el mar con los remos, las velas desplegadas al viento, los pendones ondeando en popa, señales luminosas que relampagueaban entre nave y nave como un lenguaje misterioso que mantenía unido a ese inmenso enjambre en perfecto orden, semejante a una fila de soldados. La más grande marina militar del mundo exhibía su potencia para hacer cundir el desaliento entre los sitiados, para darles la sensación de que toda defensa sería inútil.

Pasaron por delante de la Ortigia, luego viraron hacia el este dirigiéndose hacia el Puerto Grande.

Dionisio, Hiparinos y Yolao estaban en la torre más alta, revestidos con su armadura. Llegó también Filisto.

-Van a anclar entre el Plemmirion y el Daskon -dijo-. Esto significa que también las tropas de tierra irán a instalarse en ese lado.

-Ya -dijo Dionisio con un mohín-, en la tumba de todos los ejércitos que han puesto cerco a Siracusa.

-Yo no confiaría demasiado en ello -observó Yolao-. Tienen el dominio indiscutido del mar, pueden reabastecer al ejército de tierra cuando y como quieran. Nos aventajan en número en una relación de tres a uno con el ejército y de ciento a uno con la flota.

-Tenemos nuestras murallas -rebatía Dionisio-. No nos han traicionado nunca.

-Es cierto -comentó Yolao-, pero nuestra arma más poderosa es otra: Aretusa.

-¿Aretusa?

-Sí. ¿Por qué, según vosotros, ordenó el oráculo a los antepasados fundar la ciudad en torno a esta fuente? Porque es a ella a quien debemos nuestra salud...

La conversación se vio interrumpida por la llegada de un mensajero.

-Hegemon, Himilcón está rodeando las Epípolas desde el norte con su ejército y se dirige hacia el Anapo.

-¿Qué te decía yo? -dijo Dionisio-. Van a situarse en la misma posición que la otra vez.

Intervino Filisto.

-Dime una cosa: según tú, ¿por qué lo hacen? ¿Porque son estúpidos?

-No creo. Himilcón es un zorro -respondió Dionisio-. Es que no tienen elección. No hay una llanura en las cercanías que pueda acoger a tanta gente. En realidad, saben muy bien que ya una vez, hará quince años, los comandantes atenienses asistieron a la ruina de su ejército. En mi opinión, piensan expugnar Siracusa durante el invierno. Esa es la razón de que no teman establecer el campamento en ese lugar maldito.

Nadie replicó porque nadie había considerado la idea de que un ejército pudiera mantener un cerco durante todo el invierno, con las inclemencias del tiempo.

Yolao se acercó a Dionisio.

-¿Cómo está Léptines?

-Tiene fiebre constante, no conseguirá salir de esta -respondió, y su voz delataba un profundo abatimiento.

-¿Puedo verlo?

-Por supuesto. Los amigos siempre pueden verlo.

Yolao asintió y bajó al patio, dirigiéndose hacia el barrio sur, donde estaba alojado Léptines. Despidió al cirujano y se ocupó personalmente del paciente, que empezó a mejorar de día en día, primero muy lentamente y luego a ojos vista, hasta que la fiebre desapareció.

-¿Cómo lo has logrado? -le preguntó al cabo de un tiempo Filisto.

Yolao respondió, con una sonrisa:

-No puedo decírtelo.

-¿Conoces la medicina indígena, la que ya permitió curarse a Dionisio en las fuentes del Anapo?

-No.

-Entonces, conocerás la medicina pitagórica. Has estudiado en Crotona, ¿no es así? Siempre me he preguntado cómo es que hará un siglo los atletas crotoniatas lo ganaban todo en los juegos Olímpicos.

-¿Y qué te has respondido?

-Que detrás de ello se escondía un secreto. El secreto de una medicina iniciática que sabía cómo curar los cuerpos con la energía mental y con los recursos naturales.

Yolao no dijo nada.

-Un secreto que creía perdido pero que evidentemente alguien posee aún.

-Quizá. Depende de los maestros y del encuentro afortunado entre maestro y discípulo. De todas formas, con Léptines no ha sido fácil. Estaba más abocado a la muerte que a la vida.

-Lo mismo creo yo. ¿Y cuál crees tú que era la razón?

-Inútil pregunta: salió derrotado de una gran batalla, perdió ante los ojos del ejército entero y en particular de su hermano. Sus hombres, sin mando, fueron aniquilados... Y sin embargo había algo más que se me escapaba... algo como...

-¿Cómo un amor sin esperanza? -preguntó Filisto.

Yolao le miró fijamente con una mirada enigmática y asintió.

-Sí..., quizá algo así... A veces los hombres más fuertes y más valientes tienen un espíritu infantil, con una sensibilidad insospechada... Pero no diré nada más, ni una palabra, Filisto. Ni una palabra.

Y se alejó.

La intención de Himilcón se reveló tal como Dionisio había imaginado.

Los habitantes de Siracusa pudieron asistir desde lo alto de las murallas a la puesta en práctica de su plan. Lo primero que hizo ocupar fue el santuario, extramuros de Deméter y de Perséfone -las diosas más veneradas de Sicilia, también por los indígenas- y los despojó de todo ornamento y de todos los objetos preciosos. Se llevó también las dos estatuas de culto realizadas en oro y marfil y las desmembró para vender sus partes. Fue un sacrilegio que causó horror al pueblo, por tradición muy devoto de aquellas divinidades, y al mismo Dionisio, que sin embargo no había olvidado nunca su encuentro en la cueva de Henna.

A continuación Himilcón comenzó a construir una fortaleza en lo alto del promontorio Daskon, para controlar el acceso al tramo de playa donde había dejado en seco a una parte de las naves y anclado a las otras.

Entretanto, los mercenarios ibéricos y mauros demolían las grandes tumbas monumentales que se alzaban a lo largo del camino de Camarina y utilizaban los materiales para construir un campamento atrincherado que sirviera de defensa a un segundo campamento naval, en las cercanías del Plemmirion, el promontorio sur de la bahía.

Un intento de establecer el bloqueo también al puerto norte fracasó, porque las catapultas emplazadas por Dionisio en el extremo del muelle impedían a toda nave acercarse a menos de cien pies sin exponerse a ser hundida. De este modo quedaba siempre una vía abierta para los siracusanos, por la que mantener contacto con el mundo exterior.

Los inminentes preparativos del enemigo provocaban entre los habitantes de Siracusa una gran inquietud, una sensación de impotencia. Les parecía que cada día que pasaba y cada progreso de los trabajos les acercaban a la catástrofe.

Dionisio se dio cuenta de que debía hacer algo para atenuar aquella mortífera resignación, para volver a levantar la moral de la gente y su propio prestigio. Convocó, por tanto, a Filisto.

-Debes partir -le dijo-. Debes ir a pedir ayuda a los espartanos y también a Corinto, nuestra metrópolis. No necesito mucho, pero la gente debe darse cuenta de que no estamos solos, que estoy aún en condiciones de conseguir ayudas, alianzas, socorros. Cuando Siracusa era asediada por los atenienses, bastó con la llegada de un pequeño contingente espartano para levantar la moral y convencer al pueblo de que era posible la victoria. Necesitamos naves. Con las que tenemos no estamos en condiciones de organizar operaciones lo bastante eficaces. Partirás mañana mismo. Léptines te mantendrá abierta la brecha y te dará escolta con un par de penteras hasta mar abierto.

-Lo haré lo mejor posible -respondió Filisto y bajó al puerto para ponerse de acuerdo con Léptines e impartir las disposiciones para el embarque de su equipaje, que incluía siempre una caja de libros más bien voluminosa.

Léptines le recibió en su residencia del almirantazgo, cerca de la dársena.

-Te encuentro bien -dijo Filisto.

-También yo a ti -repuso Léptines.

-Ya sabes que me marchó para Grecia.

-Lo sé. Se ha dignado comunicármelo.

-No debes hablar así. Dionisio te tiene afecto y te aprecia.

Léptines cambió de conversación.

-¿Cuándo crees que estarás listo?

-Mañana por la noche.

-Muy bien. Así evitaremos ser vistos.

Filisto consiguió partir eludiendo la vigilancia cartaginesa gracias a una maniobra diversiva de Léptines y alcanzó sano y salvo Grecia, dirigiéndose primero a Esparta y luego a Corinto. Esparta le proporcionó solo un oficial, como consejero militar; Corinto, en cambio, mandó una escuadra de treinta naves con infantería embarcada y tripulaciones al completo, que llegó a Siracusa a comienzos de primavera.

Léptines salió a su encuentro en alta mar con una pequeña embarcación y preparó

el plan para permitirle entrar en el puerto de noche y con luna nueva. Había hecho preparar en la dársena unos puntos de atraque, resguardados y de hecho invisibles desde el mar y hasta desde la ciudad, a fin de ocultar en ellos a la pequeña flota corintia. Solo así podría actuar por sorpresa.

Convocó la primera reunión del Estado Mayor en su residencia del almirantazgo y tras haber dado la bienvenida al oficial espartano comenzó diciendo:

-He tenido noticia, esta mañana, de que un convoy de nueve tirremes cartagineses llegará mañana con provisiones y dinero para pagar a los mercenarios. Tengo intención de interceptarlo con vuestra ayuda.

Los presentes se miraron perplejos y alarmados. Se preguntaban si era una idea de Léptines o bien si contaba también con la aprobación de Dionisio, pero nadie se atrevió a preguntárselo.

El oficial espartano, que se llamaba Eurídemo, respondió:

-Me parece una buena idea, pero será necesario ponerla en práctica con sumo cuidado.

-En efecto. Por eso necesito pilotos y tripulaciones en condiciones de navegar de noche -dijo Léptines.

-Todos nuestros pilotos saben navegar de noche -respondieron los oficiales corintios-. Nosotros navegábamos ya de noche cuando vosotros no sabíais aún navegar de día.

Léptines hizo oídos sordos; los de la metrópolis eran siempre más bien arrogantes y no convenía discutirles su superioridad. Se limitó a decir:

-Muy bien. Es lo que necesitamos. Me valen veinte naves: diez serán nuestras, y diez vuestras. Quiero a los remeros y a los hombres de la tripulación listos en sus puestos de maniobra al toque del segundo turno de guardia. El objetivo de la misión les será comunicado a los comandantes una vez mar adentro. Yo indicaré la ruta. Seguid a la *Boubaris*.

Al día siguiente, a medianoche, la escuadra salió de la rada con las luces apagadas y se hizo mar adentro en silencio.

XXV

Léptines lo había dispuesto todo de antemano en la medida de lo posible a fin de llevar la empresa nocturna a buen término; habían sido desplazadas en el mar algunas barcas a intervalos de un estadio una de otra que llevaban a bordo oficiales de marina disfrazados de pescadores ocupados en pescar con fanal. Apenas la embarcación más exterior vio las siluetas de las naves cartaginesas, mandó una señal y la flota siracusana se desplegó en abanico con la proa mirando al mar y con viento de popa. Otra señal luminosa de la nave capitana y se inició el ataque.

Los cartagineses estaban tan seguros de tener enfrente a unidades amigas llegadas para escoltarlas a puerto que cuando se dieron cuenta de la verdad no les dio tiempo siquiera a reaccionar. Cada uno de sus trirremes fue abordado por dos naves siracusanas e invadida por cientos de incursores. Muchos de los soldados embarcados estaban incluso durmiendo cuando se encontraron con las espadas de los enemigos en el gaznate.

Los combatientes que trataron de resistir fueron asesinados, los otros simplemente desarmados; las naves fueron remolcadas a la rada y, el botín, riquísimo, descargado y puesto bajo custodia.

Dionisio, que esperaba en el muelle, fue al encuentro personalmente de su hermano y le abrazó.

—¡Un buen trabajo, por Zeus! Tenía necesidad de una victoria, aunque fuera pequeña; ¡mañana serás saludado como un héroe!

—¿Pequeña? —replicó Léptines—. Espera y verás; no estamos ni a mitad de la operación.

—¿Qué dices?

Filisto llegó jadeante aún con la camisola de dormir.

—¿Qué pasa aquí? Hubierais podido avisarme de que...

—Himilcón espera a sus naves para esta noche, ¿no? —dijo Léptines.

—En efecto... —respondió Dionisio.

—Y las tendrá. —Se volvió hacia los oficiales que tenía alrededor—. Que cada uno cambie sus propias armas y ropas con las de los prisioneros, los remeros se trasladarán a las naves cartaginesas; ¡dispuestos a zarpar cuanto antes!

—Brillante —comentó Filisto—, absolutamente brillante: un plan digno de un gran estratega.

—Iré contigo —dijo Dionisio.

—Mejor que no —repuso Léptines—. Es una empresa en cualquier caso muy arriesgada. Uno de nosotros dos es suficiente, es mejor que tú te quedes en la ciudad. Además, tienes familia, mientras que yo no tengo a nadie. Hasta ahora ha ido todo bien, ¿no? Deja que me ocupe yo de ello.

Dionisio le miró fijamente a los ojos.

—Te habría matado en Catania...

—Lo sé.

—Y habría cometido un gran error. A veces me pregunto quién es realmente el mejor de nosotros.

—Yo evidentemente —repuso Léptines—. ¡Dame la contraseña, bastardo!

—¡A tomar por culo el mundo entero! —dijo riendo Dionisio.

—¡A tomar por culo! —repitió Léptines y saltó sobre la cubierta de una nave cartaginesa.

Filisto se conmovió al ver aquella ruda despedida, porque sabía que los sentimientos más profundos del ánimo de Dionisio estaban aún vivos bajo la costra del poder que se endurecía cada día que pasaba. Continuaba esperando, o quizá haciéndose ilusiones, que el hombre se impondría finalmente al tirano.

La escuadra salió del Lakios y viró a derecha, manteniéndose en la medida de lo posible al abrigo de la Ortigia, hasta que se encontró exactamente enfrente del Plemmirion, del lado opuesto al Puerto Grande. Dobló de nuevo a derecha hacia el Daskon, donde brillaban las luces del cuerpo de guardia cartaginés y se podían distinguir las unidades encargadas de la vigilancia.

Los vigías saludaron a las enseñas de Tanit en las naves que desfilaban y recibieron en respuesta un saludo en su lengua. Un oficial cartaginés había sido convencido, con una espada apuntada en los riñones, de que los tranquilizara con el sonido familiar de su voz. Ahora la pequeña flota era libre de moverse y Léptines la condujo hacia el fondo de la rada, donde cabeceaban ancladas unas cincuenta naves de guerra.

El ataque fue tan rápido como violento: una decena de embarcaciones fueron hundidas con los espolones, inmóviles como estaban, al primer golpe; a las otras se les prendió fuego con una lluvia de flechas incendiarias.

Una segunda lluvia de dardos inflamados se abatió sobre las tiendas y sobre los depósitos, mientras por todas partes se dejaban oír gritos y el sonido prolongado de los cuernos daba afanosamente la alarma.

La confusión era tal que Léptines consiguió sujetar a una media docena de naves enemigas y remolcarlas fuera de la bahía. Al amanecer su escuadra entró triunfalmente en el puerto Lakios recibida por una multitud en fiesta.

Léptines se sintió renacer en el abrazo de la multitud y en el de su hermano Dionisio, pero luego su mirada se alzó hacia el muro de la fortaleza y en los glacis de la torre vio una delgada figura femenina. Le pareció que agitaba un brazo para saludar y pensó para sus adentros que era Aristómaca, tan diminuta por la distancia, lejana e inalcanzable.

Envalentonada por el éxito, la marina siracusana al mando de Léptines se lanzó a

una serie de ataques, hundiendo numerosas embarcaciones de carga y no pocas naves de guerra. Los cartagineses, furibundos por las pérdidas sufridas, decidieron hacer salir de su escondite a su escurridizo adversario del Lakios y destruir sus bases con un asalto enérgico.

Esta vez también Dionisio se embarcó en la *Boubaris* y en la furiosa refriega que siguió se vio a los dos hermanos batirse uno al lado del otro con increíble valor, mandando al abordaje a las tropas de asalto como cuando tenían veinte años.

Con el apoyo de las catapultas alineadas en dos promontorios que cerraban la entrada al puerto, a la flota siracusana le fue fácil moverse en el espacio restringido de Lakios e infligió grandes pérdidas al enemigo obligándole finalmente a retirarse. Una decena de naves fueron capturadas y reparadas, de modo que la fuerza disponible llegó a las cincuenta unidades.

En tierra, la caballería no se quedó a la zaga y llevó a cabo decenas de misiones de acoso, atacando a las patrullas cartaginesas que merodeaban por los campos en busca de víveres y de forraje, aniquilando a los destacamentos militares que batían el territorio y llegando a menudo a amenazar a los mismos puestos avanzados de Himilcón en la llanura del Anapo.

Pasó así, entre continuas escaramuzas, la primavera y llegó el verano: abrasador, húmedo y bochornoso.

Y con el verano estalló la peste en el campamento cartaginés. Los muertos eran arrojados en las ciénagas con una piedra atada a los tobillos; de este modo el contagio se multiplicaba aún más, a través de las venas ocultas del agua.

La sofocante canícula había secado muchos pozos también intramuros, pero la fuente Aretusa seguía manando cristalina y pura. Filisto recordó las palabras de Yolao, cuando dijo que allí estaba la salvación de la ciudad, e hizo promulgar la orden de beber solamente del agua de la fuente sagrada hasta que terminara la guerra y volviesen las lluvias.

En las interminables jornadas castigadas por un sol de justicia, Dionisio se sorprendió a menudo pensando en la muchacha salvaje que vivía en el valle de altos precipicios en las fuentes del Anapo y en el día en que había hecho el amor con ella en la orilla del manantial, desnudo y feliz. Se preguntaba si estaría todavía viva y si se acordaría de él.

Ni la esposa italiana siempre inclinada a entregarse para obtener algo, astuta administradora de su belleza, ni la siracusana, a menudo melancólica y hermética, le habían dado nunca tanto placer. Tampoco el nacimiento de sus hijos, Hiparinos y Niseo, había hecho desaparecer del rostro de Aristómaca el velo de tristeza que casi siempre lo ensombrecía.

Desde hacía ya tiempo Dionisio rehuía los encuentros ocasionales con mujeres desconocidas por temor a poner en riesgo su salud, y espaciaba también las relaciones

con quienes hubieran tenido que ser sus amigos. Aumentaba así su soledad; todos sus pensamientos se concentraban en la acción bélica, en el proyecto político del gran Estado griego de Occidente al que consagraba todas sus energías. Se preguntaba cuántos lo querrían en la ciudad y cuántos lo odiarían, cuántos lo admirarían y cuántos lo temerían.

En medio de estas consideraciones, crecía en él cada día más la sospecha y con ella el temor a que un atentado truncase su vida, haciendo inútiles los esfuerzos realizados, el enorme dispendio de vidas humanas, el precio espantoso de sangre pagado por un sueño de grandeza en el que quizá era el único en seguir creyendo. Muchas veces le volvían a la mente las palabras de su padre adoptivo Héloris: «Un tirano solo abandona su puesto con los pies por delante». Y la imagen ligada a las palabras le oprimía el corazón y la mente sin que pudiera confiarse a nadie. No le había sido dado mostrarse débil y vulnerable, ni siquiera con los últimos amigos que le quedaban: Yolao, Filisto y el mismo Léptines.

Solo el gigantesco Aksal, inseparable guardia de corps, le daba una sensación de tranquilidad, como la armadura que le cubría el pecho en la batalla. Un ser poderoso y ciegamente fiel, dispuesto a todo a una señal suya.

Una vez, mientras discutía un plan de ataque con los oficiales en el patio del cuartel, Léptines le quitó la lanza a uno de los mercenarios campaneos para dibujar con la punta en la arena las líneas de la acción y Dionisio se estremeció. Léptines leyó durante un instante en sus ojos la cólera y el terror y no pudo dar crédito a lo que veía.

Devolvió la lanza al miembro de la guardia y se alejó en silencio.

Dionisio corrió tras él y le detuvo.

—¿Adónde vas?

—¿Y me lo preguntas?

—No has comprendido... Los hombres tienen orden de no dejarse desarmar por nadie y yo no puedo permitir que...

—¿Eres capaz aún de una respuesta sincera? —le preguntó Léptines mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Eres capaz de ello? —vociferó.

—Sí.

—Pues, entonces, responde: ¿has pensado que quería matarte?

Dionisio permaneció mudo y con la cabeza gacha durante un interminable momento, luego dijo:

—Lo he pensado.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Yo te diré por qué: porque en mi lugar tú hubieras sido capaz de hacerlo.

—No —respondió—, esto no. La razón quizá sea que me odio a mí mismo más de lo que pueda odiarme cualquier otro.

Se hizo el silencio entre ambos. Se miraron a los ojos sin conseguir pronunciar una palabra.

—¿Qué debo hacer? —preguntó finalmente Dionisio.

—Ataca. Conduce a tus hombres a primera línea. A los siracusanos, no a los mercenarios. A estos mándalos solos. Demuestra que eres uno de ellos, que estás dispuesto a morir por aquello en lo que realmente crees.

No añadió nada más y echó a andar corredor adelante. Dionisio se quedó escuchando el ruido de sus pasos que se desvanecía en la lejanía.

El ataque no fue decidido hasta el momento en que las tropas de Himilcón parecieron encontrarse verdaderamente en una situación extrema y cuando el hedor de los cadáveres insepultos se hizo insoportable. Dionisio decidió entonces poner en ejecución su viejo plan de batalla fracasado en Gela.

—Atacaremos con tres cuerpos de ejército —anunció en la reunión del alto mando—. Yo estaré a la cabeza de la división central, que se dirigirá directamente al fuerte de Daskon. Eurídemo mandará la segunda división con los mercenarios desde poniente. Léptines, tú dirigirás el ataque por mar desembarcando el tercer contingente. La decisión sobre cuándo lanzar el ataque final se tomará en el lugar, cuando esté clara la suerte del enfrentamiento y las tres divisiones estén en posición ante el campamento atrincherado. La contraseña será «¡Apolo Conductor!».

Las dos divisiones de tierra salieron al amparo de las tinieblas después de que Léptines hubiera dejado el puerto con la flota, y Dionisio se dirigió directamente al fuerte de Daskon, tomándolo por sorpresa. Una vez ocupada la posición, estableció allí el cuartel general y le indicó a Eurídemo que mandara por delante a los mercenarios precisamente mientras Léptines doblaba el promontorio sur de la Ortigia. El espartano ordenó atacar.

Pese a que la peste hubiera diezmando a las tropas, los ibéricos y los campaneos de Himilcón reaccionaron con gran valor, rechazando a los mercenarios al mando de Eurídemo, a los que infligieron cuantiosas bajas. Pero mientras tanto Léptines había desembarcado a su división de incursores y Dionisio se había acercado con el grueso de las tropas, dejando solo una guarnición en la explanada de enfrente del fuerte de Daskon.

Las fortificaciones del campamento atrincherado de Himilcón se revelaron enseguida demasiado aguerridas para un ataque frontal

Dionisio decidió no arriesgar. Lanzó, en cambio, a las tropas contra las defensas del campamento naval. Atrapados entre los hombres de Léptines y las dos divisiones de tierra, los mauros y los líbicos encargados de defender las naves fueron arrollados

y hechos pedazos. Muchas de las naves cartaginesas más ligeras estaban varadas y Dionisio ordenó prenderles fuego, transformando el campamento en una inmensa hoguera. Un fuerte viento de tierra empujó el fuego hacia el mar y también buena parte de las naves de transporte fue devorada por el incendio. Al quedar sin sus tripulaciones, los trirremes anclados en tercera fila fueron parcialmente destruidos, y en parte remolcados hacia el puerto Lakios. Menos de un tercio consiguieron llegar a alta mar con las tripulaciones diezmadas.

Sobre las murallas de la ciudad se había reunido una multitud desbordante atraída por el espectáculo de la inmensa hoguera, y la gente, fuera de sí de la alegría de ver destruida la flota enemiga, lanzaba grandes gritos de incitación a sus soldados, a los que podía distinguir perfectamente en la llanura inferior. Muchos, sobre todo ancianos y muchachos, tras ver la gran cantidad de naves cartaginesas a la deriva en la rada, salieron con todo tipo de embarcaciones para apropiarse de ellas y remolcarlas a puerto. El número de los navíos recuperados fue tal, que al final no se encontró ya un solo espacio libre en la dársena y hubo que anclar en el centro del golfo o a lo largo de la orilla norte.

Por la tarde, Dionisio regresó a la cabeza de sus tropas victoriosas, entre los aplausos de la multitud en pleno delirio, y ofició un solemne sacrificio de acción de gracias en el templo de Atenea en la acrópolis, al que asistieron también sus dos esposas, Doris y Aristómaca, ataviadas con sus mejores galas, una llevando de la mano al pequeño Dionisio y la otra con Hiparinos y el niño Niseo aún en pañales.

El campamento atrincherado cartaginés estaba, sin embargo, intacto así como también el ejército de Himilcón, pero la flota en gran parte se había perdido. Únicamente se habían salvado unas cuarenta naves de las más de quinientas, entre unidades de combate y de carga, de que estaba compuesta la gigantesca armada.

Habían cambiado por completo las tornas de la guerra.

Dos días después, ya de noche, una chalupa se acercó al castillo de la Ortigia por la parte de mar abierta y el barquero dio una voz a los centinelas.

—Un mensaje para vuestro comandante.

Yolao fue avisado enseguida en el cuerpo de guardia y fue personalmente al encuentro del hombre en la barca. Le llevó a presencia de Dionisio, que estaba cenando con Léptines y Filisto. El huésped nocturno era portador de un mensaje de parte de Himilcón.

—Habla —dijo Dionisio—. Este es mi hermano y estos otros son como si lo fueran.

El hombre se quitó la capucha que le cubría el rostro y reveló ser el mismo embajador que ya había venido durante la guerra anterior a negociar la paz.

—Las cosas han cambiado desde que nos vimos por última vez —dijo Dionisio, si bien en tono conciliador—. ¿Qué puedo hacer por el noble Himilcón?

—Mi señor te hace una propuesta muy razonable, que espero aceptes.

—Depende de lo razonable que sea —respondió Dionisio.

—Para empezar, te ofrece trescientos talentos en plata, el ochenta por ciento en moneda y el resto en lingotes.

—El comienzo parece muy prometedor —dijo sarcásticamente Léptines.

—A cambio, el noble Himilcón pide que le dejes partir con sus tropas cartaginesas. Diez mil hombres en total.

—¿Y los mercenarios? ¿Y las tropas indígenas? —preguntó Yolao.

—No tenemos naves suficientes para ellos. Haced con ellos lo que os parezca. Si aceptáis, la suma os será entregada mañana mismo en un lugar que os indicaré, no lejos del Plemmirion. ¿Qué respondéis?

—Ahora déjanos —respondió Dionisio—. Tenemos que deliberar. Luego te lo haré saber.

Aksal le condujo fuera de la estancia y los cuatro se pusieron a discutirlo.

—¿No tendrás intención de aceptar? —dijo enseguida Léptines—. Debe rendirse incondicionalmente. Como mucho, puedes permitirle que se largue solo y salve el pellejo. El botín caerá en cualquier caso en nuestras manos cuando hayan terminado de pudrirse en esa cochambre. No tienen escapatoria. Los cerramos por tierra con la caballería y los bloqueamos por mar con la flota. Ahora estamos igualados, pero nosotros contamos con las penteras.

Dionisio alzó una mano para cortar aquella perorata.

—La desesperación puede hacer milagros. Quien no tiene nada que perder puede encontrar en sí fuerzas inimaginables.

—Es cierto —se mostró de acuerdo Yolao—. En cualquier ser humano hay una reserva desconocida de energía, una especie de tesoro enterrado que sale a la luz cuando se ve amenazado. Es el último recurso que le concede la naturaleza para sobrevivir.

—Una cosa es cierta —dijo Filisto—. Los trescientos talentos nos vienen bien; los gastos de guerra han sido enormes, los sueldos de los mercenarios se están pagando con retraso y también tenemos que resarcir a las familias de los ciudadanos caídos en la batalla, reconstruir la flota, pagar una indemnización al contingente enviado por la metrópolis.

—Y no solo esto —intervino Yolao—. Cuanto más tiempo se quede esta gente en nuestras proximidades, mayor es la posibilidad de que la peste se extienda también entre nosotros. En cambio, si les dejamos volver la propagarán en su patria. Ya sucedió la otra vez. Sé cómo se propaga ese tipo de enfermedad.

—También yo estoy convencido de ello —aprobó Filisto—. Entonces, ¿qué hacemos?

Léptines estaba fuera de sí.

—Estáis locos. Tenemos por fin la posibilidad de exterminarlos del primero al último, y ¿les dejáis irse por trescientos talentos?

—Es una bonita suma —rebatíó Filisto.

—Escuchadme, si es por el dinero por lo que queréis dejarles irse, os juro que yo lo encontraré y os lo traeré. Bloquearé el campamento de modo que no podrá salir ni una mosca.

—He escuchado vuestro parecer —intervino en ese punto Dionisio—. Haced entrar al embajador.

Aksal volvió a traer a la sala al enviado de Himilcón.

—Hemos meditado sobre tus propuestas y quisiera hacer una a mi vez... —comenzó diciendo Dionisio.

—Perdona, jefe supremo —le interrumpió cortésmente el embajador—, hace un momento, mientras esperaba en la antesala, he oído involuntariamente a uno de vosotros, de voz más bien fuerte... —Dionisio miró irritado a su hermano aún rojo de ira—. Me ha parecido oír, decía, que tenéis intención de establecer el bloqueo para que el tesoro no salga del campamento atrincherado. El hecho es, amigos míos, que el dinero... no está en el campamento y, aunque fracasase esta negociación, sería inmediatamente arrojado al mar, a una profundidad en la que nadie podría sacarlo nunca. Un verdadero desperdicio, ¿no os parece? Cuando una decisión razonable satisfaría tanto a nosotros como a vosotros.

Dionisio suspiró.

—Entonces, ¿puedo conocer tu decisión?

—Le dirás a tu amo que acepto. El intercambio se producirá en el mar, a medio camino entre vuestro campamento junto al Anapo y el promontorio sur de la Ortigia. Apenas haya visto el dinero, las primeras naves podrán comenzar a zarpar. Todo tendrá lugar de noche y en el mayor de los secretos.

—Por nuestra parte está bien —confirmó el embajador—. ¿Cuándo querréis que se produzca la transacción?

—Mañana mismo habrá luna nueva —replicó Dionisio—. Nos traeréis el dinero al comienzo del segundo turno de guardia. Tres señales luminosas por nuestra parte y tres por vuestra parte.

—Muy bien, *hegemon*. Ahora, si me permites, regresaré para referir a mi señor el feliz resultado de mi misión y para tranquilizarle acerca de tus buenas intenciones.

—¿Has visto? —dijo Dionisio a Léptines apenas hubo salido el embajador—. ¿Crees poder joder a un cartaginés? ¿Y encima en cuestiones de dinero? He tomado la decisión acertada. Y ahora vayámonos a dormir; mañana nos espera una larga jornada y no de las más fáciles.

Los invitados se despidieron para irse, pero Dionisio llamó de nuevo a Léptines.

—¿Qué quieres?

—He reflexionado acerca de tu propuesta. Hay algo aprovechable en lo que decías.

Léptines le miró sorprendido.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto. Escúchame bien: imagina que, apenas se haya producido la entrega del dinero, alguien desde la Ortigia observa extraños movimientos en la boca del Puerto Grande...

—Puede ser —respondió Léptines—, pero esto significa que en el futuro no existirá nunca más la posibilidad de un acuerdo leal entre nosotros y ellos.

—No es cierto si, por ejemplo, los que atacan son los corintios. Nosotros no estamos en condiciones de dar órdenes a la marina de la metrópolis. Y esto lo saben también los cartagineses.

—Habría preferido que no me dijeras nada. No me gusta el engaño, ni siquiera cuando perjudica a mi peor enemigo. Si me necesitas para cualquier otra cosa, ya sabes dónde encontrarme. Te deseo felices sueños.

Se fue.

A la noche siguiente, a la hora fijada, Dionisio salió con una chalupa y alcanzó a un tirreme que le esperaba a un estadio de distancia hacia mar abierta. Luego la nave de guerra avanzó lentamente en dirección al puerto. A los lados y en posición avanzada, a medio estadio aproximadamente de distancia, dos pequeñas unidades de reconocimiento controlaban que no hubiera sorpresas o emboscadas.

Todo fue como una seda. Apenas llegar al lugar convenido, la nave fue abordada por una embarcación cartaginesa, tras el intercambio de señales, y comenzó el traspaso del dinero.

A bordo estaba el embajador que había llevado a cabo el trato.

—Te ruego, *hegemon* —dijo enseguida—, que el recuento se haga lo más rápidamente posible. Nuestra flota está ya cerca del Plemmirion, dispuesta a hacerse a la mar.

Dionisio asintió y sus administradores, rápidos con las romanas, pesaron en poco tiempo el dinero y dieron la vía libre.

—Le dirás a tu señor que puede partir —dijo al embajador— y que no vuelva nunca más. Como ves, Sicilia es como una fruta muy sabrosa pero con un hueso muy duro de roer, con el que cualquiera está destinado a romperse los dientes. Sí, Siracusa es el hueso. Adiós. La barca se alejó y Dionisio vio que lanzaba señales luminosas, probablemente hacia el Plemmirion donde Himilcón estaba esperando con la flota.

—¿Cómo habrá conseguido engañar a los mercenarios? —preguntó Yolao.

—No habrá sido difícil. Debe de haberles dicho que estaba preparando una incursión nocturna. Los cartagineses son los únicos que saben navegar bien de noche y nadie se habrá extrañado de que solo les haya embarcado a ellos. Ahora volvamos,

porque dentro de no mucho habrá movimiento por este lado.

Yolao asintió e hizo una indicación al piloto de que virara en dirección a la Ortigia.

El tesoro fue descargado en los peñascos debajo del castillo, donde se abría un pasadizo secreto que conducía a los subterráneos de la fortaleza. También Dionisio y Yolao entraron por la misma abertura y llegaron poco después a sus alojamientos.

Pasó aún algún rato y se oyeron sonar trompetas de alarma. Algunos miembros de la guardia vinieron a llamar a la puerta.

—¡*Hegemon, hegemon*, los cartagineses se largan! Los corintios lo han advertido y están saliendo con sus naves. ¿Qué debemos hacer?

—¿Cómo qué debéis hacer? —gritó—. ¡Da la alarma, por Zeus! —¡Llama a mi hermano, todas las tripulaciones a las naves, moveos!

Siguió un gran trasiego, pero los únicos en hacerse a la mar a tiempo para ser de alguna utilidad fueron los corintios, que consiguieron interceptar a la cola de la flota cartaginesa y hundir una decena de naves.

Himilcón escapó. Tras llegar a la patria, confesó públicamente, al uso semita, sus errores en presencia del pueblo y del Consejo; luego se suicidó.

XXVI

La muerte de Himilcón y la extensión de la peste por África desencadenaron la revuelta de los pueblos sometidos a Cartago, los líbicos y los mauros del interior, y la ciudad tuvo que emplear sus energías restantes en garantizar su propia supervivencia.

Dionisio tuvo las manos libres en Sicilia. Ocupó la costa norte de la isla hasta tomar Solunto, antigua fundación cartaginesa a escasa distancia de Palermo, y consolidó su autoridad sobre los sículos. Pero se dio cuenta de que para hacer realidad su proyecto de una Sicilia enteramente griega, situada en el centro del mar y de las tierras, los recursos de los que disponía eran insuficientes. Primero tenía que ampliar sus dominios, crear el gran Estado griego de Occidente que anhelaba desde hacía tiempo: un dominio personal que tuviera en Siracusa su eje y se extendiera hasta el istmo de la Escila, el tramo en que la península de enfrente de Sicilia es más angosto, entre el Jónico y el Tirreno. De este modo tendría el control del estrecho, la vía marítima por la que habían llegado a menudo las amenazas más peligrosas.

El nudo gordiano era Rhegion, tan próxima que desde Mesina se podían ver los templos y, de noche, las luces. La ciudad siempre le había sido hostil. Acogía a Héloris —el padre adoptivo que le había repudiado y que desde hacía años era su enemigo acérrimo— y a todos los caballeros desterrados. Los viejos aristócratas habían criado a sus hijos en el odio más feroz contra el tirano que había privado a Siracusa de la libertad y a ellos de la patria. No dejaban pasar una oportunidad para hacer la propaganda más negativa contra él y difundir las calumnias más vergonzosas, trufadas de anécdotas infamantes, lo cual a Dionisio le traía sin cuidado; él proseguía con los preparativos de guerra, de acuerdo con los aliados italianos de Lócride, con los que le unían vínculos de familia.

Antes de marchar contra Rhegion había que llevar a cabo una última empresa: la conquista de Tauromenio, el formidable «Baluarte del Toro» bajo dominio de los sículos aliados de Cartago. La consideraban una especie de *sacrarium* de su nación, protegida como estaba por una posición casi inaccesible en lo alto de una eminencia rocosa. Desde ahí se dominaba el camino de la costa que unía Siracusa con Mesina y el estrecho; y también se veían las espantosas convulsiones del Etna durante sus erupciones, o bien, en las tranquilas puestas de sol invernales, teñirse la cima inmaculada del volcán de rojo antes de la caída de la tarde.

Dionisio intentó un ataque nocturno, en pleno invierno, cuando más arreciaba una tempestad de nieve. Escaló la peña con sus incursores por el lado en que era más pendiente la pared y por esto menos vigilada estaba, conduciendo personalmente a sus tropas.

En un primer momento la empresa tuvo éxito, pero apenas los sículos se dieron cuenta de la invasión, acudieron en masa entablando un feroz cuerpo a cuerpo con los

asaltantes, que se encontraron al cabo de poco en condiciones de clara inferioridad.

Dionisio, que se batía a la cabeza de sus hombres, fue herido y solo la potencia de Aksal le salvó de la muerte. El gigantesco celta decapitó al adversario de un solo hachazo, arrojó su cabeza en medio de los enemigos atónitos e inmediatamente después les atacó con furia salvaje, rugiendo como una fiera y matando a un gran número de ellos. De este modo Dionisio pudo ser levantado y llevado atrás hacia el recinto amurallado. Yolao mandó la retirada, concentrando en formación compacta a sus hombres en el punto por el que habían entrado.

Aksal bajó con una cuerda a su señor malherido, mientras otros guerreros descendían para recibirlo en la primera explanada que se abría a lo largo de la peña. Consiguieron salvarlo, pero perdieron a muchos compañeros en el precipitado descenso, bajo la lluvia de pedruscos y de toda clase de proyectiles que los sículos lanzaban desde las murallas.

Entretanto Cartago no había olvidado la humillación sufrida y no bien se hubo recuperado de la peste alistó a mercenarios ibéricos y baleares, sardos y sicanos y aplastó en pocos meses la resistencia de los líbicos reduciéndolos de nuevo a la obediencia. Luego confió al almirante Magón la tarea de responder a la arrogancia siracusana.

Los medios eran escasos y la flota de dimensiones bastante reducidas, pero a pesar de ello Magón consiguió avanzar sin ser molestado hasta Cefalodión. Desde allí se dirigió al sur, hacia el interior, en dirección a Agira en la que reinaba un tirano local, amigo de Siracusa. Dionisio fue a su encuentro con el ejército y lo repelió por dos veces en enfrentamientos parciales. Pero cuando su Estado Mayor y los aliados le incitaron a dar el golpe de gracia, él se negó a ello, considerando que era ya el vencedor y que no valía la pena exponer las fuerzas en un ataque frontal. Pensaba ya en la expedición contra Rhegion y no quería perder ni a un hombre siquiera en un choque que consideraba inútil, uno de los mil episodios estúpidos de enfrentamiento con los cartagineses que no resolvería nada.

Pero los suyos se indignaron por esta conducta abandonista, al no soportar la idea de ser considerados unos cobardes por los bárbaros, y, como eran en gran parte tropas de ciudadanos, decidieron regresar a sus hogares dejándolo solo.

Yolao les siguió para mantener el control de la situación, que podía precipitarse de un momento a otro en ausencia del Jefe supremo, mientras que Filisto y Léptines se quedaron con Dionisio al mando de su guardia personal y de un contingente de mercenarios peloponenses.

Consiguieron regresar sin problemas, pero Dionisio estuvo ansioso hasta el último momento, aterrorizado ante la idea de que en su ausencia la ciudad se alzase y las tropas de ciudadanos ocupasen la Ortigia. No sucedió nada de ello y fue casi un milagro.

Magón, por su parte, se consideró satisfecho por haberle inducido a retirarse y regresó con el ejército a los límites de la provincia cartaginesa. Desde allí envió una embajada proponiendo la paz.

Dionisio devolvería Solunto y los otros centros del norte que había conquistado recientemente y a cambio Magón le reconocería el dominio sobre los sículos, incluidos los de Tauromenio. Las condiciones convenían a ambos y se firmó la paz.

Con la paz volvió a florecer el comercio, el tráfico marítimo y el flujo de mercancías desde el Ponto Euxino hasta el golfo Adriático, desde Hispania hasta África, desde Grecia hasta la Galia, Asia, Egipto. Los dos puertos de Siracusa hervían de navíos procedentes de todas partes del mundo, de artesanos y de mercaderes, de obreros y de estibadores que descargaban maderas de Italia, hierro de Etruria, cobre de Chipre, papiro de Egipto, laserpicio de Cirene. Y cargaban para la exportación: trigo, aceite de oliva, manufacturas de todo género, caballos, armas.

Dionisio se curó de su herida y se acordó de la fuerza y del valor de Aksal.

—Si tuviéramos algunos millares de mercenarios como él —dijo en una ocasión a Filisto—, nadie podría frenarnos. Deben de ser combatientes indomables.

—Cuidado —respondió Filisto—, podrían convertirse también en una amenaza. Se está efectuando una invasión en el norte. Lo he sabido por nuestros informadores vénetos llegados de Adria con una carga de ámbar. Son muchas tribus, que vienen del otro lado de los Alpes con sus familias detrás de ellos. Una verdadera emigración. Han entablado un durísimo enfrentamiento con los etruscos entre los Apeninos y el Po y estos han pedido ayuda a sus hermanos que viven en la patria de origen, entre el Arno y el Tíber.

—Si son todos como Aksal, los etruscos no tienen ninguna esperanza de repelerlos —observó Dionisio.

El pretexto para la intervención contra Rhegion lo brindó una escaramuza por cuestiones fronterizas entre la ciudad del estrecho y Lócride, que no tardó en convertirse en una guerra declarada. Doris, la esposa locria, pareció enseguida preocupada porque en su patria tenía muchas personas que le eran queridas.

—Tu ciudad no tiene nada que temer —la tranquilizó Dionisio—. Es más, al final de la guerra será más grande y más rica aún. Quien es amigo mío sabe que solo puede recibir de mí beneficios.

—Entonces recuerda, apenas hayas desembarcado en mi ciudad, ofrecer un sacrificio a nuestro héroe nacional, Áyax Oileo.

—Así lo haré, aunque no creo que vuestro Áyax venga a sacarme de ningún apuro si me veo en dificultades.

—No es cierto. ¿Sabías que los locrios dejan siempre un espacio vacío en primera línea para que él ocupe su puesto en la batalla?

Dionisio sonrió y pareció mirar durante un instante con curiosidad los

movimientos de su hijo que jugaba con un caballito de madera.

—¿De veras? —dijo distraídamente—. No lo sabía.

—Pues sí. Hace más de siglo y medio los nuestros libraron una batalla tremenda contra los de Crotona, cerca del río Sagra. El comandante crotoniata, al ver la brecha abierta en nuestra primera línea, se lanzó por ella para romper nuestra formación, pero fue herido por un arma invisible y llevado enseguida a la retaguardia. La herida, pese a los cuidados de los médicos, que la habían cauterizado varias veces, no cicatrizaba, es más, emanaba un hedor insoportable, produciéndole unos dolores desgarradores. Se decidió consultar al oráculo de Delfos, que dio esta respuesta:

*"La lanza de un héroe ha infligido la herida,
solo la lanza de un héroe la curará."*

—Los sacerdotes, interpretando el vaticinio, dijeron que él debía dirigirse al pantano Meótide, en la ribera norte del Ponto Euxino, donde, en una isla, se conservaba la lanza de Aquiles. El comandante crotoniata emprendió un largísimo viaje y, una vez llegado a dicho santuario en los confines del mundo, aplicó a la herida la herrumbre de la lanza del héroe y se curó al deshacerse el encantamiento.

—Es una historia hermosísima —comentó Dionisio—. Debes contársela a nuestro hijo.

—¿Me llevas contigo? —preguntó Doris.

—Ni pensarlo. El niño es pequeño, necesita de ti, y la guerra es la guerra. Quizá en otra ocasión, cuando todo haya terminado, cuando se inicie un largo período de paz y de prosperidad, te lleve a Lócride. Haremos construir una casa muy bonita y pasaremos allí alguna temporada de vez en cuando.

—¿Hablas en serio? —preguntó la muchacha—. ¿E iremos tú y yo solos?

Dionisio frunció el ceño.

—Sabes que no debes hablar así. Aristómaca debe ser para ti como una hermana. Es más, deberías ser tú quien pidiera llevarla con nosotros.

—He intentado ser su amiga. Compartí incluso la cama con vosotros, la primera noche, ¿recuerdas? Y lo habría hecho de nuevo, pero ella es celosa, siempre está melancólica... incluso ahora que tiene hijos. No sé cómo puedes soportarla...

—¡Ya basta! —la interrumpió con brusquedad Dionisio—. Ya sé cómo acaba todo esto. Conténtate con tu situación, que cualquier otra mujer envidiaría, y no pidas más.

Doris se dirigió a la doncella.

—Es tarde, mete al niño en la cama. Y tú, pequeñín, dale un beso a tu padre.

El niño besó tímidamente a su padre sin soltar la mano de la nodriza, que se lo llevó con ella.

—¿Duermes conmigo esta noche? —preguntó Doris apenas hubieron salido.

—Ya sabes que hoy he de estar con Aristómaca.

—Pero Aristómaca tiene el período, mientras que yo no.

—No se te escapa nada.

—No hace falta mucho. Basta con saberlo una vez y luego llevar la cuenta.

Mientras decía aquellas palabras, se soltó las fíbulas del vestido quedando desnuda delante de él. El cuerpo de Doris resplandecía de la armonía de formas que le confería la plenitud de su feminidad.

—Eres terrible... —dijo Dionisio recorriendo con la mirada el cuerpo sensual de su esposa, la piel blanquísima en la que las lámparas reflejaban una halo dorado.

Ella se le acercó y le abrazó, acercando los pechos al rostro de él.

Dionisio la besó con ardor y la arrastró a la cama.

—Pero luego —dijo con una risa sarcástica— iré a dormir con Aristómaca.

—¡Los celtas han expugnado Roma! —exclamó Filisto entrando casi a la carrera en la residencia de Dionisio.

—¿Qué?

—Así es, los romanos trataron de hacerles frente, pero apenas verlos les entró tal espanto que pusieron pies en polvoroso. Muchos se arrojaron al río, otros huyeron a una ciudad próxima, aliada suya.

—¿Cómo lo has sabido?

—Lo han contado unos mercaderes etruscos de Climas, que a su vez lo han sabido por sus compatriotas de Tarquinia. Ha sido un desastre. La ciudad ha sido saqueada, y los senadores que decidieron quedarse han muerto. Ha resistido la acrópolis, por breve tiempo, pero luego tuvieron que capitular y pagar un gran rescate para lograr la libertad.

Dionisio se dirigió a Aksal.

—¿Has oído lo que han hecho tus hermanos? Han quemado una de las ciudades etruscas más poderosas del Tirreno.

—Nadie puede resistírseos —comentó lacónico el celta.

—También yo comienzo a creerlo. Es más, quisiera mandarte un día a verles, junto con Filisto, para proponerles combatir a mi servicio.

—Si tú mandas, Aksal va.

—Bien. Pero ¡por Zeus, hace años que voy diciendo que le enseñes un poco griego a esta criatura!

—El hecho es —respondió Filisto— que ningún maestro ha aguantado más de unos minutos. Mucho me temo que tendrás que aceptarlo tal como es. En el fondo no te sirve para fines literarios, sino que necesitas un energúmeno que haga el vacío en torno a ti. Y él es perfecto para esto, me parece a mí.

—¿Qué se sabe de esos celtas? —preguntó Dionisio—. Me hablaste ya de ellos, pero supongo que ahora se sabe alguna cosa más.

—No mucho: viven en el Norte, subdivididos en tribus sometidas a jefes. Según unos, serían los hiperbóreos de quienes nos hablan los mitos. Según otros, serían descendientes de un tal Gálata, engendrado por Heracles a su regreso de Hispania con los bueyes de Gerión.

—Fábulas... —comentó Dionisio.

—Viven en aldeas fortificadas, veneran a Apolo, a Ares y a Hefesto como nosotros, practican sacrificios humanos, son fieles a la palabra dada, dicen siempre la verdad...

—Son bárbaros, en suma —concluyó Dionisio.

—¿Qué te esperabas? Tienes un espécimen desde hace ya años.

—Para lo que tengo en mente, cuanto más bárbaros, mejor. Pero quisiera que comenzases a meditar sobre una cosa... Si nunca consigo enrolar a un buen número de ellos, deberás descubrir si no hay en el mito alguna versión que los vincule con Sicilia.

—Creo que no.

—Entonces, inventarás una. La gente que se traslada a tierras extranjeras necesita descubrir algo familiar.

—Estos celtas son un elemento de inestabilidad y han avanzado ya mucho hacia el sur. Mantente en guardia.

—No habrá nada ni nadie capaz de amenazarnos cuando haya llevado a cabo mi plan, cuando haya levantado una muralla del jónico al Tirreno y mi flota domine de forma indiscutible el estrecho, cuando Siracusa sea la ciudad más grande del mundo y los poderosos de la tierra tengan que rendirnos cuentas y disputarse nuestra amistad.

—Y ahora atacarás a Rhegion.

—Han atacado a mis aliados y parientes locrios...

—A una sugerencia tuya.

—No cambia de lo esencial.

—Espero que hayas considerado que Rhegion forma parte de la Liga que reúne a gran parte de los griegos de Italia. Si una ciudad es atacada, las otras están obligadas a acudir en su ayuda.

—Lo sé. Y también sé cómo actuar. Entretanto, tú te quedarás aquí y asumirás el mando de la fortaleza de la Ortigia.

Filisto asintió con un leve cabeceo, casi incómodo por el honor que se le hacía.

—Léptines tendrá como siempre el mando supremo de la flota. ¿Sabes dónde está ahora?

—¿Dónde quieres que esté? En su *Boubaris* haciendo sacar brillo a las chumaceras, al mascarón de proa, al figurón, a la espiga del mastelero. Si tuviese mujer, no la querría sin duda más que a esa nave.

—Entonces, hazle saber que seré su invitado durante todas las operaciones en el

mar.

Dionisio se presentó delante de Rhegion hacia finales de verano de aquel año con una armada poderosa: veinte mil hombres, mil caballos y ciento veinte naves de combate, entre ellas treinta Penteras.

Desembarcó al este de la ciudad y se dedicó a saquear y a devastar su territorio. Pero la respuesta de la Liga no tardó en hacerse esperar. Sesenta naves que habían zarpado de Crotona entraron en el estrecho para ir en ayuda de la ciudad amenazada, pero Léptines vigilaba y cayó sobre la escuadra en navegación con toda su flota.

Los crotoniatas, viendo la aplastante superioridad del enemigo trataron de escapar a tierra y de varar las naves para protegerlas, ayudados enseguida por los rhegianos, que hicieron una enérgica salida en su socorro.

Léptines se aproximó hasta casi tocar el fondo con las quillas, hizo lanzar unos arpones y trató de remolcar a alta mar a las naves crotoniatas. Comenzó un extraño tiro con cabos entre las tripulaciones crotoniatas que desde tierra trataban de retener a sus naves, anclándolas en el suelo con cabos y estacas, y los siracusanos, que trataban de arrastrarlas al mar a fuerza de remos.

La grotesca contienda se vio interrumpida por el estallido de una tempestad, anunciada por una imprevista ráfaga de bóreas que cogió de través a los cascos siracusanos haciéndolos girar de forma temible. Léptines dio la señal de soltarlo todo y de alcanzar el puerto de Mesina pero el viento se volvía más fuerte por momentos, las olas se agigantaban hirviendo de espuma y en lontananza se oía el bramido amenazador del trueno. Los comandantes ordenaron arriar velas y desarbolar, pero no pocas naves se vieron sorprendidas con el velamen al viento y se dieron la vuelta. A los naufragos no les quedó otra opción que nadar hacia la costa italiana, donde fueron capturados al punto y encarcelados por los rhegianos.

El resto de la flota luchó duramente con la borrasca durante horas y horas. La *Boubaris* consiguió entrar en el puerto de Mesina en último lugar, solo a medianoche, con muchos remos rotos y las bodegas anegadas.

Se había perdido una oportunidad y Dionisio regresó a Siracusa, furioso por la humillación sufrida.

Durante bastante tiempo permaneció encerrado en su cuartel de la Ortigia, inaccesible incluso para los amigos más íntimos que, por su parte, evitaban importunarle, esperando que pasara la tormenta.

Luego, un día, convocó a Filisto.

—Te necesito —comenzó diciendo apenas hubo entrado.

Filisto le miró de soslayo. Estaba lleno de ojeras, señal de insomnio, y tenía un color de la tez terroso.

—Aquí me tienes —respondió.

—Debes partir para una misión diplomática. Debes estipular una alianza para mí.

—¿Con quién?

—Con los lucanios. He de doblegar a Rhegion y también a la Liga italiana, si fuera necesario. Y mi intención es dejar cerrado todo esto dentro de este año. El próximo serán los Juegos Olímpicos y quiero haber llevado a cabo mi proyecto y presentarme como...

—¿Los lucanios? —le interrumpió Filisto—. ¿He oído bien? ¿Quieres aliarte con los bárbaros contra una ciudad griega? Pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Me doy perfecta cuenta. Y no me vengas con esas tonterías nacionalistas. Los espartanos se aliaron con los persas contra los atenienses con tal de ganar la gran guerra y los rhegianos en una ocasión se aliaron con los cartagineses contra nosotros en tiempos de Gelón...

—Pero cuando los persas quisieron imponer su dominio sobre las ciudades griegas de Asia, el rey Agesilao de Esparta desembarcó en Anatolia y les atacó contundentemente... Pero esto tiene una importancia relativa. Es tu cambio lo que resulta terrible, lo que me produce amargura y pesar. ¿Qué se ha hecho del joven héroe que conocía? ¿Del campeón de los pobres contra los aristócratas? ¿Del combatiente intrépido, del defensor de los helenos, del enemigo implacable de los cartagineses? ¿Y del vengador de Selinonte y de Himera?

—¡Aquí le tienes, delante de ti! —gritó Dionisio—. ¿Acaso no he luchado contra los bárbaros hasta hace pocos meses? ¿No se resiente aún mi cuerpo de las heridas recibidas en Tauromenio? ¿Acaso no he servido a mi patria? ¿No la he hecho más grande y poderosa, temida y respetada? Los atenienses nos hacen la corte, y también los espartanos; somos envidiados por nuestra riqueza y nuestro poderío. Y ¿quién ha llevado a cabo esto? Responde, ¡por Zeus! ¿Quién ha llevado a cabo todo esto?

—Tú, por supuesto, pero también tu hermano Léptines, que ha arriesgado su vida mil veces para cumplir tus órdenes, y también Yolao, que no te ha abandonado nunca y ha creído siempre en ti, y Dorisco, asesinado en su tienda, y Biton, asesinado en Motia, y también yo. ¡Sí! Yo juré seguirte hasta los mismísimos infiernos, si fuera preciso. Pero no me pidas esto, Dionisio, no me pidas que estipule una alianza con los bárbaros contra los griegos. Es algo que va contra mí, y contra todo aquello en lo que creo. Y va también contra ti, ¿no comprendes? Tu autocracia es ya un escándalo para los griegos. Hasta ahora ha sido tolerada porque aparecías como un campeón del helenismo contra los bárbaros. Pero, si te alías con los lucanios para atacar Rhegion y a la Liga italiana, te cubrirán de infamia, te escupirán a la cara, serás representado como un monstruo.

—¡Sea! No necesito su consideración para nada.

—En cambio, sí que la necesitas. ¡Nadie puede vivir sin el aprecio de sus propios semejantes, recuérdalo!

Dionisio, que estaba midiendo a grandes pasos el suelo de la sala de armas, se

detuvo de golpe en el centro de la estancia, mirando fijamente a Filisto con los ojos en blanco.

—Puedo seguir adelante perfectamente incluso solo. Lo importante es vencer. Si tengo éxito, seré aclamado porque todos tendrán necesidad de mí. Y venceré, con o sin tu ayuda. Espero una respuesta.

—Sin ella —respondió Filisto—. Vencerás, si puedes, sin mi ayuda.

—Muy bien. Así sé con quién puedo contar. Adiós.

Filisto agachó la cabeza, luego le miró durante un instante con una expresión de pena.

—Adiós, Dionisio —respondió.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Espera.

Filisto se volvió como esperando que algo pudiera suceder aún.

—Léptines no debe saber nada, por el momento. ¿Puedo contar con tu palabra?

—¿Con mi palabra? Tú no crees desde hace ya tiempo ni en la palabra de honor ni en los juramentos.

—En los de los amigos, sí —respondió atenuando la voz.

—Cuenta con mi palabra —respondió Filisto, y se fue.

XXVII

El tratado de alianza que Filisto se había negado a negociar fue concertado de todas formas por un emisario mesinés de Dionisio y en el verano siguiente los lucanios lanzaron un duro ataque contra los thurios, una colonia griega resurgida medio siglo antes en el lugar en el que había sido destruida Síbaris. Entretanto Léptines había sido enviado con la flota al Tirreno por la zona de Laos. Dionisio, en efecto, le había dicho que sus tropas llegarían por levante a través de las montañas para atrapar en medio a las fuerzas de la Liga que habían invadido el territorio de la amiga Lócride.

Los thurios reaccionaron con gran determinación ante el ataque de los lucanios y cuando vieron que se retiraban hacia las montañas, en vez de esperar al grueso del ejército de la Liga, en camino desde Crotona, se lanzaron en su persecución.

Remontaron el valle del Carax hasta alcanzar la cresta de las montañas y, encontrando el camino expedito, descendieron por la otra vertiente en dirección a Laos, que se alzaba en la costa. Pero una vez que llegaron al pequeño llano entre los montes y el mar se encontraron con una amarga sorpresa. No tenían a los lucanios delante de ellos, sino más bien a sus espaldas. Eran decenas de miles, la fuerza entera de que disponían todas sus tribus, y descendían al valle gritando y enarbolando las armas. Los thurios se dieron cuenta de que habían caído en una trampa y formaron en cuadrado con la falange, preparándose para una resistencia a ultranza. Pero era tal la superioridad numérica del enemigo, que finalmente la batalla se transformó en una carnicería.

Un grupo de unos cuatro mil guerreros consiguió alcanzar lo alto de una colina, donde continuaron repeliendo los ataques de los bárbaros. Otros mil, completamente cercados en la playa y sin ninguna posibilidad ya de salvarse, vieron de improviso que aparecía a sus espaldas una flota griega y, tras desembarazarse de las armas, se arrojaron a nado hacia las naves.

No era la flota rhegiana, tal como esperaban, sino la siracusana, llegada puntualmente para cerrar la trampa también por mar. Pero a la vista de aquellos pobres desgraciados que sangraban y se debatían en el agua tratando desesperadamente de salvarse, Léptines tuvo un sobresalto. Se dio cuenta de que era un ejército bárbaro el que aniquilaba a los griegos de Thurii en la playa, recordó por un momento la horrible escena de las tripulaciones cartaginesas delante de Catania que ensartaban a sus marineros mientras trataban de alcanzar a nado la costa y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Salvad a esos hombres! ¡Rápido!

Sus oficiales le miraron desconcertados.

—Pero, *hegemon*, son enemigos...

—¡Son griegos, por Heracles! ¡Salvadles, sacadles del agua, he dicho!

La orden fue transmitida a Yolao que comandaba el ala derecha y al resto de la escuadra, cuyos oficiales no tuvieron ya ninguna duda cuando vieron a la nave capitana izar a bordo a todos los supervivientes que encontraba.

Apenas puso el pie en la cubierta de la *Boubaris*, un oficial thurio pidió ver al comandante. Le condujeron a proa a presencia de Léptines.

Estaba desfigurado por los golpes recibidos y por el inmenso cansancio soportado. Temblaba por el esfuerzo y casi no conseguía articular palabra.

—Dadle ropas secas ordenó Léptines—. Moveos, por Heracles, ¿a qué esperáis?

—*Hegemon...* —consiguió decir el hombre a duras penas— ¿Qué harás de nosotros?

Léptines le miró y no tuvo ya dudas.

—Seréis tratados con la consideración que merecen los combatientes valerosos. Y seréis... entregados a vuestras familias.

El segundo oficial en la escala de mando le miró estupefacto; tenía la impresión de haber ido a parar al lugar equivocado y a una guerra equivocada. La voz de su comandante le hizo volver a la realidad.

—Y ahora vamos a tierra.

El segundo dio la orden y mientras las otras naves proseguían su labor de salvamento, la nave capitana se acercó a la playa hasta casi clavar el mascarón en la arena. Ya desde la proa de la nave Léptines pudo tener una panorámica casi completa del campo de batalla y se quedó trastornado. Delante de él se extendía la más espantosa carnicería que hubiera visto en la vida, una matanza de proporciones monstruosas. Los cadáveres yacían a montones por todas partes, la tierra estaba completamente empapada de sangre, que discurría en riachuelos que iban a enrojecer las aguas del mar. Diez, quizá quince mil hombres habían sido abatidos en el breve espacio de un estadio, entre las montañas y la playa, como animales en un matadero. La mayoría de ellos habían sido ya desvalijados y desnudados y mostraban las heridas recibidas y las mutilaciones. Muchos cuerpos habían sido despedazados para sacar más fácilmente las armaduras que eran ahora amontonadas por los lucanios a uno de los lados del campamento.

Léptines avanzaba en medio de aquel horror tambaleándose como en una pesadilla; veía los cuerpos efébricos de muchachos, poco más que adolescentes, y los recios y musculosos de hombres maduros, rígidos en la palidez de la muerte. Cabezas cortadas de barbudos veteranos ensartadas en las picas le miraban con ojos vidriosos, la boca abierta de par en par en una muda, grotesca carcajada. Y el zumbido de las moscas se oía por doquier, obsesivo y angustiante.

De golpe el eco de la batalla que aun arreciaba en lo alto de la colina pareció devolverle a la realidad y Léptines gritó a Yolao que se había quedado en su nave que

le mandara al intérprete. Luego avanzó hacia el lugar en el que los jefes de tribu esperaban que el encuentro terminara por desencadenar otra matanza.

Se volvió hacia el que parecía el comandante en jefe.

—Soy Léptines, hermano de Dionisio, señor de Siracusa y vuestro aliado, y te pido que pongas fin a este combate. Has vencido ya —le dijo—. Deja que yo negocie la rendición de estos hombres.

—No —respondió el jefe—. Estamos en guerra desde hace mucho tiempo con esta gente que ha ocupado sin ningún derecho nuestro territorio. Queremos que desaparezcan, tenemos que exterminarlos.

—Será mucho mejor para ti que les perdones la vida. Estoy dispuesto a pagar un rescate por cada uno de ellos. Te doy... veinte dracmas de plata por cabeza, ¿te parece bien? Te doy treinta... una mina, sí, te doy una mina de plata por cada uno. ¿Aceptas?

Se había reunido con él entretanto su segundo que, apenas hubo oído aquella propuesta, le aferró por un brazo.

—*Hegemon*, pero ¿sabes cuánto te costará? Por lo menos ciento cincuenta talentos; es más de la mitad de lo que tenemos a bordo. Es el dinero que necesitamos para los gastos de guerra...

—Esto es un gasto de guerra —replicó Léptines; luego, vuelto hacia el intérprete, preguntó—: ¿Quieres pedirle a este cabrón que acepte mi oferta?, maldita sea.

El intérprete tradujo y el jefe asintió con aire grave, con dignidad, como si concediera un gran favor.

—¡Por fin! —exclamó Léptines—. Ahora dile que tengo que reunirme con los hombres de la colina.

El jefe gritó algo y la masa de los guerreros lucanios se detuvo, luego empezó lentamente a retroceder. Por último, se abrió para permitir el paso al almirante siracusano, que empezó a subir lentamente la pendiente hasta encontrarse delante de cuatro mil guerreros thurios, extenuados por el cansancio, heridos, jadeantes, sedientos, bañados en un sudor sanguinolento, que le miraban mudos y atónitos. Solo el chirriar ensordecedor de las cigarras se dejaba oír en aquel momento en la colina abrasada por el sol.

Léptines habló.

—Soy el navarca supremo de la flota siracusana y un enemigo vuestro, pero hasta ahora no sabía que a estos bárbaros se les había ordenado vuestro completo exterminio. El desastre se ha producido ya, la matanza se ha consumado. Pero aunque sea yo un enemigo, sigo siendo en cualquier caso un griego, hablo vuestra lengua y venero a vuestros mismos dioses y por consiguiente haré todo lo posible por salvaros. He ofrecido un rescate por vuestras vidas y, si os rendís, os doy mi palabra de que no se os hará daño alguno y seréis devueltos a las familias que os esperan. Vuestros compañeros que se habían arrojado a nado pensando que se dirigían hacia la flota

rhegiana han sido recogidos y curados y, juntamente con vosotros, regresarán a vuestra ciudad.

Los hombres le miraron estupefactos, sin saber qué pensar. Algunos gritaron frases inconexas, incapaces ya de razonar, otros se dejaron caer de rodillas, otros estallaron incluso en un llanto incontenible.

—Arrojad las armas y seguidme —dijo Léptines—. No se os hará ningún daño. Si alguien os agrede, yo mismo daré orden a mis tropas de que os defiendan.

A aquellas palabras, uno tras otro, empezando por los de más edad, los guerreros de la colina arrojaron al suelo las espadas y los escudos y echaron a andar detrás de Léptines pasando por en medio de las filas de los bárbaros armados y excitados aún por la matanza.

Avanzaron en silencio, las miradas clavadas en el vacío, hasta que llegaron a la playa y se dejaron caer en el arenal.

El jefe de los lucanios los hizo contar uno por uno, luego subió a las naves para hacer el recuento de los demás e hizo la suma.

Léptines pagó sin pestañear ciento setenta talentos en monedas de plata, luego negoció personalmente la paz entre las tribus de aquellos bárbaros y los oficiales supervivientes de más alta graduación en representación de la ciudad de Thurii. También obtuvo para ellos el permiso de recoger a sus muertos y depositarlos en las piras.

Al atardecer volvió a subir a la *Boubaris* y ordenó poner proa al sur, en dirección a Mesina, donde le esperaba Dionisio y, quizá, la empresa más difícil de su vida.

Dionisio estaba ya enterado de todo y le recibió en el cuartel general en Mesina, dándole la espalda.

—Sé lo que piensas... —comenzó diciendo Léptines—, pero hubieras tenido que estar allí, tú no has visto esa carnicería, la extensión de cadáveres descuartizados y hechos pedazos, la sangre que enrojecía la tierra y el mar...

—¿Que yo no he visto carnicerías? —vociferó Dionisio volviéndose de golpe—. Toda la vida he estado en medio de matanzas. ¡Y también tú, por Zeus! No me digas que es la primera vez que ves sangre.

—¡Pero eran griegos, maldita sea! Griegos aniquilados por unos bárbaros que actuaban por nuestra cuenta. ¡Tú me hablaste de un acuerdo con los lucanios, de un apoyo estratégico, de acciones de acoso, no me dijiste que les habías dejado las manos libres para aniquilar a una ciudad entera!

—¡Basta! —gritó de nuevo más fuerte Dionisio—. ¡Basta, he dicho! Has llevado a cabo un acto gravísimo de rebelión. Has firmado una paz en contra de mi plan político y en contra de mi estrategia militar. Has dilapidado una suma enorme que había de servir para las operaciones de guerra. ¿Sabes qué significa esto? ¡Alta traición, insubordinación, connivencia con el enemigo en el campo de batalla!

Léptines agachó la cabeza como si se sintiera aplastado por la dura reacción de su hermano, como si la hubiera previsto. Cuando alzó los ojos y se topó con los de él, inyectados en sangre, vio el rostro enrojecido por la cólera, las venas del cuello hinchadas mientras gritaba otras acusaciones y otros insultos, le pareció tener delante a un extraño, a un ser cruel e inhumano. Esperó a que hubiera terminado y, mientras aquel jadeaba por la excitación incontrolable de la ira, replicó:

—Lo sé, y estoy dispuesto a asumir las consecuencias. Pero antes quiero decirte una cosa: cuando vi ese horror me acordé de repente de lo que es una ciudad griega, como si lo hubiera olvidado. No me refiero a Siracusa o a Selinonte o a Catania, a amigos o enemigos, me refiero a cualquier ciudad donde la gente desciende de unos pobres desgraciados obligados, hace muchos años, a emigrar para buscar un poco de fortuna en ultramar. Llegaron con nada más que sus vidas y sus esperanzas. No para construir imperios, sino solo un simulacro, a pequeña escala, de la patria natal; un lugar con un puerto para el comercio, una colina para los dioses, campos para el trigo y los olivos. Por cada una de aquellas ciudades que tuvo un futuro, muchas no lograron nacer nunca, por cada grupo que conquistó un puerto de arribada, muchos acabaron en el fondo del mar, en boca de los peces. Es cierto, hemos luchado muchas veces en guerras inútiles por estúpidas rivalidades, pero yo no permitiré más que unos salvajes aniquilen una ciudad griega por mi culpa. He hecho lo que he hecho porque lo he creído justo.

Dionisio le dio de nuevo la espalda y dijo:

—Desde este momento quedas destituido del mando de la flota y en arresto. Serás llevado a Siracusa y mantenido bajo custodia en tu aposento en el cuartel de la Ortigia, en espera de una decisión definitiva mía. Y ahora fuera de mi vista. No quiero verte más.

Léptines salió sin decir nada y apenas hubo cruzado el umbral encontró a dos guardias que le tomaron en custodia y le condujeron al puerto.

Pidió que le permitieran ver por última vez la *Boubaris* y le fue concedido. Se alejó de ella pasando la mano rugosa por la barandilla pulida del codaste desde el que había dirigido tantas batallas: la caricia del adiós para una amiga.

Los que estaban cerca de él vieron que tenía lágrimas en los ojos.

Dionisio confió a Yolao el mando de la flota y reanudó las operaciones como si nada hubiera pasado. Había reunido a un ejército imponente: veinte mil infantes, tres mil quinientos caballos, cincuenta naves de guerra de nuevo cuño fueron a añadirse a las otras ya fondeadas en el puerto de Mesina. Zarpó al primer viento de favor, desembarcó con sus tropas en la costa jónica de Italia, algo al norte de Rhegion, y emprendió la marcha hacia el norte.

Entretanto la Liga italiana había reunido a las fuerzas federadas y había confiado su mando a Héloris, el viejo aristócrata otrora padre adoptivo de Dionisio, ahora su

más encarnizado adversario. Marcharon durante cinco días consecutivos hasta las riberas de un riachuelo llamado Eléporo, que discurría en medio de yermas colinas, abrasadas por el sol. Se detuvieron allí, pero Héloris quiso llegar más allá con la vanguardia, formada enteramente de jinetes ansiosos por entrar en contacto con el enemigo y quizá de intentar algún golpe de mano. Al hacer esto se alejaron casi dos estadios del grueso de las fuerzas de la Liga.

Los exploradores indígenas de Dionisio estaban ya apostados por todas partes, a pie y a caballo, escondidos entre la maleza o en el monte bajo de quejigos y de pinos, e indicaron inmediatamente la situación al mando.

Dionisio no esperó ni un momento y dirigió personalmente el ataque con tropas selectas, en rápidas oleadas sucesivas: arqueros, luego incursores y, por último, la infantería pesada de línea. Héloris y los suyos fueron arrollados y aniquilados antes de que la petición de socorro hubiera llegado al ejército que se disponía a acampar en la margen opuesta del río.

Los comandantes de las diferentes divisiones del ejército confederal decidieron entablar combate a cualquier precio, pero tuvieron que atacar sin sus generales y desmoralizados por la aniquilación de la vanguardia, por lo que fueron derrotados en un breve espacio de tiempo. Una buena parte de ellos, en torno a la mitad del ejército total, consiguió retirarse en orden cerrado y ganar la cima de una colina que miraba a la escasa corriente del Eléporo.

Dionisio la hizo rodear cerrando la entrada al río. No quedaba sino esperar; el sol abrasador y la falta absoluta de agua harían el resto. Yolao desembarcó antes de la puesta del sol, pidió que le dieran un caballo y se acercó a donde estaba el mando del ejército de tierra antes de que se pusiera el sol. Contempló el campo de batalla cubierto de muertos y la yerma colina en la que se habían atrincherado los supervivientes del ejército de la Liga italiana. Le pareció que el tiempo se había detenido. Se encontraba delante del mismo escenario que había visto ya junto con Léptines pocos días antes, en Laos.

Dionisio se dio cuenta de la impresión que le causaba aquella visión y dijo:

—Pareces trastornado; no es la primera vez que ves un campo de batalla.

—No, en efecto —respondió Yolao—. Es que he presenciado ya esta escena.

—Lo sé —respondió Dionisio.

—Me imagino que has tomado ya tu decisión.

—Así es.

Entró en aquel momento uno de los miembros de la guardia:

—*Hegemon* —dijo—, los italianos piden parlamentar. Están aquí fuera.

—Hazles pasar.

Cuatro oficiales crotoniatas entraron en la tienda y se acercaron a Dionisio, que les recibió de pie, señal de que el encuentro iba a ser breve.

—Hablad —dijo.

El de más edad de ellos, un hombre que frisaría en la sesentena, de rostro marcado por una profunda cicatriz, tomó la palabra.

—Estamos aquí para negociar un acuerdo. Somos diez mil, bien armados y en posición ventajosa y podemos aún...

Dionisio alzó la mano para interrumpirle.

—Mi punto de vista —dijo— es muy sencillo. No tenéis escapatoria en esa colina desnuda y yerma y tan pronto como salga el sol por el horizonte el bochorno se volverá insoportable. No tenéis agua ni comida. Y por tanto tampoco tenéis elección. Solo puedo aceptar por vuestra parte una rendición incondicional.

—¿Es tu última palabra? —preguntó el oficial.

—La última —respondió Dionisio.

El oficial asintió gravemente, luego hizo una seña a sus compañeros y se retiró.

Yolao inclinó la cabeza en silencio.

—Vete a dormir —le dijo Dionisio—, Mañana será una larga jornada.

El sol se alzó en un paisaje desolado iluminando el terreno alrededor del Eléporo atestado aún de cadáveres. Enjambres de moscas verdes zumbaban sobre los cuerpos ya rígidos por la muerte y el canto monótono de los grillos había cedido ya al estridente de las cigarras.

No corría ni un soplo de viento, y las rocas del lecho del río se calentaron muy pronto haciendo vibrar el aire y creando la ilusión de relucientes espejos de agua allí donde no había más que arena y piedras. En lo alto de la colina no se veía un solo árbol que diera un poco de sombra, ni un refugio donde buscar un poco de alivio a la llamarada despiadada del sol.

Se oían en medio del bochorno del mediodía los graznidos de los cuervos que venían a darse un banquete en aquel campo de muerte y más hacia allá, en las ramas de los árboles, se veían posarse ya grandes buitres de alas blancas y negras y de largo cuello lampiño.

En la parte baja, dentro del pabellón del campamento, Dionisio estaba sentado leyendo los informes de sus informadores y esperaba. Un siervo le abanicaba con un flabelo y le ponía agua en una copa y en la jofaina en la que se refrescaba de vez en cuando las muñecas.

Yolao, a escasa distancia, estaba sentado inmóvil a la sombra de un lentisco.

Pasó así gran parte de la jornada sin que nada sucediera. Luego, hacia media tarde, se vio que algo estaba pasando en la cima de la colina. Llegó el eco de unas voces, gritos quizá, luego un grupo de hombres desarmados empezó a descender hacia el valle en dirección al pabellón. Eran los mismos a los que Dionisio había recibido el día antes y venían a ofrecer una rendición incondicional de sus tropas.

—Me alegró de que hayáis tomado la decisión acertada —respondió Dionisio.

—Invocamos tu clemencia —comenzó diciendo el hombre de la cicatriz en la mejilla—. Hoy la fortuna está de tu parte, pero un día podrías encontrarte en nuestras mismas condiciones y.

Dionisio le interrumpió, con su habitual gesto de la mano.

—Dirás a tus hombres que son libres de volver a sus casas sin pagar ningún rescate y sin temer ningún peligro por mi parte. Lo único que pido es un tratado de paz con nosotros, firmado por las autoridades de la Liga italiana.

El hombre le miró estupefacto sin conseguir comprender lo que estaba pasando.

—¿Puedes garantizarme que la Liga firmará?

—Puedo garantizarlo —respondió el oficial.

—Entonces, podéis iros. Volved a Thurii y no volváis a tomar las armas contra mí.

El oficial no supo qué responder. Permaneció en silencio buscando en la mirada del hombre que tenía enfrente una explicación de un comportamiento que contrastaba completamente con todo lo que había oído decir sobre él.

—Vamos —repitió Dionisio—. Ya me encargaré yo de vuestros muertos.

Y se despidió.

Pasaron armados en medio de los soldados siracusanos formados y con las lanzas bajas, en señal de saludo.

Diez días después los thurios mandaron a Dionisio el tratado firmado y una corona de oro.

Yolao la cogió en sus manos.

—Una muestra de gratitud. Sucede raramente. La clemencia es el don más grande de un jefe, sobre todo cuando ha vencido, y este obsequio es el reconocimiento de ello.

Dionisio no respondió. Parecía concentrado en la lectura del documento que la Liga le había enviado. Yolao esperó a que hubiera terminado y continuó hablando.

—¿De veras no puedes comprender a Léptines? Tú has hecho lo mismo y estoy seguro de que le comprendes. Si presenciar esta matanza te ha inducido a la clemencia, ¿no puedes comprender a tu hermano?

Dionisio dejó el rollo con el tratado encima de la mesa y respondió:

—Con este gesto me he asegurado la neutralidad de la Liga, si no su amistad. Tengo, por tanto, las manos libres para tomar Rhegion, que ahora está completamente aislada.

Yolao no pudo disimular su desilusión.

—¿Qué te creías? —le preguntó Dionisio—. ¿Que renunciaba a mi plan por razones sentimentales? ¿Es posible que me conozcas tan poco?

—Pocos te conocen mejor que yo, pero es difícil resignarse a la idea de que lo que siempre he amado en ti ya no exista.

—El tiempo cambia a cualquiera —respondió Dionisio con débil voz—. Por otra parte, habrías podido rechazar este cargo. En cambio, lo aceptaste y ahora ocupas el puesto de Léptines.

—Es cierto; soy el comandante supremo de la flota, pero hay una razón...

—Por supuesto. También tú quieres el poder y sabes que puedes tenerlo solo si se consolida el mío. Si yo cayera, todos vosotros me seguiríais en mi ruina. Por lo que es mejor defenderme, sin dejarse llevar demasiado por inútiles nostalgias.

—Hay una parte de verdad en lo que dices —respondió Yolao— y sin embargo no es esta la razón. Olvidas que siempre he sido capaz de encontrar dentro de mí buenas razones para vivir, razones aprendidas de mis maestros y de las que nunca he renegado.

Dionisio le miró con una expresión escrutadora.

—La razón por la que he aceptado este cargo —prosiguió Yolao— no es que tú me lo pidieras. Es porque me lo pidió Léptines.

No esperó respuesta. Salió de la tienda y cabalgó hasta el mar, en donde le esperaba la *Boubaris*, lista para zarpar.

XXVIII

Filisto entró en el ala este del cuartel y se acercó a la puerta del alojamiento de Léptines, con dos mercenarios arcádicos de plantón.

—Abrid —ordenó—. Yo tengo el mando de la Ortigia en su ausencia y asumo toda responsabilidad. Abrid o llamaré a la guarnición.

Los dos se consultaron con la mirada, luego uno de ellos hizo correr el cerrojo y abrió la puerta dejándole entrar.

Léptines estaba tumbado en un camastro con la espalda apoyada en la pared, cruzados de brazos y la mirada clavada en la pared de enfrente. No dijo nada, ni se volvió. Tenía los ojos enrojecidos, los labios secos, la barba y el pelo sin cuidar.

—No puedes seguir así. Estás en un estado lastimoso.

Léptines no respondió.

—Sé lo que sientes y yo no estoy mejor que tú, pero abandonarte a este estado no aprovecha a nadie. Debes reaccionar. He reunido a la Compañía. Están indignados por el tratamiento que te ha dispensado tu hermano y me parece intuir que estarían dispuestos a...

Léptines pareció reaccionar. Se volvió lentamente hacia él y dijo:

—No debías haberlo hecho. No hay motivo. He desobedecido las órdenes y sufro las consecuencias.

—No estoy de acuerdo. Tenías tu razón y yo soy de tu misma opinión. Durante años y años le hemos seguido en su plan de crear una Sicilia enteramente griega. Hemos tolerado acciones execrables, como la toma de Mesina y de Catania, con miras a un futuro de paz y de prosperidad, pero ahora él lleva abiertamente las hostilidades contra los griegos italianos, y esto es ya intolerable. Yo me he negado a negociar la alianza con los lucanios.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Léptines.

Filisto se le acercó, tomó un taburete y se sentó junto al camastro.

—Porque no me diste oportunidad de hacerlo. Quizá pensaba que te convencería defendiendo mi idea y no quería que ello sucediese. Encargó las negociaciones a hombres que le dicen siempre que sí y a ti te reveló solo parte de la verdad, poniéndote frente al hecho consumado. Te encontraste ante una horda de bárbaros que mataban a los griegos y reaccionaste como cualquier persona civilizada lo hubiera hecho. Por lo que pueda valer, cuentas con todo mi aprecio y mi amistad. Y no solo la mía... —Bajó la voz y prosiguió—: La gente está harta de estas guerras continuas, de ver a mercenarios extranjeros enriquecerse desmedidamente y obtener privilegios que ni siquiera a los ciudadanos les son concedidos. Él sigue pidiendo sacrificios en nombre de un futuro radiante que se aleja, en vez de acercarse, cada vez más. Cada día que pasa se vuelve más taciturno, suspicaz, intratable. Tiene un

heredero y apenas si le mira las pocas veces que pasa un poco de tiempo en casa. Dice que el niño se pone a temblar apenas le ve, que es un pequeño cobarde. ¿Comprendes?

Léptines suspiró.

—Pensaba llevarme al niño conmigo al campo, enseñarle a criar las abejas y las gallinas. Quería llevarle a pescar, pero él es celoso, no quiere que su hijo se vea influido por nadie más que por los educadores que ha elegido para él. Gente sin cerebro ni corazón. Harán de él un pobre desgraciado que le temerá hasta a su propia sombra...

Filisto se sacó del bolsillo una manzana y la dejó sobre la mesita al lado del camastro de Léptines.

—Come. Algo de alimento tiene.

Léptines asintió y mordisqueó la fruta.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó entre bocado y bocado.

—Ha puesto cerco a Rhegion, pero la ciudad no cede. Yolao está regresando con una parte de la flota, él se ha quedado. Esto es lo que me han contado.

—Yolao es un buen soldado.

—Sí, y parece que Dionisio quiere confiarle también nuestra participación en los juegos de la Olimpíada de la próxima primavera.

—Me parece una buena idea.

—Pésima. Al menos para Yolao. Por la manera en que se está organizando nuestra participación. Nos cubriremos de ridículo. Además, los juegos Olímpicos son una fiesta panhelénica que tiene lugar precisamente mientras los persas vuelven a reclamar sus derechos sobre las ciudades griegas de Asia. Y nosotros nos presentamos con una alianza con los bárbaros contra una ciudad griega. ¿Te parece una buena cosa?

Léptines no supo qué responder.

—He tenido una reunión restringida con los jefes de la Compañía, como te he dicho —prosiguió Filisto—. Quisieran un cambio radical. Están cansados de esta situación de permanente incertidumbre, del clima reinante en la ciudad, de la imposibilidad de tener un intercambio de ideas con quien tiene el mando. Cualquiera que manifieste un punto de vista distinto al suyo pasa a ser enseguida un enemigo, un sospechoso al que hay que pisotear, vigilar, o incluso encarcelar. Muchos, en cambio, te ven a ti con simpatía. Lo que hiciste en Laos es visto como signo de una humanidad que tu hermano, en cambio, ha perdido.

Léptines tiró el corazón de la manzana y se volvió.

—No le traicionaré, si es esto lo que están tratando de proponerme.

Filisto agachó la cabeza.

—¿Piensas que yo soy un traidor?

—Eres un político, un literato, un filósofo, y lo propio de ti es estudiar diversas opciones. Yo soy un soldado; puedo no estar de acuerdo, puedo ser indisciplinado, pero mi lealtad no se discute.

—Pero aquí estamos hablando también de lealtad para con el pueblo. ¿No cuenta esta para ti? El poder de Dionisio solo se justifica si el pueblo se siente finalmente recompensado por tantos sacrificios, por tantas lágrimas y sangre.

Léptines no respondió.

Filisto se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir dijo:

—Hay una persona que quiere verte.

—No tengo muchas posibilidades de moverme.

—Es ella quien vendrá a verte a ti.

—¿Cuándo? —preguntó Léptines poniéndose en pie visiblemente emocionado.

—Esta misma noche, al segundo cambio de guardia. Aquí fuera habrá dos hombres que me son fieles y podrás estar tranquilo... Recuerda que también le quiero. No ha cambiado nada desde este punto de vista. Yo... estaría dispuesto aún a dar mi vida por él, si fuera necesario. Adiós, reflexiona sobre lo que te he dicho.

Se oyeron unos leves pasos, un hablar quedo, luego el ruido del descorrerse del cerrojo y la puerta se abrió.

Apareció una figura femenina con la cabeza y el rostro cubiertos por un velo.

Léptines tomó la lucerna de la pared y se la acercó al rostro.

—Aristómaca... —murmuró casi sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Eres tú.

La mujer se descubrió y mostró el rostro pálido, sus grandes ojos negros, la nariz perfecta.

—¿Qué has venido a hacer? Es peligroso, es...

—No me cabía en la cabeza que estuvieras aquí, solo, encerrado como un ladrón. Tú que has arriesgado la vida tantas veces, que has recibido tantas heridas, tú que siempre has estado a su lado...

—Es mi hermano, es mi comandante supremo.

—No es digno de ti. Se ha convertido en un ser inhumano, insensible. Lo único que le importa es conservar el poder. —Léptines se volvió hacia la pared como si quisiera rehuir aquellas palabras—. Un día me dijiste que me amabas... —murmuró Aristómaca.

—Éramos chavales... unos chiquillos.

—Yo decía la verdad y tú también. Yo no lo he olvidado nunca y tampoco tú.

—Eres la mujer de mi hermano.

—¿Es por esto por lo que me desprecias?

—No, te equivocas. Yo te respeto... casi te venero, como a una divinidad, como...

—A una infeliz. Acepté un matrimonio absurdo porque mi familia me lo impuso,

por una cuestión simplemente de poder. He compartido el lecho de mi marido con otra. Ninguna mujer de condición libre, ni la más miserable, ha tenido que sufrir nunca una humillación semejante. Pero siempre he sentido tu mirada sobre mí. Cuando a veces estabas presente y también cuando estabas lejos... la mirada de un hombre bueno, valiente, que me habría amado y respetado.

—No ha sido posible, Aristómaca. La vida ha decidido que sea de otro modo y tenemos que aceptarlo, resignarnos.

—Pero yo te amo, Léptines, siempre te he amado desde que te vi por primera vez, con el pelo revuelto y las rodillas repeladas, liarte a puñetazos con los chavales de la Ortigia. Desde entonces eres mi héroe... Soñaba contigo para mi futuro, Léptines. Hubiera querido tener un hijo de ti, que se te pareciese, que tuviera la luz de tus ojos...

—Te lo ruego —la interrumpió Léptines—. No sigas. Sabes que es ya imposible.

Aristómaca guardó silencio durante unos instantes: parecía que no encontrara la manera o el valor de hablar.

—¿Qué ocurre? —la incitó Léptines.

—Habría una salida... Ya sé que parece una locura, pero... ¿Te ha dicho algo Filisto?

Léptines la miró con una expresión perpleja y escrutadora.

—Comenzó a hablarme de algo pero que no le dejé terminar, aunque tengo la impresión de que tú lo escuchaste todo. ¿De qué se trata?

—Son muchos en la ciudad quienes verían con buenos ojos que asumieras el poder. Y para mí sería la única esperanza de... ¿comprendes lo que quiero decir?

—Comprendo perfectamente —respondió Léptines—. Y lamentablemente no apruebo nada de lo que piensas, por más que te quiera. Créeme, es una locura. Acabaría todo en un baño de sangre, en un desastre. Yo no soy el hombre adecuado para este tipo de cosas. Nunca me sumaría a una conjura contra mi hermano. ¿Y sabes por qué? Porque una conjura acaba siempre con la eliminación física del adversario. ¿Me ves asesinando a mi hermano?

—No es verdad. Le salvarías la vida y le devolverías su humanidad.

—No. Una asonada se escapa fácilmente de las manos y es algo que hemos visto repetidas veces. Solo de pensar en la traición me repugna. De una cosa puedes estar segura: de mi amor, de mi devoción, de mi respeto. Daría cualquier cosa por tenerte, pero eso no, no puedo hacerlo. Y ahora vete... Vete antes de que alguien descubra que estás aquí.

Abrió la puerta y la cogió delicadamente por un brazo como para acompañarla, pero ella se volvió hacia él y le echó los brazos al cuello, llorando.

En aquel mismo momento se oyó el ruido del cerrojo que se descorría e inmediatamente después la figura de un hombre cubierto con la armadura se recortó

en el hueco de la puerta: ¡Dionisio!

—Ella no ha hecho nada —dijo enseguida Léptines—. No le hagas ningún daño.

Dionisio le miró con una expresión de enojo, pero no pronunció palabra. La luz de la linterna dividía en dos su rostro, hundía sus facciones y le marcaba de manera más profunda aún las arrugas de la frente. Hizo una indicación a uno de los guardias, que cogió a Aristómaca por un brazo y se la llevó. Con otra indicación, hizo cerrar la puerta.

Léptines empezó a aporrear la puerta gritando:

—¡Detente, escucha! ¡Escúchame, no te vayas!

No obtuvo más respuesta que el ruido de los pasos de las botas claveteadas de los mercenarios a lo largo del corredor.

Al día siguiente los dos guardias que habían permitido el paso a Aristómaca fueron ajusticiados en el patio de armas del cuartel, en presencia de la guarnición formada. Léptines fue sacado de su cuarto y conducido al puerto, donde fue embarcado en un tirreme.

El comandante de la nave era un miembro de la Compañía, un oficial llamado Arquelao a quien Léptines conocía bien.

—¿Adónde me lleváis? —le preguntó.

—No lo sé —respondió—. El destino me será comunicado por uno de mis hombres cuando estemos en alta mar. Pero no conoceré su identidad hasta ese momento. Lo siento, comandante.

La nave se hizo a la mar y puso rumbo hacia poniente.

Ese mismo día Filisto recibió la visita de Dionisio.

—Traicionado por mi hermano y por mi mejor amigo, el hombre a quien había confiado la custodia de mi familia y las llaves de mi fortaleza.

—Traicionado por ti mismo, Dionisio. Por tu ambición desmedida, por tu aventurerismo, por un egoísmo sin límites. ¿Cuánta gente ha muerto por ti, tratando de seguirte en tus locas empresas? No, yo no te he traicionado, Léptines es la primera de tus víctimas. Te quiere y te es de una lealtad ciega. En cuanto a Aristómaca, no ha habido entre ellos más que un ingenuo amor infantil. Léptines es un hombre íntegro, ni siquiera la ha rozado. Y ahora le mandas quién sabe adónde. Dime: va un sicario en esa nave, ¿verdad? Uno que tiene orden de asesinarle y de arrojarle al mar cuando estén tan lejos que su cuerpo no pueda ser traído a la orilla por la corriente y ser reconocido. ¿Es así?

Dionisio no respondió.

—Si así fuese, cometerías el más atroz de los delitos, un crimen monstruoso. Manda seguir a esa nave, ahora mismo, y trata de detener semejante atrocidad, si estás aún a tiempo. Por lo que a mi respecta, estaba solo tratando de salvarte de ti mismo, de la furia destructora que te posee como un demonio. No habría sido capaz

nunca de hacerte daño. Es cierto, prometí seguirte hasta los mismísimos infiernos, pero imaginaba empresas gloriosas, no una carnicería incesante, una sangrienta, interminable secuencia de horrores.

—Calla la boca —dijo Dionisio—, no quiero oírte más.

—Y en cambio me oirás. ¿No te preguntas por qué tu mejor amigo no quiere seguirte en tu locura suicida? Ordena darme muerte también a mi si eso es lo que has decidido. No me importa. Pero ¿de quién podrás fiarte? Te queda Yolao, pero también él vacila, también a él le corroe la duda. Es el problema de quien, en tu posición, crea el vacío a su alrededor. No podrás ya contar con nadie, ni tendrás a un solo hombre en quien depositar tu confianza.

—Sí, yo quería evitarte esto, porque la soledad es el peor de los castigos. No sé qué destino me tienes reservado: lo sabré sin duda muy pronto. Pero desde hace ya tiempo nuestros caminos se han separado, Dionisio, desde que me negué a negociar una alianza con unos pueblos bárbaros contra ciudades griegas. Ahora, por desgracia, hemos llegado al punto extremo de nuestras diferencias. Tú tienes la fuerza, las armas, el poder, yo nada más que las palabras y ni siquiera ya estas, puesto que no tengo nada ya que decirte. El resultado de un enfrentamiento tan desigual se da por descontado. Solo una cosa te pido: no busques otros culpables, porque no los hay. Castígame a mí, porque no hay nadie más a quien castigar.

—Lo haré —respondió Dionisio—. Adiós.

En cambio, muchos, sobre todo miembros de la Compañía, fueron buscados, interrogados y encarcelados. Algunos, se decía, asesinados en secreto. Esta vez, sin embargo, no hubo respuestas violentas. No se produjo, en apariencia, reacción alguna. Hubo quien pensó que también la Compañía temía a Dionisio, pero quien conocía bien a aquella sociedad sabía que difícilmente renunciaba a vengarse. Solo era una cuestión de tiempo.

Filisto, en cambio, se dio cuenta de que era vigilado, pero nada más. Hasta que una tarde un emisario del palacio de la Ortigia fue a decirle que se preparara para partir.

Le embarcaron al día siguiente en una nave mercante que llevaba un cargamento de vino y de aceite, al mando del mismo armador, un mercader al por mayor llamado Sosibio.

El viaje duró casi un mes y terminó en una remota localidad, en el punto extremo de uno de los cabos del golfo Adriático, dentro de una vasta laguna. Era la ciudad que daba nombre al golfo, Adria, un asentamiento de vénetos, al que se había añadido en el curso de los años una colonia de griegos, y a continuación una de etruscos. Era un lugar húmedo y bochornoso, rodeado de marismas e infestado de mosquitos incluso durante el día. Dionisio había instalado allí una colonia mercantil que intercambiaba productos agrícolas y metalúrgicos por ámbar y caballos de guerra.

Se instaló a Filisto en una casita no lejos del mar, en el barrio siracusano. No había soldados, pero estaba convencido de estar rodeado de espías e informadores, y que cada uno de sus movimientos estaría bajo estrecha vigilancia.

Los primeros tiempos fueron durísimos porque Adria estaba formada en gran parte de cabañas de madera y de paja, sin ninguna de las características que hacían amable a una ciudad griega. No había teatro, ni biblioteca, ni escuela ni porches, fuentes o monumentos de ningún tipo. También los santuarios eran míseros y desnudos, no muy distintos de las demás cabañas. El terreno, en efecto, era tan blando que no podía soportar el peso de construcciones de piedra. Cuando llegó el invierno, la situación empeoró aún más porque subía de las marismas circundantes y de la laguna una espesa niebla, que lo cubría y tragaba todo; reinaba una humedad que calaba hasta los huesos y producía a menudo dolores en las articulaciones.

Lo desolado del lugar, la incertidumbre sobre el mañana y la falta total y absoluta de noticias sobre la suerte de Léptines hicieron caer a Filisto en un estado de profundo abatimiento. Paseaba durante horas por la orilla del mar escuchando el melancólico reclamo de las gaviotas y pasaba noches de insomnio devanándose los sesos a causa de la soledad y la miseria a las que estaba condenado. A veces pensaba pedir perdón a Dionisio, implorarle para que le llamase de aquel aborrecido lugar en el confín del mundo, pero luego encontraba fuerzas para resistir, para apretar los dientes. Pensaba que un sabio no se doblega al poder, que debe encontrar en su fuerza mental la razón de su independencia y de su dignidad. Así consiguió pasar el período más riguroso del invierno y con la vuelta de la primavera comenzó a encontrar algún aspecto agradable en la tierra en que vivía. Empezó a merodear por el interior sin que nadie se lo impidiera y así se dio cuenta de que quizá Dionisio no le había encerrado en una prisión propiamente dicha. Le había infligido un destierro amargo, pero le había dejado una cierta libertad de movimientos.

Era una tierra muy distinta a Sicilia, baja y llana, rica en bosques y aguas; notó que la laguna era frecuentada por numerosos navíos procedentes sobre todo de Oriente, pero también de Occidente. Vio un gran río que los habitantes del lugar llamaban Pado y que según los griegos era el mítico Erídano.

Con el paso del tiempo, comenzaron también a llegar noticias: amigos de la Compañía que no le habían olvidado y que consiguieron hacerle llegar mensajes, siempre verbales.

Así se enteró de que Léptines no había sido asesinado, que había sido confinado en una isleta de la costa ilírica llamada Lissos, donde Dionisio había establecido otra colonia.

A comienzos del verano siguiente volvió a Adria Sosibio, el mercader que le había conducido al destierro, y le trajo otras noticias.

—Nuestra participación en los juegos Olímpicos ha sido un rotundo fracaso. El

pabellón siracusano era demasiado magnífico, demasiado lujoso —palos de apoyo dorados, tiendas de púrpura, cuerdas de lino egipcio— y la cosa impresionó enseguida a la sensibilidad de los griegos.

Filisto, que le había recibido en casa, le hizo acomodarse diciendo:

—¿Es posible que nadie le haya aconsejado? Los griegos de las metrópolis son presuntuosos, se creen poco menos que dioses. Y los atenienses, no digamos. Aman la belleza, pero sencilla; ¿es que nadie ha leído a Tucídides, por Zeus? Consideran una manifestación propia de bárbaros la exageración de cualquier tipo.

—Y esto no es todo —continuó Sosibio—. No ha ido mejor el certamen literario. Yo creo que a Dionisio le hubiera gustado participar en él para dar una imagen de sí de hombre refinado y sensible. Uno de los mejores actores disponibles recitó sus poemas, pero fueron recibidos con silbidos y con un coro de carcajadas, debido, dicen, a su escasa calidad.

Filisto no pudo dejar de sentir satisfacción ante aquella noticia.

—De haber estado yo a su lado —dijo—, esto no habría pasado. Le habría aconsejado que no participase, o bien le habría hecho escribir versos a un buen poeta. Lamentablemente, ahora está rodeado solo de aduladores, que seguramente habrán exagerado las cualidades de esas poesías y él debe de haberles creído.

—Algo por el estilo —admitió su interlocutor.

—¿Y las competiciones deportivas?

Sosibio soltó un suspiro.

—Un desastre... Nuestras dos cuadrigas chocaron entre sí en la carrera de carros, provocando un lío tremendo: tres aurigas perdieron la vida, dos quedaron inválidos para el resto de su vida. Y no terminó aquí la cosa: un gran orador ateniense, Lisias, pronunció un discurso público incitando a los griegos a derrocar al tirano de Siracusa, que se alió con los bárbaros para aniquilar a las ciudades griegas de Italia y que mantenía todavía el cerco a Rhegion, violando abiertamente la tregua sagrada que imponía la paz entre los griegos durante toda la duración de los juegos. El pabellón fue tomado incluso al asalto por la multitud que quería expulsar a los siracusanos del recinto olímpico. Y ahora —prosiguió— la noticia peor de todas: Yolao, que mandaba la expedición de vuelta, se encontró con una tempestad en el golfo de Taranto y se hundió con su nave.

—¿Ha... muerto? —preguntó Filisto.

Sosibio asintió.

Filisto lloró; perdía al último de los amigos que habían conocido los años dorados del ascenso de Dionisio y que, en el fondo, le había sido fiel hasta el final.

—¿Cuándo partes de nuevo? —preguntó finalmente al mercader.

—Dentro de tres días, tan pronto como haya completado la carga.

—¿Conseguirías hacer llegar un mensaje mío a Léptines? ¿Está aún en Lissos?

Sosibio se estremeció.

—Es demasiado peligroso. Pero si me entero de que alguien va para allí, podría hacerle saber que estás vivo y bien. ¿Te parece?

Filisto le dio las gracias.

—Te lo agradezco. Somos muy amigos y creo que le agradecerá tener noticias mías.

Se despidieron de nuevo tres días después, en el puerto. Sosibio estaba ya con un pie en la pasarela cuando volvió para atrás.

—He olvidado lo más interesante —dijo—. El asunto de Platón.

—¿Platón? —repitió Filisto poniendo unos ojos como platos—. ¿Te refieres al gran filósofo?

—A él precisamente. Estaba de visita en Italia esta primavera e hizo escala en Sicilia y luego también en Siracusa. Recibió varias invitaciones, como puedes imaginar, de los círculos más prestigiosos de la ciudad, creo que también por parte de alguna asociación de la Compañía. Comenzó diciendo primero que nuestro lujo era deplorable: la costumbre de comer tres veces al día, dormir con la mujer todas las noches, tener casas demasiado suntuosas. No contento con ello, en una conversación posterior se puso a hablar de los vicios, de la corrupción y de la depravación de las instituciones bajo la tiranía, puntualizando no obstante que aunque por el momento no sea posible evitar esta plaga, una vía alternativa sería que los filósofos educasen al sucesor del tirano con objeto de transformarle a su vez en un filósofo y hacer de él, por tanto, un digno mandatario. ¿Te das cuenta? Se proponía como preceptor del joven Dionisio.

—Hace falta valor —comentó Filisto.

—¿Valor? Pura locura, diría yo.

—Pero ellos dos, quiero decir Dionisio y Platón, ¿se han encontrado cara a cara?

—Ni en sueños. Cuando le contaron todas estas bonitas propuestas, Dionisio recomendó al capitán de la nave que le devolvía a Grecia que lo vendiera a los piratas.

—¡Por Heracles! —exclamó Filisto espantado—. ¿A los piratas?

—Así es. Sus discípulos tuvieron que rescatarle en un mercado de Egina, antes de que acabara quién sabe dónde.

Filisto no pudo evitar una mueca burlona al recordar una frase de Dionisio: «¡Los filósofos! Los evito como a las mierdas de los perros por la calle».

Sosibio partió y Filisto volvió a sus ocupaciones: la redacción de la historia de Sicilia, que le resultaba ahora particularmente difícil debido a la escasez de información.

En el transcurso del año siguiente recibió el encargo por parte de los adrienses, que le tenían ya en gran consideración, de emprender una gran obra: un canal que uniera el brazo más septentrional del Pado con su laguna, para hacer de él un centro

de intercambio y de tránsito aún más rico y frecuentado. Y Filisto se puso manos a la obra.

XXIX

Filisto pasó en Adria aún cinco años en unas condiciones anómalas desde muchos puntos de vista. El destierro le permitía casi una libertad absoluta. Lo único que le estaba prohibido era regresar a Siracusa. Aceptada esta limitación todo menos indolora, se dio cuenta de que, en realidad, Dionisio le había mandado a aquel lugar con una misión no declarada, a saber, ser el guía de la colonia siracusana que se estaba asentando en ella.

Entretanto, avanzaban los trabajos del gran canal que unía el brazo norte del Pado con la laguna de Adria; Filisto a menudo los supervisaba personalmente instalándose en el lugar de las obras durante días, a veces durante meses. Estaba más delgado y bronceado y parecía hasta rejuvenecido. Cuando la gran obra llegó a su fin y se levantaron las compuertas dejando fluir el agua, el espectáculo fue emocionante.

El canal encauzaba y conducía las aguas del gran río creando una vía que ponía en comunicación la ciudad con todas las vastas tierras del interior, ricas en toda clase de recursos naturales: ganado, pieles, trigo, madera y también vino, aceite y productos metalúrgicos procedentes de Etruria. Una obra de paz, finalmente, y de prosperidad. Los habitantes de Adria, agradecidos a su creador, le dedicaron una inscripción en el santuario local y llamaron al nuevo canal «Fosa filistina». Filisto, emocionado, pensó que quizá aquel nombre alcanzaría mayor fortuna a la hora de perpetuar su fama que sus obras históricas, de las que se ocupaba con asiduidad.

El asentamiento siracusano de Adria no fue el único. Se fundó otra colonia en un promontorio en forma de codo de la costa de poniente que recibió por ello el nombre de Ancona. En el ínterin, los celtas que habían quemado Roma ocho años antes se habían establecido definitivamente en el territorio de los umbros, próximos a la nueva colonia del promontorio, que pasó a ser la base para su alistamiento.

Un día de primavera atracó en Adria una nave de guerra, un trirreme que llevaba por nombre *Aretusa*, que Filisto había visto muchas veces anclado en la dársena del Lakios y que era utilizado ahora ya para misiones diplomáticas. Inmediatamente después se anunció una visita y se encontró enfrente a Aksal, el guardia de corps celta de Dionisio. Le habían salido algunos cabellos blancos, y había engordado un poco de cintura, pero eso hacía su presencia más imponente.

—¡Aksal! —le saludó—. Nunca me hubiera esperado verte por aquí. ¿Qué te trae a este lugar del fin del mundo?

—Amo quiere mis hermanos como mercenarios y dice que tú vienes conmigo para hacer acuerdo.

—La verdad es que no he recibido de él ninguna instrucción o mensaje al respecto y, por consiguiente, no me parece oportuno moverme. Pero creo que podrás apañártelas muy bien solo. Aunque tu griego no ha mejorado gran cosa, supongo que

tu lengua la hablas muy bien.

Aksal insistió.

—Amo dice que si tú no quieres venir, te coja igual conmigo —y alargó dos manazas como las zarpas de un oso.

—Bueno, bueno —le calmó Filisto—. Me darás al menos tiempo para prepararme...

—Mañana nosotros partir.

—Comprendido. Pero tengo que encontrar a alguien a quien dejar en custodia mis libros, mis efectos personales...

—Cógelo todo —añadió Aksal.

A Filisto le dio un vuelco el corazón.

—¿Todo? ¿Qué significa? Explícate mejor, so bestia.

—Todas tus cosas. Tú no vuelves más a este agujero.

—¿No? ¿Y adónde me llevas, entonces?

—Esto Aksal no decir.

—Comprendido —respondió resignado Filisto.

No se atrevía a imaginar en su fuero interno la meta final de aquel viaje. Pensaba que Ancona sería un buen paso adelante. Debía de ser, en efecto, una ciudad en el verdadero sentido de la palabra.

Llegaron a destino al cabo de seis días; los primeros dos a lo largo de las lagunas, verdaderamente relajantes, los otros cuatro no precisamente tranquilos, debido a un viento de poniente que tendía siempre a empujarles hacia alta mar y hacía derivar a la no ya joven *Aretusa* de modo preocupante. Aksal, para quien sin embargo no era la primera experiencia de navegación, estaba más bien tenso y a menudo, ante un golpe más fuerte que los otros, emitía unos gritos guturales, tal vez para desahogar su agitación.

Ancona, en efecto, era una verdadera ciudad, desde todos los puntos de vista. Tenía un hermosísimo puerto al socaire del bóreas, con abrigos para las naves de carga y para las unidades de guerra, y una acrópolis imponente en lo alto de la montaña que dominaba el golfo. Allí Dionisio había hecho erigir un magnífico templo que se veía a gran distancia; bajo ella, el ágora con los soportales, que gravitaba sobre el puerto frecuentado por una gran cantidad de navíos. El mercado se presentó variopinto; había griegos de las colonias y de las metrópolis, picanos del interior con sus pintorescos trajes de lana bordada, umbros, etruscos y celtas, en gran número, tanto hombres como mujeres. Filisto se quedó impresionado por la belleza de las mujeres celtas: altas, de piernas esbeltas, abundante pecho, trenzas muy rubias que les llegaban hasta la cintura. Algunas llevaban los niños al cuello y compraban en los tenderetes pagando con muy buena moneda siracusana. Los hombres eran impresionantes: de estatura altísima, musculosos, exhibían el *torques* al cuello,

vestían calzones de lana ceñidos a los tobillos, pero iban con el torso desnudo y llevaban largas espadas colgadas de unos bonitos cinturones de malla o de lámina repujada.

El lugar de reclutamiento era en un local del puerto donde se encontraban los intermediarios griegos que hablaban celta, pero sobre todo celtas que hablaban un griego no muy distinto del de Aksal. Filisto se sintió renacer: por fin respiraba de nuevo la atmósfera de una *polis*, aunque un tanto mestiza.

Al cabo de siete días firmó una veintena de enrolamientos y pagó los anticipos, luego la *Aretusa* volvió a poner rumbo hacia alta mar.

Filisto se quedó admirado de la presencia siracusana en aquella zona. Era evidente que, estando cerrados los mercados del mar oriental en poder de los cartagineses, el Adriático se convertía para Dionisio en una zona importante donde expandir tanto el comercio como los asentamientos coloniales.

Por el comandante de la nave supo otras interesantes noticias. La apertura de los nuevos mercados y la estabilidad de aquellos años estaban trayendo prosperidad en todos los dominios de Dionisio y sus mujeres habían dado a luz a otros hijos e hijas. A la última en nacer, una niña dada a luz por Aristómaca, le habían puesto por nombre Areté, por explícita voluntad del padre.

Al oír aquel nombre Filisto pensó que en el fondo de su corazón el tirano debía alimentar todavía algún sentimiento. También pensó en Aristómaca, obligada a darle hijos aunque amara a otro hombre, pero consideró que, después de todo, el tiempo cura muchas heridas y nos acostumbra a soportar con mayor valor las desventuras y las dificultades de la vida.

Un día Filisto reparó en que la nave viraba hacia levante y pensó que su destino final estaba en cualquier otro puesto avanzado perdido entre las infinitas islas y ensenadas de la costa ilírica, donde Siracusa estaba expandiéndose con otros asentamientos. Luego, de improviso, se le iluminó la mente: ¡Lissos! Tal vez se dirigían a Lissos.

Desembarcaron allí, en efecto, no sin algunos problemas, la noche del tercer día de su partida de Ancona. Poco después, ante la mirada burlona de Aksal, Filisto se encontró enfrente de un viejo, añorado, queridísimo amigo.

—¡Léptines! —gritó apenas verle.

—¡Filisto!

Se abrazaron estrechamente, con lágrimas en los ojos.

—¡Hijo de perra! —decía Filisto—. ¡Estás hecho aún un mozarrón! ¡Qué alegría verte, por Zeus, qué alegría!

—¡Eres tú, viejo sabiondo! —exclamó Léptines con voz trémula—. ¡Pero míralo, guapo como una puta de Éfeso! ¡El clima del Adriático te ha sentado de maravilla! ¿Dónde terminaste?

—En Adria, para ser concreto.

—Adria... ¿y dónde está eso? Filisto apuntó con el dedo al norte.

—Justo al fondo del golfo. Los mosquitos me comían vivo los primeros días, pero luego me dejaron en paz, 0 es que yo me acostumbré. Cuánto tiempo... ¡dioses, cuánto tiempo!

Se cogieron del brazo y caminaron a la luz dorada del ocaso por un bonito camino empedrado que llevaba a la pequeña ciudad, hasta que llegaron a la vivienda de Léptines: un pequeño edificio de piedra gris con un patio interior rodeado en tres de sus lados por un pórtico de columnas. En el centro se abría un pozo decorado con motivos florales.

—Estás bien instalado —comentó Filisto.

—No me quejo.

—En suma, tu hermano no te ha tratado demasiado mal.

—No —respondió Léptines más bien seco—. ¿Y tú? ¿Cómo lo has pasado?

—Podía moverme. He tenido responsabilidades de gobierno, en cierto sentido. En suma, vivía en una especie de libertad condicional. ¿Has visto qué se ha hecho de Aksal?

—No, no he prestado atención. Filisto se dio la vuelta.

—Pero si estaba detrás de mí... Sabes, tu hermano me encargó reclutar celtas en el mercado de Ancona. O mejor dicho, eso me contó Aksal. No he recibido de él, directamente, una sola palabra. ¿Y tú?

—Tampoco yo.

—Aksal me ordenó que embarcara todas mis cosas, porque no volveré ya a Adria. Quizá me han trasladado aquí. Me gusta el lugar. El clima, por lo que veo, es bueno, y no hay mosquitos. Podremos jugar alguna partida a los astrágalos, ir juntos a pasear. Sabes, ahora que me he acostumbrado a vivir al margen de la política, debo decir que no la he hecho mucho de menos. Era un mundo de locos... ¿Y tú?

—¿Yo? —respondió Léptines—. ¡No sé!... —Y no dijo nada más.

—Ya —comentó Filisto—, tú eres un animal de combate. Debes sentirte como la *Boubaris* dentro de una jofaina.

—Más o menos —hubo de admitir Léptines—. Eres mi invitado —dijo para cambiar de conversación—. Tengo pescado para cenar. ¿Te apetece?

—¿Que si me apetece? Me comería un mendrugo con tal de estar en compañía de un viejo amigo.

Cenaron juntos, en el patiecillo interior, tumbados sobre los lechos para comer y con muchas mesas y esclavos a su servicio. Permanecieron despiertos hasta tarde tomando vino y recordando los viejos tiempos. Filisto, de todos modos, se dio cuenta de que Léptines no sabía casi nada de lo sucedido en Siracusa y en las metrópolis en aquellos años. Debía de haber sido mantenido en una especie de aislamiento.

—¿Te ha escrito tu hermano alguna vez? —preguntó en un momento determinado.

Léptines meneó la cabeza.

—¿Y te ha hecho llegar mensajes verbales?

—No.

—Comprendo. Pero, según tú, ¿me dejarán aquí?

—No tengo ni idea. Esperemos. A mí me gustaría.

Se retiraron entrada la noche y Filisto se quedó mirando la luna llena que iluminaba la rada y las pocas naves fondeadas. Un espectáculo maravilloso. También allí había un pedazo de tierra de Grecia. Habían levantado un templo, construido una plaza, un puerto, se difundía en las tierras del interior la lengua, las costumbres, la religión de los helenos.

Se despertó muy de mañana con los chillidos de las gaviotas y oyó al poco un cierto trasiego delante de la puerta de entrada. Fue a echar un vistazo y vio a Aksal.

—¿Qué sucede?

—Nosotros nos vamos —respondió el celta.

—Nosotros, ¿quiénes?

—Nosotros: Aksal, tú y el comandante Léptines.

—Por Zeus, no me digas que... ¿Y adónde vamos?

—A Siracusa. Nave parte con marea. Rápido.

Filisto corrió escalera abajo, jadeando, e irrumpió en el cuarto de Léptines.

—¡Nos vamos! —gritó.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Me lo ha dicho Aksal: ¡volvemos a casa, amigo mío, volvemos a casa!

A aquellas palabras, Léptines se quedó como anonadado, no sabía qué decir. Caminaba adelante y atrás por el cuarto, miraba afuera por la ventana.

—Debes darte prisa —dijo Filisto—. Aksal quiere zarpar con la marea.

—Aksal no se entera de nada. El puerto tiene tanto fondo que la marea nos trae sin cuidado. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Eh, pero ¿estás contento sí o no? Pones una cara...

—Oh, si, por supuesto... Pero estoy pensando en cuando me encuentre delante de él.

En el muelle no había nadie esperándoles y nadie pareció reconocerles cuando descendieron de la *Aretusa*, como si hubieran desembarcado unos fantasmas. Miraban alrededor maravillados de todos los cambios que veían: las construcciones, la gente. Todo parecía nuevo y distinto, y de algún modo les hacía sentirse extraños. De repente Léptines dirigió la mirada hacia la parte de los diques de reparación y no consiguió contener las lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Filisto, que había reparado en ello.

—Nada —respondió Léptines y se volvió a poner en camino pero Filisto miró a su vez en aquella dirección y vio a la *Boubaris* en desguace. Su enorme carcasa, todavía inconfundible por el mascarón de proa, parecía el esqueleto de un cetáceo calcinado por el sol.

Continuaron siguiendo a Aksal. El animado vocerío del puerto a la hora del atardecer era un zumbido de fondo nada más, a modo de una colmena.

La Ortigia.

El sobrio palacio de Dionisio había permanecido sin cambios, como las caras hoscas de sus mercenarios. Atravesaron el patio, subieron la escalera —siempre detrás de Aksal, que no decía esta boca es mía— y se encontraron enfrente de la sala de audiencias. La puerta estaba entornada y el celta les hizo una señal de que entrasen.

Dionisio estaba sentado en un taburete en un rincón y les daba la espalda. La silla en que recibía a las delegaciones extranjeras estaba vacía.

Se dio la vuelta al oír el ruido de la puerta al cerrarse y se puso en pie. Ninguno de los tres consiguió articular palabra y la sala pareció cien veces más grande de lo que era en realidad.

—Nos has mandado llamar... —dijo finalmente Filisto. Y habló como si hubieran venido a pie de un barrio cercano y no del confín del mundo después de años y años de separación.

—Sí —respondió Dionisio. Y siguió un interminable silencio.

—Nosotros.... quiero decir, tu hermano y yo, estamos contentos de que lo hayas hecho —dijo de nuevo Filisto. Trató de atenuar la atmósfera plúmbea con una frase ingeniosa—. La verdad es que me aburría en esa laguna, en medio de todos esos mosquitos.

—¿Y tú? —preguntó vuelto hacia Léptines.

Léptines mantenía la cabeza gacha, la vista en el suelo.

—¿Ni siquiera me saludas? —insistió.

Léptines se le acercó.

—Salve, Dionisio. Te encuentro bien.

—También tú tienes buen aspecto. No has estado demasiado mal.

—No. No mucho.

—Tengo necesidad de tu ayuda.

—¿De veras?

—Estoy preparando la última guerra contra los cartagineses. La última, ¿comprendes? Y te necesito a ti. Yolao murió.

—Me enteré. Pobre muchacho.

—Muchacho... Continuamos utilizando palabras de hace demasiado años.

—Cierto.

Filisto los miraba y sintió que algo se quebraba en su interior, la emoción le hacía subir las lágrimas al borde de los párpados. Percibía entre aquellos dos hombres marcados por una vida difícil y dura un sentimiento todavía intenso, tan poderoso como para romper todas las incrustaciones del rencor, de las sospechas, del miedo, de las razones del Estado, de la política, del poder. El sentimiento de una amistad intensa y dolorida, herida y ofendida, y por esto mismo, quizá, más profunda.

—¿Qué me respondes? —le apremió Dionisio.

—¿Qué esperas de mí? Me has tenido confinado en ese peñasco durante cinco años, sin decirme una sola palabra, sin ningún mensaje. Cinco años...

—Quizá sea mejor no remover el pasado —intervino Filisto, inoportunamente, y se calló enseguida al caer en la cuenta de haber dicho una tontería.

—No podía perdonarte lo que hiciste...

—Volvería a hacer lo mismo si me viera de nuevo en la misma situación —rebatía decidido Léptines—. Y por tanto puedes mandarme de vuelta también enseguida.

Dionisio suspiró. Se sentía dividido entre lo que quedaba de una ira lejana y la emoción de tener enfrente después de tanto tiempo al hombre más leal y generoso que hubiera conocido en la vida. Y aquel hombre era su hermano.

—Necesito que me ayudes —repitió Dionisio, y se le acercó un paso más.

Se miraban con fijeza a los ojos a muy corta distancia y ninguno de los dos bajaba la mirada. Filisto hubiera querido que la tierra le tragase.

—Que quede claro —respondió Léptines—. Has sido tú quien me ha hecho venir. No he sido yo quien ha pedido volver.

—Está bien —respondió Dionisio—. ¿Qué más?

La tensión era tal que Filisto sentía los estremecimientos bajo la piel, pero esta vez no profirió palabra.

—¡A! —exclamó Léptines—. ¡A tomar por culo!

Y se fue.

Dionisio esperó a que hubiera dado un portazo y repitió con una risa sarcástica.

—A tomar por culo...

—¿Tienes también necesidad de mí? —preguntó Filisto.

—Sí —respondió Dionisio—, siéntate. —Le alargó un taburete y le dirigió la palabra como si hubieran pasado pocas horas desde la última vez que se habían visto—. Escúchame bien. El tratado de paz con los cartagineses les reconocía el derecho a exigir tributos a Agrigento, Selinonte e Himera.

—Es muy cierto.

—Ahora estas ciudades me han mandado emisarios diciendo que están dispuestas a pasarse de nuestro lado si nosotros estamos dispuestos a darles protección. Sin embargo, me han dado a entender a las claras que no les interesa cambiar una

sumisión por otra.

—Comprendo. ¿Y qué quieres que haga?

—Irás a ver a los gobernantes de esas ciudades y negociarás una fórmula de... anexión que respete su autonomía sin herir su dignidad. —¿Has comprendido bien?

—Muy bien —respondió Filisto.

—Es todo.

—¿Es todo? —repitió Filisto.

—¿Por qué? ¿Tenemos algo más que decirnos? Filisto agachó la cabeza.

—No —respondió—, supongo que no.

Salió y se encontró a Aksal esperando para llevarle a casa.

Cuando entró en ella vio que todo estaba en perfecto estado: las paredes recién pintadas, los muebles, los objetos de adorno, como si nunca se hubiera ido.

Se sentó, cogió una tablilla y un estilo, soltó un profundo suspiro y dijo:

—Pongámonos de nuevo al trabajo.

Léptines fue a verle algunos días después. Tenía una expresión sombría y estaba de un humor negro.

—¿Qué te esperabas? —dijo Filisto dejando sus mapas—. ¿Qué te echase los brazos al cuello?

—Ni en sueños.

—Y te equivocas, porque a su modo lo ha hecho. Te ha pedido que le ayudes; es como si se hubiera puesto de rodillas delante de ti.

—Porque se ha quedado solo como un perro. No puede fiarse de nadie.

—Precisamente. En teoría, no podría fiarse ni de nosotros siquiera. Cuando nos separamos, la situación no estaba nada clara.

—En tu caso, no en el mío.

—Es cierto. En efecto, estoy seguro de que sus sentimientos por ti no han cambiado en absoluto. En cuanto a mí, no creo que me perdone nunca, ¿y sabes por qué? Tú le has fallado con el corazón, yo con la mente. Pero le soy necesario. Soy el mejor en las negociaciones diplomáticas y el único que puede hacerle un buen trabajo. Pero a mí me basta. Me basta con estar cerca de él, lo admito.

—¿Y qué ha sido de lo que me dijiste, de esos planes de cambio en los que querías implicarme? ¿Ya no se piensa en ellos? ¿Va todo bien ahora?

Filisto suspiró.

—Los hombres de letras deberían mantenerse al margen de la acción. No están hechos para esto. Mi torpe intento fue un error garrafal y aún más tratar de implicarte a ti. Pero lo hice de buena fe, te lo juro. ¿Te has dado una vuelta por la ciudad? ¿Has visto cómo van las cosas? Aquí nadie piensa ya en la política. Los organismos administrativos funcionan bien, el Consejo de la ciudad puede decidir en muchos sectores de la economía, del orden público, del urbanismo, las fronteras están

protegidas de manera férrea, la economía está fuerte, circula un montón de dinero. Siracusa es una gran potencia que trata de igual a igual a Atenas, a Esparta, incluso a Persia. No me había dado cuenta. Y él, dicen que ha mejorado incluso en composición poética. Un verdadero milagro, de ser cierto.

—Ha construido un sistema que funciona y los hechos le dan la razón. La época heroica es ya un simple recuerdo, amigo mío. Ahora estamos frente a un señor de mediana edad, demasiado severo con el hijo primogénito —que es cada vez más tímido y débil, me dicen—, antojadizo y a menudo intratable, y sin embargo capaz aún de concebir estrategias de increíble audacia. En el fondo, si quisiera, podría disfrutar tranquilo de la vejez; recibir a los embajadores extranjeros, hacer acto de presencia en las fiestas públicas y en las representaciones teatrales, ir de caza, criar perros. En cambio, prepara una expedición contra Cartago. La última, dice él. Tras la cual toda Sicilia será griega y se convertirá en el ombligo del mundo, en la nueva metrópolis. En el fondo, bien pensado, con su posición en el centro del mar, equidistante del Helesponto y de las Columnas de Hércules, es esta su vocación natural. La suya es una gran visión, ¿comprendes?

—Lamentablemente hay un problema de fondo que hace inútil toda la operación.

—¿Y qué sería? —preguntó Léptines.

—Simplemente que no habrá un segundo Dionisio. Todo descansa sobre él, como el cielo sobre los hombros de Atlas. El mejor de los tiranos no puede ser preferible a la peor de las democracias. El no es sustituible y cuando caiga, su construcción —por más grande y poderosa que pueda ser— caerá con él. Será solo cuestión de tiempo.

—Entonces —preguntó Léptines—, si es todo inútil, ¿por qué hemos vuelto?

—Porque nos ha llamado —respondió Filisto—. Y porque le queremos.

XXX

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Léptines y abrió.

Se encontró enfrente a Aristómaca, bellísima como cuando la había visto por última vez, pero más pálida. Necesitó un momento para recuperarse, como si hubiera sido fulminado por una aparición.

—Entra —le dijo.

Aristómaca se quitó el velo.

—Estoy contenta de verte. Ha sido una larga separación.

—También yo estoy contento de verte. En mis días de destierro, todos mis pensamientos eran para ti. Y ahora estas aquí... no me lo hubiera esperado nunca. ¿Es él quien te manda?

—No. Le he pedido yo poder verte y me lo ha concedido.

Léptines no supo qué decir.

—Es un gesto generoso —dijo Aristómaca.

—¿Tú crees?

—¿Y tú qué crees?

—Quizá piense que puedas convencerme para que le ayude en la próxima guerra.

—Oh, no. No es eso. Eres libre de hacer lo que quieras. Se ha restablecido tu renta anual. Tus propiedades están intactas y bien mantenidas. Puedes optar por llevar una vida tranquila y nadie te culpará por ello. Él menos que nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho.

—¿Habéis hablado de mí?

—Todos los días, desde que volviste. A veces... también antes. No ha querido admitirlo nunca, pero tu alejamiento ha sido el peor de los sufrimientos para él.

Léptines se pasó una mano por la frente.

—¿Y qué... qué os habéis dicho?

—Que eres la persona más importante que existe para él. Más que yo, más que sus hijos, más que su otra mujer.

—Simples palabras...

—Más que simples palabras. Sentimientos —replicó Aristómaca con un temblor en la voz.

—Un patrimonio valioso, el único por el que valga la pena estar en este mundo. Si pudiera, me gustaría convencerte de que eligieras una vida tranquila. No tienes ya responsabilidades de gobierno ni de mando. Has pagado un duro precio por tu decisión, tu valor y tu honestidad.

Léptines la miró largamente en silencio escuchando los latidos del corazón. No

estaba habituado a emociones tan fuertes. Sentía, sin embargo, que aquellas exhortaciones, que sin embargo le eran dirigidas por la mujer a la que amaba, iban contra su inclinación natural. Respondió:

—Mucho me temo que una vida de este tipo no esté hecha para mí. Durante cinco años he permanecido en aquel peñasco azotado por el viento y contemplaba el mar, cada día. La inactividad es para mí un tormento insoportable. Ya tendré tiempo de descansar durante toda la eternidad cuando esté encerrado en una tumba. Le dirás a mi hermano que estoy dispuesto a empuñar la espada y a combatir por él, pero solo contra el viejo enemigo. Y solo para esto esperaré ser convocado.

Aristómaca le miró con ojos brillantes.

—Así pues, volverás a combatir.

—Si es necesario, sí.

—Rezaré a los dioses para que te protejan.

—Te lo agradezco, aunque no creo que a los dioses yo les importe gran cosa. Mucho más me protegerán tus pensamientos.

—Estos no te faltarán nunca, en cualquier momento del día y de la noche. Ha sido un gran consuelo volver a verte. Cuídate.

Le acarició la boca con un beso y se fue.

No volvió a verla más a solas.

Los preparativos duraron tres años, durante los cuales Dionisio extendió su hegemonía al mayor centro de la Liga italiana, Crotona, a pesar de que esta se hubiera aliado con los cartagineses. El empleo en masa de mercenarios celtas les había dado la victoria.

La alianza entre la Liga y la ciudad púnica en realidad no había resultado nunca operativa, porque Cartago se había visto afectada una vez más por la peste y había tenido que reprimir una nueva revuelta de los indígenas líbicos. Entre tanto Dionisio, para sanear las arcas exhaustas de su tesoro con miras a una nueva guerra y para dar un escarmiento a los piratas etruscos que avanzaban cada vez más hacia el sur, lanzó una incursión temeraria hasta el corazón del Tirreno, y un contingente de desembarco tomó y saqueó su santuario de Agylla, que los griegos llamaban, debido a su aspecto, «Las Torres».

La incursión le reportó más de mil talentos y la execración de los filósofos, que le tacharon una vez más de monstruo que no sentía respecto siquiera por los dioses.

Entretanto Filisto había firmado los nuevos tratados con Agrigento, Selinonte e Himera, incluyéndolas en la Gran Sicilia de Dionisio. El territorio cartaginés se había reducido al extremo del ángulo occidental de la isla, donde había algunas ciudades aún en poder púnico.

Léptines no había seguido a su hermano contra los etruscos como le había hecho comprender ya en su momento, pero se había preparado de todos modos para el

enfrentamiento definitivo con el enemigo cartaginés. Cada día se entrenaba en la palestra con Aksal, durante horas, en la lucha, en el pugilato, con escudo y espada. Cuando los dos ocupaban el centro de la liza los presentes dejaban lo que estuvieran haciendo y se agrupaban en torno a la arena para asistir al enfrentamiento entre los dos titanes. El vibrar de los músculos, el brillo del sudor, los jadeos convulsos de las bocas abiertas de par en par hacían extraordinariamente realista aquel enfrentamiento al que solo le faltaba la sangre para ser del todo semejante a un duelo a muerte.

Cuando Dionisio volvió de Italia invitó a cenar a su hermano y a Filisto.

No había nadie más y el aparato era propio de un campamento militar: mesa de madera cepillada y sillas plegables.

—¿Has visto? La Liga italiana se había aliado con los cartagineses. Ellos no tienen ningún escrúpulo en establecer pactos con los bárbaros.

—No juegues con dados trucados; sabes perfectamente cómo están las cosas. Hay quien considera la libertad un bien supremo, mas grande que la comunión de sangre y de lengua. Y les comprendo.

Dionisio asintió gravemente.

—Pero has aceptado combatir conmigo en la próxima guerra.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—No.

—Está bien. ¿Puedo fiarme de ti?

—Sí.

—¿Como... en los viejos tiempos?

Léptines agachó la cabeza. Había bastado aquella frase para desencadenar en él una oleada de recuerdos y de emociones tumultuosas. —Te he mantenido lejos, en el destierro, porque verte y pensar que habrías podido traicionarme habría sido un sufrimiento insoportable.

—¿Eres capaz aún de sufrir? —preguntó Léptines —Nunca lo hubiera dicho.

—Como cualquier ser humano, como cualquier mortal. Y ahora que me acerco al umbral de la vejez quisiera que todo volviera a ser entre nosotros como en otro tiempo.

—¿Y mi traición?

—He tenido tiempo de meditar... Todo requiere tiempo, pero el mío se reduce, día tras día. Quiero decirte una cosa: si fuera a morir, en la próxima guerra, tú serás mi sucesor y si quieres puedes casarte con Aristómaca. Ella no te dirá que no. Estoy seguro. Eres el mejor hombre que conozco. Hombres como tú siempre han escaseado y no creo que en el futuro haya más. Si caigo en combate, dispondrás que mis cenizas sean unidas a las de Areté. Prométemelo.

Filisto intercambió una mirada de inteligencia con Léptines. No le dio tiempo de

levantarse, estrechó la cabeza de su hermano contra su pecho mientras él, un instante después, le abrazaba fuertemente, por la cintura.

Lloraron en silencio.

El primer desembarco cartaginés se produjo en el verano de aquel mismo año por obra de Magón, que partió de Palermo rumbo a Mesina Dionisio convocó a una reunión del alto mando y expuso su plan. La flota no se movería del puerto. Saldrían solo con las fuerzas de tierra para interceptar al ejército enemigo al norte y destruirlo. Los mercenarios celtas tendrían el centro a su mando directo, las milicias ciudadanas la derecha a las órdenes de Léptines, los mercenarios campanios y peloponesios la izquierda con sus comandantes de sección. La caballería permanecería en la reserva a fin de ser lanzada en un segundo momento para perseguir a los fugitivos.

El choque se produjo al cabo de diez días, en una localidad indígena del centro de la isla llamada Kabala; el arma secreta de Dionisio se reveló vencedora. El ver a unos guerreros celtas, gigantescos, de largas melenas blancas, los brazos y el pecho tatuados, sembró el pánico entre los adversarios y, cuando se produjo el impacto, su enorme potencia les hizo emprender una huida precipitada. Léptines lanzó a la derecha sus milicias mandándolas personalmente con un ímpetu imparable, favorecido por la pendiente favorable del terreno. Rodeó a los enemigos con una maniobra envolvente, haciéndolos amontonarse hacia el centro, y lo mismo hicieron los campanios y los peloponesios por la izquierda.

El ejército púnico fue aniquilado, los muertos fueron diez mil, entre ellos el comandante supremo, Magón; cinco mil fueron hechos prisioneros. Otros cinco mil, casi todos cartagineses, consiguieron hacerse fuertes tras una vieja muralla y atrincherarse durante la noche bajo el mando del hijo del general caído, un joven valiente que llevaba el nombre fatídico de Himilcón.

Antes de la puesta del sol mandaron una delegación para negociar la rendición, pero Dionisio, que se sentía ya invencible, impuso condiciones durísimas: el desalojo inmediato de toda Sicilia y el pago de los daños de guerra.

Los enviados de Himilcón hicieron saber que para una decisión de tal alcance debían mandar un correo a Palermo para entrevistarse con sus superiores y que al cabo de cuatro días darían una respuesta.

Entretanto pedían una tregua de cinco días.

Dionisio y Léptines, cubiertos aún de sangre y de sudor por la batalla, se retiraron a la tienda para celebrar consejo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dionisio.

—Tenemos en nuestro poder a cinco mil de ellos, esto es cierto, pero has puesto unas exigencias que difícilmente pueden aceptar. Tratarán de ganar tiempo, y es lo que están haciendo. Cerremos el cerco en torno a la colina, así estaremos al abrigo de sus ardides. Dejaremos pasar solo al correo.

—Exacto. Hagámoslo así. Y ahora déjales entrar.

Los huéspedes escucharon los términos de la tregua, con visible satisfacción, luego se despidieron respetuosamente y regresaron a sus acuartelamientos.

Inmediatamente después Léptines mandó a la caballería y a los peloponesios con oficiales siracusanos a cerrar el cerco en torno a la colina y a encender fuegos por todas partes. El correo se presentó en uno de los puestos del bloqueo al anochecer y se le dejó pasar. Desapareció al galope en pocos instantes.

El resto de la noche y también el día siguiente transcurrieron tranquilos. De vez en cuando Léptines recibía despachos de los puestos de guardia de los que se deducía que no había novedad. Al tercer día, a eso del atardecer, comenzó a entrar en sospecha, al no haber regresado el correo y no parecerle verosímil que nada se moviera en lo alto de la colina. Tomó el mando de un grupo de infantería ligera y avanzó a pie hacia la cima, en disposición de abanico. A medida que subía comenzaba a abrirse paso en su mente un terrible presentimiento. Convencido ya de no equivocarse, lanzó a la carrera a sus hombres más allá de la muralla y luego llegó él mismo, jadeante, y estalló en una sarcástica carcajada: el lugar estaba desierto.

—¡Buscad por todas partes! —gritó—. ¡Mirad debajo de todas las piedras! No pueden haber desaparecido así como así. ¡Buscad, he dicho!

Llegó poco después también Dionisio y se quedó de piedra al ver el lugar desierto. Pálido, la mandíbula contraída, temblaba de rabia y de frustración.

—*Hegemon* —gritó un soldado—. ¡Por este lado, rápido!

Léptines y Dionisio fueron hacia allí precipitadamente y se encontraron ante la entrada de una cueva, como había tantas en aquella región yerma, una cueva natural que descendía a las entrañas de la tierra, discurría por un recorrido de casi tres estadios y desembocaba en campo abierto por un orificio disimulado por una espesa maleza y por una maraña de zarzas. Manchas de sangre en las espinas y la hierba pisoteada no dejaban lugar a dudas.

—¡Maldita sea! —imprecó Dionisio—. ¡Persigámosles!

—Tienen ya demasiada ventaja y habrán andado a toda velocidad. No les cogemos nunca. La suerte nos ha burlado privándonos de una victoria definitiva. Pero, en cualquier caso, les hemos vencido y podemos contentarnos. Volvamos atrás.

Tres días después fueron alcanzados por un correo cartaginés que les hizo saber el mensaje de Himilcón: lo sentía, pero tenía que rechazar las condiciones de la rendición.

—¡Me toma encima el pelo! —rugió Dionisio.

—Está en su derecho, me parece a mí —comentó filosóficamente Filisto, que había venido a su encuentro.

—¡Ah! ¡A tomar por culo! —imprecó Dionisio y espoleó a su caballo a toda velocidad.

Dionisio empleó el resto del año en prepararse para la reanudación de la guerra que sin duda, por lo que le referían sus informadores, los cartagineses pondrían en acción. En efecto, a comienzos del verano los ejércitos se pusieron de nuevo en movimiento.

Dionisio y Léptines, acompañados por Filisto, avanzaron desde el sur; Himilcón desde el norte. Tras estudiarse largamente y provocarse con escaramuzas y falsos ataques, tras haberse observado de lejos por medio de partidas de soldados de reconocimiento, los dos ejércitos se encontraron uno enfrente del otro en una localidad de la Sicilia occidental que los griegos llamaban Cronion. Dionisio se llevó la amarga sorpresa de ver que también los cartagineses se habían provisto de un sólido contingente de mercenarios celtas, probablemente enrolados en la misma Galia, o a través de sus bases en Liguria.

La batalla dio comienzo al final de la mañana y el ejército siracusano, al toque de las trompetas y al grito de la contraseña, se lanzó con gran fuerza al ataque, animado por el éxito obtenido el año anterior. En un primer momento el choque tuvo un resultado incierto, y cada uno de los dos ejércitos ora cedía, ora ganaba terreno, bajo el azote de un sol cegador. Hacia mediodía los celtas que Dionisio había alineado en el centro, debilitados por el bochorno, comenzaron a ceder terreno, dejando al descubierto el flanco del ala derecha donde Léptines se batía con increíble valor. Dionisio, dándose cuenta de lo que pasaba, gritó a su ayuda de campo que mandara refuerzos para dar cobertura a su hermano, pero ya los celtas y los baleares de Himilcón se habían incrustado a fondo en la brecha aislando casi por completo al ala derecha siracusana que se encontró así en aplastante inferioridad numérica.

Oculto por una multitud de enemigos, Léptines no perdió el ánimo; se arrojó en lo más encarnizado de la refriega rugiendo como un león, lanzando mortíferos mandobles, abatiendo a un enemigo tras otro mientras le sostuvieron las fuerzas, luego se desplomó traspasado en el pecho, el vientre, el cuello.

A su caída un grito de alegría se alzó de las filas enemigas y el desaliento cundió entre los siracusanos, que comenzaron a retroceder tratando de no descomponer las filas. Muy pronto, sin embargo, su retirada se transformó en fuga abierta. La noticia llegó casi enseguida también a Dionisio, que se sintió morir. Vio a sus hombres caer por todas partes; los enemigos que se habían lanzado en su persecución no perdonaban a nadie que se encontrasen. A punto estuvo casi de volver la espada contra sí mismo cuando llegó Aksal a caballo, gritando como una furia infernal y haciendo voltear una enorme segur. Segó la vida de todos aquellos que se encontró por delante y luego, inclinándose hacia el suelo del lado del caballo, aferró a su amo por un brazo, lo subió a la grupa y espoleó a gran velocidad hacia una altura situada a un estadio de distancia, donde había un puesto de observación de retaguardia defendido por Filisto en el que ondeaba un estandarte siracusano.

Una vez llegado allí, saltó a tierra, confió a Dionisio a los hombres de la exigua guarnición e hizo sonar su cuerno. El largo lamento resonó por el valle, voló sobre aquel matadero y llamó a reunión a los soldados dispersos.

Dionisio permaneció de pie bajo el estandarte durante horas recibiendo a sus hombres, dándoles ánimos, formándolos en cuadrado para la última defensa. Solo con la oscuridad cesó la matanza y en ese momento, extrañamente, oyó a las trompetas cartaginesas tocar a retirada y vio al ejército victorioso retroceder más allá del campo de batalla.

Solo entonces se abandonó y se desplomó al suelo, sin sentido.

Cuando volvió a abrir los ojos buscó a Aksal, pero nadie sabía dónde estaba. Filisto le hizo buscar por todas partes. Lo llamó a grandes voces batiendo el campo de alrededor, pero sin éxito.

Reapareció poco antes del alba, a pie, trastornado por el cansancio y cubierto de sangre, sosteniendo en los brazos el cadáver de Léptines.

Dos hombres corrieron a su encuentro y le ayudaron a depositarlo en tierra, delante del hermano petrificado, el cuerpo exánime del comandante.

Aksal se acercó a Dionisio diciendo:

—Cartagineses se van.

—¿Qué dices? —preguntó Filisto—. No es posible.

—Sí. Se van.

Era cierto. El ejército de Himilcón, tras haber logrado una aplastante victoria, inexplicablemente se retiraba.

Dionisio, entonces, ordenó levantar una pira y lavar y componer el cuerpo de su hermano. Luego le hizo rendir el último saludo por los guerreros formados.

Cuando su grito se apagó los despidió.

—Podéis iros —dijo con voz firme—. Dejadme solo.

Los soldados se pusieron en columna y emprendieron el camino de regreso. Solo un pequeño grupo, al mando de Filisto, se quedó a una cierta distancia para protegerle.

Dionisio entonces tomó una antorcha y la acercó a la pira. Contempló cómo el fuego lamía la leña y se alimentaba con las ramas secas, crepitando cada vez más fuerte hasta envolver el cuerpo del guerrero caído en un torbellino de llamas.

Filisto, que en un primer momento no se había atrevido a mirar, volvió la vista hacia el féretro que ardía en la oscuridad. A la reverberación de las llamas vio una sombra, un hombre postrado de rodillas, doblado, que sollozaba en el polvo.

XXI

Filisto recibió los términos de la propuesta de paz veinte días después por medio de un correo que venía de Palermo. El mensaje estaba redactado en griego, llevaba la firma de Himilcón y del Gran Consejo de Cartago. Decía:

Himilcón, comandante del ejército de Cartago y gobernador de la epicratia de Palermo, Lilibeo, Drepano y Solunto a Dionisio, arconte de Sicilia, salve.

Nuestros dos pueblos han librado ya demasiadas guerras causándose mutuamente muerte y destrucción. Ninguno de nosotros tiene la fuerza para aniquilar al adversario y, por tanto, resignémonos a aceptar la situación tal como está. Nosotros hemos ganado la última batalla, vosotros tenéis en vuestro poder a cinco mil de nuestros ciudadanos. Pedimos, pues, que sea nuestra, como anteriormente, la ciudad de Selinonte y el territorio de Agrigento hasta el río Halyco, mientras que la ciudad seguirá siendo vuestra.

Devolveréis, además, los prisioneros y pagaréis mil talentos a título de daños de guerra.

Reconoceréis nuestras fronteras, nosotros reconoceremos las vuestras y la autoridad de Dionisio y de sus descendientes sobre el territorio definido por este tratado.

Filisto cogió el despacho y se hizo anunciar en el palacio de la Ortigia, donde Dionisio estaba encerrado desde hacía días negándose a ver a nadie.

Aksal le impidió el paso.

—Amo no quiere ver a nadie.

—Dile que soy yo, Aksal, y que es imprescindible que hable con él. Es algo de la máxima importancia.

Aksal desapareció en el interior y volvió a aparecer poco después haciéndole una indicación de que podía entrar.

Dionisio se hallaba sentado en el escaño de las audiencias; tenía grandes ojeras, un color de tez terroso, la barba y el pelo desaliñado. Parecía haber envejecido diez años.

—Siento importunarte —dijo Filisto—, pero no puedo dejar de hacerlo. Los cartagineses nos proponen la paz.

Dionisio pareció reaccionar a aquellas palabras.

—¿Por propia iniciativa? ¿No has hecho tú el primer ofrecimiento?

—No me lo hubiera permitido nunca sin antes informarte. No, la iniciativa ha partido de ellos.

—¿Y qué es lo que quieren?

Filisto le leyó el mensaje, vio que lo escuchaba con atención y prosiguió:

—A mí me parece una propuesta muy razonable, dado nuestro actual estado de

inferioridad. Los daños de guerra podemos discutirlos. Con los cartagineses siempre se consigue negociar en cuestiones de dinero. Pero lo más importante es el reconocimiento oficial de tu autoridad y de tu derecho y el de tus descendientes sobre este territorio. Es un elemento fundamental y no deberías dejar escapar la ocasión. Piensa en tu hijo. Sabes muy bien que no ha salido a ti, y tampoco a su tío. Si le dejas un Estado sólido, reconocido en sus fronteras, la vida será mucho más fácil para él, ¿no crees?

Dionisio dejó escapar un largo suspiro, se levantó y fue hacia él.

—Sí, quizá tienes razón. Ven, déjame leerlo de nuevo.

Se sentaron a una mesa, Filisto apoyó la hoja delante y esperó a que hubiera leído.

—Tienes razón —dijo finalmente Dionisio—. Seguiré tu consejo. Prepara el protocolo oficial y entabla las negociaciones por los daños de guerra. No tenemos todo ese dinero.

—Quizá podamos hacer concesiones territoriales. Tal vez en el interior, algún distrito sículo no vital para nuestra economía.

—Sí, puede ser.

—Bien...

Dionisio permaneció en silencio, absorto.

—Entonces... me voy dijo Filisto y, viendo que no obtenía respuesta, enrolló la hoja y se dirigió a la salida.

—Espera —le reclamó Dionisio.

—Sí...

—Nada... nada. Puedes irte.

Filisto hizo un gesto con la cabeza y salió. Por un instante pensó que quería decirle algo personal. Pero quizá necesitaba aún tiempo para ello...

Pasaron tres años durante los cuales Dionisio pareció reanudar poco a poco sus costumbres dedicándose a los asuntos de gobierno y a la preparación de la política del primogénito, pero a decir verdad sin gran satisfacción. El joven prefería organizar fiestas con los amigos, invitar a artistas, hetairas y poetas y siempre se sentía incómodo cuando su padre le convocaba.

Su madre Doris, que el paso de los años y la falta de ejercicio habían vuelto muy pesadas sus formas, trataba de defenderlo.

—Has sido siempre demasiado duro con el muchacho, le asustas.

—Trato de hacer de él un hombre, por Zeus, y un hombre de Estado si pudiera conseguirlo —respondía Dionisio.

—Si, pero ¿cómo? Nunca una palabra amable, nunca un gesto afectuoso.

—Ya estás tú para tales zalamerías. Yo soy su padre, por Heracles, no su madre. Has hecho de él un flojo, un incapaz.

—¡No es verdad! Tiene cualidades y si le confiases un cargo, una responsabilidad

cualquiera, sabría demostrártelo. Y además es evidente que todo tu afecto es para Areté, la hija de esa...

—¡A callar! —espetó Dionisio—. Ni una palabra más. Areté es hija mía igual que todos los demás. Es más pequeña y es una niña adorable. También yo tengo derecho a alguna satisfacción de mi prole.

Eran discusiones que terminaban infaliblemente en peloterías; Doris estallaba en lágrimas e iba a encerrarse en sus aposentos durante días, con las doncellas y las damas de compañía.

Filisto, en cambio, se convirtió en más íntimo como consejero y, aunque él no lo reconociera nunca del todo, también como amigo. El único, ahora ya, que le quedaba en el mundo.

Solucionados de modo definitivo el problema de la frontera occidental y las relaciones con Cartago, Filisto se ocupó de las relaciones con Esparta, potencia protectora desde siempre de Siracusa, y durante la nueva guerra que esta había entablado contra los atenienses envió con la aprobación del propio Dionisio diez naves al Egeo para que tomaran parte en las operaciones. Era una especie de compensación debida, no una intervención con ambiciones expansionistas.

Ahora Dionisio parecía interesado en la literatura, vieja pasión juvenil, mientras seguía siendo refractario a la filosofía. Había hecho ampliar el teatro y hacía representar en él sus obras, que eran generalmente aplaudidas. Conociendo al autor, el público no tenía, por otra parte, la menor intención de negarle mérito alguno.

La expedición al Egeo tuvo un pésimo resultado: los atenienses hundieron nueve de las diez naves siracusanas y el almirante que la mandaba prefirió suicidarse a regresar al Lakios con una sola nave.

La política en Grecia era tan complicada que resultaba difícil adivinar cómo evolucionaría, no de un año a otro, sino incluso de una estación a otra.

Los tebanos, entretanto, habían introducido un nuevo tipo de formación militar llamado «oblicuo», ideado por dos de sus generales llamados Pelópidas y Epaminondas, tan eficaz que había logrado derrotar a los invencibles espartanos, en otros tiempos aliados suyos, en un lugar llamado Leutra. Espantados por un éxito semejante, del todo inimaginable, los atenienses se habían pasado al lado de Esparta, su vieja enemiga, para contener a los tebanos, pero las cosas se estaban ya poniendo feas para ellos si no hubiera sido por la intervención de Dionisio.

El empleo masivo de mercenarios celtas y el uso de sus máquinas tuvieron un gran éxito y dieron un vuelco a la situación. Atenas llegó al punto de dedicarle una corona de oro. Se dijo que el rey de Esparta Agesilao, tras haber visto por primera vez en acción a las balistas y a las catapultas de Dionisio, había exclamado: «¡Dioses, hoy el valor de un hombre no sirve para nada!».

La concesión de la corona de oro era una ocasión irrepetible; Dionisio obtuvo la

ciudadanía ateniense y por medio de Filisto echó los cimientos para un tratado que ligaba a su Estado en una alianza con Atenas, poniendo fin a una beligerancia que duraba virtualmente desde hacía cincuenta años, desde los tiempos de la gran guerra, cuando los atenienses habían puesto cerco a Siracusa.

Ahora era ya aceptado con todos los honores en el mundo de las metrópolis, reconocido y celebrado como el campeón del helenismo de Occidente contra los bárbaros. Sus errores no precisamente limpios al respecto fueron dejados en la sombra u olvidados. Volvió a Siracusa en el otoño de ese año, el sexagésimo de su vida, y se propuso, esta vez, dedicarse con empeño y método a la preparación del hijo para su sucesión.

Dionisio II cumplía veintiocho años y era ya un hombre hecho y derecho. Hasta aquel momento no había dado ninguna prueba positiva de su valía. Había crecido en medio de las comodidades dedicándose a los placeres del vino, de la comida y del sexo y su padre no le apreciaba en absoluto. Era culto y educado, pero débil e irresoluto.

También Filisto trató de tomar su defensa.

—No puedes juzgarle tan severamente —le dijo en una ocasión— El hijo de un padre como tú se siente aplastado por la comparación con la personalidad del padre. Se sentirá, en cualquier caso, inepto e incapaz y ello le hará aparecer bajo una luz cada vez peor. Él es consciente de ello y se siente menos capaz aún de demostrar lo que vale. Es un círculo vicioso que no tiene fin.

—¿Qué debería hacer, según tú? —le preguntó Dionisio—. ¿Debería tratarse con besos y caricias? ¡Por Zeus, si no quiere convertirse en un hombre le obligaré yo, por las buenas o por las malas!

Pero eran nada más que palabras. En realidad, Dionisio estaba convencido de que nadie podía sucederle, que nadie estaría a la altura de una tarea semejante. A veces Filisto estuvo tentado de sugerirle que devolviera el gobierno al pueblo, pero renunció a ello. Comprendía demasiado bien que, aunque una democracia era capaz de gobernar una ciudad, nunca podría gobernar un Estado de tales dimensiones, que tenía avanzadillas hasta en Épiro, en Iliria, Umbría y Padusa.

Eran únicamente el respeto y el temor hacia un hombre los que mantenían una unidad semejante. Un gobierno de ciudadanos no habría sido tan temido ni respetado por otros gobiernos de ciudadanos en las ciudades sometidas.

Quizá la situación habría permanecido estacionaria en el equilibrio político, económico y cultural que Dionisio había sabido crear si no hubiera llegado una noticia de África que le creó gran agitación.

Filisto, convocado con carácter de urgencia, se fue precipitadamente a palacio.

—¿Qué sucede? —preguntó apenas hubo entrado.

—Ha estallado la peste en Cartago.

—¿Otra?

—Y esta vez parece que está exterminando a un buen número de esos bastardos.

—Comprendo que ello pueda agradarte.

—Y no termina aquí la cosa. Los líbicos se han rebelado.

—Tampoco esto es una novedad. ¿Por qué estás tan excitado?

—Porque es la oportunidad para expulsarlos finalmente de Sicilia.

—Dijiste que no volverías a intentarlo.

—Mentí. Tengo intención de intentarlo de nuevo.

—Firmaste un tratado.

—Solo para ganar tiempo. Un hombre como yo no renuncia nunca a sus planes.

Nunca, ¿comprendes?

Filisto agachó la cabeza.

—Imagino que es inútil recordarte que ya otras veces Cartago fue puesta a prueba por la peste y por las revueltas y que al final siempre reaccionó con fuerza y determinación.

—Esta vez es distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Por dos motivos: primero, esos hijos de perra mataron a mi hermano y tienen que escupir sangre hasta que yo diga basta. —Segundo, tengo sesenta años.

—Debería ser una razón para sentar cabeza y dedicarte a una buena administración. La guerra es siempre un mal asunto.

—No has comprendido. Quiero decir que si no consigo ahora llevar a cabo mi plan no lo conseguiré ya nunca. En cuanto a mi hijo, es mejor no hablar de él. Ya he tomado mi decisión. Ataquemos la próxima primavera con ejército, flota y artillería. Ataquemos con el ejército más grande que se haya visto nunca y hagámosles pedazos.

—¿Y dónde piensas encontrar tanto dinero?

—En esto piensa tú. ¿Es que debo decírtelo todo siempre yo? Toma prestados los tesoros de los templos; los dioses me aplicarán un interés razonable, estoy convencido. Y que contribuya la Compañía. La nuestra, en Siracusa, y las de las otras ciudades. También ellos tienen un montón de dinero.

—Yo, en tu lugar, no lo intentaría. Parecería un sacrilegio y, en cuanto a las Compañías, deberías saber lo poderosas que son. Existe el riesgo de que te lo hagan pagar. También la nuestra. Quizá te han perdonado las depuraciones, o quizá solo han aplazado el pago de tu deuda pero cuando se trata de dinero no hacen descuentos a nadie.

—¿Quieres ayudarme a encontrar ese dinero sí o no?

—Está bien —respondió Filisto—. Luego no me vengas diciendo que no te advertí.

—La que se nos presenta es la ocasión decisiva, créeme, esta vez lo conseguiremos, y la Hélade entera tendrá que rendirme honores. Tendrán que levantarme estatuas en Delfos y en Olimpia, dedicarme inscripciones en los lugares públicos...

Soñaba. Ahora que era aceptado en los máximos consejos de las metrópolis —él, uno de las colonias, tratado durante años con desprecio y suficiencia, escarnecido por sus torpes tentativas literarias quería coronar su vida convirtiéndose en el primer hombre del mundo de los helenos.

No hubo forma de disuadirle. A comienzos del verano había reunido un ejército enorme: treinta mil infantes, cinco mil jinetes, trescientas naves de combate, cuatrocientas naves de carga.

Su avance fue arrollador: Selinonte y Entela le recibieron como a un liberador. Erice se rindió a él; luego le llegó el turno a Drepano, en la que se estacionó la flota. Pero delante de Lilibeo tuvo que detenerse. Las fortificaciones cartaginesas eran tan imponentes, las defensas tan aguerridas que cualquier tentativa de ataque habría terminado en fracaso, o peor aún, en derrota.

La estación llegaba a su fin y Dionisio se preparó para regresar. Era su intención dejar casi toda la flota en Drepano para prevenir todo posible ataque desde África, pero le llegó la noticia que le hizo cambiar de idea: un despacho secreto anunciaba que en Cartago había estallado un incendio en la isla del almirantazgo que había casi destruido el arsenal.

La isla en parte artificial del almirantazgo era una de las maravillas del mundo, la única estructura que Dionisio envidiaba a la gran rival. Perfectamente diseñada en forma circular, con una vasta laguna en medio, podía albergar en sus diques cubiertos más de cuatrocientas naves de combate. En el centro de la isla se alzaba el edificio del almirantazgo que le daba el nombre y en el que se conservaban los más celosos secretos de la marina cartaginesa: las rutas del oro y del estaño, y las que llegaban a las remotas Hespérides, a los extremos confines del Océano.

En el edificio había, expuestos los maravillosos trofeos de las más audaces empresas de navegación y de los viajes de las caravaneras que se atrevían a atravesar el mar de arena hasta las tierras de los pigmeos. Según algunos, en aquellos archivos inaccesibles se conservaban los mapas de mundos perdidos y había quien afirmaba que las estructuras de la mayoría de los puertos cartagineses no hacían sino reproducir hasta el infinito el esquema básico de la capital de la antigua Atlántida.

Si la isla había ardido de verdad entonces Cartago había perdido su corazón y su memoria.

—Los dioses están con nosotros —dijo a Filisto—, ¿lo ves? Dejaré un centenar de naves en Drepano, bastarán. Y la próxima primavera, apenas haga buen tiempo, volveremos para lanzar el golpe definitivo. Concentraremos todos nuestros esfuerzos

en la artillería, construiremos otras máquinas, haré proyectar otras nuevas... —Le brillaban los ojos mientras hablaba, estaba en el colmo del entusiasmo y también Filisto comenzaba verdaderamente a creer que la empresa a la que había consagrado cuarenta años de su vida estaba cerca de terminar felizmente.

A tal punto estaba seguro Dionisio de sí mismo que durante el invierno se dedicó a pulir la redacción de su nueva tragedia, El rescate de Héctor. Hacía recitar fragmentos de ella a un actor en presencia de Filisto para conocer sus impresiones. Entretanto, había enviado una delegación a Atenas para inscribirse en el certamen trágico de la fiesta de las Leneas, las solemnes fiestas en honor de Dioniso. Dioniso era el dios del que derivaba su nombre y esto le parecía de muy buen augurio.

Cuando llegó el día fijado, quiso que Filisto le acompañase. —Debes venir también tú. En el fondo, me has sido de gran ayuda a la hora de llevar a cabo mi obra.

—Iré con mucho gusto —respondió Filisto—. Pero ¿a quién dejarás para que se ocupe de la preparación de la nueva expedición?

Dionisio suspiró.

—He reflexionado acerca de ello largamente, pero considero que los cartagineses tendrán mucho trabajo en reparar los daños del arsenal, y, por otra parte, tengo a un buen número de oficiales de marina que conocen su oficio. En tercer lugar, he decidido dar a mi hijo algunas, aunque limitadas, responsabilidades de supervisión para ver cómo se las apaña. Pienso, en suma, que puedes partir conmigo. No creas que lo hago solo por la gloria literaria. Lo que más me urge es perfeccionar el protocolo de entendimiento con los atenienses y llegar a la firma del tratado que nos permitirá tener un sitio entre las grandes potencias del mundo; nuestro punto flaco ha sido siempre la marina, mientras que los atenienses tienen una experiencia igual o superior a la de Cartago y podrían transmitirnos sus técnicas y sus conocimientos en el terreno de la guerra naval.

Las razones expuestas por Dionisio parecieron convincentes y Filisto partió, pero nada tranquilo. Notaba una especie de incomodidad y una inquietud que no le abandonaba en ningún momento, que le mantenía despierto en plena noche meditando y devanándose los sesos. La apuesta era demasiado fuerte, excesivos los riesgos, demasiadas las incógnitas, en aquel invierno extrañamente clemente y hasta favorable para la navegación.

Llegaron a Atenas a mediados del mes de Gamelion y encontraron la ciudad en pleno fermento por la preparación de las representaciones teatrales. Se alojaron en una hermosísima casa con jardín que habían comprado en las cercanías del Cerámico y se dedicaron a la preparación del montaje sin reparar en gastos: contratación de los actores y del coro, confección de trajes, elección de las máscaras, realización de las tramoyas. El cartel estaba ya expuesto en el teatro, en la acrópolis y en el ágora, pero Dionisio lo había hecho colgar, a sus expensas, en otros muchos puntos de la ciudad,

en los locales más frecuentados, en los soportales y en las bibliotecas. Y era cierto que su nombre, en cualquier caso, atraería a mucha gente.

Asistió personalmente a los ensayos y no dudó en echar a los actores que no demostraron estar a la altura de su papel y en contratar a otros. Lo mismo hizo con el coro y con los músicos, a quienes hizo repetir infinitas veces las danzas y los cantos que acompañarían la representación.

Y llegó el gran día.

El teatro estaba de bote en bote, Dionisio y Filisto sentados en los puestos reservados entre los arcontes de la ciudad, los sacerdotes de los principales colegios y el sacerdote de Dioniso que presidía las celebraciones. La tragedia se representó de forma impecable y en algún pasaje resultó ser de notable intensidad, revelando las experiencias con las que el autor debía de haber asistido en el curso de tantas guerras, de tantas extenuantes negociaciones para la liberación de rehenes y prisioneros. La escena en que el viejo Príamo se arrodillaba para besar las manos a Aquiles y el lúgubre coro de las mujeres troyanas que se alzaba como un llanto invocando la devolución del cuerpo de Héctor conmovieron al público. El mismo Filisto se asombró de ver que tenía los ojos húmedos. ¿Era posible que el autor hubiera experimentado sentimientos? ¿Que se hubiese emocionado hasta el punto de poder comunicar su emoción al público que asistía al espectáculo?

Inútil preguntárselo; Dionisio era y seguiría siendo un enigma indescifrable, una esfinge, para el resto de sus días. Y sin embargo Filisto, al asistir a aquella escena, reconoció muchos aspectos de su carácter, volvió a ver muchos fragmentos de su vida pasada, muchos momentos de gloria y de abyección. Dionisio había representado su papel en la vida como un actor; a menudo había ocultado, disimulado, engañado, había escondido sus sentimientos de hombre, admitiendo que los tuviera, detrás de la dura máscara del tirano.

El final fue saludado con aplausos, no arrolladores ciertamente, pero tampoco fríos, si se tenía en cuenta que en aquel teatro habían sido puestas en escena las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides y que aquel público, a pesar de todo, era el más exigente de todo el mundo.

En la conclusión de la festividad, y no sin cierta sorpresa del propio autor, la tragedia obtuvo el primer premio. Muchos dijeron que los participantes habían sido seleccionados entre poetas tan modestos que hasta un modesto poeta como Dionisio había podido ganar. Sea como fuere, Dionisio celebró la victoria con gran solemnidad y fasto, haciendo preparar un banquete suntuoso en un jardín al pie del Himeto, al que fueron invitadas las más altas personalidades de Atenas.

Poco antes de la cena, Filisto fue avisado de que había un correo con un mensaje urgente de Siracusa. Lo recibió personalmente intuyendo que la noticia que acababa de llegar estropearía la fiesta. No se equivocaba.

—El arsenal de Cartago no ardió —dijo el correo apenas Filisto le pidió que hablara.

—¿Qué significa que no ardió?

—Lamentablemente se ha tratado de un engaño. Los cartagineses son maestros en este tipo de cosas. Hubiéramos tenido que intuirlo.

—No es posible —repuso Filisto—. Nuestros informadores aseguraron que habían visto alzarse llamas y humo de la isla.

—Es muy cierto. Pero también esto formaba parte de la misma puesta en escena. Quemaron los viejos derrelictos desguzados mientras la escuadra propiamente dicha estaba escondida en varios puertos de ataque secretos a lo largo de la costa norte.

—Ve al grano. Es inútil andarse con rodeos. ¿Qué ha sucedido?

—El nuevo almirante cartaginés ha irrumpido en el puerto de Drepano al rayar el día con doscientas naves de combate. Los nuestros eran muy inferiores en número; han llevado las de perder.

Filisto despidió al correo y se quedó un rato meditando a solas sobre lo que convenía hacer. Al final decidió no decirle nada a Dionisio, por el momento, para no entristecerle. Se relajó en su sitio, comió y bebió tratando de parecer completamente a su gusto.

Esa misma noche, después de que los invitados se hubieran ido, hacia la hora del tercer turno de guardia, Dionisio se sintió indispuesto. Aksal corrió a despertar a Filisto.

—Amo enfermo.

—¿Qué dices, Aksal?

Filisto acudió precipitadamente y le encontró en un estado terrible: sacudido por convulsiones y conatos de vómito, empapado en sudor pero frío como el hielo, del color de la cera y con las uñas negras.

—Haz venir a su médico, Aksal, corre, está a tres manzanas de aquí, en dirección al ágora. ¡Corre, por todos los dioses! ¡Corre!

Mientras Aksal salía precipitadamente a la calle, Filisto trató de levantar a Dionisio para sentarlo y hacerle respirar; le secó la frente, le mojó los labios sedientos. El lecho olía a sudor y a orina.

Dionisio pareció por un momento recuperarse, recobrar un poco de fuerzas.

—Se acabó —murmuró—. Se acabó, amigo mío.

Filisto se sintió impresionado por aquella palabra que no oía desde hacía muchos años y le apretó con fuerza la mano.

—Pero ¿qué dices, *heguemon*, qué dices? Ahora viene el médico. Te recuperarás. Has bebido un poco demasiado, eso es todo. Ánimo, ya verás que...

Dionisio le interrumpió alzando cansinamente la mano en su habitual gesto imperioso.

—No, no me equivoco. La muerte es fría... ¿lo notas? ¡Qué burla del destino! Siempre he combatido en primera línea, he sido herido cinco veces y tengo que morir en una cama, meándome encima... como un hombre insignificante... No veré nunca el amanecer de la nueva era con la que he soñado toda mi vida... Sicilia... en el centro del mundo...

—En cambio, la verás. Volveremos a casa y terminaremos esta guerra, de una vez por todas. Vencerás... Vencerás, Dionisio, porque eres el más grande.

—No... No. He mandado a la muerte a todos los amigos que tenía: Dorisco... Biton... Yolao... y a mi querido Léptines. He derramado tanta sangre, por nada.

Se oyeron unos pasos solitarios en la calle. A Dionisio pareció iluminarse el rostro.

—Areté... —dijo aguzando el oído—. Areté... ¿eres tú?

Filisto bajó los ojos húmedos de lágrimas.

—Está aquí... —respondió—. Está aquí, viene donde estás tú.

Dionisio pareció encogerse en un estertor. Le oyó aún susurrar:

—Recuerda lo que me prometiste, Adiós, chaire...

—luego ya nada.

Al poco irrumpió el médico jadeante en la habitación junto con Aksal, pero era ya demasiado tarde. No pudo sino certificar la muerte.

Aksal se puso tenso al verlo. Su rostro se endureció en una máscara pétreo. Entonó un lúgubre lamento, el canto desgarrador de su gente que acompañaba el último viaje de los grandes guerreros. Luego enmudeció encerrándose en un impenetrable silencio. Montó la guardia armada ante sus restos, día y noche, sin probar la comida ni la bebida y ya no lo abandonó, ni siquiera cuando el féretro fue colocado en la nave que le traía de vuelta a la patria.

En Siracusa Filisto se encargó personalmente de las exequias. Hizo preparar una pira gigantesca en el patio de la fortaleza Eurialo, en lo alto de las Epípolas para que toda la ciudad viera ascender su alma en el torbellino de fuego y de pavesas que la llevaría hacia el cielo. El cuerpo, revestido de la más espléndida armadura, fue colocado en la pira enfrente del ejército formado y veinte mil guerreros de todas las naciones gritaron diez veces su nombre, mientras las llamas ascendían rugiendo hacia el cielo invernal.

Entrada la noche, Filisto, acompañado por Aksal, fue a recoger sus cenizas, y junto con él se dirigió al sepulcro de Areté y las unió a las de ella, en la urna.

Una vez que hubo llevado a cabo ese simple rito, se secó los ojos y se volvió hacia el guerrero celta, espantoso en su penosa flacura producida por la abstinencia, en el duelo que le hundía las facciones del rostro y le ennegrecía las ojeras.

—Ahora vuelve a tu alojamiento, Aksal —le dijo—, e interrumpe el ayuno. Tu amo ya no te necesita... Nosotros sí.

Se fueron y el sepulcro quedó vacío y silencioso.

Pero cuando el ruido de sus pasos se fue apagando del todo, se alzó de las tinieblas un canto solitario, el himno sobrecogedor que acompañó la primera noche de amor de Areté y Dionisio.

Y la última.

EPÍLOGO

Nadie consiguió explicar nunca la causa de su muerte. Dicen que Filisto vio grabado el signo de un delfín bajo la copa de la que su amigo había bebido durante aquella noche de festejos. Se acordó de cómo había mandado Dionisio a la muerte a no pocos miembros de la Compañía, en los tiempos de la última gran depuración, y cómo había obligado a contribuir sin consideración alguna a las Compañías en las otras ciudades para financiar la guerra sin preocuparle ninguna advertencia.

Algunos atribuyeron la causa simplemente a las francachelas que siguieron a la victoria en el certamen literario de las Leneas. Otros quisieron ver la larga sombra de la mano de Cartago en aquella muerte, porque solo así podían acabar con un enemigo de lo contrario irreductible.

Firmé yo la paz, apenas tuve el poder para hacerlo, y traté de mantenerla. Pero no infundía miedo a nadie y hasta los filósofos querían enseñarme a gobernar... Al cabo de diez años la gran construcción de mi padre estaba en ruinas y ya no resurgiría nunca más. Un viejo general enviado de la metrópolis, Timoleón, derrotó a los cartagineses y me quitó el poder. Luego me confinó aquí, en Corinto, desde donde partieron nuestros padres fundadores, hace muchos siglos...

—¡Maestro! ¿Qué haces? ¿Hablas solo?

El maestro se frotó los ojos y miró a su alrededor. Los asnos y el borriquero habían desaparecido, por el otro lado de la calle, y apoyado en la pared había uno de los tres individuos que le habían prestado ayuda en la pelea de la noche anterior, uno de los inseparables custodios a los que la ciudad había confiado de modo discreto su seguridad.

Enfrente de él estaba la persona que le había dado cobijo, con una taza de leche humeante en la mano.

—Toma, bebe —le dijo—, te dejará como nuevo.

El maestro le miró, luego miró al sol que asomaba en aquel preciso momento por el horizonte, provocando mil reflejos dorados desde la calle aún reluciente por la lluvia nocturna. Metió una mano dentro de la alforja para buscar los rollos en ella. Estaban en su sitio y dejó escapar un suspiro de alivio.

Se levantó con esfuerzo, estiró los miembros doloridos y se pasó de nuevo las manos por los ojos, como si no consiguiera despertarse de un sueño.

—Otra vez —dijo—. Otra vez.

Echó a andar con paso inseguro y su anfitrión se quedó mirándole asombrado, hasta que su figura se disolvió en el fulgor del sol naciente.

NOTA DEL AUTOR

La peripecia vital de Dionisio I de Siracusa es tan compleja que he tenido que optar por una simplificación, no solo por lo que se refiere a algunos de los acontecimientos narrados, sino también por lo que concierne a los personajes.

Los numerosos hijos del tirano son dejados deliberadamente en la sombra, excepto los dos primeros, Dionisio II e Hiparinos, y la pequeña Areté. Así también el personaje del joven cuñado Dión, de gran relieve en las fuentes antiguas hasta el punto de que Plutarco le dedica una de sus biografías, ha sido dejado de lado totalmente. Introducirlo y desarrollarlo a partir de la mitad de la novela hubiera constituido un problema narrativo de difícil manejo. El personaje de Yolao incluye también el del hermano menor de Dionisio, Teárides, que por tanto no aparece en nuestra historia.

Aparte de esto, la peripecia vital de Dionisio I ha sido narrada en sustancial coherencia con las fuentes, en particular Diodoro Sículo, en cuya historia confluyen tanto Timeo de Tauromenio como el mismo Filisto, que el lector ha encontrado ya entre los protagonistas de esta novela.

El tema de la Compañía, en el que hay un eco más bien explícito de la moderna mafia siciliana, no es una invención y corresponde a las llamadas *hetairiai*, asociaciones en parte secretas de ciudadanos atestiguadas por las fuentes principales, que conseguían no raramente sus fines con medios de intimidación así como con la eliminación física de los adversarios. Tales asociaciones existían también en Grecia, pero me ha parecido que en Sicilia el fenómeno, en época tan antigua, podía adquirir un valor particularmente significativo.

Por lo que se refiere a la onomástica, he mantenido los nombres en italiano cuando existía un uso consolidado; he usado nombres griegos (o cartagineses) donde el uso era más raro y menos conocido, o bien cuando la transcripción italiana sonaba desagradable.

Alguien podrá asombrarse de que haya empleado «italianos» y «sicilianos» en vez de «italiotas» y «siciliotas», pero he querido eliminar una terminología demasiado especializada y académica en favor de una mucho más sugestiva, teniendo presente que en el fondo los términos que he adoptado no son sino la traducción literal de los originales. Obviamente las palabras «Italia» e «italianos» se refieren aquí siempre al extremo meridional de la Península, lo que hoy conocemos como Calabria.

El uso de la lengua en las frases jergales, en las imprecaciones y en los diálogos ha sido tomado sobre todo del teatro cómico, que es el que más conserva tales expresiones.

El ángulo de visión, desde un punto de vista político, es el mismo que el de los

protagonistas de la historia y no podía ser de otro modo, aunque en varios casos y en varias situaciones se ponen de relieve por parte de personajes incluso secundarios valores distintos y alternativos a los de la civilización de los griegos, o en cualquier caso a los de la política de los griegos de Sicilia.

Dionisio se alza como el gran protagonista que fue en realidad, así como su fracaso sustancial aparece como la consecuencia del error básico de su gestión del Estado: el absolutismo.

VALERIO MASSIMO MANFREDI